

Mayo 31/70

EL ESPIRITISMO
EN EL MUNDO MODERNO,

TRADUCIDO

DE LA CIVILTÀ CATTOLICA.

LUGO:
IMPRESA DE SOTO FREIRE, EDITOR.

Calle de San Pedro, núm. 31.

1870.

CASA EDITORIAL-TIPOGRÁFICA DE SOTO FREIRE.

LUGO.

OBRAS PUBLICADAS.

Almanaque de la juventud elegante y de buen tono, dedicado á todas las bellas hijas de Galicia. Un folleto en 4.º á 4 rs. se publicó en los años 1864 á 1769.

Preparacion para la muerte, por S. Alfonso de Ligorio. Un tomo en 8.º, 6 rs.

Tesoro del alma cristiana.—Máximas eternas, por el mismo Santo. Un tomo en 16.º á 2 rs.

Biblioteca para los niños cristianos, 12 tomitos en 16.º, 6 reales.

Las dos Asturias. Almanaque de 1866 para utilidad y recreo de las provincias de Oviedo y Santander. Un folleto en 4.º Agotado.

Descripcion histórico-artístico-arqueológica de la Catedral de Santiago, por D. José Villaamil y Castro. Un tomo en 8.º, á 12 rs.

Historia de Galicia, por D. Manuel Murguía. Van publicados dos tomos en 4.º con láminas, 87 rs. 50 cénts.

Devocionario infantil, en verso, por doña Narcisca Perez Reoyo y Soto. Un tomo en 8.º, 8 rs.

647-3269

EL ESPIRITISMO
EN EL MUNDO MODERNO.

EL ESPIRITISMO
EN EL MUNDO MODERNO

4605

EL ESPIRITISMO
EN EL MUNDO MODERNO.

TRADUCIDO

DE LA CIVILTÁ CATTOLICA.

LUGO:

IMPRESA DE SOTO FREIRE.

Calle de San Pedro, núm. 31.

1870.

EL ESPERITISMO

EN EL MUNDO MODERNO

DE

DR. LA CIVITA CATTOLICA

LUGO

IMPRESA DE ESTO FICIDE

1877

1877

ADVERTENCIA.

Acaso ninguno de los lectores del presente libro ignorará que en la capital del orbe cristiano se publica con el hermoso nombre de LA CIVILIZACION CATOLICA (*La Civiltà cattolica*), y bajo los auspicios y proteccion de la Santa Sede, una de las revistas que mas honran á la ciencia y al ingenio del hombre en el presente siglo. Escribenla sábios ingenios de la insigne Compañía de Jesus; y por la copia y excelencia de su doctrina, por la agudeza de su crítica, por el vigor irresistible de sus polémicas, quizá no tenga rival entre las muchas publicaciones de este género que ven la luz en Europa y estienden por todas partes aquella otra luz superior que procede de los dogmas cristianos y de la verdadera sabiduria. Ahora bien; el presente libro es un preciosísimo fragmento, ó mejor dicho, una de las riquísimas joyas que forman el gran tesoro de verdad y ciencia acumulado, durante los años que lleva de publicacion la gran revista romana, por sus doctos y piadosos compiladores. Además de su valor intrínseco, tienen sus escritos otro mérito singular, que los recomienda en sumo grado, à saber: la oportunidad con que sus esclarecidos autores saben remediar las necesidades actuales del individuo y la sociedad poniendo de manifiesto los errores modernos, y restaurando las verdades antiguas; pero de tal manera que aquellos se ofrecen aun sin el mérito de la novedad, luego que se ven desnudos del oropel con que los viste la moda, y las segundas salen adornadas de dicha excelencia, no solo porque jamás envejece lo verdadero, sino porque sus aplicaciones varian segun los tiempos y las circunstancias en que se desenvuelve y aplica. Asi sucede, por ejemplo, en el presente caso. El *espiritismo* es, en su esencia, un medio de seducción que se remonta à los tiempos en que todos los dioses eran demonios, *omnes dii gentium dæmonia*: hoy, sin embargo, aparece bajo formas nuevas, vista la imposibilidad de engañar à los hombres reproduciendo las antiguas, y amenaza al mundo moderno con aquella apostasia descrita en el sagrado texto y preparada tiempo

ha por los protestantes y falsos filósofos, enemigos implacables de toda luz y vida verdaderas; cuyo intento no es otro sino echar el cristianismo de las almas y de la sociedad, y llenar el vacío que quieren hacer, con el antiguo paganismo, es decir, con el imperio de Satanás. Todos los sofismas, todas las mentiras, todos los falsos sistemas de ciencia, de religión, de política, que hoy pululan entre nosotros, son otros tantos artificios de este perverso espíritu, que así se vale de sus hijos y seguidores para embaucar á los fieles, ó demasiado simples ó harto tibios para poder resistir sus envaimientos fementidos, coronados dignamente por los fenómenos del espiritismo. Este es el último término de las seducciones contemporáneas, y acaso acaso el principio del fin que se va al parecer dibujando en los misterios de iniquidad que se obran á nuestra vista. De todos modos, las únicas armas capaces de desbaratar esta diabólica traza en la razón humana, son las doctrinas de la ciencia católica, única luz que así como deshizo las tinieblas del antiguo paganismo, puede evitar que de nuevo cubran la faz de la tierra. Pero esas doctrinas, cuando toman una forma científica en la lucha contra sus enemigos, piden ser tratadas y aplicadas por hombres verdaderamente doctos, por ingenios profundos y sagaces que sepan sondear hasta lo más íntimo de las cosas y llevar á los ánimos la luz de una convicción irresistible. Esta es cabalmente la que resplandece en las presentes páginas. Creemos que su lectura ha de ser sobremanera saludable, que disipará dudas y prevendrá engaños é ilusiones peligrosísimas, confirmando los entendimientos en la verdad y abriendo ante sus ojos nuevos horizontes, iluminados por los magníficos esplendores de la ciencia católica.

No pondremos término á las presentes líneas sin pagar el debido tributo al traductor de este libro, por la profunda inteligencia que revela su noble trabajo, preparado oportunamente para salir á luz en el excelente diario católico *La Constancia*, que se publicaba en la Corte al ocurrir la infausta revolución de Setiembre, y donde realmente se publicó en parte antes de ser trasladado al presente volumen, gracias á la bondad y galantería del ilustre propietario de aquel periódico, que nos ha franqueado generosamente aun la parte inédita de la traducción.

EL ESPIRITISMO EN EL MUNDO MODERNO.

I.

Entre los hechos acreditados por mas universales y constantes en el mundo, se halla la intervencion de lo sobrenatural en el órden acostumbrado de la naturaleza. Si se atiende á las relaciones del hombre con Dios, jamas hubo culto, ni le hay, que no se alabe de revelaciones, visiones, arrobamientos, ó alguna otra manera de comunicacion con séres extraños al mundo é invisibles. En las relaciones del hombre con el hombre, la historia de cada pueblo nos refiere profecias, penetraciones de secretos impenetrables; conocimientos de sucesos lejanos. Los prodigios, finalmente, que suspenden las leyes físicas por las cuales se gobierna el mundo, son tan frecuentes en las relaciones del hombre con la naturaleza sensible, tan comun es la persuasion que de su realidad existe entre todas las gentes, que el milagro es la explicacion mas espontánea, la primera que suele darse á los hechos extraordinarios que causan alguna admiracion por su novedad. La existencia, pues, de lo sobrenatural en

el mundo tiene de su parte el consentimiento universal del género humano. Cuenta con la confirmación de los siglos, sin que pueda citarse uno solo donde se haya puesto en olvido esta creencia; cuenta con la universalidad de los pueblos, sin que pueda señalarse ni uno solo que la haya desconocido nunca.

Ese consentimiento del género humano no puede fundarse únicamente en el error ó el engaño: porque el error y el engaño constantes y universales no son posibles en la inteligencia, del hombre, nacida para el conocimiento de la verdad. Antes bien, la impostura y la mentira respecto á muchísimos casos particulares, que indebidamente quisieran que se estimasen por verdaderos, prueban precisamente la sinceridad de aquellos á los cuales pretenden parecerse; así como la moneda falsa es una demostración indudable de que la verdadera tiene curso. Ni aprovechan mas aquellas apariencias de raciocinio con que algunos, ya retóricos, ya sofistas, se esfuerzan en manifestar lo imposible de cualquiera hecho sobrenatural ó suprainteligible; porque la sabiduría de todo el género humano las ha echado anticipadamente por tierra, el buen sentido las repudia de continuo, y la experiencia de los hechos les da cada día un mentís irrecusable. Lo sobrenatural debe ser, pues, admitido por el filósofo en la economía de la Providencia que rige al mundo: y no es dable desconocerlo sino á despecho de la razón y de los hechos.

II.

Por lo que toca al cristiano, no puede hacer profesion de tal, sin admitir la coexistencia de dos órdenes del todo distintos y separables en el mundo; el natural que gobierna las leyes físicas del universo, y el sobrenatural que rige, segun la revelacion, las leyes morales del hombre. Tiene este por objeto de su fe al misterio, que es una verdad muy cierta en si misma, aun cuando superior á la humana inteligencia: tributa el obsequio de su voluntad, no ya solo á un Dios criador y conservador del mundo, pero tambien á un Dios reparador del género humano, á un Dios santificador de las almas: reconoce la fuerza que le ayuda á obrar, no solo en el curso actual y presente de la causa primera de todo ser y de toda accion; pero tambien en la gracia, auxilio no debido á la naturaleza humana, sino añadido á ella por pura liberalidad de un Dios infinitamente misericordioso. Merced á esta gracia se ve levantado en la vida moral sobre el mero orden natural, y entabla con Dios, no únicamente relaciones de dependencia como criatura, mas de amistad íntima como hijo. Aspira finalmente por sus deseos á una bienaventuranza tan superior al fin simplemente natural del hombre, que la misma conciencia de ello seria imposible si un hecho sobrenatural no lo revelara. Y este orden sobrenatural, en que profesa vivir el católico, no fué conocido ni establecido en el mundo sino por obra de otros hechos, igualmente sobrenaturales, cuales fueron los prodigios, que pueden llamarse testimonios visibles en la

naturaleza, de aquel órden sobrenatural invisible, al cual Dios ha levantado al hombre redimido.

El cristiano no lo es por lo tanto sino en virtud de lo sobrenatural que le manifestó la revelacion divina y le introdujo en aquella relacion moral con Dios, que es tambien todo sobrenatural en la esencia, en la duracion, en su desarrollo, en sus obras, en su tendencia, en su término. ¡Admirable Providencia de la Divinidad! Ella ha querido unir al hombre con su primera causa, con la fuente de su ser, con su último fin, por medio de vínculos mucho mas estrechos que los que proceden de su simple naturaleza. El grito de la conciencia, que desde lo hondo del propio corazon recuerda en el hombre al autor infinito de su ser, el eco que de aquel grito repiten en lo exterior todas las criaturas en admirable concierto, y en el lenguaje propio de cada una, hubieran debido por su natural fuerza tener siempre al hombre unido con Dios, y hacerle conocer, amar, reverenciar aquella paternidad suprema, con inteligencia, amor y obsequio mayores que los que se tributan á la paternidad humana, reflejo harto débil de la divina. El hombre hubiera sin duda alguna escuchado aquel grito; mas le habria oido á medias, ó bien despreciado, porque en el trascurso de los tiempos le ensordecieran otras voces mas retumbantes, por cuanto mas sensuales. El Señor quiso añadir á aquel lenguaje, á aquel grito, un llamamiento mil veces mayor, una atraccion mil veces mas poderosa: el milagro fué el llamamiento; el órden sobrenatural, la atraccion. El mundo respondió, y es cristiano: y el cristiano se reconoce á si mismo ennoblecido, por este beneficio de la Providencia, sobre su simple condicion humana, y en cierto sentido hecho partícipe de la divina.

El cristiano no se contenta, pues, con reconocer en el mundo algunos hechos aislados sobrenaturales; profesa una fé, una ley, una vida del todo sobrenaturales.

III.

Lo sobrenatural está, pues, en el mundo para conducir al hombre hacia Dios. Contra el debía de sublevarse por necesidad todo lo que en el mundo distrae de Dios al hombre. Tres son los grandes enemigos del hombre: el mundo, el demonio, la carne; y los tres se han conjurado realmente para destruir, ó desfigurar en el hombre, cada uno á su manera, la idea de lo sobrenatural. La carne tiende á rebajar al hombre al grado de los brutos, con los cuales tiene comunes tendencias y pasiones: para ella no solo es lo sobrenatural una palabra vacia de eficacia y de sentido, pero hasta lo espiritual desconoce, no admitiendo en el alma un espíritu que está sobre la materia y le sobrevive, sino solo una fuerza que procede de la misma materia y se confunde con ella, así en cuanto al origen como en cuanto al término. El mundo, que puede ser definido: la rebelion de la razon contra Dios, tiene á menos admitir misterios y milagros; porque el mundo mide todo el órden de los séres con la medida de su propia inteligencia; y como no quiere admitir por verdadero nada que sea superior á la inteligencia humana, ni por ley nada que sea restrictivo de la libertad humana, así tampoco quiere admitir en los hechos nada que se salga de la norma que reconoce por reguladora de la naturaleza. Finalmente, el demonio, en su odio á Dios, castigador de su soberbia, y al hombre, que le reemplaza en el derecho á la gloria, pone

por obra en el mundo todas las maneras de sustituir á Dios, tomando las apariencias de los verdaderos prodigios, de las verdaderas revelaciones; y de esta suerte atrae á las redes de la superstición por medio de lo sobrenatural engañoso y falaz. El materialismo es hijo de la carne, el racionalismo es hijo del mundo, la pseudo-teurgia es hija del demonio; y todos estos tres sistemas, aun cuando en el orden de la generacion procedan de tres principios diversísimos entre si, no obstante, en el orden de la finalidad conducen á un mismo término, que es el paganismo. Y el paganismo es en ley de verdad el gran enemigo de lo sobrenatural, que en el mundo se concreta y actúa únicamente en y mediante el Catolicismo. Poco importa cual sea la via por donde la inteligencia humana niega la revelacion divina: cada via en su última conclusion da comienzo al mismo término, que es el culto de la criatura en ofensa del Criador.

IV.

De estos tres enemigos de lo sobrenatural, no es, sin embargo, el mas formidable aquel que lo niega, sino aquel que mas lo remeda. El materialismo puro no puede tener por su propia indole mucha extension, ni durar mucho; pues desconociendo en la creacion, no solo el orden sobrenatural, mas asimismo el espiritual, se pone al propio tiempo en contradiccion con dos hechos, atestiguados con harta evidencia y universalidad para que le sea dable tomar fácilmente el aspecto de un sistema científico, sin que se levanten á combatirle voces tan poderosas que no puedan dejar de oirse. El materialismo

será, pues, el extravío práctico de una ralea de gente mas grosera, ó, si se quiere, el error especulativo de algunas inteligencias menos perspicaces: mas no le es dable llegar á ser en la sociedad cristiana la herejía científica que, invadiendo el campo de los principios, amenaza envolverlo y avasallar todo. Mayor y con mucho es este peligro por parte del racionalismo: porque es menos radical y absoluto que el materialismo; niega un solo orden de hechos, el menos capaz de comprenderse, es susceptible en cierto modo de forma científica, que aparentemente deslumbra, y acaricia la mas fuerte de las pasiones del hombre, el orgullo. Sin embargo, no resiste á la larga ante la contradiccion que el mismo ingenio humano le opone: porque, admitida en el hombre un alma espiritual, y admitido sobre el hombre un Dios, infinito y omnipotente, no puede desechar la posibilidad del misterio y del prodigio: y admitida esta posibilidad, viene la crítica histórica á reconocer el hecho de lo sobrenatural existente, que le anonada por entero en su misma base y destruye todo su aparato y toda su pompa. En la pseudo-teurgia es donde reconocemos el mayor peligro, pues con una mano abraza los hechos existentes y con la otra los sistemas: puede asociarse, como en efecto se asoció y asocia, á las diversas formas adoptadas por la filosofía humana, y, satisfaciendo á la tendencia propia del hombre hácia lo sobrehumano y lo infinito, en vez de burlar sus esperanzas, las fomenta y nutre, aunque no con sano alimento. Asi es que la supersticion pagana pudo invadir casi todo el universo, y aun en la actualidad puede seguir dominando tan ampliamente en las vastas regiones del Asia y del Africa, y tener encadenadas muchas naciones no del todo incultas,

ni bárbaras. La ciencia humana, que con sus propias armas puede combatir el materialismo y el racionalismo, y aun derribarlos, como los combatió y derribó en el seno del antiguo paganismo, no posee armas suficientes para vencer á la pseudo-teurgia, y se ve obligada á entregarsele como vencida, como impotente, en la desigual pelea.

V.

Ni puede llamarse vano este peligro en medio de las luces de nuestro tiempo, en medio de la civilizaci3n del mundo cristiano. La historia nos certifica de que no pasó ningun siglo del cristianismo sin apariciones de demonios, mas ó menos celebradas, mas ó menos estendidas. Será de otro lugar el examinarlas en sus principales extremos: aquí bastará recordar lo que en nuestros dias sucede, aquello de que muchos son testigos y no pocos parte al propio tiempo. Las mesas en un principio giratorias, luego parlantes, los golpes invisibles, los medium, los espíritus, las evocaciones de muertos, pertenecen á nuestra presente edad y son el objeto de la curiosidad de muchísimos, de la ligereza de muchos, del tráfico de no pocos, del estudio mas ó menos sério de algunos. Tenemos derecho para atribuir todo esto á la cooperaci3n directa de los espíritus de las tinieblas: por lo cual ya en otro trabajo, publicado en estos mismos cuadernos hace algunos años (1), lo demostramos con razones y autoridades irrefragables. Pero tenemos tambien derecho á asegurarlo, porque nos proponemos precisamente demostrarlo de nuevo,

(1) *Civilla Cattolica*, série III, vol. IV, V, VIII.

tratándolo mas ámpliamente, en vista de lo mucho que este frenesí se estiende todavia por el mundo. Mas antes de llegar á dilucidarlo especialmente, sacando de ello, como última consecuencia, la verdad indudable de este nuestro aserto, podemos suponerlo ahora como positivo, á fin de demostrar, por una parte la gravedad del peligro que se ofrece á las almas, si no rehuyen tales pruebas, y por otra, la razon, digámoslo así, *á priori*, por la cual este hecho ha tomado en nuestros dias tan grandes proporciones.

El mayor peligro, pues, de semejantes comunicaciones consiste principalmente en que toman todas las apariencias y se visten de todos los aspectos posibles: de esta suerte no infunden á primera vista ninguna sospecha, y atraen facilmente á toda clase de personas. Para convencerse de ello, basta observar los hechos, segun los refieren testigos fidedignos, y leer sus explicaciones conforme las traen escritores que pretenden dar fé. El *espiritismo*, que asi es como con una palabra que no sea odiosa designan ahora esta moderna nigromancia, es pio, puro, y hasta ascético cuando despliega sus prestigios ante personas que se abstendrian de cualquiera palabra, cuanto mas de acciones, menos medidas y cristianas. Y en esta su actitud de piedad viste dos trajes diferentes, segun sean aquellos que de él se fian. Ante ciertos católicos ilusos, son almas bienaventuradas, son tambien espíritus angelicales que abren cátedra de vida espiritual, que revelan los arcanos de lo porvenir, que refieren las recónditas delicias de la celestial bienaventuranza. Pero no todas las personas honradas, no todas las almas limpias de inmundicia tienen tan vivo el sentimiento de la fé, ni están dispuestas á creer facilmente en visiones celestiales, en apariciones de ángeles y de san-

tos. Entonces el espiritismo modifica algo sus personajes, y conservando el aire inocente de útil y morigerada conversacion, pone en contacto de esas personas, no ya ángeles y santos, sino conocidos, amigos, hombres célebres que vivieron: la escena ha cambiado, mas la comedia es la misma.

Supongamos que el espiritismo muda de compañía, y que en vez de presentarse entre gente hourada, se coloca entre la que es ligera y mundana. No por esto se corta; adopta al punto la fisonomia propia de este nuevo círculo donde debe sostener su papel, y el dicho agudo, la sátira venenosa, el tono mas ó menos cargado de incredulidad, la sujestion inícuca, la sentención perversa, la duda religiosa, la misma negación de todo culto, triunfan allí abiertamente y con absoluto dominio. Con los políticos el espiritismo habla de política; con los comerciantes se vuelve todo industria y tráfico; con los doctos especulacion y erudicion; con el vulgo se hace grosero y vulgar. La misma diversa índole de las naciones halla en él un pasto enteramente suyo; y la América ha tenido su espiritismo positivo, dogmático, atrevido; la Inglaterra su espiritismo excéptico, discursivo, avisado; la Alemania su espiritismo místico y trascendental; la Francia su espiritismo inconsiderado, alegre, generoso, y así mano á mano cada pueblo el suyo. Hácese, en una palabra, eco de los principios, de las pasiones, de los hábitos que halla, en quien le interroga, y ganándole como de golpe las primeras afecciones y una alegre acogida, abre el ánimo de cada cual á la confianza, llevándole luego por no advertido camino al horrible engaño que para todos indistintamente tiene dispuestto, esto es, á la negación de Dios y á la primera corrupcion del alma.

VI.

Esta ductilidad de los *Espíritus* para convertirse en todo con todos, es el origen principal de aquel peligro que en ellos descubrimos, y por el cual el espiritismo ha podido en tan breve espacio de tiempo recorrer tan larga carrera, y arraigarse por donde quiera en las diversas partes del mundo, y en las mas cultas ciudades de cada parte. Tal efecto debe, sin embargo, atribuirse asimismo á otra causa sumamente eficaz, que es la disposicion de la mente humana á acoger semejante engaño. Ha comenzado su nuevo periodo, aquel al cual asistimos, en los países protestantes de América, de donde fué trasplantado á Europa, aunque primera y principalmente en el seno del protestantismo. Tambien los países católicos han sido infestados del mal; pero se les comunicó la infeccion mas por la vecindad de las ideas protestantes que de las fronteras. Este hecho, históricamente indudable, cuyas pruebas manifiestas presentaremos á su tiempo, y que puede llamarse una especie de irradiacion del protestantismo sobre el catolicismo, da origen á una razonable sospecha de que el espiritismo moderno puede tener su filiacion natural en el protestantismo. La sospecha se convierte en realidad cuando se considera el procedimiento natural de la mente humana, invadida por el principio disolvente de la herejia protestante. *La independencia de la razon humana* es su primer predicado: la negacion de lo verdadero sobrenatural su última consecuencia. *Creo porque veo*: aqui es donde va lógicamente á concluir el protestantismo.

No niega lo sobrenatural como tal; lo niega en cuanto se sustrae al juicio de la mente humana. Dos serán, pues, las extremas aunque fatales consecuencias de este principio, según las dos circunstancias en que aquella mente puede hallarse. O el hombre no tendrá argumentos de una evidencia subjetiva de lo sobrenatural, y lo negará resueltamente, haciéndose materialista, racionalista, panteísta, conforme al vario desenvolvimiento de sus errores: ó tendrá aquella evidencia subjetiva por obra del espíritu de las tinieblas, y entonces el hombre se hará supersticioso, visionario, espiritista. El católico está libre por su misma condición, de semejante peligro, dado que no cree porque vé, sino porque la Iglesia le afirma que Dios ha revelado al mundo la verdad que cree. En el protestantismo se halla por lo tanto el germen verdadero del espiritismo, así como en el Catolicismo el obstáculo mas fuerte con que tropieza.

Mas como aquella fórmula tan rotunda, *creo porque veo*, es la última fase del protestantismo como tal, así no todos los que se llaman y son protestantes tienen una misma disposición para dejarse deslumbrar por las revelaciones y visiones espiritistas. Los que de entre ellos conservan aun, á despecho de su principio, algún giro del símbolo cristiano que llevaron consigo al salirse del seno de la Iglesia católica, y que por lo mismo pudieran tenerse por protestantes á medias; los que retienen al menos algunos dogmas supra-inteligibles, en virtud de los cuales profesan una revelación de quien ellos mismos no son ni sugeto ni testimonio, estos deben naturalmente ser menos asequibles á las supersticiones diabólicas, menos propensos á las ilusiones del espiritismo. Del mismo modo, quien es ver-

dadera y totalmente católico, es decir, tal en la profesion externa de la fé, tal en la íntima convicción de la inteligencia, tal en la práctica ordinaria de la vida, no se verá jamas cogido en el anzuelo halagador del espiritismo: le detestará como á un engaño que se hace á su alma, como una ofensa á su Dios. Mas, entre los católicos, los hay que gustan de llamarse tales, y quizá de creerse tambien, pero que en realidad no lo son, porque tienen la mente impregnada de protestantismo, y en especial de aquel protestantismo provector, que se desliga de toda traba de autoridad espiritual, y no reconoce ley sobre sus creencias. Estos católicos, si de tal nombre son dignos, corren el mismo riesgo que aquellos protestantes, y tienen ya pronto y dispuesto en la curiosidad de su mente el albergue para el nuevo huesped que trata de introducirse en ella. Para los unos y para los otros el espiritismo es una necesidad, una tentativa ó cuando menos un pensamiento.

VII.

Quien considere lo que hasta aqui hemos apuntado, no hallará fuera de razon una conclusion que de ello puede deducirse. Es dado estimar el espiritismo presente como primera aparicion de aquella última fatal herejía que dominará al mundo y hará tal estrago en las almas de los fieles, que hasta las mas selectas se verán á riesgo de naufragar. El error tiene su marcha regular combinada por leyes ciertas, si no tanto como la verdad, por lo menos no de modo muy desconforme al de la verdad. Tras las negaciones especiales de este ó de aquel dogma, en fuerza de una autoridad espúrea sustituida á la verdadera, la

rebelion de la inteligencia contra Dios revelador ha llegado á la negacion implícita de toda verdad sobrenatural, desconociendo el mismo principio de autoridad por medio del protestantismo. La heregia especial, despues de esta base, no es ya posible como simbolo religioso que enlace entre si de nuevo á pueblos é iglesias; se ha dejado el campo entero á la herejia universal, que abraza todos los errores, combate las verdades todas, y desarrollándose cada vez mas, llega á su última etapa. Esta, lo vemos, es precisamente la introduccion de lo sobrenatural diabólico en lugar de lo sobrenatural divino. El protestantismo se ha vuelto ya racionalismo; el racionalismo irá transformándose en un panteismo grosero, en una idolatria con careta, cuya supersticion se alimentará de visiones y revelaciones diabólicas, conforme predijeron precisamente los apóstoles, profetizando acerca de los últimos tiempos. El espíritu divino afirma, en efecto, sin velo alguno, que entonces muchos abandonarán la fé, dedicándose á los espíritus del error y á las doctrinas diabólicas, y que lo harán por obra de falaces hipócritas, los cuales, procediendo en la supersticiosa impiedad, formarán de ella un medio para seducir á los simples y atraerlos á toda maldad (1). Quien de tales profecias sacara la deducccion de que la teurgia pagana de-

(1) Spiritus manifeste dicit, quia in novissimis temporibus discedent quidam a fide, attendentes spiritibus erroris et doctrinis dæmoniorum: in hypocrisi loquentium mendacium, et cauteriatam habentium suam concutium. I. Tim. IV. 1. In novissimo tempore venient illusores, secundum desideria sua ambulantes in impietatibus. Iud. 18. Scientes quod venient in novissimis diebus in deceptione illusores, juxta proprias concupiscentias ambulantes. II. Petr. III. 3.

be ser el último traje que vista sobre la tierra el error, no podría ser tenido por intérprete inconsiderado ó quimérico de la santa palabra.

Con esto no se asegura que hayan llegado esos últimos tiempos y que nos estén desapiadadamente acosando. Se indica solo la direccion que toma el mundo precisamente por aquel sendero que ha de llevarle al término predestinado. Así como todo se apareja ahora para constituir aquella unidad de imperio,—que es otro de los caracteres señalados por la revelacion divina á la última edad del mundo,—cual vemos en los buques de vapor, en los caminos de hierro, en los telégrafos eléctricos, y en todos los otros grandes y veloces medios de comunicacion que cada dia se multiplican, sin satisfacer nunca el ansioso anhelo que tiene el hombre de acortar el tiempo y destruir las distancias; así los ánimos se van disponiendo poco á poco á aquella gran prevaricacion, que ha de levantar de nuevo en su pedestal á la teurgia pagana, y quemar otra vez incienso al demonio. El siglo, que ha celebrado como eminencias en la critica racionalista á los Strauss, á los Littré, á los Renan, á los De-Boni, manifiesta hallarse cansado del mismo racionalismo, el cual debe ir ya á que le guarden como adorno viejo, para dar lugar á que el error se atavie de galas nuevas ó nuevamente puestas de moda. Los Proclo, los Jámblicos, los Plotinos, aquellos viejos eclécticos de la filosofia pagana, que pretendian sofocar en su cuna al Cristianismo, niño todavía, la llamaron Mágia: los eclécticos resucitados de la nueva filosofia, que piensan encerrar al cabo en la tumba al Cristianismo en su verde ancianidad, la llaman ahora Espiritismo: la palabra es diversa, la cosa una misma.

VIII.

Contra tal peligro debe el escritor católico prevenir á los fieles. Muchísimos y muy celosos escritores lo hicieron, arrojando, por decirlo así, entre los católicos el grito de alarma, y anunciaron la aproximacion de un enemigo numeroso y pujante; lo hicieron los pastores que el Señor puso para guardia de su grey en la Iglesia, por un gran número de Mandatos, de Encíclicas, de Cartas pastorales: lo hizo por medio de muchas y solemnes respuestas enviadas á los Obispos el Pastor de los Pastores desde lo alto de aquella cátedra, desde la cual enseña y gobierna á la Iglesia. Es nuestra intencion hacernos eco fiel de todos ellos juntos, no ya repitiendo palabra por palabra todo lo que han dicho (ni ¿quién pudiera hacerlo en el poco espacio que puede consentirnos una revista periódica?), sino reproduciendo, digámoslo así, las últimas conclusiones á que llegaron, á la manera que el eco suele no repetir mas que las últimas sílabas de cada frase. Lo que podemos poner de nuestro, despues de tanto como sobre este asunto se ha dicho, ya docta, ya autorizadamente, es el orden que lo reuna y compagine todo con vínculos tan estrechos que parezca no deber constituir sino un solo discurso. Nuestros lectores nos permitirán que les indiquemos aquí cual ha de ser este lazo, para que al leernos sucesivamente, sepan de donde partimos y á que término nos proponemos llegar. El que emprende un viaje suele deleitarse en verle trazado sobre el mapa, tal que á cada paso le muestre el camino andado y el que resta por andar.

El primer punto que trataremos de establecer es la realidad histórica de los hechos sobre-humanos que se atribuyen al *Espiritismo*. Era cosa natural para una filosofía materialista, que negaba todo ser espiritual, verse muy atada hallándose frente á frente con tantas filas de espíritus: éralo también para una filosofía racionalista que negaba toda acción sobrenatural en el mundo, verse desconcertada con tantos hechos superiores á las fuerzas humanas, inexplicables aun para la filosofía mas sofística. Por eso, delante de la tina de Mesmer, del árbol de Puy-ségur, del espejo de Du Potet, de las mesas golpantes de Fox, de los banquillos parlantes de Milan, de los medium de Home, y de todos los demás portentos de este árbol abundante en ramas, cual es el espiritismo, enmudecieron de maravilla y de espanto; y no queriendo creer en aquello que veian con sus propios ojos, prefirieron cerrarlos para poder mecerse en una incredulidad artificial. Llamáronlo, pues, estratagema de gente alegre, prestigios de expertos jugadores de manos, mentiras y ficciones mas ó menos inocentes, imposturas concertadas y hábilmente conducidas, charlatanerias de saltimbanquis, distracciones de espectáculo, ilusiones ópticas y acústicas, juegos, diversiones, todo lo que querais, menos realidad y verdad. ¡Necios! no previeron que aquella realidad se volveria inexorablemente contra ellos, y mas poderosa que todas sus negaciones; y los que en ningun lugar habian sabido hallar ni espíritus ni prodigios, se vieron condenados á verlos por todas partes. Los señalaremos con el dedo á nuestros lectores, afirmándoles bajo la fé de los mas auténticos testimonios, á los cuales fuera locura negar el asentimiento, que los hechos atribuidos al espiritismo

mo son demasiado ciertos, y que no pueden atribuirse así en montón á la mentira y á la impostura.

Admitida la realidad de los hechos, preciso se hace estudiar su naturaleza. Este es el segundo paso que naturalmente nos veremos llevados á dar en nuestras indagaciones. Dos son las hipótesis posibles para explicar esos hechos: ó atribuirlos á fuerzas puramente naturales, ó á fuerzas sobrenaturales. Excluida la primera presuncion, por necesidad ha de admitirse la segunda. Para excluir la primera seguiremos los dos caminos que únicamente existen. Examinemos en primer lugar las explicaciones dadas por varios escritores para reducir aquellos hechos á fenómenos naturales, y veremos que ninguna responde bien al problema cuya solucion se les propone, y que por tanto ninguna puede admitirse como explicacion. Pero esto no es suficiente: hace falta ver si será posible en lo porvenir hallar alguna otra. El exámen que nos proponemos hacer de los caractéres universales de aquellos hechos nos llevará á una conclusion, á saber, que se escapan á toda causa meramente física, que se sustraen á todas las leyes que gobiernan la naturaleza. Hay que considerarlos, pues, como extraños á la naturaleza; es decir, como sobrenaturales.

Llegando á este punto, resulta claro lo que son tales hechos: falta averiguar lo que son en realidad, dado que puede preguntarse si deben atribuirse á los espíritus de la luz ó á los de las tinieblas; si proceden directamente de Dios ó del diablo; si son beneficios ó maleficios. Hay, es cierto, una escuela de espiritistas que se creen conducidos á éxtasis inefables, á apariciones de ángeles, á visitar las almas de los difuntos, á visio-

nes de santos, y aun á revelaciones del mismo Dios. Pero se equivocan: y su error, no es solo grosero, en cuanto procede de ignorancia de la índole verdadera de estas comunicaciones sobrenaturales con que Dios consuela alguna vez que otra la mortal peregrinacion de sus hijos mas elegidos, pero es ademas pernicioso, asi porque despoja á estas comunicaciones de todo caracter de don gratuito de Dios, como por el peligro de seduccion á que expone á sus secuaces, haciéndoles estimar por celestiales las visiones del infierno.

No queda, pues, otra causa á quien atribuir estos hechos, sino la intervencion diabólica. Y esta es, á decir verdad, la gran raiz que con pestifero humor, sacado del abismo, alimenta aquel árbol tan erguido del espiritismo moderno, cuyos frutos, aun cuando lleven nombres diferentes y tengan diverso el aspecto, ocultan todos el mismo veneno. Esto será evidente dada la antedicha exclusion de todas las otras causas posibles: mas á fin de hacerlo evidentísimo será útil un estudio verificado por partes, que teniendo por guia á los teólogos, realizaremos acerca de la naturaleza propia de la mágia, con quien veremos que se hermana á mas no poder la naturaleza del espiritismo, de suerte que queden persuadidos aun los que mas difíciles se muestran.

Cuando lleguemos á esta conclusion, el asunto nos llevará como por la mano á echar una ojeada á los pasados siglos para demostrar que la mágia moderna no se diferencia en nada de la antigua. Esta ojeada nos hará descubrir, tal vez con un poco de admiracion, que la mágia ha vivido siempre en el mundo, aunque no siempre con la misma extension, ni nunca con el mismo semblante. Cada siglo tuvo su propia mágia, conforme á

los errores, á las costumbres, á las tendencias de las diversas edades, y, aun mejor, de los diversos pueblos. Mas, bajo tan variados aspectos, se ocultó siempre el mismo mónstruo, con sus mismas perversas intenciones, con sus mismos perversos efectos, bien como un mismo rostro varia de máscaras sin variar de naturaleza.

A fin de destruir el poderio del diablo en el mundo apareció en la tierra el Hombre-Dios en la plenitud de los tiempos; y cuando ascendió á los cielos, entre las demas herencias que dejó á los apóstoles, y en ellos á la Iglesia, una de las más preciadas fué esta: el poder sobre el infierno. De qué modo haya ejercido siempre la Iglesia este poder en el mundo es, pues, la indagacion mas natural, que se presenta al espíritu, despues de haber escudriñado de qué manera el demonio haya obrado siempre en el mundo. Aquí se presentará á nuestra admiracion aquella gran lucha sostenida por la Esposa de Jesucristo contra el gran rebelde á Dios y enemigo suyo, el demonio. Los triunfos que la Iglesia alcanzó en lo pasado, así cómo fueron siempre la salvacion del género humano, así son la prenda mas evidente de otros triunfos, que aun habrá de alcanzar antes de conseguir aquel último con que terminará la lucha de la Iglesia en la tierra, porque termine el mundo. Las armas, que empleó la Iglesia en lo pasado contra aquel poderoso adversario del hombre, veremos que no estan ahora enmohecidas, y la misma maldicion que lanzó Pedro á Simon el Mago, hallamos que la renueva su sucesor Pio IX. contra los hodiernos nigromantes, y las mismas prohibiciones que desde los tiempos apostólicos se hicieron á los fieles sobre no tomar parte en semejantes comunicaciones, hallaremos que en nuestros tiempos son las que

reproducen los Obispos y el Pontífice.

Mas no será solo la admiracion lo que se despierte en nosotros á vista de tal espectáculo; será el reconocimiento, será el amor filial. Porque la última averiguacion consistirá en considerar todos los perjuicios que á un pueblo mancomunado, que á un alma en particular pueden irrogarse de la falta de obediencia á la Iglesia. Esta será naturalmente la conclusion moral de todo el tratado, el punto práctico á que el mismo tiende. La erudicion de la mente seria un daño, no un beneficio si no se acompañara de lo flexible de la voluntad; por cuanto conocer la obligacion y no ponerla en ejercicio es lo que propiamente constituye la culpa.

Tal es, pues, el camino que debemos recorrer. Lo múltiple de la materia nos obligará á proceder con rapidez grande, sin pararnos demasiado en puntos particulares, é indicando mas bien que no profundizando, mientras nos sea dado, á fin de que no padezcan la claridad ni la evidencia. Nos proponemos tambien en esto imitar al viajero, que anhela, si, llegar pronto á su destino, pero ante todo procura adquirir noticia exacta de los lugares que ha de recorrer. Evita dos extremos opuestos: pararse descuidado para contemplar hermosas vistas á cada instante, y no detenerse nunca para no mirar ú observar nada.

APUNTES HISTORICOS.

IX.

La incredulidad propagadora del espiritismo.

Entre las causas que han concurrido á esparcir cada vez mas en el mundo moderno las prácticas supersticiosas del espiritismo, ha de contarse, como una de las mas principales, la incredulidad que casi universalmente las acogió. A fines del siglo pasado, la filosofía se habia vuelto escéptica en Inglaterra, materialista en Francia, racionalista en Alemania: y estas tres formas filosóficas del error se refundieron juntas en el eclecticismo moderno, que de las tres fuentes sacó tres aberraciones. Cualquier fenómeno, pues, que contuviese algo de sobrehumano y sobrenatural; cualquiera hecho al cual no pudiera ajustarse de ningun modo una ley física, admitida por aquellos escrutadores profundos de la naturaleza, era luego desechado por unanimidad, como impostura, ó cuando menos como ilusion.

El materialismo no quiere habérselas con espíritus, y antes que negar la falsedad de su propio sistema, rehusa la realidad de los hechos mas evidentes y palpables, y atribuye á destreza de embaucadores, tan difícil de descubrir cuan-

to eficaz en engañar, toda suerte de maravillas que no sean materia ó no nazcan de la materia: en una palabra, para él, el nigromante es necesariamente un charlatan; porque admite el juego de cubiletes, pero no la existencia de los espíritus. En cuanto el racionalismo, que admite los espíritus, nada quiere saber acerca de la intervencion de ellos en las relaciones humanas, por no querer verse obligado á reconocer en la naturaleza física la obra de fuerzas extrañas á ella; y aunque parte de muy diverso principio, viene no obstante á parar á la misma conclusion; y mas bien que aceptar los maravillosos prestigios de los espiritistas, se contenta con darse por seducido por astutísimas maniobras. Finalmente, el escepticismo llega al mismo término por camino mas tortuoso. Porque con sus leyes de critica trascendental, eliminando de la realidad de la existencia los hechos no proporcionados al escote de la inteligencia humana, y por lo mismo los hechos que se sustraen al curso ordinario de la naturaleza, antes que dar crédito á los ojos y á los oídos, prefiere darse por deslumbrado con falsas apariencias; y por miedo de admitir lo falso, niega lo evidente. Con tal disposicion de ánimo, ha acontecido que los hechos mas manifiestos del espiritismo moderno hayan sido juzgados como embaucamientos, sin maldad, de tunos y prestidigitadores; en cuya consecuencia la curiosidad general, primero que avisada del peligro ha sido atraída é impulsada por el incentivo de una maravilla inocente; y la supersticion demoniaca, repelida desdeñosamente por la ciencia mundana, ha logrado hacerla su cómplice, y, por decirlo así, su paraninfo. Y ¿quién podia creer manchaba su conciencia con asistir á las reuniones magnéticas de Mesmer ó de Puységur, ó con in-

terrogar á una sonámbula ó á un *medium*, cuando tenia la certidumbre de que cualquier prodigio que se presentase á su vista no era mas que una alegre burla, que con fina industria le preparaba un experto embaucador?

Importa, pues, por extremo asegurar ante toda la realidad efectiva de las maravillas atribuidas al espiritismo, y asegurarla de modo que ninguna persona razonable pueda concebir sobre ellas la menor duda. Juzgamos conveniente que la existencia de esos prestigios vaya acompañada de todas las pruebas testimoniales que deben hacer fé ante la crítica mas descontentadiza. No pueden ser desechadas por insuficientes para demostrar rigurosamente la verdad de los fenómenos del espiritismo, sino es por quien niegue al mismo tiempo todas las verdades históricas, acompañadas de testimonios muchas veces menos numerosos, y de seguro mucho menos autorizados.

X.

Primera aparicion del mesmerismo.

A fin de determinar los hechos que comprendemos en esta demostracion, recorramos ligeramente la historia de la nigromancia moderna, desde Mesmer hasta Home, desde el magnetismo animal hasta la evocacion de muertos y el consorcio con los espíritus. Debe colocarse con razon á Mesmer á la cabeza del último periodo de la teurgia diabólica; porque, aun cuando no se presentaba al público con el manto y la varilla del mago, sino con el solo bonete del hombre de ciencia, veremos, sin embargo, que su sistema nada tenia de científico, y que los prestigios de sus operaciones distaban mucho de ser naturales. Nacido en Mersburgo, médico de profesion, empezó desde mediados del último siglo á poner de manifiesto las doctrinas astrológicas, de alquimia y ocultas que habian estado en voga en los tres siglos anteriores, y por aquel tiempo se hallaban casi del todo olvidadas.

No mucho despues, en 1773, asistió en Viena á los célebres experimentos del Padre Hell, jesuita, acerca de la accion del iman sobre el sistema nervioso de los animales. Pretendió poder conseguir los mismos efectos suprimiendo del todo el iman, causa de ellos; y por aquí puede decirse que empezó la práctica de lo que des-

pues se llamó el mesmerismo. Es cierto que le dió comienzo en Alemania; mas viendo que no lograba allí ninguna acogida por parte de los doctos, á la vez que hallaba cierta oposicion en las autoridades, Mesmer trasladó sus experimentos á Paris, á donde pasó en 1778. Hizose allí al mismo tiempo con secuaces y adversarios poderosísimos: lo mas selecto de la poblacion le dió su favor; la flor de los sábios le persiguió con sus anatemas. Mientras la Academia de Medicina borrraba del número de sus individuos á Delson, por haber publicado un opúsculo defendiendo las doctrinas y aprobando los experimentos de Mesmer, el baron de Breteuil le ofrecia en nombre del Estado para su manutencion una renta vitalicia de 20,000 libras, y otras 10,000 anuales para que estableciese en Paris una clínica magnética en la cual aplicara á los enfermos aquel método de curar que propuso. Mientras la Real Academia de Ciencias negaba toda autoridad á los mismos hechos que pregonaba Mesmer, y sentenciaba que eran puras ilusiones, cuando no engaño, una suscripcion hecha entre los particulares para comprar á Mesmer su secreto, llegaba hasta 340.000 libras, y se le ofrecia á nombre del Soberano, con el mismo fin, una quinta y el vasto terreno que la rodeaba. Entre tanto, Mesmer proseguia con mucho ahinco sus lecciones y sus experimentos: y una escuela por demas floreciente de sobre 400 personas de lo mas escogido de aquella noble ciudad, y una asociacion titulada de la Armonia universal, y ramificada por todo el reino de Francia, se hallaban pendientes, estáticas de sus lábios, y repetian fielmente en todas partes aquellos mismos hechos que en Paris se llevaban tras sí por lo maravillosos á toda la gente. Un embaucador, que

con su solo charlatanismo agita así á un Estado entero, seduce á los mas avisados y astutos que pueda haber, y abre para tanta generosidad los bolsillos públicos y particulares, tiene algo de mas admirable y estupendo que las mismas maravillas y los mismos prestigios que se le atribuyen.

Describamos una de las sesiones ordinarias de aquella Academia, segun acostumbraba á celebrarla el mismo Mesmer al principio de sus pruebas. Una vasta sala, suavemente alumbrada por los lánguidos reflejos de sol, y las mas veces sahutada de gratos y finísimos perfumes, reúne á enfermos y espectadores. En su centro se levanta del suelo una tina, no muy grande, de madera, de cuya cubierta salen muchos pequeños cilindros de hierro, que, sobresaliendo algun tanto, se doblan lo suficiente para ofrecer mas fácil asidero á la mano de quien debe apoyarse en ellos. Los enfermos, despojados de todas sus ropas, toman sitio al rededor de la tina; cada cual ase uno de los cilindros y lo aplica á la parte enferma de su cuerpo. Deben, no obstante, formar una cadena continua, para que el fluido que se desprenda de la tina circule desembarazadamente por donde quiera; y entonces una cuerda los ciñe y junta unos con otros: y si no basta, han de estrecharse reciprocamente y ponerse por tal medio en mútuo contacto. Dispuesto todo de esta manera, Mesmer coge una vara de hierro de 10 pulgadas ó 12 á lo mas, que él llama conductor del fluido magnético, y dada la señal á un músico para que comience sus armonias en el clave, y entonando alguna vez un canto que los pacientes repiten en coro con toda su voz, empieza sus pases á fin de poner el fluido en movimiento. Con esto hay suficiente para que alguno de los del

círculo principie á experimentar cierta agitacion nerviosa, parecida á una convulsion, la cual se comunica fácilmente á los demás, y es cuando empieza la crisis deseada. Este grita, aquel llora, el otro rie, uno se aturde, ese otro danza, el de acullá se retuerce, el de mas allá dormita; nadie puede dominarse; todos estan ya sometidos á las señales del magnetizador que los estimula, los calma, los para, los agita con una mirada, con una palabra, con un gesto, segun su voluntad. Restituidos al libre uso de sus propias facultades, no hay quien recuerde ni lo que sufrió, ni lo que dijo, ni lo que hizo; y no obstante, todos conservan una agradable reeminiscencia del placer que experimentaron, y desean gozarle de nuevo, y volver al dominio de aquel hombre poderoso que asi los embargó y se enseñoreó de ellos.

XI.

El mesmerismo se trasforma pronto en sonambulismo.

Pero esto aparato escénico fué abandonado muy luego, no solo sin que los efectos conseguidos por Mesmer perdiesen en nada, pero con aumento sensible de nuevas maravillas. El Sr. de Puységur, uno de los mas afortunados discípulos de Mesmer, no quiso saber ya nada de tinajas, ni de cilindros conductores ó de varillas metálicas. Para magnetizar se sirvió de los simples pases de manos, recorriendo suavemente con ellos el cuerpo del enfermo, y despues hasta del solo contacto apoyando una de las palmas de sus manos sobre la parte enferma y la otra sobre el punto opuesto. Fué el primero que anunció con una fórmula truncada lo que Mesmer dejaba entender oscuramente, esto es, que todo dependia del concurso de dos voluntades, de la del magnetizador, el cual habia de tener decidida intencion de obrar sobre el enfermo, y de la de este, que por lo menos no rehusara sometérsele. De este modo obtuvo el primero aquel *Sonambulismo magnético* que contenian en gérmen los experimentos de Mesmer, y habia entrevisto oscuramente Pailly.

Mas aun no era bastante sencillo el método de Puységur: Faria pudo suprimir todo contacto, é infundir el sueño magnético con el sim-

ple mando de su voz. Hacia que se sentase en un sillón de brazos la persona que queria someterse á su accion; y dejándola reposar tranquilamente algun tiempo, con los ojos cerrados, sin que percibiera sonidos ó ruidos exteriores que la distrajesen, le intimaba de pronto con tono imperioso que se adormeciera. Y las mas de las veces un ligero sacudimiento hacia dar un brinco al paciente, se le aumentaba el calor vital, acelerábasele la respiracion, comenzaba á transpirar un poco, seguia el sopor, y le sobrevenia el sonambulismo. Lo que Faria conseguia por medio del imperio de la voz, lo obtuvieron despues muchos no mas que con un mandato mental, sin ninguna suerte de comunicacion sensible entre el magnetizador y el que iba á ser magnetizado; y aun sin la posibilidad siquiera de tal comunicacion, manteniéndose el uno á notable distancia del otro en una misma ciudad, y á menudo hasta en ciudades lejanas entre sí.

Despues del sonambulismo se puso en escena el *Sonambulismo lúcido*, hallado y proclamado la primera vez en Lion por el médico Petetin, hácia fines del siglo pasado; cinco lustros despues del sonambulismo lúcido vino el *Éxtasis magnético*, que era de un grado mas elevado; mas ni el uno ni el otro difieren del simple magnetismo, en cuanto al modo de engendrarle en las personas, y únicamente se distinguen de él en cuanto á la extension y á la multitud de los efectos maravillosos. El éxtasis magnético es la última etapa del sonambulismo, el que desde entonces acá ha estado universalmente en uso, y el que infunden siempre ó al menos tratan de infundir los magnetizadores.

Para indicar cuales sean los verdaderos fenómenos que mas constantemente produce, los re-

duciremos á los nueve que van á continuacion, siguiendo en esto las huellas de los maestros que los han descrito con mayor exactitud.

1.º Olvido total al despertarse de cuanto sucedió al sonámbulo durante su sueño. Esta es ley universal, que no tiene excepcion sino por un pacto, el cual puede establecerse previamente entre el magnetizador y el sonámbulo, para tener este la facultad de acordarse despues, de todo ó parte de lo que aconteció en el tiempo de su éxtasis.

2.º Insensibilidad completa para todas las impresiones exteriores, aun las mas violentas, salvo únicamente la voz, la señas y los mas leves gestos del magnetizador ó de quien éste ponga en comunicacion con el sonámbulo.

3.º Desarrollo de la inteligencia, que de pronto se vuelve capaz de entender y aprender las mas árduas dificultades de una ciencia cualquiera, que antes no conociera ni aun de nombre. De aqui el emplear un lenguaje que nunca habia oido, cuanto ni menos aprendido, y resolver problemas insolubles para los doctores mas consumados en los estudios.

4.º Intuicion de todo lo que actualmente pasa en el propio organismo, distinguiendo en él el mas imperceptible desórden, y percibiendo la mas mínima alteracion, cual si su cuerpo se hiciera del todo trasparente, y viese con sus ojos como procede y como se detiene cada molécula que se halle nadando en los fluidos orgánicos.

5.º Conocimiento de los remedios propios para curar las enfermedades de todos, y de los males que padezcan cuantos puedan ponerse en comunicacion con él durante su estado de sonambulismo.

6.º Prever los acontecimientos futuros, tener vision de hechos sumamente lejanos, y revelacion de cosas secretas.

7.º Adivinacion de los pensamientos ajenos, obediencia á la voluntad de otro, sin ninguna especie de señas exteriores ó de cualquiera comunicacion.

8.º Trocar los sentidos, leyendo por ejemplo, un libro apoyado sobre el estómago, gustando el sabor de un manjar aplicado al codo, oyendo el sonido de un reloj aproximado á la rodilla.

9.º Hallarse en una casi total dependencia del magnetizador, no tan solo en el acto del sueño magnético, sino aun despues de él. Mientras éste dura, los actos de la voluntad y tambien los cogitativos del sonámbulo permanecen de tal modo bajo la direccion del magnetizador, que éste los excita, los enfrena, los dirige, los disipa, á su completo albedrio. Pasado el sueño y aun pasados muchos dias y muchas semanas, algunos de los mas poderosos magnetizadores conservan tal dominio sobre sus clientes, que pueden á su gusto atraer á si el pensamiento de ellos y obligarlos á volver al éxtasis magnético conforme se les antoje.

No todos estos fenómenos se obtienen siempre con el sonambulismo, ni todos en el mismo grado: pero todos se deben á él, se engendran de él, con mas ó menos vigor, con mas ó menos simultaneidad.

XII.

El sonambulismo místico de Cahagnet.

El éxtasis magnético ha dado otro paso de unos tres lustros á esta parte: ha puesto al sonámbulo en comunicacion con los espíritus, y de magnético se ha convertido en *místico*. Referiremos el origen histórico de este nuevo hecho. Principió probablemente en Suecia entre los secuaces de Swedemborg, docto naturalista, pero no se sabe que mas, si loco ó poseido. Swedemborg, hallándose en Londres en 1743, empezó á tener visiones, se puso á conversar con los espíritus, y creyó haberse hecho individuo de una sociedad angélica. Este privilegio le dió naturalmente el derecho de fundar una *Nueva Iglesia cristiana*, que halló prosélitos en Suecia y en América, de cuyos dos paises salieron principalmente las doctrinas y las prácticas *espiritistas*. Desde que se conocieron los fenómenos del magnetismo, le esplicaron los swedemburguistas de Suecia, atribuyendo sus efectos á la intervencion de los espíritus buenos, que se ponen en lucha con los malos; en servicio y beneficio del sonámbulo. Burláronse de esta explicacion los doctos y las gentes de buen sentido; mas no por eso se abandonó. De Suecia pasó á Francia: y fué su principal campeon un tal L. Alf. Cahagnet, de condicion obrero, autor de algunos li-

bros sobre el magnetismo, y muy potente magnetizador. Este, por sujeción del alma de Swedemborg, y hay que creerle sobre su palabra, fundó una nueva sociedad, para establecer comunicaciones directas con las almas de los difuntos. Favórecenle estas con sus visitas, de forma que las evoca siempre que se le antoja: no le escasean sus enseñanzas, y aprende de ellas ciencias, artes, urbanidad y religion, cosas que luego promulga en los escritos con noble desprendimiento. Únicamente no sufren aquellas almas ser vistas ni oídas por el que vela; guardan sus favores para los dormidos. Cahagnet, pues, y sus secuaces empiezan á infundir en los que desean tener tales visiones el sueño magnético, segun la ordinaria costumbre; y cuando principia el sonambulismo, evocan á los muertos, á los ángeles, á los espíritus, y empiezan la conversacion y la enseñanza y los consejos. No faltan á estos nuevos magnetizadores, ni las figuras de triángulos y círculos, ni los tesoros guardados codiciosamente por los difuntos, ni los espejos, ni los perfumes, ni el secreto misterioso. Aunque acogida con reprobacion y desprecio, esta escuela se estendió no poco, y ahora, con los nuevos auxilios que le han dado sus hermanos de América, puede llamarse la predominante en punto á magnetismo.

Los discípulos de Swedemborg, atribuyendo, ya á los espíritus, ya á los ángeles, los fenómenos del sonambulismo, no hablan de otros espíritus, sino de las almas de los muertos, dado que, segun su maestro, no hay mas ángeles buenos ó malos que las tales almas, y por tales deben entenderse los ángeles machos y hembras, los ángeles ingleses y los suecos, los teólogos y los comerciantes, de que habla Cahagnet.

Mas, si entre los no-católicos estas supuestas

visiones fueron mas frecuentes, no faltó entre los católicos quien pretendiese tenerlas para sí y poder hacer que de ellas participasen otros. El doctor Billot dió á luz en 1839 un libro bastante extraordinario, en que atribuia á los ángeles todos los fenómenos del sonambulismo, sin excluir la posibilidad de que los diablos se mezclen en ellos para engañar á las gentes é imbuirles falsas previsiones y doctrinas erróneas. Admite un *fluido magnético* (para indicar la influencia de los *magnates* del cielo), el cual emana de la Divinidad y reviste todo lo creado, que nada dentro de él como en un océano de vida y de luz: el sol, á manera de espejo, recoge sus rayos y los reverbera en nuestro globo. Los *videntes magnéticos* distinguen esta luz sin que tengan necesidad de sol, y por medio de ella se hallan en comunicacion con los demas seres materiales de la naturaleza, sin que les sean necesarios ni los ojos ni los otros órganos sensitivos, y aun se ponen muchas veces en comunicacion con los ángeles, que son los naturales vivientes de tal fluido, como las aves lo son del aire, y los peces del agua.

XIII.

El espiritismo americano.

Hemos dicho que la *Nueva Iglesia cristiana* de Swedemborg, ó (segun se llamó tambien) la *Iglesia de la nueva Jerusalem*, se habia propagado especialmente en Suecia y en América. Hallamos efectivamente que en 1844 se contaban, solo en los Estado-Unidos de América, 44 congregaciones de swedemburguistas, en las cuales eran dote, ya que no frecuente, por lo menos nada rara, las visiones de sus ángeles. La profesion de poder comunicarlas á otros se llama por ellos *espiritualismo* y *espiritualistas* los sacerdotes de la *Nueva Iglesia*, que tienen la facultad de evocar las almas de los difuntos y ponerlas en relaciones de estrecha intimidad con los *nuevos creyentes*. Desde 1847, estos espíritus swedemburgueses tomaron ordinariamente formas y apariencias sensibles, y dictaron sus respuestas por via de inspiracion tenida manifiestamente ó por habla esculpida en el aire, y que parecia salir de las personas aparecidas. En el año siguiente, en el Estado de Nueva-York, donde la *Nueva Iglesia cristiana* contaba con el mayor número de adeptos, los espíritus introdujeron una novedad bastante notable, que dió rápidamente la vuelta al mundo. Veamos como.

En una aldea llamada Hydesville, vivia tran-

quilamente cierta familia Fox, compuesta de cuatro personas: el padre, la madre y dos hijas caderas. Por espacio de algun tiempo estuvieron turbádoles el silencio doméstico ciertos golpes, que se oían en las puertas, en las paredes y dentro de los muebles. Acuden, preguntan, indagan, pero no se descubre ninguna causa aparente de tal estrépito. Aun muchas veces, mientras la reducida familia se halla reunida, se oyen por el aire ligeros chasquidos en derredor, sin que haya ráfaga que le agite, ni objeto alguno que pueda producir ruido. Cierta noche, las dos solteras van á meterse en el lecho, y una de ellas tiene la ocurrencia de hacer chasquear los dedos, y siente que á su lado se repite muy claramente el propio sonido, sin que sepa ni como ni por quien. Las jóvenes no pierden el ánimo: movidas por la curiosidad, mandan á la causa ignorada de aquel ruido que obedezca á su voluntad, diciéndole así: Quien quiera que seas, da con cadencia los golpes, contando 1, 2, 3, 4, 5, 6. Los golpes no dejan esperarse, y con toda regularidad hieren el espacio siguiendo la medida prescrita y con los intervalos pedidos. A este ruido acude la madre de aquellas, quiere tambien ella hacer la prueba, y prescribe al ignorado golpeante que por medio de aquellos golpes indique la edad respectiva de las dos hijas. Logró por respuesta, en dos series, tantos golpes cuantos eran los años que contaba cada cual de ellas. A nuevas preguntas correspondió una obediencia igual; de suerte que desde aquel momento la madre y las hijas cayeron en la cuenta de que poseian la admirable virtud de obtener respuesta de los espíritus invisibles, por medio de golpes, á toda pregunta que les hiciesen. Aplicáronse, pues, á establecer algun método en ese misterioso comer-

cio, y despues de varias tentativas consiguieron tener contestaciones muy claras y precisas para cada cosa que se les pusiera en las mientes preguntar.

Dábaseles la respuesta por lo comun con golpes ó llamadas sobre los muebles ó utensilios, sobre el suelo, sobre las paredes, y aun en el aire; parecíanse aquellas llamadas al ruido que se produce pegando con los nudillos de los dedos sobre una mesa. Convinieron entre sí y con los espíritus, complacientes á todos sus deseos, que el *no* se expresase con un solo golpe, el *si* con tres, y el *quizá* con dos. Cuando se desea contestacion por medio de palabras, se nombra, y, aun mejor, se escribe una letra del alfabeto, y si debe conservarse esta, los tres golpes anuncian que *si*; si ha de desecharse, un solo golpe dice *no*: y asi, ensayando una despues de otra las letras del alfabeto, se consigue escribir lo que los espíritus se complacen en dictar. Fijadas en esta forma, que tiene un tanto de grosera y un mucho de larga, las leyes de habla tan maravillosa, las señoras Fox se convirtieron en medianeras saguras para dar paso á todo el mundo á que conversase con los espíritus: se convirtieron en lo que los americanos llamaron un *medium*. Comenzaron sus sesiones públicas, teniendo al principio incrédulos, despues secuaces, y al cabo imitadores; de manera que en breve tiempo los *medium* pasaban de 40.000 en la Confederacion de los Estados-Unidos, habia siete diarios dedicados á propagar esta nueva práctica, ó á referir las respuestas que por tal medio se logran de los espíritus, y se publicaron muchos libros para decantar las estupendas maravillas del *Espiritualismo*. Los métodos empleados al principio fueron poco á poco perfeccionándose:

y á las respuestas por via de afirmaciones y negaciones, se sustituyeron las respuestas por via de ciertos alfabetos acústicos; estas se trocaron, ó bien en respuestas escritas por mano del *medium* que guiaba rápidamente el espíritu (*Writing mediums*), ó con respuestas que tambien el *medium* expresaba con la lengua, á quien obligaba á un habla no espontánea el espíritu (*Speaking mediums*). Pero el espíritu que se apodera del *medium* deja siempre una duda en los ánimos, mas dispuestos á creer que alguna impostura los engaña, que no á figurarse á aquel en comercio con seres invisibles. De aquí un nuevo y mayor grado de perfeccion en facultad de responder comunicada á los seres inanimados; y al finalizar el año 1851 empezaron á rodar las mesas, á moverse los enseres á golpear los banquillos, á escribir los lápices atados al pié de algun candelabro, ó de un velador, ó de un escabel, ó de un objeto cualquiera á quien el *medium* tuviese capricho de aplicar la virtud de responder.

Europa que habia regalado á América el espiritismo, niño todavia, como lo era en el sonambulismo, en la clara vision en el éxtasis y en el misticismo magnético, le recobró, conducido por ella á madurez perfecta, en los fáciles *medium* americanos. El vapor *Washington* fué el encargado de esta que llamaremos como recompensa; y por la via de Bremen y de Hamburgo el espiritismo americano invadió inopinadamente en 1852 la Europa entera, y se estableció y esparció en ella, sin que nada sirviera ya para contenerle.

XIV.

El espiritismo en Europa.

Para tener una idea del punto á que ha llegado entre nosotros el espiritismo acá en Europa, despues de esta su reaproximacion que nos vino de América, bastará recordar á uno de los mas célebres medianeros de los espíritus, que en estos últimos años ha dejado atónitas á las mayores ciudades con las maravillas de sus prestigios. Douglas Home es ciertamente el *medium* mas afortunado que haya conseguido estar en relaciones con los espíritus, y hacerlos conversar con toda facilidad con cualquiera que recurriese á su mediacion. De complexion delicada, de semblante pálido, de cabellera rubia, agradable y suelto en su trato, con una fantasia de fuego y una inteligencia que rebosa perspicacia, reúne en si las cualidades naturales mas propias para semejante magisterio. Agréguese que heredó de la familia de su madre, escocesa de nacion, aquella dote de *segunda vista* nada rara en Escocia; y aprendió en América, donde estuvo por mucho tiempo, los mas recónditos secretos del espiritismo americano. Se intitula siempre dócil mandatario de las fuerzas invisibles, y se atribuye la mision extraordinaria de propagar por el mundo la que llama benéfica influencia de aquellas. Todas estas circunstancias reunidas hacen que mereza una mencion especialísima en este breve

compendio de la historia del espiritismo moderno.

Penetremos en su gabinete. Nada de extraordinario nos ofrece á la vista, nada que, ni aun de lejos, aparente artificio ó aparato. Y si teneis algun recelo de ir á su casa, por sospechar que debajo de cada uno de sus enseres pueda ocultarse algun artificio, no temais invitarle á ir donde mejor os acomode. El que quiere someterse á sus esperimentos es dueño de elegir su propia sala, el sitio donde suele sentarse, la ropa que quiere llevar, su postura ordinaria; nada se le prescribe como condicion indispensable para el buen resultado. Lo único que Home exige es que se apoyen las manos sobre un objeto cualquiera móvil y se pongan en contacto con las suyas. Entonces empieza una serie de fenómenos los mas variados, ya á medida del antojo de los presentes, ya á capricho de los espíritus, que son algo indisciplinados y obran á su gusto. El pavimento se mueve debajo de los pies con sacudimientos interrumpidos; la habitacion parece oscilar, vacila, se columpia; las mesas, cargadas de porcelanas y juguetes que la moda ha acumulado sobre ellas, saltan á compás ó se agitan con frenesí; por todas partes se oyen rechinamientos, chasquidos, estallidos de no sé que golpes sordos que se ignora quien haya producido y de donde vengan; algunos enseres de la habitacion se ponen en movimiento, y alli un velador de costura sube hasta el techo y se adhiere á él; aqui una butaca se mueve lentamente y se aparta de ti, un jarron de flores se cae hacia un lado, un candelabro se levanta apoyado en uno de sus pies. ¿Qué pasa aqui, que es esto? Un aire impetuoso al que acompaña el estampido del trueno estalla en tu saloncillo y apaga todas las luces, de jándote completamente á oscuras. Mas no temas,

porque esto servirá para hacerte disfrutar nuevas maravillas. De pronto una luz se difunde por el aposento, ya pálida y fosforescente, ya viva y radiante, ora plácida y continua, ora á chorros instables é interrumpidos.

Te quedas atónito y no vuelves de tu estupor. Y, con todo, esto no es nada respecto á lo que experimentarás cerca de ti, en tu misma persona. Un hálito frío, un airecillo glacial te pasa por las mejillas y te las acaricia fastidiosamente en todos sentidos: se mete por la abertura de la levita, te hinche las mangas y la ropa, y parece que quiere envolverte todo el cuerpo. Mientras procuras defenderte de esta molestia, un contacto cien veces doble mas molesto te la acrecienta: una mano invisible te pesa sobre las rodillas, te aprieta los brazos, te ase por el cuello, te oprime los hombros. Entretanto, la mesa, ó aquel otro cualquier objeto en que has apoyado la mano, semejante á una fiera que se prepara á combatir en la arena, comienza á encabritarse, á lanzarse, á sacudirse de uno á otro lado; oyes salir de sus entrañas golpes incesantes y repetidos, que te anuncian haber llegado el momento en que interrogues á los espíritus, despues que te han dado tantas señales de su presencia.

¡Adelante, valor, á la prueba! Evoquemos de los abismos el alma de un muerto: la de Nerón, si quieres, ó la de Lutero, ó la de Jordano Bruno ó la de Rousseau: debes nombrarla, y nada importa que sea la de un amigo tuyo, no conocido de ninguno de los circunstantes. Llámala, pues:—¿Estás ahí?—Estoy.—Dame pruebas de ello.—La mesa se despega suavemente del suelo, se levanta un trecho en el aire, y vuelve pausada á su sitio.—No me basta: quiero que para mayor seguridad te levantes dos veces se-

guidas.—La mesa obedece con exactitud.—Ni aun esto me satisface: quiero una prueba mas cierta aun de tu presencia.—La mesa se sube por el aire, se para un momento, luego empieza á girar sobre su pié, ya de diestra á siniestra, ya vice-versa, con tal celeridad, que los ojos se cansan de seguirla. Detiénese despues de golpe, y se desploma gravemente sobre el pavimento, donde antes se hallaba.

¿Estás ya seguro de la presencia del alma evocada? Si dudas aun, si quieres mas señales, pídelas, y verás quizá á aquella butaca arrastrarse lentamente por la alfombra, acercarse á tí, y hacerte una reverencia con la majestad de una gran señora; ó bien á aquella péndula dejar la meseta de la chimenea que adornaba con sus dorados, y brincar de pronto sobre tí; ó bien á aquel candelabro ponerse á bailar una zarabanda estrepitosa en medio de la multitud de los objetos de cristal, de las porcelanas y de los bronces, sin que rompa ó saque de su sitio nada, semejante al titiritero que baila puesto en zancos sin despachurrar los huevos que estan por tierra.

¿Eres aficionado á la música? Los espíritus te seguirán la inclinacion, te harán escuchar los mas alegres motivos, ó las melodias mas tiernas que puedas desear. Que haya ó no instrumentos, no hace al caso; de todos modos se oirá la música. Resonará en el espacio del ambiente, ó en la armoniosa caja del piano: te parecerá que descien-de de lo alto de la techumbre ó que sube desde los subterráneos de la casa: las teclas se moverán conforme sean las notas que la composicion exija, y las cuerdas vibrarán por si mismas, sin que las teclas las hieran con el martillo: irás á acercarte al piano para poner en él tus dedos, y el piano vendrá á saltos á ponésete delante.

Ninguno de estos modos es nuevo para Home; verifíquese éste ó aquel, recibirás igualmente deleite en los oídos, conmocion en el ánimo.

Pero lo que ciertamente no te deleitará, lo que tal vez te haga estremecerte, es aquel soplo sepulcral que de tiempo en tiempo sacudirá sus alas sobre tu rostro, sobre tu cuello y tus manos; son aquellas manos que no ves, pero que sientes mas de lo que quisieras; las cuales ora muelles y heladas, ora durisimas é hirvientes, te palpan, te comprimen, te hieren; son aquellos besos cadavéricos que te causan náuseas y te escitan la bilis, sin que te sea dado librarte de ellos. Sentirás sus efectos asquerosísimos, mas no descubrirás con la vista la causa que los produce: lo que verás y te hará temblar como ha hecho temblar antes que á tí, á otros mas intrépidos que tú, son unas manos cortadas, pero con vida, con movimiento, con fuerza poderosísima. Las verás aperecer de improviso sobre la mesa, moverse y agitarse. Guárdate de tocarlas. Intentáronlo otros y sintieron agarrar tenacísima y dolorosamente y al agarrar dejaban impresa la señal que por mucho tiempo no se borraba; y hubo quien dijo que estaban candentes, y quien que peludas, quien que llenas de hollin.

XV.

Fenómeno de las manifestaciones espiritistas y diversidad de los *Medium*.

Tal es el conjunto de los hechos que Home produce y reproduce cada dia en presencia de Europa, y que hemos reunido en un solo cuadro. Mas para ordenar en pocas palabras los varios fenómenos, que son mas ó menos comunes á todos los *medium* modernos, es preciso distinguir las *manifestaciones* de los espíritus, de las *comunicaciones* con ellos. Reconócense las *manifestaciones* en cuatro principales séries de hechos: 1.^a Fuerza oculta que mueve, levanta y detiene á los cuerpos pesados de un modo enteramente contrario á las leyes mas ciertas de la naturaleza. 2.^a Esplendores varios producidos en aposentos oscuros sin que haya nada que los ocasione. 3.^a Ruidos y sonidos de todas especies, desde el mas ténue chasquido en el aire, al mas profundo estampido del trueno; y á veces tambien sonidos armoniosos de instrumentos ó cantos de voces suavísimas sin que nada pueda originarlos. 4.^a Desórden en los actos orgánicos y espirituales, tales como rigidez improvisa en los miembros, respiracion interrumpida, sensaciones puestas en suspenso, percepciones inciertas, libertad maniatada.

En cuanto á las *comunicaciones*, se deben

distinguir cuatro categorías de estos órganos ó intérpretes de los espíritus, que se llaman *medium*, que es tanto como intermediarios ó medianeros entre el mundo visible y el invisible. La primera es muy rara: son los *audientes*, que oyen á los espíritus y conversan con ellos en el lenguaje ordinario. Mas rara es todavía la segunda; la de los *videntes*, que los ven en forma humana, muchas veces como aérea y vaporosa, algunas carnosas y corpulentas. La tercera y la cuarta son las mas ordinarias: constituyen la tercera los *escribientes*, que trazan letras en virtud del impulso irresistible de los espíritus, y los de la cuarta los *intérpretes* de golpes y movimientos convencionales.

A tal punto hemos llegado ahora, progresando siempre insensiblemente hácia una comunicacion mas explícita y mas clara con los seres invisibles. El mesmerismo, de quien se dijo ser una simple aplicacion del fluido animal ó vital, se trasformó en el sonambulismo, muy desde el principio, y el sonambulismo, se convirtió en lucidez, en éxtasis, en misticismo, segun el grado siempre mas elevado de comunicacion con la naturaleza invisible y sobrehumana. El fluido generador de tan admirables efectos se llamó magnetismo animal, y, olvidado de la naturaleza, no tardó en demostrarse amigo de los seres aun no animados, y desde los árboles magnetizados por Mesmer hemos llegado por grados á las mesas giratorias, á los banquillos que escriben, á los lápices proféticos. La sencilla exposicion de los hechos que hasta aqui hemos trazado, aun cuando muy sumariamente, nos da derecho á distinguir un vínculo comun que los une en un solo grupo, un mismo gérmen que en todos ellos se desenvuelve variamente y va perfeccionándose.

Estos hechos, que no son raros, ni secretos, ni están lejos de nosotros, han podido dar lugar á muchas falsificaciones é imposturas; pero no han podido ser y no han sido todos falsos; dado que el mundo ha podido dejarse envolver en la red por la pésima influencia de los malos espíritus, mas no ciertamente dejarse con tanta necedad engañar por bribones é impostores. Entremos á verlo mas pausadamente, pues es tiempo, conforme á nuestra promesa.

AUTENTICIDAD DE LOS HECHOS.

XVI.

La duracion de cerca de noventa años quita la posibilidad
á la impostura.

Lo primero que necesita probarse es que los fenómenos atribuidos al Mesmerismo, ó bien al Espiritismo, no son meras imposturas, sino hechos ciertos é indudables. Su realidad es el fundamento de este tratado; por cuanto, si los fenómenos de que hablamos no fuesen mas que tretas de embaucadores, ilusiones de vista ó de oído, manipulaciones de titiriteros, podriamos dar un adios á la ciencia, un adios al raciocinio, un adios á las deducciones y á los principios. Ni hay que proceder ligeramente en esta demostración. Para librarnos de un engaño grave y pernicioso, es preciso ser cautos en creer, lentos en juzgar. Débese apartar enteramente de esta discusion á la credulidad, y debe tomar su sitio la crítica, aun la mas severa, esta es la que ha engendrado en nosotros la conviccion que deseamos trasfundir en el ánimo de nuestros lectores: y para que asi suceda á puras razones, nos esmeraremos en presentar los argumentos en su mayor sencillez, esto es, desnudos de todo adorno. Fijemos en primer lugar lo que intentamos

probar ahora. Aquí no queremos indicar la causa, sino la realidad de los hechos. Indagar la causa será de otro lugar. Sea un fluido universal, un fluido biótico, magnético, mesmérico ó como quiera llamársele; sea un espíritu invasor, ó sea cualquiera otra la causa que produzca estos efectos, nada de ello debe preocuparnos por ahora. Lo que nos importa es asegurarnos del hecho. ¿Son ciertos ó no esos duros encuentros, esos variadísimos ruidos, esos deslumbrantes resplandores, esos sueños, ese ver claro, ese prever, ese adivinar; ó estamos siendo juguete de solapados embaucadores, que con sus artimañas se burlan de nuestra credulidad? Aquellos fenómenos, ¿son, en una palabra, realidad ó ilusión?

La contestación que daremos á esta pregunta es que son realidad. No, que cada uno de los hechos atribuidos á los magnetizadores ó á los *Medium* deban tenerse por verdaderos y genuinos; sino hay tantos genuinos y verdaderos, que van mas allá de lo que afirmamos. Y esto es lo segundo que queremos establecer anticipadamente. Decimos, pues, repitiendo poco menos que á la letra lo que hace algunos años aseguramos (1), que hay imposturas, mas que van detras de la verdad, y por algunos hechos de superchería charlatanesca que puedan citarse, existen otros innumerables tan autenticos que no cabe negarlos. Muy antiguo es el arte de aquellos que trafican con la credulidad pública, y á fuerza de alambicarse los sesos para tender finísimas redes á la ajena sencillez consiguen envolver suavemente en ellas no solo á los necios, que son los mas, pero muchas veces tambien á los discretos, los cuales creen que están sobre aviso y apartan de

(1) Série III, vol. VI, pág. 179.

si mismos todo peligro de engañarse. Mas los embaucadores estan sometidos á la ley universal, que es la de adoptar las apariencias y el sello de la verdad si quieren ser creidos. Si la verdad no los hubiera precedido de ninguna manera, sus tretas no tendrian en que sostenerse, y no solo dejarian de hallar quien los creyera, sino quien los oyera tampoco. Necesario se hace por lo mismo guardarse de los extremos contrarios: el que niega todo portento mesmérico ó espiritístico, y los mezcla en monton entre los tramantojos de los charlatanes; y el que con los ojos vendados los acepta todos y los tiene por igualmente sinceros y genuinos. El justo medio se hallará en esto; admitir no tan solo la posibilidad, pero la facilidad y la existencia de la impostura; y sin embargo, no atribuirlo todo á la impostura; con ofensa notable del buen sentido y de la sana razon.

¿Cómo en efecto puede creerse que únicamente á fuerza de charlatanerias se haya sostenido por espacio de noventa años, que son los que han trascurrido desde los primeros experimentos de Mesmer hasta nosotros, la creencia y la práctica de estas novedades, y que antes bien haya ido siempre extendiéndose y creciendo mas hasta llegar á ser no solo comun, pero en algunos paises universal y vulgarísima? El tiempo es el amigo de la verdad y del derecho: el enemigo de la falsedad y de la injusticia. Entre las falsedades mas fáciles de descubrir está la impostura, porque no tiene, como muchos errores, el traje y el modo de obrar de la verdad; pero únicamente la máscara de ella. Compréndese, pues, una impostura triunfante por poco tiempo; una impostura que siga triunfando por tan largo espacio de años no es comprensible.

Y no solo por la naturaleza general de todas las falsificaciones, mas por la especialísima de esta. Las maravillas del Mesmerismo se presentaron á la vista de las gentes, cuando por obra de la filosofía incrédula del pasado siglo, se atribuía precisamente la nota de impostura á todo lo que supiera algo á prodigio. Imposturas debían apellidarse entonces los milagros, imposturas las profecías, imposturas las revelaciones, imposturas especialísimamente las obsesiones, los encantamientos y las cosas de mágia. Todo lo que estuviera por encima ó por fuera de las leyes ordinarias de la naturaleza, se predicaba en el órden de las ideas como absolutamente imposible, y en el de los hechos por seguramente falsificado, tal era la disposicion de los ánimos que debían los primeros sentenciar respecto á los prestigios de Mesmer; aquel que en la realidad veía impostura, nos parece que no habia de estar muy inclinado á ver en la impostura la realidad. Y así sucedió en efecto: por cuanto todos los que en los sillones académicos, ó en las cátedras universitarias, ó en los bancos escolásticos, ó en los grupos de café y de salon se la echaban entonces de espíritus libres, y hacían coro al sofista de Ferney, todos á una sentenciaron que las novedades mesmerianas eran pura charlataneria, y que sus secuaces eran turbas de crédulos ó de embaucadores. Ni esta sentencia se profirió entonces lánguidamente, ni se abandonó mas tarde con cobardia. Desde un principio comprendieron que el magnetismo era un error funesto para ellos, y que era menester combatirle con todo ardor, so pena de ver derrumbarse todo su edificio científico. Dos solas vías tenían para oponérsele: negar la existencia de los hechos, y de este modo derribar el árbol arrancándole de

raiz; ó, aceptando los hechos, explicarlos por medio de la aplicacion de las leyes ordinarias de la naturaleza. El segundo camino, que muchos intentaron seguir, no condujo al término deseado, y no hubo explicacion que resistiera al exámen del buen sentido y de la ciencia: así que todas las que se idearon fueron, una en pos de otra, abandonadas. Atuviéronse, por consiguiente, al primero, y con tal persistencia, que hasta hace pocos dias aquel gran diario titulado *Des Débats*, proclamaba sentenciosamente que los portentos atribuidos al espiritismo deben dividirse en dos clases, en portentos que no se prueban, y en portentos que no prueban: es decir, en hechos que pueden explicarse naturalmente, ó en hechos que no pueden aceptarse, porque no pueden explicarse.

Si esto es así, ¿cómo ha podido suceder que tales portentos hayan continuado sosteniéndose por espacio de noventa años, habiéndolos tildado tantos y con tanto celo y obstinacion de mera impostura? Si realmente lo fuesen, ó hubieran desaparecido del todo, ó se tendrian por tales y como tales pasarían, útiles solo para sencillo pasatiempo de sociedad. Pero llamarlos impostura tantos, y propagarse como pura verdad, es cosa que sobrepaja á todas las probabilidades; porque el género humano no se deja sorprender tan largo tiempo y tan universalmente, y, lo que es mas, con tal y tanta desfachatez.

XVII.

Los prestigios mesméricos admitidos y examinados por toda clase de sabios y críticos.

Mas este primer argumento de la realidad del Mesmerismo se reviste de una evidencia aun mayor, si consideramos el número mas que extraordinario de certificaciones que nos dan fé de ella. Empecemos por las escritas, que están ó pueden estar en manos de todos. No hay quizá en la historia acontecimiento que haya despertado de tal modo el ingenio y movido las plumas de igual número de escritores. Pueden contarse, sin temor de exagerar, casi dos mil obras distintas que hasta ahora se han dado á luz, ya en pró, ya en contra del Mesmerismo. Este hecho no necesita que le probemos aquí: hará doce años que el Sr. Malherbe demostró que la biblioteca mesmeriana pasaba del número de 1,500 obras: y entonces, por fortuna, Italia se hallaba representada en este número de un modo por extremo reducido. En el espacio trascurrido de entonces acá, el que le señalase nada mas que cuarenta libros cada año, con los cuales se llega á los otros 500, se quedaria corto respecto á la verdad, en atencion á la voga que ha tomado este asunto, y el haber entrado Italia en la lid en los últimos cuatro años, con un número proporcionadamente considerable de nuevos campeones.

Si los hechos mesméricos no hubieran sido mas que una simple engañifa, fueran suficientes pocos libros para descubrirlo al mundo; y la razon para tantas obras publicadas, antes bien la materia misma, hubiera faltado. No hay ofensa que hiera mas el amor propio que el grosero engaño, ó la burla manifiesta; y el que se ha convencido una vez de haber sido juguete de las marrullerías de otro, puede tenerse por cierto que no caerá por segunda vez en el lazo. Los que quisieran sostener aun que aquellos prestigios no fueron otra cosa sino destreza ó juegos de manos, ó engañifas de pillastres, suponen una de dos cosas: ó que la paciencia de los lectores no se haya cansado nunca, ó que la simplicidad de los mismos jamas ha venido á menos; de suerte que aquellos no se cansarán de ser engañados, ó de convencerse del engaño sufrido, y estos se contentasen con escribir y estampar para que nadie lo mirara, cuando ni menos lo creyera.

Mas desde el solo hecho, considerado genéricamente, de tantos escritores, pasemos á la calidad de sus escritos. En su mayor parte se entretienen en describir los fenómenos del Mesmerismo y en dar la explicacion de ellos. Los que se dan á negar rotundamente los hechos, ó á atribuirlos á la falsificacion, son en tan pequeño número, que si merecen mencion, por amor á la fidelidad histórica, no merecen consideracion por amor al buen juicio en la crítica. Hay, pues, en ellos una parte comun, en la cual universalmente convienen, y una especial, en la que cada uno se diferencia de los otros. Convienen en la exposicion histórica de los hechos; no convienen en la averiguacion filosófica de las causas. Tanto una circunstancia como otra favorece evidentemente á la verdad de los hechos. La favorece la parte

comun á todos; por cuanto si todos convienen en admitir los fenómenos mesméricos como reales é indudables, antes bien, si á los hechos particulares afirmados precedentemente por los otros cada uno añade, como lo hace, los suyos particulares, refiriendo sus mas mínimas circunstancias, de ello se desprende que se convierten en otros tantos testigos de la realidad y verdad de aquellos portentos. Para dar fé de un hecho sensible basta á las veces el testimonio de una sola persona, con tal que sea idónea y de probidad. Los hechos atribuidos al Mesmerismo son todos objeto proporcionado de los sentidos; golpes, encuentros, sonidos, luces, palabras, escritos y cosas así. No uno, no diez, no ciento, pero mil y mil testigos lo afirman; y no lo afirman de pasada, sino con toda detencion; y no con la voz, sino por la imprenta; y no en privado, sino en público. Y estos testigos son por la mayor parte competentes y honrados, de manera que ni de su ciencia ni de su veracidad puede haber duda. ¿Cómo, pues, esquivar el peso de tal testimonio que recoge no centenares pero millares de voces, que, cada uno en particular, y todas juntas gritan que han visto, que han examinado esos fenómenos, que se han asegurado de ellos? Posible es un excepticismo, siquiera exagerado, entre las gentes; mas el excepticismo que pueda poner en duda tantos testimonios y tacharlos de haber padecido engaño ó de engañosos, no es posible que se halle mas que entre los imbéciles ó los mentecatos. Mucho mas cuando la parte propia y diferente de cada uno de estos escritores convalida eficazmente la veracidad de la otra parte comun á todos. No se han copiado simplemente unos á otros: á menudo se han combatido. La parte teórica que exponen no los diferencia tan solo entre sí, sino que los

divide y hace enemistarse; no diremos que aislando á cada cual, de modo que sea cosa aparte, pero agrupándolos en haces poco fuertes por su número, pero muy batalladoras por ojeriza. Si entre estas huestes contrarias se hallase alguna que, como fundamento de sus propias explicaciones, hubiese puesto la falsedad ó el error, su enemiga no hubiera dejado de echar por tierra el edificio que levantara, minando precisamente sus poco firmes fundamentos. El que haya leído algunos de estos libros de controversia mesmérica, habrá conocido ya que la batalla no se traba entre ellos sobre el terreno de los hechos, sino sobre el de las causas. No es decir que alguna vez no se rechace esta ó aquella particularidad de un caso, ó aun este ó aquel particular suceso, sino que la suma de los hechos que cada cual refiere permanece intacta. Por el contrario, el rechazar alguno de ellos, demuestra que los demas no se admitieron á ciegas, sino advertidamente y tras una discusion y una sentencia.

Pero lo que mas importa es considerar la calidad de los escritores, que con su asentimiento han confirmado la realidad de los fenómenos mesméricos. Hombres eminentes en ciencias, de las cuales son verdaderas glorias, acostumbrados á pasar por tamiz cada palabra, á discutir cada principio, á hacer, por decirlo así, la anatomia de cada hecho; hombres dotados de imaginacion reposada y discretísimo ingenio; todos los que en tan largo espacio de tiempo se han dado á las ciencias físicas, racionales, morales ó sociales, todos han querido darse cuenta de las maravillosas novedades que se les referian, y han formulado su parecer sobre los hechos y sus causas. Los Faraday, los Cubier, los Laplace, los Hufeland, los Franklin, los Berzelias, los Orfila,

los Broussais, los Arago, los Panizza, los Malfatti, los Orioli, los Récamier, los Gioffroy, los Claproth, los Hernostaedt, los Husson, los Babinet, los Lavater, los De Jussieu, los Gregory, los Elliotson, es decir, la flor y nata de los astrónomos, físicos, químicos, médicos de nuestro tiempo, y con ellos tantos otros que, por lo que valen en ciencias, pueden muy bien ir á la par con estos; todos ellos, decimos, tras muchos y diligentes exámenes, han reconocido solemnemente la verdad de los hechos mas extraordinarios del Mesmerismo y del Espiritismo. ¿Quién, pues, al oír pronunciar tales nombres, se atreverá á decir que quienes los llevaban carecian de la habilidad necesaria para descubrir el engaño, si le habia, ó de la honradez necesaria para no pasar ellos mismos por engañadores? Su testimonio positivo y directo excluye, por tanto, toda duda, y pone el colmo á la verdad plenamente averiguada ya de tales hechos.

No hemos insertado entre estos nombres ilustres el de ningun eclesiástico, porque queremos hacer mencion aparte de ellos. La crítica teológica para descubrir la verdad ó la falsedad de un hecho, tiene, entre otras, esta ventaja sobre la crítica filosófica: que al admitir todos los criterios de la filosofía, les agrega los de la teología, y con ellos cierta costumbre de justificación, que puede llamarse severidad, tratándose de hechos extraordinarios. Los incrédulos se burlarán de la preeminencia que damos á la crítica teológica sobre la filosófica; pero sus burlas no destruirán el hecho, que es notorio, ni las razones del hecho, que son muchas. Nosotros, escribiendo para el que no es incrédulo, en vez de demostrarlo, lo tomamos por base de una nueva confirmacion de nuestro argumento. Muchos escritores ecle-

siásticos han examinado la realidad de los hechos magnéticos, y los han admitido como indudables. Merecen el primer lugar aquellos Pastores, y son muchos, que han dirigido á sus greyes palabras autorizadas para prevenirlos contra el uso y la práctica del Mesmerismo, en sus varias formas; amonestaciones que, cuando menos hubieran sido vanas á no tratarse mas que de conocimientos ó de trampas de titiriteros, por mucho que estos tuvieran de malignos.

Vienen despues aquellos escritores teólogos que de ello han tomado asunto para sus tratados, entre los cuales, á fin de citar solo algunos de los mas conocidos, y para excluir á aquellos cuyas explicaciones debemos combatir despues, nombraremos al eminentísimo señor Cardenal Gousset; á monseñor Sibour, Arzobispo de Paris; al ilustre Padre Ventura, de los Clérigos teatinos; al Padre Caroli, de los menores conventuales; á los Padres Gury, Pianciani, Pailloux, de la Compañia de Jesus; al Padre Tizzani, de los Can. regulares lateranenses; á los Abates Guillois, Maupied, Caupert, Sorignet, Monticelli y Alimonda. Todos ellos están de acuerdo en su crítica teológica con los sábios antes referidos; todos aceptan, y antes bien las mas de las veces demuestran á poder de rigurosos racionios, la existencia efectiva é indudable de aquellos fenómenos. Esta armonia es muy digna de ser notada; dado que se trata de hombres cuyos sistemas, cuyas opiniones, cuyas sentencias no solo se diferencian sino que muchas veces se combaten y hasta se excluyen. Ella, pues, acabará de quitar toda duda, si alguna pudiera quedar todavía.

Ni es solo la ciencia, solo la probidad de estos testigos quien los hace por extremo merece-

dores de fé. Los hace ademas tales la naturaleza misma de sus testimonios, y la mole de los documentos por demas ciertos con que los confirman la mayor parte de las veces. Porque no se trata de hechos secretos, sino de públicos y sucedidos en presencia de todos y en que todos podian participar y participaron. No se trata de sectas ó conventiculos que, por interes ó por alucinacion que padezcan, reserven nada mas que á sus propios individuos aquellos privilegios; trátase de todas las naciones, de todas las facciones políticas, de todas las creencias religiosas. No se trata de personas vulgares y capaces de dejarse fácilmente engañar; antes, por lo contrario, el vulgo ha participado apenas en ello, y fué de lo alto de la sociedad, esto es, de la nobleza, de la ciencia, de las eminencias sociales, de donde salieron los primeros experimentadores y los testigos que mas afirmaban aquellas extraordinarias maravillas. No se trata, por último, de experimentos raros, fugitivos, sutiles, que aparecen un instante para volver á desaparecer, y no dejan á la imaginacion atónita que reflexione y discierna: se trata de sensaciones palpables, mucho tiempo prolongadas, repetidas á placer, que se verifican á deseo de cada cual. Por lo tanto, en hechos de tal naturaleza, el engaño, aun en personas comunes, es, cuando no imposible, difícil por demas: ¿qué diremos respecto á personas de la elevacion y cultura de las que antes mencionamos?

Pero ademas de la naturaleza de los hechos, hay que considerar la naturaleza de los documentos, que, para probar los hechos, traen los escritores arriba citados. Muy frecuentemente sus narraciones se hallan comprobadas con relatos por escrito, firmados con el nombre y apellido, y

expresando el domicilio de los actores y testigos oculares de aquellos hechos. Y en estos públicos instrumentos se ven muchas veces firmas de hombres superiores á toda excepcion por su categoria social y por sus conocimientos; y á menudo en número mayor del necesario para la mas difícil informacion de testigos; y siempre tan seguros en el afirmar que alejan hasta la sospecha de toda ilusion.

Reasumiendo, pues, en breves palabras lo que en este párrafo hemos manifestado, decimos que la fé dada á las maravillas mesméricas se apoya en testimonios de personas superiores por el número á todo cómputo, mayores de toda excepcion por su competencia, ajenas á toda sospecha por su profesion, exentas de toda exclusion por su honradez. Por consiguiente, de ahora en adelante, ó bien no podrá admitirse ningun testimonio histórico, y en punto á hechos todo habrá de quedarse dudoso é incierto; ó el hecho de los portentos mesméricos debe reputarse como comprobado y por demas seguro.

XVIII.

Adversarios despreciadores del Mesmerismo, trocados, por la evidencia de los hechos, en testigos eficaces y autorizados.

Una particularidad notable nos obliga á detenernos aun en estos públicos testimonios del Mesmerismo. Muchos de entre los suscritores favorables, habian sido acérrimos adversarios de él; y su conversion no fué repentina, ni poco disputada. Médicos de profesión en su mayor parte, y muchos de ellos materialistas en filosofía, experimentaban, por las preocupaciones de sus estudios y por el interes del arte médico, cierta repugnancia invencible á admitir una série de hechos y de principios que trastornaba de un golpe sus ideas y sus esperanzas. El Mesmerismo, considerado cual solia serlo, como un nuevo sistema de terapéutica universal, amenazaba derribar los métodos hasta entonces establecidos y practicados por ellos con tanto orgullo y provecho. Considerado como ciencia, los forzaba á admitir la existencia de espíritus que obran sobre los seres orgánicos, con manifestaciones tan claras y evidentes, que todos los sofismas de los materialistas se hundian inexorablemente ante ellas. Invitándolos por consiguiente tanto el interes como el orgullo á rehusar todo crédito á estos nuevos prestigios, y de hecho le rehusaron.

Antes bien, publicando esta su incredulidad, habian contraido una obligacion de honor, de la cual solo la mas clara evidencia podia apartarlos. Y se apartaron en efecto, ofreciendo á la fuerza irresistible de la verdad un sacrificio penoso. Médicos eran, y no de escasa nombradía, Bellanger y Loubert, ambos franceses, ambos muy conocidos despreciadores del Mesmerismo; y llegaron ambos á tomar su defensa tan calurosamente, que se cuentan entre sus principales campeones. Lo propio aconteció á Hufeland de Berlin, á Passavant de Francfort, á Bosker de Groninga y á Stoffregghen, primer médico del Emperador de Rusia. No eran médicos, es cierto, ni el renombrado Hoffman, ni el conde Ponin de Mosca, y, no obstante, merecen, por su conversion de la mas abierta incredulidad al crédito mas pleno y público, ser contados con estos médicos. Otras conversiones, y tambien notables, citan los que han tratado del magnetismo, que seria demasiado largo, y por cierto poco útil, enumerar particularmente.

Hay, con todo, una que debe ser distinguida entre las demas, ya por el ruido que produjo, ya por los efectos que ocasionó. El doctor Rostan, uno de los médicos mas célebres de la facultad de Paris, empezó desechando toda autenticidad en los hechos del Mesmerismo, y á despreciarlos todos como una pésima farfulleria, de la cual convenia que los discretos se guardasen; y asi con su palabra y con sus escritos, en que campeaba la conviccion mas íntima, inducia á todo el mundo á que no les prestasen su fé.

Mas la experiencia que de él tuvo que hacer en el ejercicio de su profesion, convenciole de tal manera, de la realidad de los fenómenos, que hasta aquel dia habia clasificado entre los trasta-

jos de los saltimbanquis, que sin temor á la ridiculez de que iba á cubrirse, quiso tributar público homenaje á la verdad, consignando su nueva y mas prudente conviccion de los varios artículos que insertó en el *Diccionario de medicina*. Oigamos á él mismo referir como llegó á este resultado:

«Cuando yo, muy jóven aun, oí hablar por primera vez, del magnetismo animal, los hechos que se me referian estaban tan poco acordes con los fenómenos fisiológicos que yo entonces conocia, que tuve lástima de algunos á los cuales reputé dominados de un nuevo género de locura: ni se me ocurrió siquiera en la imaginacion la idea de que un individuo dotado de razon tuviese nunca que prestar fé á semejantes quimeras. Y hablé y escribí bajo estos sentimientos por espacio de unos diez años.

Deplorable ejemplo de una ciega preocupacion de juicio, la cual, llevándonos á descuidar el único medio positivo de instruccion que poseemos, es decir, la aplicacion de nuestros sentidos, nos envuelve en largos y á veces tambien irremediables errores. Pero sucedió el caso de que por simple curiosidad, y solo por via de prueba, me dí á ejercitar el magnetismo. La persona que se sometia á él no conocia ni por asomo sus efectos: nótese esta circunstancia. Cual fué mi admiracion cuando á los pocos instantes excité fenómenos tan singulares, tan fuera de lo acostumbrado, que no me atreví á hablar de ellos á nadie por miedo de parecer ridículo... Y no tuve que verificar los fenómenos magnéticos sobre una sola persona: sino que con motivo de mis observaciones elegí individuos de varia condicion, de diferente sexo, muchos de los cuales, ignoraban hasta el nombre del magnetismo; literatos,

alumnos de medicina, epilépticos, señoras de la buena sociedad, jóvenes, algunas de las cuales se asustaban hasta de secundar mis experimentos. Continué en esta manera de exámen por espacio de muchos años, y únicamente por el gran interés que me causaban aquellas indagaciones. Y fuera de un pequeño número de excepciones, obtuve siempre fenómenos dignos de la mayor atencion... Finalmente, nuestro cofrade y amigo Géorget, cuyo pirronismo no puede ponerse en duda, ¿no ha estimado como deber suyo el vencer todo miserable respeto humano y publicar lo que los hechos le habian enseñado? Muchos de sus experimentos tuvieron lugar en mi casa: no teníamos ambos mas objeto que el de instruirnos: ambos á dos íbamos con un espíritu de duda y de indagacion. ¿Qué interes podia tener el doctor Géorget en publicar el resultado de sus observaciones? ¿Y cuál es el que pueda tener yo ahora en sostenerle? Si yo creyese que le engañaron, ¿querria participar de esta nota? Si él era un bribon, ¿iria yo á hacerme su cómplice? (1)»

Estas palabras llevan consigo tal sello de verdad, que bastarian solas para convencernos de la realidad, aun cuando nos faltara todo otro testimonio. Las hemos citado para dar una muestra de la calidad de aquellos sobre los cuales se funda la realidad; dado que la mayor parte de los escritores hablan con igual conviccion.

(1) *Diction. de Médecine* en 18 vol., tom. XIII, art. *Magnétisme*.

XIX.

Las instrucciones hechas para promover, aplicar ó examinar el mesmerismo prueban su realidad.

Por mucho que pueda parecer supérfluo cualquier otro argumento, tras de los aquí antes aducidos, para el que no se halle prevenido, con todo, á fin de vencer totalmente las repugnancias de ciertos excépticos, no estará demas indicar otros de un género nuevo, que por si solo seria capaz de establecer una prueba la mas convincente. Este género consiste en aquellas instituciones públicas que deben su origen á los fenómenos magnéticos y que seria ridículo atribuir á la impostura. Empecemos, pues, por el mas ligero de todos, cual es el periodismo.

Los periódicos instituidos exclusivamente con objeto de difundir en el público el conocimiento del Mesmerismo, son en gran número, y cada idioma cuenta los suyos. Para circunscribirnos á las dos naciones, francesa é italiana, como aquellas que mas estrechamente confinan entre si por la semejanza de idioma y de ideas, podemos citar, por lo que hace á Francia, *Les annales du Magnétisme*, *la Bibliothèque du Magnétisme*, *l'Hermès*, *Le Magnétiseur spiritualiste*, *la Magie du XIX siècle*, *le Journal du Magnétisme*, *la Sonnambule*, *l'Union magnétique*; y en Italia, y solo en estos últimos años en que han logrado

la libertad para ser publicados, *il Magnetofilo*, *il Mesmerista*, *la Luce magnética*, *la Cronaca del Magnetismo animale*. Inglaterra tiene los suyos, Alemania los suyos, y mucho mas numerosos la América. ¿Sería posible la aparicion y la duracion de uno solo de esos periódicos, cuanto menos de tantos, si el asunto que le sirve de única base, no fuera mas que de fábulas, ó ilusiones, ó marrullerías? Los periódicos no se sostienen sino por el concurso de los que aprueban ó quieren por lo menos conocer la idea que defienden, los hechos que anuncian: por donde son testigos á un tiempo y efecto de una creencia, de una opinion comun á muchos. Un periódico que se convirtiese en paladin de una supercheria, sería indudablemente acogido con el público desprecio, y antes que nacido, pudiera decirse que estaba enterrado bajo el mismo desprecio.

Pero aun mas fuerte que el de los periódicos es el argumento que se saca de las instituciones ó funciones científicas que engendró el Mesmerismo. Círculos, ateneos, academias magnéticas se han visto formarse y florecer en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en América: allí sus individuos, personas de varia cultura y de bien merecida fama por su honradez; allí sesiones públicas y accesibles á todos; allí discusiones seriamente entabladas y calorosamente seguidas. Y ya que la principal aplicacion que del Mesmerismo se ha hecho haya sido para curar á los enfermos, nada mas natural que fundar enfermerias públicas ó como suelen apellidarlas *Dispensarios magnéticos*, donde los enfermos sean recogidos á fin de someterlos á este nuevo y extraordinario método. Lóndres, Dublin, Edimburgo, Berlin, Paris, Lyon, Tolosa, Strasburgo, Bayona, Turin y otras

muchas ciudades tienen sus Dispensarios en Europa; tienen los suyos América y hasta la India inglesa. ¿Puede caber parte á la impostura en semejantes instituciones? Aqui no se trata de hacer ganancia sobre la credulidad agena, sino de gastar el dinero propio; no se trata de entretenerse con pasatiempos inofensivos, sino de poner en peligro la propia vida. Por tanto, institutores y enfermos, lejos de poder ponerse de acuerdo para engañar al mundo, tendrian un grandísimo interés en descubrirse mutuamente. Asi, su existencia puede y debe llamarse un monumento público de la verdad de los hechos, y por consiguiente constituye para nosotros un argumento que llamaremos social en favor de esta verdad.

Finalmente, deben referirse á esta clase de pruebas los actos de autorizacion de los varios gobiernos de Europa, con los cuales se comprueba plenamente la verdad del Mesmerismo. Dejamos de mencionar algunas sentencias de tribunales, que han debido recaer acerca de la impostura ó de la realidad de estos hechos, y que han decidido á favor de la realidad contra la impostura. Dejamos á un lado las comisiones de médicos nombradas por los gobiernos de Prusia, Rusia y Dinamarca con encargo de examinar tales fenómenos, y que concluyeron juzgándolos ser verdaderos y subsistentes. La brevedad nos prohíbe detenernos en estas particularidades, para poder decir algo mas acerca de dos decisiones de dos Academias insignes, que deben pesar mucho sobre los ánimos aun preocupados.

Mencionaremos en primer lugar la Academia Real de Ciencias de Berlin, que en 1818 propuso un premio de 3.300 francos para quien *pudiese atribuir los hechos del Mesmerismo á la naturaleza orgánica*. La duda, por tanto, de aquella ilus-

tre Academia, no era acerca de lo auténtico de los fenómenos, sino acerca de la causa que los produce.

Mas explícito fué el voto de la Real Academia de Medicina de Paris. En 1781 habia esta Academia negado toda fé á los experimentos de Mesmer, y un juicio tan hostil era citado continuamente por las dos partes contrarias; á saber: por los secuaces de Mesmer para desconceptuar á la Academia, y por sus contradictores para desconceptuar al Mesmerismo. El doctor Foissac, en 11 de Octubre de 1825, solicitó de la Academia que tuviese á bien someter á un nuevo exámen el magnetismo animal para reformar ó confirmar la primitiva sentencia. El 15 de Diciembre, el doctor Husson leyó un informe que firmaban él y los doctores Anelon, Pariset, Marc y Burdin el mayor, á favor de lo propuesto por Foissac: y de sus resultas la Academia se decidió á nombrar una comision de once de sus individuos, á los cuales dió encargo de examinar escrupulosamente los fenómenos del Mesmerismo á fin de que informaran sobre ellos á la Academia. Seis años enteros emplearon en este exámen (1826-31); y en tan largo espacio de tiempo se hicieron pruebas y experiencias de todas clases, se oyeron impugnaciones y defensas de todas suertes. En Junio de 1831 se leyó y aceptó finalmente el informe favorable de aquella comision, firmado con los ilustres nombres de los que la componian (1). En este informe se reconocen como hechos auténticamente comprobados:

I. La accion médica del hombre sobre el

(1) Bourdois de la Mothe, Fouquier, Guéneau de Mussy, Guersant, Husson, Stard, Leroux, Mare, Thillaie, etc.

hombre, ejercida por el medio de la sola voluntad, y manifestada por el de actos exteriores en diversas formas:

II. La insensibilidad producida por la accion referida en el magnetizado, de manera que puedan ejecutarse sobre él sin dolor las operaciones quirúrgicas;

III. La especial eficacia de dicha accion para producir aquel estado particular de éxtasis que ahora llaman *clara vision*.

IV. La manifestacion de la medicina instintiva en el estado antes mencionado, en virtud de la cual un sonámbulo de clara vision tiene intuicion por sí y por otros de la naturaleza del mal la *prognosis* y la marcha del mismo, y los remedios que pueden curarle.

Si aquella Academia redujo entonces su aprobacion á estos solos hechos, no fué por ser menos ciertos los demas, sino porque no tenian relaciones tan estrechas con la medicina, respecto á la cual únicamente los examinaba.

Concluyendo, pues, este párrafo, decimos, que tantos públicos testimonios de instituciones y autoridades, libres y gubernativas, políticas y científicas, dan á nuestra demostracion tal sello que no puede ser ni mas evidente ni mas eficaz.

XX.

Exposicion presentada al Congreso de los Estados-Unidos
sobre el espiritismo en América.

Antes de abandonar este punto queremos, no obstante, citar por extenso un documento de grande autoridad, el cual, confirmando luminosamente lo que hasta aqui hemos dicho, nos abre el camino para aquello de que hemos de tratar en adelante. Los rumores magnéticos y las apariciones espiritistas habian despertado en los Estados-Unidos, entre los hombres de probidad y honradez, que se hallan aun en medio de aquel desbarajuste de sectas protestantes que los trabajan, las mas vivas aprensiones, ya por su frecuencia, ya por su enseñanza, ya por los perjuicios que se derivan de ello para la salud y la moral públicas. No habia ya casa, por decirlo así, ni familia donde no se interrogase á los espíritus en todas las cosas, por cualquier desastre, de cualquier manera. El lenguaje mas frecuente que empleaban estos espíritus predicaba abiertamente la destruccion de todo culto, la destruccion de toda autoridad, el relajamiento de todo vínculo, la inutilidad de toda moral. El alma evocada inspiraba á sus adeptos un deseo ardiente de destruirse por su propia mano, encareciendo las delicias de la otra vida

premio que no alcanzaban las buenas obras sino la firme voluntad de conseguirle. Eran por lo mismo numerosos los casos de suicidio que seguian á los experimentos de espiritismo. Mas comunes eran con todo los casos de locura, y los hospitales de dementes recibian todos los dias personas que habian perdido el juicio á fuerza de querer tenerle mas que las otras, poniéndose en comunicacion con el mundo espiritual. Pero los casos de divorcio, de enemistades, de venganzas, de abandonos, superaban con mucho á los de suicidio y á los de demencia, de suerte que la mayor desolacion tenia lugar en las familias. En tanta exaltacion de ánimos, con tan deplorables efectos como resultaban, todos tenian puesta la vista en el Congreso, persuadidos de que debia ocuparse en ello seriamente, para hacer cesar este tan nuevo peligro en que se veian los pueblos confiados á su Gobierno. Reunidos, pues, en consejo los mas concedores y expertos, refirieron en una exposicion la suma de los hechos, que estaban á la vista de todos, suplicando al Congreso que nombrase una comision, la cual mirase lo que debia pensarse, lo que debia hacerse en tan graves circunstancias. Esta exposicion es digna de que la copiemos por entero, ya sea por la autoridad de los que la redactaron, siendo estos las personas mas informadas que pudiesen dar testimonio de aquellos hechos, ya por comprenderse en ella los mismos fenómenos, que están todos allí ordenadamente expuestos y descritos. Dice asi:

«Los infrascritos, ciudadanos de la república de los Estados-Unidos de América, piden respetuosamente que se les permita exponer á Vuestra honrada reunion los fenómenos físicos é intelectuales, de origen dudoso y misteriosa tendencia, que se han manifestado en este pais,

así como en casi todos los de Europa. Estos fenómenos se han multiplicado ya tanto en el Norte, en el Centro y en el Oeste de los Estados Unidos, que preocupan vivamente la atención pública. La naturaleza del asunto, acerca del cual llamamos especialmente el interés de vuestra honrada reunión, puede ser justamente apreciada, por medio de un rápido análisis de los diferentes géneros de manifestaciones, de que damos breve indicio.

«1.º Una fuerza oculta que se aplica á remover, levantar, detener, suspender ó alterar de varios modos en su posición normal varios cuerpos bastante graves, y todo esto en oposición á las leyes conocidas de la naturaleza, y de una manera enteramente superior al poder comprensivo del entendimiento humano. Esta fuerza se manifiesta á millares de personas inteligentes y racionales, sin que los sentidos del hombre hayan logrado hasta ahora descubrir, de un modo que satisfaga perfectamente, la causa primera ó aproximada de tales fenómenos.

«2.º Relámpagos ó resplandores de forma y colores diferentes que aparecen en lugares oscuros, aunque no haya en ellos ninguna sustancia capaz de provocar acción química ó iluminación fosforescente, y en ausencia de todo aparato ó instrumento susceptible de engendrar electricidad ó producir combustión.

«3.º Otra fase del fenómeno, sobre la cual pedimos á vuestra augusta reunión que se fije, consiste en la variedad de los sonidos, frequentísimos por su repetición, varios por su carácter y más ó menos significativos por su importancia. Estos sonidos consisten parte en ciertos golpes misteriosos (*rappings*) que parecen señalar la presencia de alguna inteligencia invisible. Mu-

chas veces se escuchan sonidos análogos á los que se dejan oír en las oficinas de la diversas profesiones mecánicas, ó bien ruidos semejantes al zumbar de los vientos y al bramido de las olas revueltas, á los cuales se agregue el desgajarse de los mástiles y el abrirse de un buque en lucha con la tempestad. A veces estallan ruidosas detonaciones parecidas al estampido del trueno ó al retumbar de la artilleria; y estas detonaciones van acompañadas de un movimiento de oscilacion en los objetos circunstantes, y tambien de un temblor ó de una fuerte vibracion en toda la casa donde tienen lugar los tales fenómenos. En otros casos, unos sonidos armoniosos llegan á acariciar el oído, parecidos en ocasiones á voces humanas, y mas á menudo al acorde de varios instrumentos de música. Los sonidos de la flauta, del tambor, de la trompa, de la guitarra, del piano y del arpa, se han escuchado reproducidos misteriosamente, ora unidos, ora separados, y sin la presencia ni el empleo de los mismos instrumentos. Algunas veces eran los instrumentos que sonaban por sí solos y siempre sin ninguna apariencia de concurso humano ó de ningun otro agente visible. Parece que estos fenómenos se reproducen, en cuanto á lo que respecta á la cuestion, conforme al procedimiento y á los principios reconocidos de la acústica. Hay evidentemente movimientos ondulatorios por el aire, que llegan á herir el nervio del oído y el asiento del sentido auditivo, por mas que el origen de tales ondulaciones atmosféricas, no tenga explicacion plausible por parte de los mas severos observadores.

«4.º Todas las funciones, así del cuerpo como de la mente humana, se modifican por extraña manera, de suerte que producen un estado

del todo anormal en el sistema, y esto por medio de causas que hasta ahora ni se han definido ni entendido de una manera concluyente. El poder invisible suspende con frecuencia lo que nosotros ordinariamente consideramos como operacion normal de nuestras facultades, interrumpiendo las sensaciones, la posibilidad del movimiento, la circulacion del fluido animal; haciendo descender la temperatura de los miembros y de las partes del cuerpo hasta el frio y la rigidez de los cadáveres. Hubo ocasiones en que la respiracion se quedó detenida por horas enteras y por dias, despues de los cuales, así las facultades del espíritu como las funciones del cuerpo volvieron á tomar su curso ordinario. Seanos lícito, sin embargo, asegurar que á estos fenómenos siguieron muchas veces desconciertos permanentes de la mente, y enfermedades incurables; y no es menos cierto que muchas personas anteriormente atacadas de defectos orgánicos ó enfermedades incurables en la apariencia é inveteradas, se vieron súbitamente aliviadas ó totalmente curadas por el misterioso agente.

«No nos parece fuera de propósito mencionar las dos hipótesis generales por cuyo medio se explican estos singulares fenómenos. Una de ellas los atribuye al poder y á la inteligencia del espíritu de los muertos, obrando por medio de elementos sutiles é imponderables que recorren y penetran por cualquier forma y cuerpo materiales; y es de importancia observar que esta explicacion se halla en armonia con las pretensiones manifestadas por el mismo invisible y misterioso agente. Entre los que aceptan esta hipótesis se hallan muchos de nuestros ciudadanos, distinguidos así por lo que moralmente valen, como por la educacion, por el poder de su inge-

nio, por su eminente posición social y por su influencia política.

«Otros no menos distinguidos, desechan tal suposición, sosteniendo el parecer de que los principios conocidos de la física y de la metafísica permiten á los que los investiguen darse cuenta de todos esos hechos de una manera razonable y satisfactoria. Aunque no podamos concederles tanto respecto á esto, y aunque hemos llegado legítimamente á conclusiones muy diversas con relación á las causas probables de semejantes fenómenos, aseguramos, no obstante, respetuosamente á vuestra honrada reunión que los fenómenos antes mencionados, existen realmente, y que su origen misterioso, su particular naturaleza, su importante influencia sobre los intereses del género humano, reclaman una paciente, científica y profunda investigación.

«Ni puede razonablemente negarse que dichos fenómenos no están destinados á producir resultados importantes y duraderos, que interesen de un modo permanente á la condición física, al desarrollo mental y al carácter moral de una gran fracción del pueblo americano. Es cosa manifiesta que esas potencias ocultas tienen influjo sobre los principios esenciales de la salud y de la vida, del pensamiento y de la acción, y pueden destinarse á modificar las condiciones presentes de nuestra existencia, la fé, la filosofía de la época, así como el gobierno político del mundo. Considerando, sin embargo, que es esencialmente oportuno y estrictamente compatible con el espíritu de nuestras instituciones el dirigirnos á los representantes del pueblo para todas las cuestiones que pueda presumirse que han de conducir al descubrimiento de nuevos principios y á conocimientos prodigiosos para el gé-

nero humano, nosotros, vuestros conciudadanos, pedimos encarecidamente que se nos oiga acerca de este punto.

«En vista de los hechos y de las consideraciones que dejamos apuntadas en la presente exposicion, vuestros conciudadanos solicitan respetuosamente de vuestra honrada reunion, que se nombre una comision cientifica, á fin de que proceda al completo estudio de este asunto. Piden además que se les vote un crédito para que dicha comision pueda conseguir sus investigaciones hasta su perfecto cumplimiento. Creemos que los progresos de la ciencia y los verdaderos intereses del género humano lograrán un gran provecho de los resultados de las investigaciones que provocamos, en la firme esperanza de que nuestra súplica ha de ser aprobada y sancionada por las honradas Cámaras del Congreso federal.»

Hasta aquí la exposicion presentada al Congreso. La comision solicitada se nombró, pero los disturbios que sobrevinieron en América han retardado hasta ahora su juicio. Cualquiera que pueda ser este, en cuanto á la explicacion de los fenómenos, no suscitará ninguna duda por lo que hace á la existencia de ellos, conforme se ha referido anteriormente: porque en América el hecho mas comun y menos puesto en duda es precisamente ese espiritismo que la ha invadido por todos sus ángulos.

EN QUE CONSISTE EL ESPIRITISMO.

XXI.

Compendio de las razones que prueban la realidad
de los fenómenos.

El punto principal que ha habido necesidad de restablecer es que los hechos atribuidos al Espiritismo no pueden achacarse á la mentira y á la impostura. Prometimos demostrarlo hasta la evidencia, y nos parece que hemos cumplido nuestra palabra en el último artículo que ha visto la luz pública. Demos aquí un compendio de él. Tratándose de hechos que caen bajo la experiencia de los sentidos, no habia otro medio de demostracion que el de presentar testigos autorizados; tales que por su saber no pudieran alucinarse, por su honradez no trataran de engañar, y que, por los contrarios intereses, se prometieran verdadera y grande utilidad de quitar la máscara al fraude, si le hubiera. Todas estas condiciones se hallan reunidas en los testigos que hemos citado. Noventa años de uso cada vez mas creciente, puesto que siempre contrariado, de esta práctica han producido escritores á millares, periódicos en todos los idiomas, instituciones de todo género. Los hombres mas

doctos en las varias ciencias experimentales han certificado lo sincero y lo real de los hechos; y lo han certificado despues de haberlo negado primero ó puesto en duda, y despues de haberse visto, para certificarlo, precisados á variar de opinion por la demasiado manifiesta existencia de las pruebas que ellos mismos intentaron. Y debemos colocar en estas condiciones á las mismas Academias de ciencias físicas y de medicina. Sobrecogidas estas, en un principio, por lo nuevo y admirable de los hechos, que no sabian explicar por las leyes ordinarias de la naturaleza, y que no querian explicar recurriendo á fuerzas superiores y extrañas á la naturaleza física, negaron rotundamente lo auténtico de ellos atribuyéndolos á ilusiones y embustes. Tras varios años de pertinaz constancia en este juicio, se vieron obligadas á reformarle: y esta retractacion, mas que cualquiera otro testimonio, hace auténticos los extraordinarios fenómenos de que hablamos, como aquella que fué arrancada á hombres de muchísima experiencia, digamoslo así, á viva fuerza, por la certidumbre de sus prolijos experimentos, contra todo espíritu de corporacion y todo amor de interes. Finalmente, valen mucho para excluir toda posibilidad de charlataneria, los documentos de los varios actos gubernativos que tuvieron lugar así en Europa como en América, ya bajo forma de sentencias de tribunales, ya bajo la de pesquisas é instrucciones, ya bajo la de informes ó recursos; y todos fundados en la certidumbre de los hechos, ó que tendian á confirmarla con su autorizado sello.

No creemos, pues, que pueda hallarse un hombre de juicio y buen sentido, que niegue su asentimiento á tales testimonios. Si estos nada concluyen, no podria haber ya un solo hecho his-

tórico que mereciese crédito entre los hombres. Podrá recaer alguna duda sobre este ó aquel hecho especial, mas no será posible admitirla razonablemente respecto al conjunto ó la masa, llamémosla así, de los hechos que se atribuyen al Espiritismo. No es, por lo tanto, dado entrar con seguridad en el segundo exámen que nos hemos propuesto hacer desde el principio de este tratado, acerca de cual sea la causa productora de tales hechos.

XXII.

Del nombre y del objeto propios del espiritismo.

Esta nuestra segunda indagacion no podrá, con todo, llevarnos nunca á una conclusion exacta, si no salimos primero de un no sé qué de vago é incierto, en que hasta aqui nos hemos entretenido. Lo que en la exposicion histórica llamamos unas veces Mesmerismo, otras Magnetismo y otras Espiritismo, ¿á qué se reduce finalmente? ¿cómo puede definirse? ¿en qué condiciones obra? ¿qué efectos reconoce como suyos? ¿como se diferencia y distingue de las otras fuerzas existentes en la naturaleza, y que obran en el mundo? A todas estas preguntas conviene dar una respuesta clara y precisa, la cual nos sirva luego como punto de partida en las discusiones y en las pesquisas que tendremos que hacer con tal motivo.

Comencemos en primer lugar por el nombre. El mas antiguo es el de Mesmerismo; recuerda al primer escitador y propagador de estos hechos, al hombre que descubrió, como dicen algunos, esta fuerza existente, si, en la humana naturaleza, mas no revelada aun á la muchedumbre, ni confiada á las ciencias humanas. Es, pues, un recuerdo histórico, ajeno á todo sistema, vacio, por decirlo asi, de todo sentido, y que pueda aceptarse por todos, sin repudiar la idea que alguien

tenga respecto á la verdadera causa que haya de señalarse á los hechos. Los otros dos nombres deben llamarse sistemáticos, como los que se dan al conjunto de hechos de dos opuestos sistemas, presentados para explicarlos. Luego que aquellos hechos aparecieron en el mundo, se establecieron en la opinion de los hombres como dos opuestas corrientes: la una que los somete todos á causas meramente naturales, sin recurrir para nada á los espíritus y sin que estos intervengan; la otra que rechaza las causas naturales y reconoce solo en los espíritus los verdaderos autores de los fenómenos. Para la primera hállase haber prevalecido el nombre de Magnetismo, para la segunda el de Espiritismo. No puede decirse que el empleo de estos dos nombres sea indiferente, como el del primero; por que no significan solamente un agregado cualquiera de hechos, sino una hipótesis que los reúne. Cierto que mas de una vez y en mas de un escritor, se hallan mezclados; pero no queriendo achacar esto á poca exactitud en el modo de hablar debe explicarse por la costumbre admitida de usar tales nombres, no como expresivos de una idea sistemática, sino como empleados con mas ó menos frecuencia en ciertos tiempos, ó por mera conveniencia de lenguaje. Hemos preferido la palabra *Espiritismo* por ser conforme al concepto que hemos formado acerca del origen de estos fenómenos: pero á menudo usamos tambien la de *Mesmerismo*, porque está exenta de toda sospecha, y puede llamarse por completo inocente. Nos veremos precisados á valer nos no poco del nombre de *Magnetismo*, con sus derivados, cuando hayamos de exponer las opiniones ajenas con el lenguaje de quien así le nombró.

De la palabra pasaremos á la cosa. ¿Cómo

podrá definirse con fórmula breve y clara el Mesmerismo? En vano buscamos en sus partidarios la definicion de cual sea el objeto preciso acerca de que trata. Frases vacías de sentido ó extrañamente enrevesadas son lo que hallamos en todos: no hay una proposicion limpia y clara por mas que la hemos buscado. Las mas exactas, que son las que trae el ilustre P. Caroli en su docta y sesuda obra acerca del Mesmerismo (1), son tan absurdas, que el buen sentido, cuanto mas la lógica, deben desecharlas. Dejemos á un lado las infantiles inocentadas con que le define Guidi (2), que ora llama al Mesmerismo «Una ciencia de progreso, ó mas bien el complemento de todo progreso;» ora «El mas potente motor de la naturaleza;» cuando «La omnipotencia de la voluntad en la imposicion de una mano caritativa y pura sobre un infeliz doliente;» cuando «Un proteo inexplicable, ya visible, ya invisible, ya calmante, y en otras circunstancias sobrexcitante;» y otras veces «La propiedad de todo sér viviente de atraer una parte del fluido etéreo y universal, y de obrar con él, cuantas veces se quiera, sobre sus semejantes, sobre sí mismo, y aun sobre ciertos cuerpos inorgánicos.» Notemos solo lo absurdo de las que menos repugnan y tienen una forma menos absurda y desarreglada. Delausanne (3) define al Magnetismo como: «La accion de la inteligencia sobre las fuer-

(1) *Del Magnetismo animale, ossia Mesmerismo in ordine alla ragione ed alla rivelazione*; por G. M. Caroli, M. C. Bolonia, 1858.

(2) En la *Luce magnetica*, N. de 10 de Enero de 1857.

(3) Ap. CHARPIGNON, *Physiologie, Médecine et Mé-taphysique du Magnétisme*. Bruselas 1851, p. 45.

zas conservadoras de la vida;» pero así, en lugar de señalar al magnetismo su objeto propio y especial, le atribuye todos los pensamientos, todas las voliciones, todos los actos de las potencias inferiores del hombre. Igualmente incierta, pero mas absurda aun, es la definicion de Ricard (1), que dice: «El Magnetismo es la manifestacion de la facultad de la voluntad, que poseen todos los séres;» igualmente incierta, porque cada acto de voluntad nos haria ser magnetizados ó magnetizadores mucho mas absurda, porque concede á todos los séres, sin exclusion de ninguna clase, la facultad de la voluntad. El mismo vicio mancha, pero en un grado aun mas superlativo; la definicion de Gauthier (2): «Se entiende por Magnetismo la accion que un hombre puede ejercer, no solo sobre sus semejantes, sino hasta sobre si mismo, sobre los animales, los vegetales y la materia;» por cuanto para él no hay ya acto, gesto ó movimiento que no sea engendrado por el Magnetismo. Este absurdo se halla con diferentes palabras aunque con igual medida en la definicion de Charpignon (3), el cual, desechando las fórmulas ajenas, saca esta conclusion quizá mas infeliz que la de los otros: «Tenemos interés en comprender bajo la denominacion de Magnetismo humano todas las influencias que tienen su centro de accion en el hombre.» Mas como si esta exageracion fuera poca, Chardel (4), se complació en ensanchar todavia mas el campo y la eficacia del Magnetismo. denominándole: «Una

(1) *Almanach populaire*. Paris 1846, p. 2.

(2) *Introduction au Magnétisme*. Paris 1840, p. 7.

(3) Obra citada, p. 46.

(4) *Essai de psychologie physiologique*. Paris 1831 p. 205.

proyeccion ó transmision que el hombre hace de su propia vida en los seres que somete, y á los que de esta suerte hace súbditos suyos.» Pero lo que Chardel reserva en su eficacia únicamente al hombre, lo extiende Du Potet, mas atrevido que él, á todos los seres vivientes, asegurando que: «Se da el nombre de Magnetismo á aquel influjo oculto que todos los seres organizados ejercen de cerca ó de lejos unos sobre otros» (1).

Ved aquí, pues, como estos, á fuerza de ensalzar la propia profesion, han llevado la amplificacion hasta el punto tan increíble de reducir todas las fuerzas de la naturaleza orgánica á no ser sino Magnetismo puro. Antes bien por medio de estas definiciones vienen á reducirse á Magnetismo puro no solo las fuerzas de la naturaleza orgánica, sino tambien las facultades meramente espirituales del hombre. Pensar, querer, hablar, oír, y hasta dirigir, moverse, dormir todas las operaciones de la mente, todas las funciones de la mente, todas las perfecciones de los sentidos, todas las relaciones del hombre con los seres externos, y hasta todas las relaciones recíprocas de los animales entre sí, serian, en fuerza de una ú otra de estas definiciones, objeto propio, pertenencia especial del Magnetismo. Semejante absurdo ni se confuta ni se discute: basta referirle para que el simple sentido comun le rechace.

Demuestra, sin embargo, que esta, á quien quieren apellidar *ciencia nueva*, debe de ser cosa muy distinta que ciencia. Si lo fuese ¿sería posible que desde tantos há como se habla de ella, se discute de ella, se la hace objeto de estudios y

(1) *Manuel de l'étudiant magnétiseur*. Bruselas 1859, p. 13.

experiencias, no hubieran logrado los que ni son personas de poco fundamento ni vulgares, reconocer su objeto propio, distinguiéndole de los demás y determinándole en términos estables y ciertos? Y, con todo, así es: y nosotros, lejos de admirarnos de ello, decimos que esta nuestra misma discusión demostrará que así debía de suceder. Porque luego que hayamos estudiado la razón del Mesmerismo, veremos que la causa eficiente de los fenómenos mesméricos no tiene ningún límite fijo en su objeto, y ofrece por consiguiente muy fácil ocasión á tales generalidades. El defecto, pues, de aquellas definiciones es el de haber querido hallar una definición dentro del círculo de hipótesis puramente físicas ó fisiológicas. Solo fuera de este círculo es posible la definición, porque solo entonces se está en lo cierto. Y nosotros la daremos; pero nos veremos precisados á dejarla para mejor lugar, esto es, para cuando el discurso nos lleve á una conclusión evidente é irrecusable. Por ahora, no queriendo parecer que damos ya por cierto lo que aun debemos demostrar como tal, nos contentaremos, no con definir la esencia íntima del Mesmerismo, sino con circunscribir su parte externa; de suerte que, cualquiera que sea la hipótesis que se adopte para explicarle, esta descripción pueda servir para reconocerle y distinguirlo. El P. Caroli, á quien hace poco citábamos, nos la daría aceptable, á no existir la necesidad de ensancharla todavía mas, para incluir en ella los fenómenos puramente mecánicos y físicos, que sin duda alguna deben achacarse al Mesmerismo, según ya antes vimos, y según notaremos aun mejor en adelante. Para fijar, pues, en su justo punto la materia propia del Mesmerismo, abrazaremos bajo esta denominación «todos aquellos he-

chos, ya mecánicos, ya físicos, ya fisiológicos, ya psicológicos, que se producen fuera de las leyes ordinarias de la naturaleza, merced á la influencia aparente, mas ó menos directa de la voluntad del hombre, que se juzgue como dotado por la naturaleza de semejante facultad.» Creemos que no hay hecho, de los que refieren los mesmeristas, que no esté incluido dentro de los límites de esta descripción, y que, por el contrario, no se pueda incluir en ella ninguno que no tenga origen evidentemente mesmérico. Nos lo afirma la aplicación que de ella hemos hecho en muchos casos, y mas que esta prueba el raciocinio. Parecería obra demasiado larga declararlos; y aun mas que larga, inútil, siendo cosa fácil para nuestros lectores experimentar por sí mismos su exactitud. Propiamente no hay definición: mas queriendo omitir toda alusión á cualquiera hipótesis ó explicación, no era posible presentar sino una simple descripción.

XXIII.

Que condiciones se requieren para producir los fenómenos mesméricos.

Toda causa, al aplicarse á su propio objeto, quiere ser determinada á su acto propio, por la presencia en el objeto que recibe, de las condiciones que establecen la capacidad próxima en la causa, de emitir su propia accion. No debian en su consecuencia faltar al Mesmerismo, y se las señalaron con tanto mayor cuidado cuanto mayor era el afan de hacer que se admitiera entre los agentes ordinarios de la naturaleza. No hay entre cuantos se han ocupado del Mesmerismo uno solo que no conozca las siete famosas condiciones que el célebre magnetizador frances Alphonso Teste (1), exige en el paciente para que produzca fenómenos mesméricos. Para conocimiento de los noveles en esta materia, mencionamos aquí en compendio lo que enseña: 1.º En cuanto al *sexo*, tienen mayor capacidad para ser magnetizadas las hembras que los varones. 2.º En cuanto á la *edad*, la juventud y la adolescencia son las mas dispuestas; mas rebeldes la infancia y la vejez. 3.º En cuanto al *temperamento*, los nerviosos, los delicados, los sensibles, obedecen

(1) *Manuel pratique du magnétisme animal*. Bruselas, 1850, p. 38.

mas fácilmente á las influencias magnéticas que los sanguíneos y los robustos. 4.º En cuanto al *estado fisiológico*, la flacura, la debilitacion, el histerismo y la epilepsia son las mejores disposiciones que puedan desearse. 5.º En cuanto á las *cualidades morales*, es indispensable una viva simpatia, es muy útil una fé completa, y se desea un estado totalmente pasivo del espíritu y del cuerpo. 6.º En cuanto á las *condiciones frenológicas*, «los volúmenes relativos de las masas cerebrales y de los centros nerviosos no pueden dejar de tener gran parte en las operaciones magnéticas,» decia Teste (1), aunque hubiera podido callárselo, porque estas son palabras que nada dicen. 7.º En cuanto á las *circunstancias extrínsecas*, se requieren lugares quietos, tranquilos, solitarios; que los testigos sean muy pocos, de buena voluntad, nada incrédulos ni distraídos.

A estas siete condiciones, que exigia Teste, añadió el Dr. Tommasi (2) otras cinco, como muy idóneas para mejor sentir la influencia magnética. Son: 1.º El abuso de alguna funcion fisiológica. 2.º La abstinencia de ciertas sustancias medicinales, como los narcóticos, los preparados de arsénico, de mercurio, de cobre, etc. 3.º La ausencia de personas muy sensibles en el acto de la magnetizacion. 4.º El no hallarse en el lugar del experimento personas que otras veces hayan sido magnetizadas por el mismo individuo. 5.º El deseo de someterse al magnetismo, unido á la persuasion de la utilidad de este.

Asi como para el que ha de ser magnetizado

(1) *Manuel pratique du magnétisme animal*. Bruselas, 1850, p. 46.

(2) *Il magnetismo animale considerato sotto un nuovo punto di vista. Saggio scientifico per M. Tommasi, dottor fisico e magnetizzatore*. Turin, 1841, p. 70.

se piden todas estas condiciones, de la misma manera se exigen las suyas al que debe magnetizar. Referiremos en compendio las que el mismo Sr. Tommasi, el mas exigente de todos los partidarios del Magnetismo, enumera en la misma obra (1). Pide al magnetizador temperamento sanguíneo, salud perfecta, nutricion sustanciosa; quiere que no se ponga á la obra sino cuando la digestion esté á medio hacer; previene que elija un lugar apartado, escaso de luz, con aire puro, y de temple agradable; le exige edad viril, costumbre de huir del uso inmoderado de las funciones orgánicas, calma en el espíritu, flexibilidad en las coyunturas, humedad en los dedos, y ejercicio moderado en el Magnetismo; y por último, mira como enteramente indispensable una disposicion benévola hácia su paciente, y una voluntad resuelta y enérgica. A estas condiciones añade el conde Jaime D. Mami alguna otra que juzga de suma importancia: esto es, la capacidad de fijar la atencion sobre su paciente sin distracciones ni disminuciones; la confianza en su propio poder; la paciencia y la reflexion (2). Rostan reclama ademas cierto grado de superioridad ó social, ó intelectual, ó moral del magnetizador sobre el magnetizado.

Cualquiera conoce que este fárrago de condiciones es tal, que, si realmente se requiriera, el ejercicio del Mesmerismo habria de ser muy difícil; porque ya faltaria una en el paciente ya una en el agente, ya una en el tiempo, ya una en el lugar, y asi continuando. Mas hay que decir la verdad: las ponen los mas difíciles de contentar

(1) Id. p. 65.

(2) *Trattato teorico-pratico del magnetismo animale.* Turin, 1850, p. 108 y siguientes.

solo por sobra de seguridad, ó los mas dados á la pompa, por lustre y aparato. En realidad puede decirse que ninguna es absolutamente necesaria, porque, aun sin ellas, los experimentos salen bien. Hoy dia todos están de acuerdo en admitir que la manifestacion de los fenómenos magnéticos se consigue sobre toda clase de personas, en cualquier lugar, ante cualquier testigo, en cualquiera estado físico ó moral. Hay sonámbulos lo mismo que sonámbulas. Guidi, Husson, Garcin, Du Potet, Cahagnet, Puységur, Loubert, Charpigono y tros infinitos hablan de sueño y éxtasis magnético engendrados en hombres robustos, de edad mas ó menos madura, y hasta en ancianos campesinos. Se hacen los experimentos lo mismo en apartados gabinetes que en públicas salas de Academias. En Francia se estilaron y estilan mucho las reuniones públicas de Mesmerismo, permitiéndose á toda clase de personas acudir á ellas. Citando una muy conocida en Paris, en el lugar llamado Waux-Hall, se tuvieron sesiones magnéticas dos veces al mes, ante una multitud de gentes de todas clases y disposiciones, donde se tomaban como pacientes para ser magnetizados los primeros que espontáneamente se ofrecian. Guidi ha tenido sesiones públicas en Turin, y otros en otras partes de Italia; las de Inglaterra, Alemania y América son tan comunes que ya ni siquiera se piensa en esa condicion del retiro y de la soledad. Las pruebas mesméricas salen bien en sujetos débiles, enfermizos y nerviosos, de la misma manera que en las complexiones de mas vigor, mas sanguíneas y mas musculosas. Bartolomé Raviolo, de 30 años de edad, hombre grueso y cuadrado, mozo de cordel de oficio, fué perfectamente magnetizado por Guidi. El sonámbulo del marques de Puységur

gur era un tal Victor, hombre del campo, robusto y bien plantado. Filassier preferia para el sueño magnético á los campesinos y á los soldados. La sonámbula de Cahagnet es una mujerza alta, membruda y sólida. Dígase lo propio de otros ciento. La condicion que en un tiempo se decia ser la mas absolutamente necesaria, y tal que sin ella seria en vano esperar ningun efecto, esto es, una viva simpatia entre el sujeto y el magnetizador, y la firme voluntad en uno de recibir, en otro de comunicar el Magnetismo, esta condicion, decimos, se considera ahora todo lo mas como útil, pero se confiesa que aun sin ella pueden conseguirse los mismos efectos. Y á la verdad, sabido es, entre otros mil casos, como el doctor Robouam infundió el sueño magnético en un tal Statin, que se hallaba enfermo en el Hotel-Dieu de Paris, y en una tal Leroy, mujer entrada en años, contra la mas decidida voluntad de ellos, que hicieron en vano toda clase de esfuerzos para oponerse. De manera que Lafontaine elimina ya hasta esta última condicion; Bertrand dice expresamente que aquellos fenómenos mesméricos se obtienen igualmente *avec la volonté, sans la volonté, avec la volonté contraire*; y Husson llega hasta negar la precision de esta voluntad en el mismo magnetizador, asegurándonos que «muchas veces se han producido fenómenos magnéticos por experimentadores, no solo desconfiados, sino prevenidos desfavorablemente.»

De modo que, en conclusion, podemos decir que, hablando propiamente, los partidarios del Mesmerismo no pueden pedir ni una sola condicion como requisito indispensable y necesario para ponerle en práctica: y las que antes solian exigirse, deben estimarse á lo sumo como medios

que facilitan en algun modo su empleo, ya que no se quieran colocar entre las antiguallas con que un tiempo el Mesmerismo tenia costumbre de engalanarse para deslumbrar mejor á la gente.

XXIV.

Con que procedimiento suele excitarse el mesmerismo.

Debemos hacer igual reflexion en cuanto á los medios que se emplean para excitar el Mesmerismo en las personas, y que con lenguaje técnico suelen llamar *procedimientos magnéticos*. En un principio habia en ellos mucho amaneramiento y se reputaban como necesarios: mas luego se han ido poco á poco simplificando, hasta desaparecer del todo. Si así es, ¿para qué mencionarlos aquí? Sencilla es la razon que tenemos para ello. Hay que formarse una idea muy clara del modo con que el Mesmerismo ha procedido hasta el dia; y por tanto no se puede menos de dar un indicio rapidísimo de ellos, señalando en los mas importantes los principales procedimientos prevenidos y empleados.

El primer método es el de los *pases*, llamado asi por los que da la mano, con arte variada, sobre la persona de aquel á quien se magnetiza. Comenzóse á practicar asi, bien porque se querian imitar los roces eléctricos ó bien por querer fingir que se imitaban. Empezó Mesmer, Puységur simplificó, Rostan fijó, en cierto modo, la práctica que aun ahora se sigue comunmente. Digamos una palabra para cada una de estas diversas formas del mismo procedimiento.

Método de Mesmer.—Una tina dentro de la

cual se cerraban pedazos de vidrio, limaduras de hierro, botellas de agua colocadas simétricamente, y cuya cubierta atravesaban unos cabos de hierro doblados en codo, se colocaba en medio de una gran sala. Los enfermos, unidos entre sí, por dos cadenas, formada la una de simple cuerda que envolvía á todos, y la otra de los pulgares de las manos estrechados entre el pulgar y el índice del compañero próximo, se colocaban al rededor de la tina, haciendo cada cual de ellos que uno de los cabos de hierro le tocase en la parte enferma. Dispuestos así los enfermos, un piano reproducía en varios tiempos melodias diversas, acompañadas, en casos dados, de dulces y melancólicas canciones. Entonces el magnetizador, con su varita de hierro en la mano, fijaba la vista en los ojos del enfermo por quien daba principio el experimento, hacia recorrer su dedo, ó bien la punta de la varita por ante la cara, por encima ó detras de la cabeza y lo largo de las partes enfermas; y, si esto no era suficiente, oprimía con sus dedos los hipocondrios y el bajo vientre, continuando en este incómodo juego mientras el enfermo no cayese en *crisis*.

Método de Puységur.—Este celosísimo prosélito de Mesmer arrojó las tinas, los cabos de hierro, la varita, la cuerda, los sonidos y los cantos; porque conoció, como tambien lo conoceria su maestro, lo vano de estas cosas, y tuvo, mas que aquel, valor para confesarlo. Procedia de buena fé. «Consideraos, dice el mismo, como un iman, cuyos polos sean vuestros brazos y sobre todo las manos, tocad en seguida á un enfermo, poniéndole una mano sobre la espina dorsal y en oposicion la otra sobre el estómago: imaginaos en seguida que un fluido magnético tiende á circular de una mano á otra atravesando el cuerpo del

enfermo. Podeis variar esta postura, colocando una mano en el estómago y la otra en la cabeza, continuando en conservar siempre la misma intencion.... El repiqueteo no hace ninguna falta: basta tocar con atencion hasta que se manifieste una impresion de calor en la cavidad de la mano.»

Método de Deleuse, de Delausanne, de Rostan, etc.—El magnetizador se sienta en frente de su paciente y con sus rodillas le oprime las rodillas, con los piés los piés. Pone luego en contacto los pulgares respectivos hasta que se igualan en calor: obtenido esto, apoya por dos ó tres minutos las manos sobre los hombros, y luego las hace bajar á lo largo de los brazos hasta los pulgares de aquel á quien magnetiza. Luego le oprime con las manos el estómago, y baja restregando hasta las rodillas ó aun á los piés. Vuelve á empezar estos pases desde la cabeza hasta las rodillas, descendiendo siempre, hasta que no empieza la crisis magnética.

Los tres métodos contienen todos el mismo sistema de presiones ó pases de mano sobre la persona del enfermo. Pero estos pueden suprimirse, y haciéndolos solo á alguna distancia de los miembros antes indicados (1), ó sustituyendo al pase de mano espurriaduras de agua, lo cual se llama *Procedimiento de espurriar* (2) empleando en vez de espurriaduras el arrojar el aliento, que se llama *Procedimiento de insuflacion* (3). Aun mas sencillo que estos dos procedimientos es el que primero que nadie indicó Huston, que vió á Foissac magnetizar hasta el sonambulismo á Cazot, su pariente, con solo fi-

(1) MANIS, obra citada, pág. 164.

(2) TOMMASI, obra citada, pág. 86.

(3) TESTE obra citada, pág. 168.

jar los ojos. Desde entonces es cosa muy usada por los magnetizadores el atenerse á solo este mirar, especialmente cuando los pacientes están ya hechos desde mas ó menos tiempo al Magnetismo. Pero todavía se puede suprimir la mirada, siendo suficiente para lograr las mas notables crisis magnéticas, un simple acto de voluntad, manifestado con una breve palabra de mando ó con otra de afectuosa sujestion. Cuando Faria hizo la primera vez en Paris pública experiencia de ello, le tuvieron por charlatan; pero luego fué tan frecuente este uso, que ya todos los que tratan de la materia le citan, indicándole con la denominacion de *Procedimiento de sorpresa*, y la de *Procedimiento de sujestion* (1). Aun hay mas. Ni siquiera esa palabra externa de mando es necesaria: basta algunas veces «el solo acto interno de la voluntad no manifestada con ningun signo del gesto ó de la palabra,» (2). Y para que se llegase al último confin de exclusion de todo procedimiento determinado, ni siquiera ese simple acto de voluntad ha sido siempre ó es ahora requerido para obtener los mas seguros fenómenos del Magnetismo. La simple presencia de un magnetizador ha sido bastante muchas veces para hacer que cayeran en el sonambulismo los circunstantes, sin que él lo quisiera, ó ni aun pensara en ello. Esto ha sucedido en varias ocasiones á Du Potet, á Beaux, á Garcin, á Home y á otros ciento: de suerte que el referido Garcin (3) dice expresamente que nada hay tan

(1) Véase, entre otros, á LOUBERT, á DU POTET, á SEGONIN, á GUIDI, á TOMMASI, á MANIS, á LAFONTAINE, y el *Journal du Magnetisme*, tomo XIV, pág. 389.

(2) LOUBERT, obra citada, pág. 172. TOMMASI, obra citada, pág. 85.

(3) *Le Magnetisme*, etc., Paris, 1855, página 18.

claramente demostrado como ese poder, que el llama de *irradiacion*, en el Magnetismo.

Hasta aqui se ha requerido por lo menos la simple presencia de un magnetizador á fin de obtener los fenómenos deseados. Mas aun esta puede escusarse, en cuanto á que pueden interponerse entre él y el magnetizado intermediarios que sin ninguna cooperacion del primero sigan ciertamente obrando sobre el segundo. Ni hay objeto animado ó inanimado que no pueda servir de intermediario. Puységur se valió de arboles, Locventhal y Reuss de vasos; Besson de sortijas; Charpignon de agujas de hacer media; Teste, Koreff, Guidi, Georget, Ségonin, de agua, y otros de diferentes objetos, entre los cuales los mas frecuentes suelen ser ahora los lápices, los taburetes, las escribanías, los billetes escritos por el magnetizador, y muchos otros utensilios ya del tocado, ya de escritorio.

De forma que en conclusion, desde Mesmer á Home los aparatos científicos y la cooperacion directa del hombre han ido poco á poco cayendo en desuso, hasta reducirse á casi nada; como si fuera para revelar á la gente de buen sentido que debe buscarse fuera del hombre la causa de los hechos, para producir los cuales no se requiere como indispensable, no digamos la obra, pero ni siquiera la misma presencia del hombre.

XXV.

Las cuatro clases de fenómenos magnéticos.

Vistas las condiciones requeridas, expuestos los procedimientos usados para obtener los fenómenos del Mesmerismo, se hace ahora necesario agrupar estos en varias clases, y ordenarlos entre si para poder valernos de ellos en nuestro tratado. Como hemos dado acá y acullá no ligeras noticias y en el curso de este escrito habremos de ocuparnos mas particularmente de ellos, bastará nombrarlos aquí sencillamente. Distinguiremos cuatro clases diferentes de hechos: 1.º Los *mecánicos*, reuniendo en un grupo todos los que pertenecen al simple movimiento. 2.º Los *físicos*, juntando bajo esta clase todos los que en las condiciones ordinarias de la naturaleza se refieren á la luz, al calórico, al magnetismo. 3.º Los *fisiológicos*, clasificando bajo una misma categoría todos los fenómenos que el Mesmerismo produce en el organismo del paciente. 4.º Los *psicológicos*, colocando en esta clase todos los fenómenos de inteligencias, visiones y revelaciones, que se observan en los sujetos sometidos al Mesmerismo, ya sea produciendo en ellos el estado de sonambulismo, ya no.

1.ª CLASE.—*Hechos mecánicos*.—En esta clase deben colocarse las mesas giratorias danzantes ó ambulantes; las mesas y los objetos domésticos que

se levantan por el aire; que por sí mismos se adhieren á las bóvedas; que se mantienen en el suelo, pero mal apoyados, y mas bien quedándose en bilo contra toda ley de equilibrios; que varían de sitio en las habitaciones ó se trasladan de un lugar á otro. Las puertas que se abren por sí mismas, y por sí mismas se cierran; los armarios que, habiéndolos dejado cerrados con llave, se hallan abiertos sin ninguna señal de esfuerzos ó violencia exterior; los objetos que, dentro de los tiradores y de las maletas, se revuelven por sí solos, se despliegan, se trastruecan, se arrollan: todos estos encuentran aquí su sitio natural. Notaremos igualmente las caricias, los golpes que proceden de una mano visible á veces, otras no; los besos que dejan estampada una roseta, los mordiscos cuya señal queda, sin que haya boca que los dé; las piedras arrojadas de lejos, y que destrozan, quiebran, magullan, hieren; ráfagas de viento impetuosisimo, que mientras el aire está por de fuera tranquilo como una balsa de aceite, se producen por sí mismas dentro de una sala ó una habitacion que tenga cerradas á piedra y lodo puertas y ventanas. En esta clase, por último, registramos todos aquellos ruidos tan variados, desde el simple golpear de los dedos hasta el fragoroso estampido del trueno, desde el infundado chasquido en el aire á las mas suaves melodias del clave que vemos referidas por los americanos en la exposicion presentada al Congreso de los Estados-Unidos.

2.^a CLASE.—*Hechos físicos*.—Muchas veces en las salas destinadas á las sesiones mesméricas han aparecido relámpagos como de rayos, ó llamas como de hachas, ó resplandores como de fosforescencia, sin que hubiera ningun aparato ó causa alguna que pudiese engendrar luz ni elec-

tricidad. No pocas veces con notable aumento de temperatura, ó con enfriamiento por extremo sensible se ha verificado así en las personas como en los objetos y en el ambiente; y sin embargo, no habia motivo que naturalmente pudiera ocasionarlo. Se refieren hechos de desecacion, ya lenta, ya repentina, de plantas ó frutos, producida por el Mesmerismo; como, por lo contrario, de una súbita ó gradual resurreccion de la vida vegetal en plantas, ó muertas, ó á medio secar. Si estos hechos no son fábulas, debemos ponerlos en esta clase para no confundirlos luego con los que son propios del hombre.

3.^a CLASE.—*Hechos fisiológicos.*—Las funciones del cuerpo ya se quedan en suspenso, ya se aceleran, ya se modifican por extraña manera. Las sensaciones se interrumpen, se paran, se trastruecan, se transfieren á órganos no hechos para ellas, como por ejemplo, ver con los pies. La circulacion del flúido animal queda en suspenso, haciendo bajar la temperatura de los miembros y de las partes del cuerpo, hasta la rigidez cadavérica. Tambien la respiracion se para durante largas horas, y aun algunos dias, sin que despues haya resultado al individuo enfermedad ó incomodidad. Los magnetizados han experimentado espasmos dolorosísimos en varias partes del cuerpo, que muchas veces han permanecido ilesas de toda enfermedad, y no rara vez las han contraido pésimas, que han acarreado la muerte. Las parálisis, cuando parciales, cuando totales, y las catalepsis mas ó menos extendidas se hallan muy á menudo entre los fenómenos mesméricos. Las danzas catalépticas mas violentas, se producen y detienen á una señal del magnetizador y aun sin ella.

La persona cobra rigidez, y, cual si fuera de

piedra, se convierte en estatua inmóvil, en las posturas mas extravagantes que sea dado imaginar, contra toda ley de estática. El tejido celular se acrecentó con rápido aumento, mas ó menos parcialmente, en un magnetizado, á una simple orden del magnetizador, triplicando su propio volúmen, sin que la piel se abriera con aquel esfuerzo instantáneo, y una vez que hubo cesado tan enorme hinchazon, sin que manifestase ni arrugas ni fluidez. El cráneo de la señora de Gorres ora se abria, ora se cerraba, ora se hinchaba, ora menguaba. A esta clase pertenecen tambien los fenómenos que se refieren al sueño magnético, los cuales deben distinguirse en dos categorias: signos precusores del sueño, los cuales son variadísimos y múltiples: fenómenos del simple sueño, que por el número y la variedad no ceden á los primeros. Finalmente han de computarse aquí aquellas curaciones médicas que se han obtenido por el Mesmerismo, sin que el sonambulismo haya tenido parte en ellas, y por las cuales se atribuyó al Mesmerismo una accion terapéutica directa lo cual fué causa de que tanto se le estudiara y protegiera en un principio.

4.^a CLASE.—*Hechos psicológicos.*—El primer hecho y mas principal que hay que registrar aquí es el sonambulismo magnético, ó bien el simple, ó bien el lúcido, ó bien aun el extático; en el cual el alma ejerce de un modo mas ó menos extraordinario y fuera de toda costumbre sus facultades naturales, la sensibilidad, la memoria, la inteligencia, la voluntad, con todas sus aplicaciones especiales. De aqui aquella série entera de fenómenos especiales que se observan en esos estados diferentes, y que nosotros, habiéndolos enumerado uno á uno en otro lugar, dejaremos

de particularizar aquí. El otro hecho que corresponde á esta clase consiste en las manifestaciones espiritísticas que tienen lugar fuera del sonambulismo, y están principalmente en la comunicación de la persona con seres puramente espirituales. Esta comunicación se ha obtenido hasta aquí en cuatro grados diferentes. El primero ha sido por vía de *interpretación* de los signos convencionales que manifiestan aquellos seres ya con golpes, ya con movimientos. El segundo por vía de *escritura* cuando la mano de la persona se ve obligada por una fuerza irresistible á escribir las respuestas, sin saber lo que escribe. El tercero por vía de *audición*, y entonces los espíritus, sin descubrirse de otra manera, hablan en un lenguaje sensible y claro. El cuarto, finalmente, por vía de *vision*, dado que algunas veces los seres espirituales se muestran en forma humana, mas ó menos aérea y transparente, y así hablan y conversan á su placer.

XXVI.

Carácter propio de los fenómenos del espiritismo.

Ahora nos es lícito investigar con mayor confianza cual sea el carácter propio de los fenómenos espiritísticos, por donde los mismos se diferencian de todos los demas. Hemos expuesto ya, conforme á quanto atestiguan y enseñan los mas célebres magnetistas y *medium* las condiciones que se requieren para producirlos, y hemos visto que la única indispensable se reduce á que exista una voluntad, cualquiera que sea, de engendrarlos. En quanto á los procedimientos practicados para obtenerlos en efecto, despues de haber descrito los que se usaron en un principio, debimos igualmente venir á parar á que, hablando propiamente, no hace falta emplear ninguno. Por último, agrupando los hechos propios del Mesmerismo, las cuatro clases, en que podemos reunirlos, de mecánicos, físicos, fisiológicos y psicológicos, nos demuestran que no hay ninguna especie de fenómenos visibles en el mundo, que no logre producir el Espiritismo, ó que se halle excluida de él. Reflexionando, pues, sobre estos tres datos, que apellidaremos históricos, podemos decir con verdad que el carácter propio de los fenómenos espiritísticos es precisamente el no tenerle como exclusivamente propio.

Todas las causas segundas naturales obran de

una manera que les es propia, exigen disposiciones particulares, y originan efectos determinados. Obran de un modo que les es propio por dos razones; así porque siendo este y no otro su sér, el modo de obrar debe ser aquel y no otro; como porque estando su sér vinculado en la existencia por condiciones particulares, su obrar se halla vinculado por las mismas condiciones. Exigen disposiciones particulares, porque ó bien su efecto es inmanente en ellas, y entonces es necesario por lo menos que ningun obstáculo impida su acción propia; ó es transeunte á un objeto externo, y entonces, además de removerse los impedimentos en la causa, se hace preciso que el sujeto exterior se halle próximamente dispuesto á recibir su acto. Originan, por fin efectos determinados, porque el efecto debe seguir á la naturaleza de la operación que es determinada, y la operación es determinada desde el momento en que sigue necesariamente al sér determinado de la causa. Esta es ley universal de la naturaleza, y tan estrinseca y esencial á cualquiera causa eficiente que no se puede razonablemente concebir, como producto de causa determinada, un efecto indeterminado, bien sea en su ser, bien en la manera de producirse, ó en las circunstancias que acompañan su aparición en el mundo. Puede muy bien suceder que no se conozca ó no se distinga de un fenómeno la causa inmediata que le produzca; pero que debe ciertamente haber una causa determinada de aquel fenómeno es cosa que todos comprenden, y lo prueba el esfuerzo que hace el ingenio humano para descubrirla.

Consecuencia de este principio universalísimo es que todo fenómeno tiene su carácter específico que le enlaza invariablemente á la causa que

le produce: y este carácter específico falta por entero en los fenómenos del Espiritismo, si es verdad lo referido en los tres párrafos que preceden. Sus efectos son tan universales é indeterminados que los mas rigurosos profesores del Espiritismo les atribuyen sin titubear la omnipotencia. No es indispensable ninguna condicion que haga al *medium* capaz de producir aquellos efectos ó al *sugeto* ó paciente mesmérico á recibirlos y, por decirlo así, refractarlos. No hay, por último, una manera de obrar tan propia del Mesmerismo que, faltando ella, venga á faltar el efecto. Lejos, pues, de poder hallar en los fenómenos mesméricos un carácter específico que los distinga, debemos confesar que lo que precisamente los distingue de todos los demas es el no tenerlo. Ni debe estimarse esto como un puro juego de palabras ó un sofisma sin concepto. Es un hecho positivo y muy cierto, el cual constituye un principio, que por si solo puede descubrir la verdadera causa de aquellos fenómenos á las inteligencias no preocupadas. Aclaremoslo brevemente.

Puede señalarse de dos maneras el carácter propio de un fenómeno; esto es, ó bien sacándole por consecuencia de las apariencias exteriores que presenta constantemente á los sentidos, sin recurrir de ningun modo á la causa ó á su naturaleza intrínseca, ya sea conocida ya desconocida; ó bien sacándole por consecuencia de esa naturaleza y de esa causa, ya bien conocida y señalada. El péndulo desquiciado de su vertical vuelve á caer en ella, y sobre ella oscila con ondulaciones siempre mas breves, hasta volver á tomar su primitiva posicion: tal es el hecho que la vista contempla reproducido en todo caso semejante. El carácter propio de este fenómeno, con-

siderado sensiblemente, es, pues, la oscilacion que siempre va menguando sobre la vertical. Pero el estudio de las causas de este movimiento nos descubre que el mismo es efecto de la gravedad de los cuerpos, de la permanencia del movimiento que esa gravedad le imprimió, y de la resistencia del aire, unidas en este hecho y el carácter del fenómeno, científicamente considerado, es el isocronismo de las ondulaciones. Para poder llegar á esta segunda determinacion ha sido necesaria la primera, como aquella que expone el hecho en la apariencia y ofrece materia á la reflexion de la mente.

De este doble carácter, externo el uno, íntimo el otro, sensible aquel, científico este, buscamos ahora únicamente el primero, no pudiendo ocuparnos del segundo, sino despues de haber demostrado claramente la verdadera causa de los fenómenos espiritísticos. Atendiendo, por tanto, solo á las apariencias visibles y externas, no hay ninguna que especifique tales fenómenos de suerte que les pertenezca exclusivamente y no participe de manera alguna de otros, procedentes de distintas causas. Esto nos dice el hecho, aseverado por millares de testigos muy dignos de fé. Por lo cual este hecho se enlaza admirablemente con la teoria que hemos de desenvolver en adelante.

El Espiritismo no es, en efecto, otra cosa que la magia, y sus prestigios no son sino obra de los espíritus malos. Tal será la consecuencia de las pesquisas que vamos haciendo. Y las obras de los diablos tienen precisamente la propiedad de que en su apariencia remedan dos órdenes diferentes de hechos entre los cuales vivimos: los ordinarios y comunes, debidos á las causas puramente naturales y que obran segun sus propias

leyes; y los extraordinarios y especialísimos, debidos á obra directa de Dios, que en aquellos actos singulares deja en suspenso las leyes que el mismo impuso á las causas naturales. Produciendo efectos el demonio por sus propias fuerzas y con permiso de Dios, los efectos pueden parecerse á los del uno y del otro orden: á los naturales en la actitud objetiva, á los prodigiosos en su manera de producirse. Así, el movimiento de rotacion de una mesa, ó los golpes en una pared son efectos que no exceden en su actitud á las fuerzas naturales de las muchas causas físicas que pueden producirlos, y se hacen extraordinarios por carencia de tales causas. La vista de objetos enormemente distantes, sin la ayuda de ningun instrumento intermedio, ó la penetracion de las ideas ó de las voluntades, sin manifestacion de ningun signo externo, son efectos que, no solo en el modo de la produccion, sino tambien en el de su entidad, superan á las leyes ordinarias de la naturaleza. La accion, por consiguiente, del demonio, puede engendrar hechos semejantes á los fenómenos puramente naturales y hechos semejantes á los fenómenos realmente prodigiosos. Tanto en uno como en otro orden de hechos será en vano buscar una calidad específica, que para la experiencia de los sentidos los distinga de sus iguales: hay distincion; pero sale de la esfera de las apariencias sensibles, y el descubrirla pertenece al racionio científico. El no haber, pues, esa calidad específica es una singularidad propia de los fenómenos mesméricos, y puede por consiguiente señalársela como su carácter. Mas esta singularidad, discerniéndolos de todos los otros efectos de causas físicas y naturales que tienen carácter propio y específico, se convierte en principio, que desde ahora nos da

derecho para sacar en conclusion que la causa que los produce no ha de buscarse entre los agentes de la naturaleza, ni entre las fuerzas meramente físicas.

XXVII

Simultaneidad y dependencia reciproca de los fenó-
menos mesméricos.

En nuestra excursion por lo mas saliente de la historia del Espiritismo, hemos venido á dar con una muy evidente progresion de efectos, que desde los de menos importancia llegan á los mas señalados y de mayor prestigio. El espíritu del mal manifiesta aun en esta circunstancia ser aquel astutisimo enemigo que es de las almas. Si las manifestaciones espiritísticas obtenidas en los últimos años se hubieran visto todas de un golpe y desde el principio, se habrian enagenado el ánimo de los curiosos, mal preparado para estas enormes maravillas. En vez de ello, principiando bajo las apariencias de una medicina un poco misteriosa, siguiendo con ciertos efectos algo extraños á lo ordinario, dando lugar á debates científicos y á decisiones dudosas, teniendo los ánimos de la multitud en suspenso entre los artificios de sutilísimos embaucadores y el descubrimiento de teorías recónditas, la curiosidad universal se vió atraída, y, deponiendo toda desconfianza, se acostumbró á intentar experimentos, que primero creyó inocentes, y que sin advertirlo casi, halló engrandecerse poco á poco á la vista, aun quizás antes que pudiese pensar en huir de ellos.

De este modo, las familias y los pueblos se han visto invadidos, sin horrorizarse, de esta pésima curiosidad, la cual, en un principio se hubieran avergonzado de dejar entrever siquiera. El demonio ha hecho con el Espiritismo lo que cada día hace con la masonería. Los torcidos y crueles intentos de esta secta infernal no se manifiestan sino á los mas antiguos en graduacion de su sociedad: con los novicios no se habla mas que de progreso social, de filantropía, de prosperidad pública. Así, los nuevos adeptos, lejos de aterrarse por las iniquidades de tal secta, se le aficionan, se le esclavizan, se le entregan en cuerpo y alma para hacerse gobernar por ella. Cuando los mas graves juramentos los tengan atados de tal suerte que ya no puedan desasirse de ella sin peligro, entonces empezarán á penetrar paso á paso en los secretos intentos que se propone, iniciándose en los misterios horribles de aquellos gnósticos resucitados. Puede decirse que en el desarrollo del Espiritismo, así como en la iniciación masónica, se distingue el sello de la misma paternidad: *Vos ex patre Diabolo estis.*

Pero el progreso no es distinción. Las primeras pruebas de Mesmer no han de considerarse como indiferentes en su naturaleza de las últimas de Home. Por consiguiente, no hay que ir buscando causas que den razón de algunos de ellos, si se quieren indagar convenientemente los fenómenos espiritísticos, sino que luego no sean aplicables á los otros. Quien quiere dar científicamente razón de estos fenómenos, es preciso que la dé, pero tal que pueda aplicarse indistinta y simultáneamente á todos. Punto cardinalísimo es este, y hay que fijarle en razones claras é irrefutables, por ser de quien depende

casi exclusivamente la solución del problema que hay que resolver. Para fijarlo, pues, bien, raciocinamos en esta forma.

Si los hechos de quien no puede ponerse en duda lo auténtico, nos patentizan que los varios fenómenos que antes hemos clasificado se hallan muchas veces reunidos al propio tiempo en el mismo sujeto, en iguales circunstancias, sin cooperación de agentes diversos; tales hechos deben atribuirse á un origen que sea capaz de engendrarlos todos. Pero estos hechos no solo existen sino que son numerosos; ni tienen únicamente una certidumbre cualquiera, sino tal que excluye toda sospecha de duda. Por tanto, la causa productora de aquellos fenómenos, cuando aparecieren simultáneamente, debe ser única y común á todos. Mas si esta causa es capaz de producirlos todos de un modo simultáneo, lo es con mayor razón para ocasionarlos parcial y separadamente. Por consecuencia, aquella causa, que, en el caso de ser simultáneos los fenómenos, se descubre que es la que los engendra, es la misma que los causa separadamente y al por menor. En este razonamiento se sientan varias proposiciones que han menester ser probadas ó aclaradas.

La primera proposición que hace falta demostrar es que existen casos numerosos y auténticos, en los cuales se hallan aquellos fenómenos reunidos. Podemos enviar á nuestros lectores á las obras sumamente apreciables y profundas, que sobre esta moderna mágia han escrito en Francia los señores De Mirville, Des Mousseaux y Bizouard, y en Italia los señores Caroli y Monticelli: podemos enviarlos á cualquier libro ó periódico que los mismos mesmeristas hayan publicado, en especial durante la última década; da-

do que en aquellos y en estos hay tantas y tales pruebas de esta reunion de fenómenos, que pudiera llamarse supérfluo el dar exprofeso una demostracion de ello. Sin embargo, siendo así que estamos persuadidos que para muchos de nuestros lectores esta materia es nueva por completo, se nos consentirá que en su mismo servicio cite mos, escogidos entre otros cien semejantes, tres casos de una certeza indudable, los cuales nos vienen muy al propósito.

XXVIII.

Algunos casos especiales de esta simultaneidad de fenómenos.

Nos ofrece el primer caso la pequeña é industriosa ciudad de Bergzabern, sita á tres leguas al S. E. de Landau en la Baviera renana. Habituaba allí en casa de Pedro, su padre, sastre de oficio, Felipilla, niña de pocos años. El 1.º de Enero de 1852 empezaron á rodearla las manifestaciones espiritísticas, las cuales despertaron la atención general, hasta el punto de que las autoridades civiles quisieron informarse de ello con exactitud y pedir á los médicos explicaciones y esclarecimientos, y concluyeron por sacar á la niña de su casa y llevarla al manicomio de Frankenthal, con el objeto de liberrar del *espíritu perturbador* á la ciudad de Bergzabern. El Sr. F. A. Blanch, testigo ocular y de toda integridad, escribió la narracion de los hechos de esta niña con mucha minuciosidad y precision en dos opúsculos publicados en Baviera, el uno durante el año de 1852, el otro en el de 1853. El golpeo, los sonidos varios, las músicas, los movimientos de muebles y utensilios, las ráfagas de viento, el abrirse las puertas, el lanzarse con ímpetu cuerpos graves, el suspenderse en el aire veladores y muebles pesados, eran cosas que se observaban á menudo, unas despues de otras, con frecuencia en un mismo instante. El golpeo, tras la indicacion de la niña, ó de algun circuns-

tante, se hacia medio de habla, y con el número de los golpes y con el sonido de ellos se contestaba exactamente á las preguntas hechas sobre sucesos ó cosas ignoradas por todos los presentes. Entre tanto, la niña caía en su sueño magnético, y en tal estado tenia visiones de objetos remotos, hablaba con personas que nadie veía, asistia á sucesos que acontecian en países muy lejanos y los descubria cual si los presenciara; indicaba los medicamentos que habian de ordenársele, contestaba á preguntas mentales de la gente, discurría con mucha exactitud sobre materias científicas, superiores con mucho á su instruccion y capacidad, leía con los ojos cerrados en papeles escondidos y cuidadosamente encubiertos, distinguía sin equivocarse nunca á los verdaderos propietarios de los objetos que se le acercaban, aun cuando estuvieran estos ocultos en cucuruchos ó llevaran nombres supuestos.

Su persona se hacia á veces insensible á todas las impresiones exteriores, á veces se volvia inmóvil y rígida como un cadáver; otras, por lo contrario, adquiria tan exquisita sensibilidad que la niña se quejaba de cualquiera alteracion que lejos de ella hiciesen en su aposento; y otras, en fin, padecia accesos morbosos, de los cuales indicaba con antelacion la hora en que principiaban y la de su término. Una particularidad, que no hemos hallado en otras sonámbulas mesméricas se efectuaba en ella: «llaves, monedas, petacas, relojes, sortijas de oro y de plata..... un sable que con su cinturón pesaba cuatro libras bávaras..... para abreviar, todos los objetos, cualquiera que fuese su materia, permanecian del mismo modo en suspenso y adherentes bajo su mano.» Otra particularidad, aunque no tan singular, es esta: el cuerpo de la niña per-

dia todo su peso; al tropezar con ella no se percibía ninguna resistencia y se la llevaba y traía á voluntad; sosteníase en perfecto equilibrio en las posturas mas extravagantes é imposibles. No hay, por decirlo de una vez, fenómeno espiritístico que no se manifestara en ella á un mismo tiempo. Hemos compendiado los principales, omitiendo indicar varios otros, que pueden leerse por extenso en las dos relaciones originales de Blanck (1).

Reproduciremos textualmente la siguiente relacion, segun la refiere el ilustre é infatigable Sr. de Mirville en su libro titulado: *Question des Esprits* (2). Dice asi: «Ved aqui el resumen de una larga série de hechos, que desde hace dos años tienen, casi sin intervalo, revuelta una casa de los alrededores de Paris. Tenemos permiso para nombrar las víctimas de esta larga obsesion á todo el que nos lo pregunte de viva voz. En Setiembre de 1853, un jóven piadoso y ferviente católico, quiso hacer girar una mesa en compañía de una prima suya, de edad de sobre trece años y medio. Al siguiente dia, la jóven empezó á ver constantemente detrás de sí la imagen de una persona difunta hacia pocos meses, la cual se anunció como autora de las respuestas que habia dado la mesa.

Desde ese dia comenzó la série de los fenómenos que tanto exaltan la billis al señor de Gasparin. Golpes dados en casi todas las paredes de la casa, campanillas que se agitan y llaman

(1) En la *Revue Spiritiste* de Paris, año de 1858, se publicó la traduccion de los dos opúsculos de Blanck.

(2) *Question des Esprits, ses progrès dans la Science: Examen de faits nouveaux et de publications importantes. Paris, ches Delaroque libraire 1855, p. 92.*

sin descanso, un piano que se mueve y gime lastimosamente dentro de su caja, un arpa que suena por si sola y produce las mas suaves armonias. Molesta principalmente la correspondencia que se continúa sin parar. Te pones á escribir: á poco que sueltas la pluma ó vuelves la cabeza, aun estás solo en tu gabinete, tienes la carta concluida por una mano invisible, ó trocada en otra. Aun hay mas: cartas de un mismo carácter de letra, firmadas con los mismos nombres, llegan por el correo, con su sello legal, con sus timbres en regla. Algunas llevan la firma de Kelmitch, otras la de Barkouf, el cual declara ser un condenado, en pena de cierto asesinato que cometió en tal dia en el camino de Stockholmo. Siguen las escenas de desapariciones. Objetos guardados bajo llave y con sumo cuidado desaparecen para siempre, ó se trasladan á otros lugares á puerta cerrada: los muebles, los objetos de cristal, las porcelanas dan vueltas por el aire sin quebrarse; libros, papeles de música, ropas, arrojadas al fuego y que no se queman, ó de una ventana y que entran por otra: voces que hablan claramente en inglés y en francés, que chillan agudamente en todos los tonos. Se reúne la familia para rezar sus oraciones, y oyes parafraseadas en blasfemias tan execrables cuanto claramente pronunciadas, las mas sagradas oraciones, los himnos mas devotos. Muchas veces la situacion se agrava aun mas, y las molestias se hacen intolerables. Las camas se hallan deshechas, ensuciadas, henchidas de agujas entre las sábanas; porrazos y bofetadas que da una mano invisible se suceden rápidamente.

«Nosotros, continúa diciendo el Sr. de Mirville, nosotros mismos hemos sido testigos, en compañía del Sr. Des Mousseaux y de un médi-

co amigo de entrambos, de una renovacion, siquier breve, de estas manifestaciones; las cuales, por lo demas, se hallan atestiguadas por personas graves, y certificadas por el médico de la familia, el señor doctor Poirson, á quien estamos autorizados á enviar á los escépticos,»

En la narracion que precede se trata de molestias sufridas, sin quererlo, por una familia: en la siguiente se tratará de efectos causados directamente por un *medium* á su voluntad. Están relatados en la *Revue Spiritiste* (1858) por el Sr. Allan Kardec, en tres artículos, de los cuales extractaremos, para un breve cuadro, los rasgos principales, mas bien á manera de quien recuerda cosas dichas, ya en otro sitio, que de quien refiere cosas nuevas. A presencia y por influjo del Sr. Home se dejan escuchar los mas extraños rumores; se agita el aire, muévense los cuerpos sólidos, levántanse del suelo; viéronle á él mismo en Burdeos y en Florencia, presenciándolo muchos testigos, levantarse por el aire sin ningun sosten. Aparecen difundidos luces y resplandores, vivos destellos, cercos de humo: óyense por el aire sonidos y suaves cantos: comienzan las apariciones, las cuales no se sabe, dice el señor Allan, que hayan pasado de manos vivas y con movimiento. Estas manos, no obstante, os acarician ó bien os pegan, os abrazan ó bien os oprimen; y sobre todo, demuestran su oficiosidad, escribiendo las respuestas que deseais. Escribelas tambien una mano invisible sobre el papel que para ello se prepara, ó dadas simples golpes ó ruidos convencionales. Esto es en resumen cuanto la *Revue Spiritiste* nos certifica respecto á Home, y cuanto confirman cien otros testigos fidedignos que han asistido á sus manifestaciones.

XXIX.

Si los fenómenos mesméricos coexisten juntos, debe ser única la causa que los produce.

De estos tres hechos, presentados aquí sin mucho escojerlos, entre tantos como hay, debemos sacar por conclusion que existe en realidad la reunion simultánea de los fenómenos espiritísticos. Pues si esta reunion existe, conforme lo hemos demostrado, la causa que los produce debe ser única, y por consiguiente, poder producirlos todos juntos. Esto no necesita de larga explicacion para entenderse. Ante aquellos hechos os hallais entre dos hipótesis posibles: ó la hipótesis de una causa única que los produzca todos, ó la hipótesis de tantas causas distintas cuantas sean las diferencias específicas de los mismos hechos. Cual de estas dos hipótesis sea la preferible, no hay lugar á dudarlo. ¿Quién pudiera, en efecto, admitir tanta eficacia en un *medium* cualquiera, que sirva para excitar á que obren todas estas causas distintas que deberian producir tan variados efectos? Si alguien lo admitiese, desconoceria juntamente la restriccion de la actividad humana, la sencillez de las leyes naturales, y la tarea de todas las indagaciones científicas, que tienden á descubrir precisamente la unidad en lo múltiple, la causa principal y comun de efectos varios y aparentemente diversos.

De aquí que nadie de cuantos han tratado esta materia, pensara nunca en atribuir mas de una causa á tales fenómenos. Han incurrido, es cierto, en el error de indicar causas que realmente no sirven para producirlos todos; ó de negar los hechos que no podian explicar con una sola causa, pero ni siquiera han intentado huir de este error, multiplicando sus causas.

De este acuerdo no era único fundamento, aunque eficazísimo, lo simultáneo de aquellos efectos, sino asimismo su propia separacion. Lo simultáneo no es raro, y esto es innegable; pero, en comparacion con los hechos que mas suelen acontecer, no es frecuente. El caso mas comun es que aquellos fenómenos no se hallen todos juntos, antes bien separados. Hay que advertir en estos casos una circunstancia por demas notable, y es que los fenómenos que se ven reunidos varian con tanta diferencia que no sucede, entre mil y mil que se dan, hallar casos del todo idénticos. El ver la combinacion de ellos, que podremos llamar meramente casual, es, pues, indicio cierto de que todos estos fenómenos reconocen su origen en una sola causa universal: por cuanto, si todo hecho parcial, ó por lo menos cada clase diferente de hechos tuviese su origen propio y distinto, resultaria de ello que habria que contemplar tantos millares de causas cuantas son las combinaciones diversas de los fenómenos: en razon de que, ademas de las causas propias de los fenómenos parciales, se deberá tener en cuenta la causa específica de su union tan diversa. Elegiremos aquí al acaso y vengan como vinieren, algunos de los hechos mas ciertos, que, de no admitir una sola causa comun á todos, deberian tener una explicacion especial y propia de cada uno.

La señora L.... en París, al apoyar la palma de la mano sobre el piano, le imprimió un movimiento por extremo vario que semejaba á la danza de un borracho. En este movimiento la señora L.... se sentia trasportada con violencia en derredor, sin poder desviarse de su instrumento, aun cuando lo intentaba con todas sus fuerzas (1).

El Sr. Seguin, de Annonay, en una carta dirigida al *Pays*, refiere haber observado él mismo una mesa, á la cual un *medium* mandó que danzara; y ella se puso á medir exactamente con los pies el tiempo de los aires que tocaban en el piano próximo.

El Dr. Eissen, redactor de la *Gazette médicale* de Strasburgo, escribe á la *Gazette des Hôpitaux* de París, que un hombre robusto, en cuyo derredor se formó la cadena mesmérica, por cuatro personas, comenzó á girar sobre sí mismo con tal violencia y por tan largo tiempo, que en cualquier otro estado le hubiera sido imposible resistir sin dar con la cabeza en tierra y partírsela.

El Sr. Regué, médico de Tolosa, describió en el mes de Agosto de 1852, en el *Journal du magnétisme*, el modo con que cuatro personas levantaron en peso del suelo, con solo acercarle las puntas de sus dedos índices, el cuerpo de un magnetizado tendido boca arriba, y le mantuvieron en alto por encima de sus cabezas, todo lo que podían alzar los dedos.

En el *Journal de la Vienne*, por Marzo de este año, se lee lo que sigue: «Es completamente cierto que aquí (en Poitiers) se dejan oír sin-

(1) El Sr. Hébert de Garnays, redactor del *Journal du magnétisme* aseveró primitivamente el hecho.

gulares ruidos todas las tardes, desde las seis á media noche, en la calle de Saint-Paul, en casa de O..... Aseméjanse á la descarga sucesiva de una escopeta de dos cañones, y las puertas, las ventanas y los tabiques se estremecen: no se distingue ni llama, ni humo. Han atestiguado estos hechos las personas mas fidedignas de nuestra ciudad, y los partes de la policia y de la gendarmeria.»

Desde hace algun tiempo los periódicos americanos é ingleses hablan de ciertas fotografías espiritísticas, obtenidas por el artista *medium* Sr. W. H. Mumler de Boston. Muchos que se hicieron retratar por él, se quedaron sorprendidos al ver cerca de su propia imágen, quien la de su padre, quien la de su madre, quien la de un hermano, la de una hermana, la de su marido, y por este estilo las de otras personas fallecidas mucho tiempo atras y no conocidas de Mumler. Los fotógrafos de Boston aseguran que no hay engaño ni mentira, y el doctor Gaerdner, en la *Gazette Spiritualiste* de Lóndres, habiendo visto algunas de tales fotografías, asegura que no pueden obtenerse por ninguno de los procedimientos conocidos.

La señora G....., sonámbula de Florencia, excelente para sonámbula, pero poco instruida, cuando cae en el sueño magnético recibe de mano desconocida tarjetas con escritos, y aun dibujos y retratos de difuntos, y así satisface á los numerosos pedidos que se le dirijen. Ningun otro fenómeno particular se refiere de ella por los *Annali dello Spiritismo* de Turin. De ellos tomamos el caso siguiente:

En *Val d' Arno* superior hay una quinta llamada Belpoggio, perteneciente á los Sres. Fiorilli, en la cual desde hace tiempo se oyen dentro de las habitaciones ruidos, carcajadas, sonidos y

cantos. El tirar de las sábanas, el apagar las luces, los empujones y los encontrones son cosa frecuente. Bettina, la hija de Fiorilli, manda á su antojo y se vé servida por un agente invisible: quiere un ramito de flores, y le cae uno en el pecho: quiere concluir un bordado, y el bordado se concluye por sí solo. A mas de estos efectos, allí no hay ni respuestas, ni ensueños, ni otros de los acostumbrados fenómenos mesméricos.

Seis leguas al N. E. de Agen, en Francia, en la tierrecilla de Clairac, el Sr. Lébe escribia una comunicacion espiritística: despues de algunos períodos, su mano le rehusa todo ministerio, y el escrito queda interrumpido. En el piso inferior, su hermana se hallaba en aquel momento con la pluma entre los dedos, escribiendo. Se vé obligada á escribir cosa distinta de la que quiere. Al principio salió una frase descosida y sin sentido: luego algunos períodos perfectamente conexos. Llena de estupor la señorita Lébe, subió corriendo á referir el nuevo caso á su hermano; mas ¿cuál no fué la admiracion de los dos, cuando este descubrió que lo escrito por su hermana era la conclusion de lo que él se habia visto precisado á interrumpir?

El baron de Guldeustubbe, habiéndosele puesto en la imaginacion, en 1856, el lograr lo que él llamaba pneumatografia, ó sea escritos espiritísticos, encerró bajo llave dentro una escribania un pliego de papel de cartas en blanco y un lápiz, y habiéndose metido la llave en el bolsillo, no reveló á nadie su secreto. Despues de haber aguardado dos semanas, el dia 13 de Agosto, al abrir aquel mueble, halló los caractéres misteriosos trazados en el pliego de papel; y desde aquel dia en adelante, obtuvo diez, veinte y quizá mas pliegos de papel escritos y dibujados cada

dia: entonces advirtió que los caracteres se formaban por sí solos, sin el concurso del lápiz. Entre los sesenta y siete ensayos que publicó el autor (1) juntamente con la relacion particular del hecho, los hay que traen extrañas figuras simbólicas: pero la mayor parte son palabras escritas en griego, en latin, en frances, en italiano, en los idiomas teutónicos. Hay muchas firmas de personas muertas ó vivas, que los peritos reconocen ser sumamente semejantes á la letra de las personas que nombran.

Nos vemos obligados por la misma multitud de los hechos que se nos ofrecen, á terminar esta enumeracion, que, si como recuento es nula respecto á la inmensa cantidad que dejamos de consignar, como muestra es mas que suficiente para poner de manifiesto lo absurdo que seria el querer atribuir una causa especial á cada uno de los fenómenos. ¿Cual de estos hechos se parece al otro? Deberíase, pues, dar causa propia á cada uno de los casos particulares, que varian hasta lo infinito, porque cada cual de ellos se diferencia grandemente de los otros, ya en si mismo, ya en la manera de combinarse.

(1) *Pneumatographie positive et experimentale.....*
par le B. L. DE GULDEUSTUBRE. Paris, Libraire A. Franc,
1857.

HIPÓTESIS SOBRE LA CAUSA DE LOS
FENÓMENOS MESMÉRICOS.

XXX.

La teórica espontánea de Littré, ó sea la hipótesis
de la alucinacion.

Después de haber expuesto la historia del Mesmerismo y estudiado las condiciones propias de los fenómenos que suele producir, hemos deducido las reglas que deben guiarnos, bien sea al reconocer como mesmérico un hecho cualquiera, bien al admitir una causa generadora de tales fenómenos. Establecidas estas premisas, podemos pasar sin temor á examinar las varias explicaciones que hasta ahora se han sacado á plaza. Iremos exponiéndolas con fidelidad sucesivamente, diciendo de cada una lo que la razon ó la experiencia juzgan de ella.

La primera explicacion que naturalmente se nos ocurre examinar es la que atribuye á un mero efecto de *alucinacion* todos los hechos presentados por los mesmeristas. El que haya tenido la paciencia de leernos de seguido desde el principio de este tratado, recordará que los primeros experimentos mesméricos fueron acogidos

por muchos sábios y por muchos mas sabijondos con una mueca de incredulidad y atribuidos á embaucamiento é impostura. Los mesmeristas no se alteraron por eso; y, seguros de su propia buena fé y del buen sentido de sus clientes y espectadores, dejaron al tiempo la tarea de sincerarlos de suposicion tan injuriosa. Y el tiempo les dió la razon; porque acabó con la moda de llamarlos titiriteros y ventrilocos, y de considerar sus hechos como farfullerías y engaños. Pero entonces empezó á ser serio el apuro para ciertos doctos. Aquellos hechos no se acomodaban, por un lado, á las hipótesis sacadas de las causas naturales, ni se queria, por otro, atribuirlos á magia, pues de ningun modo querian saber nada de espíritus ni de diablos: ¿cómo, pues, salir decentemente del atolladero? En estos tiempos de términos medios y de expedientes, lo mismo en política que en filosofía, no debia ser por demás difícil el desenredarse de semejante impedimento; y el ingenio del Sr. E. Littré (1), que entre los doctos de aquella especie calza mas puntos, está connaturalizado por índole, y hecho por estudio á este género de escapatorias. Así, pues, arrojó en medio de la dócil clientela de sus fáciles admiradores la palabra *alucinacion*: y á fin de darle la autoridad suficiente para imponer á todos respeto, la vistió con todas las galas de la ciencia, la enriqueció con todas las joyas de la erudicion, la adornó con todas las gracias del estilo. Despojémosla de prendas que no son suyas y presentémosla á nuestros lectores en su ingénua naturaleza, dando aquí un reducido compendio de la nueva explicacion.

(1) *Revue des deux mondes. Livr. du 15 Fevr. 1856. Art. intit. Des Tables parlantes et des esprits frappeurs.*

Existe entre las enfermedades morales cierta forma de delirio, durante la cual el enfermo cree tener sensaciones, ya por medio de un sentido, ya por medio de mas de ellos, sin que haya presente ningun objeto exterior que pueda producir las. Esta forma especial de delirio se llama *alucinacion*. Asi, para citar un ejemplo referido por el Dr. Esquirol, una persona alucinada, escucha, interroga, responde, y emprende una animada conversacion con este y con aquel, cuando esta completamente sola en una habitacion, y no hay alma viviente que hable con ella. Esta enfermedad de la fantasia ó de los sentidos, que hace al engañarse hombre y tomar por realidades sus propias imaginaciones, ó por hechos externos sus desarregladas sensaciones, ha sido elegida por Littré para explicar los fenómenos del espiritismo americano. Estos fenómenos no tienen ninguna realidad objetiva; y tal es el punto que á toda costa se queria salvar con semejante explicacion. Las mesas, por consiguiente no brincan, los banquillos no danzan, los lápices no escriben, el aire no resuena, el viento no sopla; todo se halla en su acostumbrado estado al derredor de los que obran y de los que miran, todo en su órden de siempre, todo en su quietud. La extravagancia, el desórden, la confusion, la agitacion, se hallan únicamente en nuestros sentidos fuera de concierto ó en nuestro cerebro enfermo; y nosotros creemos con la mayor buena fé ver con los ojos lo que no está delante de los ojos, tocar con las manos lo que no se halla cerca de nuestras manos, y oír con nuestros oídos lo que no tiene, ni produce ningun sonido. Todo es efecto de una sencilla *alucinacion*.

Tal es el sistema del Sr. Littré, que, siendo ilustre individuo del Instituto de Francia, me-

recia en verdad que se le creyera sobre su palabra; pero, á fin de procurar mayor adhesion que la de la simple fé á su propia autoridad, se ha dignado dar una prueba convincente de ello. Héla aqui tal como él mismo, despues de largos rodeos propios de un erudito discurso, la compendia. Nadie puede negar que siempre que se observan estos fenómenos, cuantos participan de ellos, sufren perturbaciones nerviosas, bien sea en fuerza de agentes físicos exteriores, propios á ocasionarlas, bien sea en fuerza de desórdenes intrínsecos que pueden turbar accidentalmente el organismo. Como las perturbaciones nerviosas engendran naturalmente la *alucinacion*, y como en el estado de *alucinacion* no hay estravagancia que el hombre no se halle dispuesto á recibir cual realidad, no hay prodigio que no se entrevea en las cosas mas obvias. La *alucinacion* toma sobre esto infinitas formas, segun las disposiciones en que estén los que la padecen; y en cada una de ellas puede ser solitaria y esporádica, ó hacerse epidémica y universal. Y epidémicas fueron en efecto las *alucinaciones* de las brujas y de los encantadores de la Edad-media; epidémicas las *alucinaciones* de los camisardos en las Cévenas; epidémicas las *alucinaciones* de los convulsionarios de San Medardo. Ni por su origen, ni por sus caractéres, ni por sus efectos, la actual pestilencia de las mesas parlantes y de los espíritus golpeadores difiere en nada de las precedentes. Debe, por lo tanto, estimarse tan epidémica como aquellas.

Hasta aquí la sentencia del docto académico. No se escapó á su penetrante ingenio una objecion que algun sofista pudiera oponerle. El contagio de esta *alucinacion* es demasiado universal, é invade no una sola provincia, no un Esta-

do, pero regiones enteras, vastísimas, y por extremo varias en clima y temperatura. Ni parece que haya influjos tan deplorables y universales que hayan podido enjendrar en tanta parte del género humano el desorden nervioso que induce á la *alucinacion*. Os engaÑais, responde; hay esos influjos, y los hay eficacísimos. A la manera que el destemplarse de las estaciones, que las exhalaciones de los miasmas, que el aire corrompido de terrenos aguanosos producen en los cuerpos cierta disposicion para algunas enfermedades, que muy luego se hacen epidémicas; así ciertas influencias de opiniones, de errores, de temores dominantes en algunas épocas dentro de la sociedad, originan en el sistema nervioso un desconcierto, que á cada pequeño choque externo se exalta y llega hasta la *alucinacion*. Estos nuestros tiempos son los mas aptos que nunca haya habido para tan desdichada epidemia. «Nuestra época, son las mismas palabras de Littré, nuestra época es época de revoluciones. Reveses y desastres considerables, que se suceden á corta distancia unos de otros, han perturbado la sociedad, é infundido en ciertas gentes un espanto jamas conocido, en ciertas otras, esperanzas nunca soÑadas. En semejante estado, el sistema nervioso se ha hecho esquisitamente delicado, y mucho mas susceptible de conmociones que antes. Por otra parte, cuando el sol de la sociedad parecia próximo á su ocaso, muchas almas han vuelto los ojos al sol del cielo, y se han arrojado con ansiedad en brazos de las ideas religiosas, como en un refugio para el tiempo de las tinieblas: y esta conversion no ha sido en su totalidad oro puro y limpio de liga. Hacíase en contraposicion con las ideas opuestas, las cuales conservan su parte de autoridad, y en contraposicion

con las ideas científicas, que han impuesto un gran respeto hasta en los que temen su eficacia. Tal es el concurso de las circunstancias, que han debido facilitar la explosion contemporánea. De suerte que por remate de cuentas las revoluciones sociales y la fé atizada en su contraste con la incredulidad y con la ciencia son las influencias que han dado de sí esta malvada *alucinacion* que ha trastornado el seso á media Europa y á mas de media América. Déjese, pues, de apellidar impostura al Mesmerismo, llámesele simplemente *alucinacion*, y todo está comprendido.» Y Littré se queda tan contento con su explicacion que la nombra modestamente *Teoría espontánea*, esto es, la mas natural y evidente explicacion del Mesmerismo y del Espiritismo moderno.

XXXI.

La alucinacion de Littré ofende á la lógica y á la experiencia.

No sabemos si acontece á nuestros lectores, leyendo esta rápida exposicion de la *Teoría espontánea* de Littré, lo que nos sucede al leer su largo y enredoso tratado. Nos hemos visto mas de una vez precisados á preguntarnos seriamente si, á fuerza de tanto fijarse en este su sistema de *alucinacion*, su ilustrado autor no se ha *alucinado* él mismo hasta el punto de suponer á casi una mitad del género humano sumida en tan deplorable trastorno del cerebro; dado que, segun indicamos antes, al defender los fenómenos del Mesmerismo de la tacha de imposturas, son tales y tantos, en la nueva y en la antigua sociedad, los testigos de esos hechos, que no es gran exageracion decir que constituyen la mitad del género humano, comunmente admitida como capaz para dar testimonio. Véase ahora cuán noblemente concibe esta filosofia que se empeña en no querer admitir diablos ni espíritus. Empieza por llamar víctimas de la impostura á tantos millares de magnetizadores, de magnetizados y de testigos: y cuando esta palabra no le sirve ya, porque la realidad la ahoga en la garganta de quien la proferia, concluye llamándolos nuevamente víctimas, pero mas desgraciados, porque son víctimas de la locura.

No queremos inferir injuria al buen sentido de quien esto lea, entreteniéndonos en confutar con un largo discurso el conjunto de falsedades y sofismas que Littré se ha complacido en llamar teoría. Nos bastará indicar simplemente los puntos mas esenciales por donde ofende á la lógica no menos que á la experiencia.

El fundamento de que parte Littré es la siguiente asercion: que en todos los casos de Mesmerismo hay perturbacion nerviosa en cuantos participan de ellos. En los casos de primitivo Mesmerismo podia asegurarse esto muchas veces de solo los sugetos pacientes, los cuales se sometian á la accion del magnetizador; pero ni el magnetizador ni mucho menos los testigos, sufrían ninguna perturbacion en el sistema nervioso. Permanecian en el estado normal de plena tranquilidad; y si experimentaban alguna nueva sensacion, era la de admirarse al ver hechos tan sorprendentes é insólitos. Si el Sr. Littré quisiera atribuir tal sensacion á un desórden en los nervios, en lugar de decir que la perturbacion nerviosa precedia á la aprension imaginaria de aquellos hechos, debiera todo lo mas asegurar que la realidad de aquellos hechos extraordinarios producía en los nervios alguna perturbacion. Mas esto no podia dar el derecho de sacar en conclusion que la perturbacion nerviosa era la causa de aquellos fenómenos, sino verdaderamente que podia ser efecto suyo, á veces y en algunos. En cuanto á los casos del Espiritismo moderno, que son los que se ha propuesto explicar Littré, aquella asercion general es aun mas falsa. La mayor parte de los fenómenos que ofrece esta nueva magia son ó mecánicos ó ficticios; y los mas de los fenómenos fisiológicos, segun ya lo hemos visto, causan y frecuentemente dejan signos exterior-

res por extremo visibles. Se producen sin aparato, y por lo mas sin espectacion, y no raras veces, no solo sin saberlo los que se hallan presentes, pero contra su decidida voluntad. Ocurren á todas horas del dia y ante cualquiera reunion de personas. Muy generalmente faltan por completo los efectos fisiológicos, y no hay nadie entre los circunstantes que experimente en sí mismo ningun cambio.

Y asi como empiezan fuera de toda cooperacion de los presentes, del mismo modo cesan para todos ellos á un tiempo mismo, y cuando ninguno de ellos pensaba quizá hacerlos concluir. Citamos un solo hecho, de cuya certeza podemos salir por fiadores sobre la probidad y prudencia de uno de los testigos que nos lo refirió el dia en que le aconteció. En una reunion nocturna de amigos sobrevino de pronto un *medium*, conocido de solo el dueño de la casa. Fué presentado á todos simplemente como forastero que por gusto visitaba á Roma; y la conversacion continuó tan animada como antes, sin que nadie pensara siquiera en nada de extraordinario. De pronto se oye en la pared exterior de la sala un golpear repetido y cada vez mas insistente: y á poco una banqueta de bordar, viéndolo todos, se pone en movimiento por sí sola, se acerca al recién llegado, se le para delante, y con uno de sus tres piés comienza á herir con gran fuerza el pavimento. Cada cual se queda aterrado mas que asombrado; de suerte que el dueño de la casa se queja amistosamente al *medium* por el disgusto causado á la reunion, donde habia señoras y señoritas. El *medium* ofrece sus excusas, declarando que aquello acontece á pesar suyo: y para que nadie tenga que darse por quejoso de él se ausenta inmediatamente de la casa. A su partida ce-

saron los golpes exteriores, la banqueta se quedó tranquila donde él la dejó, y fuera de lo que se charló de aquel hecho imprevisto, como antes se habia hecho de cien otras cosas, nada se alteró con lo sucedido. Lo mismo que en este, sucede á menudo en un sinnúmero de otros casos semejantes, referidos en periódicos y en tratados de Espiritismo. ¿Dónde, pues, está aquí el mas mínimo indicio de desórden en los nervios, de quien nazca la *alucinacion*, que aparente lo que no existe? Queriendo, por lo tanto, concluir en pocas palabras, diremos que si puede suponerse una alteracion nerviosa en los *medium* y en los *pacientes* de la moderna magia, no es dable suponerla en los innumerables testigos que se hallan presentes á sus pruebas; no dando testimonio de los fenómenos espiritisticos los solos *medium* y los sugetos que en ellos participan activa ó pasivamente, sino tambien quien asiste como simple espectador, por lo que semejante testimonio no puede rechazarse como efecto de una lastimosa *alucinacion* ó de cualquiera otra alteracion mental, hija de la de los nervios.

Derribado su fundamento cae á tierra todo el edificio de Littré: mas aun cuando el fundamento tuviera solidez, las paredes mismas que sobre él se levantarán carecen de cal que las mantenga firmes y unidas. Veamos como continúa sus argumentos. Supuesto, dice, que todo hecho espiritístico va acompañado de desconcierto en el sistema nervioso, debe admitirse desde luego la *alucinacion*, en vista de que todo desconcierto de este género la engendra sin falta. Con este criterio, ahora que tan gran número de gente tiene la costumbre de juzgarse enferma de mal de nervios y darse por tal, los *alucinados* serian los mas en las familias y en las ciudades; los sanos forma-

rian excepcion. ¡Bueno es el obsequio que hace Littré á nuestra edad, declarándola generacion de *alucinados!* Mas la *alucinacion* no se halla en la gente; hállase en quien así raciona sabiéndose que no toda perturbacion de los nervios produce la *alucinacion*, sino únicamente aquella por quien los puntos del encéfalo, en donde los nervios de las sensaciones tienen su origen, participan del estado morbozo de que se halla atacado el mismo encéfalo; porque lo mismo que en todas las enagenaciones mentales, así en la *alucinacion*, que es una forma especial de ellas, el sitio propio de la enfermedad, al que los patólogos llaman *abstracto*, está en las circunvoluciones cerebrales, que constituyen la estratificacion superficial del cerebro. Una perturbacion de nervios que produzca en el cerebro, ó en las partes anejas al mismo tan grave afeccion, no es, á Dios gracias, la enfermedad mas comun, así como desdichadamente tampoco es la mas leve. Está originada siempre por otras causas morbosas gravísimas, las cuales no pueden disimularse, ni ocasionarse en el cuerpo humano á voluntad de un inventor de *teorias espontáneas*. Por muy cierto que fuese, que todo experimento mesmérico pueda causar una alteracion nerviosa, no se seguiria de ahí en verdad que tal alteracion pudiera llegar siempre á aquel grado máximo que produce la *alucinacion*.

A no ser que se conceda al ilustre académico del Instituto que aquel desórden nervioso pueda llegar á tal exceso que provoque la *alucinacion*: pero esto será siempre la excepcion y no la regla: esto es, sucederá solo en alguno que para ello tuviese una predisposicion, no en todos los que participen en aquellas pruebas ó que asistan á ellas. En otros términos, la epidemia de esa

alucinacion, que es otro de los elementos esenciales de la *teoria espontánea*, no es mas que una palabra sonora, si se quiere, pero vacía. Y él lo ha comprendido bien, y así para hacerla en algun modo aceptable hasta para sus lectores, con los cuales podia proceder con entera confianza, recurre á dos especies de argumentos, á saber, á la induccion histórica y á la observacion patológica. En la induccion histórica Littré comete dos yerros de no poco momento; por cuanto primeramente conceptúa como demostrado lo que debe demostrar; y luego da mucho mas vasta extension á las consecuencias de su discurso que lo que consentian las premisas. Su induccion es esta: en las brujerías de la Edad-media, en las inspiraciones de los camisardos del siglo décimo sétimo, en las convulsiones de los jansenistas del décimo octavo hubo la misma explosion epidémica de *alucinaciones*: ¿qué dificultad puede haber para admitirlas ahora? Véase que inocencia de académico. ¿Está del todo seguro de que en aquellas tres épocas que cita, y en aquellos tres hechos que menciona no hubiera mas que simple *alucinacion*? Aquellos hechos son, es cierto, muy análogos á los de la moderna magia; convenimos enteramente en cuanto á esto. Mas no podemos concederle con la misma facilidad que su causa fuera la *alucinacion*. Para refutar esta opinion que él ha hecho suya, tomándola de la escuela de los incrédulos filósofos del siglo pasado se escribieron, no solo algunos libros, sino que podemos decir casi que bibliotecas enteras. Allí, en vista del exámen de los hechos mas ciertos, de los testimonios de hombres de la mayor consideracion y dignos de mas fé, de las sentencias de los mas insignes tribunales, de las opiniones de los médicos mas ilustres, de los tratados de los

teólogos mas doctos, y, por último, de la autoridad de los Obispos mas íntegros, se excluye, en la universalidad de los casos, toda sospecha de *alucinacion* mental, y por contra hasta toda eficacia de causas naturales. Littré, pues, no solo supone gratuitamente lo que debia probar, sino que lo supone contra la verdad histórica y el buen sentido natural, por no decir contra la lealtad de un razonador concienzudo. Su induccion, por tanto, nada concluye en su favor: antes bien puede volverse contra él de este modo. Concedes que hay analogia plena entre los tres casos que citas y el que ahora quieres explicar: pero en los tres primeros está demostrado ciertamente que no tuvo lugar la *alucinacion* como causa productora de aquellos fenómenos; luego no puede admitirse como tal tampoco para el cuarto.

Mas aun cuando Littré tuviese razon en admitir la *alucinacion* como causa productora en sus tres casos, no podria deducir de esto la consecuencia de que tambien lo sea en el cuarto, supuesto que en los tres casos primeros no se trataba de una extension tan vasta y universal como la que ahora se advierte en el Espiritismo. La brujería de la Edad-media era un hecho reducido á pocas personas, que con toda diligencia se guardaba como secreto, mas propio de algun aislado tugurio de los campos que no de los estrepitosos salones de las ciudades. Las inspiraciones de los Cevenas se redujeron á un grupo de pobres y pequeñas adeas de un país montuoso en cierta provincia de Francia. Las convulsiones de San Medardo se quedaron circunscritas á pocos sectarios de una herejía en un solo país de Europa. El Espiritismo, todo lo contrario, ha invadido el mundo entero; se ejerce á la luz del dia; tiene mas sectarios en las grandes ciudades que en las po-

blaciones del campo: ha resistido igualmente á las persecuciones de los gobiernos que á las confutaciones de la Academia. Lo que podia decirse posible en un terreno mas restringido, no se tiene ya ningun derecho para considerarlo tal cuando el terreno se ha ensanchado tan desproporcionadamente.

Y si la induccion histórica sale mal parada de la prueba, lo mismo sucede á la observacion patológica. Los influjos morbosos que ahora predominan en el mundo y le amenazan de este contagio epidémico, están reducidos por Littré, segun lo hemos visto, á la frecuencia de las revoluciones mezclada con cierto impulso de piedad religiosa, aunque templado por un poco de incredulidad y un poco de ciencia. Si fuera esto cierto, el contagio seria mas vasto donde aquellas causas son mas universales y fuertes, y menos extenso donde son menos comunes y mas débiles. Sin embargo, puede decirse que sucede enteramente lo contrario. En los Estados-Unidos de América, que desde la guerra de la Independencia hasta la de la separacion no han presenciado revolucion ninguna; donde las conversiones á las prácticas religiosas son menos vivas y numerosas, y donde las ciencias especulativas han progresado menos; en los Estados-Unidos, decimos, el Espiritismo de nuestros tiempos ha tenido el mayor desarrollo, ha adquirido mayor número de prosélitos, se ha hecho la costumbre, el estudio y el pasatiempo mas comun. Antes de la gran revolucion francesa, ni Austria ni Francia habian tenido espantosas sacudidas de motines, y en ellas se gozaba de tranquilidad y seguridad política, como en este siglo nunca han podido conseguirse: y al mismo tiempo la piedad religiosa, en vez de nuevos impulsos, empezó á experimentar aquellos nuevos

desvios que luego dieron de si el culto de la Diosa Razon, y el abatimiento de los templos y de los ritos cristianos en toda Francia. En esta edad tan poco dispuesta, segun los principios de Littré, á la *alucinacion*, los fenómenos mesméricos que, por derecho de filiacion, conforme hemos dicho, fueron los precursores del moderno Espiritismo, obtuvieron la misma fé y las mismas incredulidades que logran ahora los nuevos progresos que de ellos se han derivado. Y, por el contrario, el tiempo en que nadie habló en Francia de Mesmerismo y en que, antes bien, nadie pensó en él, fué precisamente la última década del siglo pasado y las dos primeras del presente: tiempo henchido de los mas graves trastornos políticos, de los mayores desastres económicos, de las mas grandes conmociones religiosas, y de los mas pujantes atrevimientos de las ciencias y de la impiedad. ¿Qué género, pues, de causas es este, que, donde no las hay, obra con mayor intensidad y extension que donde las hay?

Nada, por lo visto, permanece intacto en esta *teoria espontánea* de la *alucinacion*; y cuanto mas se examina y discute mas fátua y absurda aparece. No puede servir para nada mas que para vigorizar dos proposiciones que teniamos anunciadas; ó sea que el Espiritismo es una realidad, y que no puede señalársele una explicacion deducida de causas naturales; en razon á que el haber todo un académico del Instituto de Francia sacado á plaza una teoría tan poco razonable, es señal de que las demas propuestas hasta entonces habian probado mal, y que la escuela á que pertenece Littré, se veia obligada á hacer este último esfuerzo para no declararse vencida en uno de sus mas queridos errores, como es la negacion del demonio y de la magia.

XXXII.

Se expone y se refuta la hipótesis mecánica.

Vamos ahora á discutir otra hipótesis que logró mejor fortuna por algun tiempo, y que tuvo no menos renombrados campeones que la sostuvieran. Hablamos de la explicacion mecánica del rodar de las mesas giratorias, dada por afamados físicos, como lo fueron Faraday, Foucault, Babinet y Chevreul. Expondrémosla con las mismas palabras con que fué indicada por primera vez en 1853 en *La Patrie* de Paris, número del 18 de Mayo, y la corroboraremos con las reflexiones que sobre ella hizo mas extensamente la *Revue des deux mondes* en 1854 (1). *La Patrie* la expone de esta suerte:

«Explicacion que de las mesas giratorias dan los físicos. Los aficionados á hacer girar mesas y sombreros proceden casi todos de buena fé, pero se engañan á si mismos. Creen que, por un acto de su voluntad, ó por una efusion de su fluido magnético, hacen dar vueltas al objeto inanimado que colocan bajo sus dedos; cuando en realidad la rotacion es producida por la accion muscular, imperceptible á todos y á ellio mismos, y por el movimiento de vibracion originado de las mil ramificaciones nerviosas que vas-

(1) *Livraison du 15 Janvier et du 1.º Mai.*

á terminar sobre aquel objeto. Agregad á esto el cansancio, la humedad de las manos, la voluntad decidida de hacer girar aquel velador ó aquel sombrero, y tendreis una explicacion, sino del todo satisfactoria, por lo menos muy plausible del fenómeno que ahora nos ocupa. El señor Chevreul, individuo del Instituto, ha observado esta predisposicion fisiológica, y la ha confirmado y explicado con el hecho, que tan á menudo tenemos á la vista, del jugador de billar, que despues de arrojada su bola, la sigue con los ojos, con los hombros, con todo el cuerpo y hace extraños esfuerzos como para acompañarla á su punto de mira.» Hasta aquí *La Patrie*.

Esta explicacion se descompone por los mas discretos de sus autores en dos causas: *mecánica* la una, *fisiológica* del todo la otra. La mecánica es esta. La tension prolongada del brazo produce una trepidacion nerviosa y una série de vibraciones, cierto mínimas, pero no obstante reales, en los músculos de cada operante. Su eficacia seria mínima si no fuera reforzándose, ya por las pulsaciones arteriales de la sangre, que son tambien fuerzas impulsivas, ya por la union de muchos operantes, cuyas manos deben estar enlazadas, ya finalmente por la duracion del contacto de esas mismas manos con la mesa, mediante el cual aquellas reducidas fuerzas se van acumulando hasta constituir, sumadas, una fuerza bastante eficaz y robusta. El movimiento, pues, empezará en aquel instante dado en que todas las fuerzas de vibracion de los músculos juntas, robustecidas por el tiempo y el contacto mútuo, sean suficientes para vencer la resistencia de la mesa. A esta causa mecánica se une la fisiológica. En los experimentadores hay una voluntad harto determinada de obte-

ner un movimiento de rotacion, que cada cual solicita con todo su mas vivo deseo: y, si no la misma, hay de seguro una imaginacion bastante viva, ó cuando menos un pensamiento bastante claro de este movimiento. Por consiguiente, tal voluntad, ó si se quiere, esta simple imaginacion imprime á los órganos un impulso espontáneo, aunque inadvertido, por aquella facultad de obedecer que existe en los mismos órganos y que dirige su impulso meramente vital hácia el objeto en que se piensa. De aqui nace una presion activa y directa, que si no está en la conciencia de quien hace el experimento, se halla en sus miembros y se trasfunde á la mesa sometida á la prueba: y esta presion, unida á las vibraciones musculares inevitables, la refuerza hasta comunicarle un empuje vigorosísimo.

Por lo que hace al concierto necesario de las fuerzas, que, siendo individualmente muy pequeñas, necesitan del subsidio de muchos operantes, recurren estos físicos á la acostumbrada teoria de la resultante. Colocad juntas muchas personas al rededor de una mesa. Los dos grandes móviles que deberán hacerla girar ó dar golpes en el suelo son el poder intencional, por llamarlo así, de cada uno sumado con los otros, y las oscilaciones musculares unidas á las pulsaciones arteriales de todos los agentes. Si estas fuerzas están de acuerdo para hacer girar la mesa en un sentido dado, ó para hacerla elevar en otro, se armonizan entre sí, y la suma de todas, que es su resultante, llegará al *máximum* de la eficacia. Si no hay acuerdo, las fuerzas positivas quedarán anuladas por las negativas; y las que predominen, producirán el efecto. En este segundo caso, la mesa puede permanecer inmóvil, si las fuerzas positivas igualan á las negativas; ó bien

solo alcanza á moverse lánguidamente, si es débil el exceso de las primeras sobre las segundas.

Tal es el sistema llamado mécanico, y que mejor pudiera titularse físico-mecánico. Fué en un principio ideado para explicar el simple fenómeno de los sombreros y de los veladores que daban vueltas cuando giraban sin mas prestigios, y que lejos de ser considerado como efecto del Mesmerismo, estimábase juego inocente para divertir á las reuniones. Reducido á estos límites, fué admitido sin dificultad, pero quizá sin mucho exámen, por personas muy respetables. Mas una cosa sucedió á otra. Aquellos sombreros y aquellos veladores se convirtieron en pesadimasas: el dar vueltas pasó á ser dar saltos y golpes, á ser ascension, y pronto se advirtió que las primitivas vueltas tan inocentes, ocultaban tras sí maravillas inesperadas. Quisose aplicar el sistema á los nuevos hechos, pero entonces resultó, no solo poco razonado, sino tambien ligero en si é inútil en sus aplicaciones.

Resulta, en primer lugar, ligero en si, porque concede al hombre fuerzas que no existen en él, y descuida en los fenómenos que se trata de explicar, hechos que indudablemente existen. Verdaderamente necesita admitir dos fuerzas: las vibraciones musculares capaces de trocarse en empuje directo y aumentarse con el contacto mútuo de otros músculos agitados y que trepidan; y el poder intencional de mover, que hace participar á los músculos del movimiento de la fuerza impulsiva. Mas es licito dudar de la existencia y de la suficiencia de dichas dos fuerzas, mientras no se dé una prueba directa de ello, tomada de otros hechos que este de las mesas giratorias, que para explicarlo se ha pre-

sentado. Es lícito dudar de su existencia, porque la oscilacion de los músculos cesa cuando se apoya, aunque sea por un solo punto, sobre un cuerpo fijo: es lícito dudar de su suficiencia, porque aquella trepidacion es, no solo pequeña, sino mínima, y lejos de crecer con el contacto de otros músculos oscilantes, desaparece por completo.

El Dr. Pietrasanta, juez muy competente, confirma en la *Revue medicale* de Paris estas nuestras reflexiones con las siguientes palabras que traducimos al pié de la letra: «Los señores de Castelnau y Corvisart afirman que el movimiento que se imprime á una mesa no tiene otro origen que las vibraciones invisibles é involuntarias del sistema muscular de los que hacen la experiencia. La contraccion prolongada de los músculos se convierte en una série de vibraciones, y llega á ser un temblor muy sensible, capaz de imprimir al objeto tocado el movimiento de rotacion. Oponemos á esta explicacion las siguientes dificultades:

«1.^a Si alguien tiene el brazo extendido horizontalmente, despues de dos ó tres minutos empieza á experimentar un ligero temblor involuntario: mas esto solo cuando el brazo sigue suspendido en el aire y sin apoyo. En cuanto la mano halla un punto de apoyo, por pequeño que sea, aquel temblor cesa inmediatamente. En el caso de las mesas ó de los sombreros giratorios teníamos un primer punto de apoyo del tronco sobre la silla, y el segundo punto de apoyo de los dedos sobre la mesa ó el sombrero. Y luego las vibraciones musculares, si existieran y fuesen tan eficaces, podrian reproducir en las mesas el movimiento que tienen, es decir, un movimiento de vibracion al rededor del punto sobre el cual se mantienen; pero no podrian nunca cambiar el

propio movimiento vibratorio en el movimiento circular y de traslacion, que se advierte en las mesas.

«2.^a La suspension del fenómeno por el contacto de una persona extraña, ignorada del operante, destruye la explicacion de la imaginacion, así como la de las vibraciones musculares; por cuanto ni nuestra imaginacion ni nuestros músculos cesan en sus operaciones ni en sus efectos aunque sobrevenga en la mesa, con un contacto nuevo sin que nosotros lo conozcamos.

«3.^a El cambio de direccion en el movimiento rotatorio, por el hecho del simple cambio de relacion en los dedos meñiques de las diversas manos que están sobre una mesa, echa á tierra por completo la teoría de los señores Castelnau y Corvisart.» Hasta aquí con mucho acierto el Dr. Pietrasanta.

Los hechos que esta explicacion no toma en cuenta acerca de los fenómenos de las mesas giratorias y semovientes, son cuatro. El primero es la grandeza del esfuerzo que se hace necesario para hacerlas girar, como en efecto giran, de la manera que se vió rodar rápidamente por la simple imposicion de los dedos de cuatro niñas una mesa con tabla de mármol que dos hombres robustos no conseguian levantar. El segundo es el girar rapidísimo de ciertas mesas, contra la intencion de los que, lejos de poner sobre ellas la yema de los dedos para hacerlas moverse, empleaban las manos y los brazos y todo el esfuerzo de su persona á fin de detenerlas. El tercero es la adhesion al suelo en que otras mesas muy ligeras permanecian contra las fuerzas de varias personas robustas, que en vano intentaban levantarlas y hacer que se movieran. El cuarto, finalmente, es el movimiento rotatorio, el levantamiento vertical, y la

traslacion de un sitio á otro que las mismas mesas ejecutan, sin que mano de hombre viviente las toque, cuanto ni menos las empuje. Dos solas citas, entre mil, nos bastan para comprobar estos últimos tres hechos.

El Sr. Perin Bous acostumbraba á hacer en Ginebra el siguiente experimento. Formaba con ayuda de muchos amigos una cadena, y puestos los dedos sobre la mesa, esta comenzaba á dar sus acostumbradas vueltas. Entonces, sin interrumpir la cadena, solo con levantar las manos por espacio de cinco ó seis pulgadas sobre la mesa, y retroceder todos juntos, la mesa cesaba en su movimiento rotatorio para seguir la direccion que tomaban ellos. Así, continuando con las manos siempre juntas á considerable distancia de la mesa, la hacian tenerse en bilo sobre uno de sus piés, y levantarse poco á poco en alto hasta que se volcaba por entero, acostándose en tierra con la tabla sobre el suelo y los piés en el aire. (1)

Los señores Edwards y Wells asisten en Londres á un experimento: ven la mesa moverse en todas direcciones y con admirable vigor, sin poder descubrir ninguna causa visible de tal movimiento. La mesa entre tanto se adelanta y los rechaza á distancia de algunos piés, á ellos y á dos amigos suyos, aun cuando todos estaban sentados en butacas. Entonces se asen á la mesa con las manos para detenerla; mas en vano luchan contra el poder invisible que la anima; la mesa no se para. Acuden en su ayuda cuantos se hallan en la sala é intentan fijarla en el suelo: no lo consiguen. La mesa bajo la presion de un círculo numeroso de personas, sigue levantándose en alto,

(1) *Les Tables mouvantes et les Miracles du Dix-neuvième siècle par un croyant de Chambéry.* Pág. 94.

y allí se cierne por espacio de algunos segundos. Tres de los que estaban presentes saltan sobre ella y se sientan encima; todos los demás dejan de sostenerla. La mesa comienza entonces á moverse en varias direcciones, y este juego dura un buen rato (1).

Estos hechos que han sucedido frecuentemente, y que están comprobados de una manera incontestable, se sustraen á la hipótesis de dichos físicos, quienes, por consiguiente, é los pasan en silencio ó los rechazan como cosa de charlatanismo é impostura. Mas ni el silencio, ni la afectada repulsion pueden destruir su realidad, que anula del todo la mencionada explicacion de los mismos.

La hipótesis mecánica resulta, en segundo lugar, inútil, cuanto á su aplicacion. Hemos probado ya que un cánon necesario para admitir una explicacion cualquiera de los fenómenos espiritistas, debe ser que esta los explique todos. La sobredicha hipótesis mecánica, aun cuando pudiera ser admitida como razonable y demostrada, no explicaria, entre todos los fenómenos que hemos descrito tan minuciosamente, sino simplemente uno solo, el de girar y dar brincos las mesas, y esto no mas que en su parte menos maravillosa.

Por lo tanto, esta hipótesis mecánica no puede aceptarse como explicacion del Espiritismo, que comprende muchos mas fenómenos de los que con ella se pretende explicar: y ni aun puede admitirse como explicacion solo de las mesas semovientes, que tiene muchas mas circunstancias de las que enumera. Débese, pues, desechar, primero por insubsistente y gratuitamente ideada,

(1) *Le Magnétisme, le Spiritisme et la Possession*, par le R. P. Xavier Pailloux. Pág. 20.

y luego por impotente y del todo inútil. Los que primero la imaginaron con objeto de explicar un hecho que en aquel comienzo parecía inocente, ahora que se ha manifestado tan lleno de maldad y de prestigios, están de acuerdo con nosotros en desecharla. Los que despues la han sostenido, cuando ya los hechos descubrieran toda la perversidad de sus prestigios, con el fin de entretener á sus secuaces y ahorrarles la necesidad de admitir los espíritus, el infierno, los demonios y la revelacion, si ahora no la desechan abiertamente, ya no se atreven á sostenerla ni á proponerla.

XXXIII.

Origen de las dos hipótesis fluidicas.

Era necesario dar una explicacion de los fenómenos mesméricos, supuesto que los hechos resultaban ser indudables. La única verdaderamente plausible, ó no se veía, porque todo era entonces naturaleza y fuerzas físicas, ó no agradaba por cuanto contrariaba la incredulidad que estaba de moda. Convino, pues, atormentar la imaginacion para idear alguna que satisficiera la curiosidad del público. Por mucho que se hallara expuesta á caer pronto ante el mentis de los hechos nuevos y no previstos, ó de los antiguos mejor examinados, esto importaba poco, pues habia el recurso de sustituirla con otra, que por algun tiempo pudiese ocupar la atencion de la gente, y alejarla del peligro de descubrir la verdad.

Procediendo así de explicacion en explicacion, y de hipótesis en hipótesis, dejóse arraigar la opinion de que el Mesmerismo podria al cabo verse absuelto de toda sospecha de origen misterioso y maligno, y además ser explicado por leyes naturales, y subordinado á causas físicas, bien fuesen estas ya conocidas, bien que debieran ser nuevamente descubiertas. Yendo de esta suerte, se ob-

tuvo una série de hipótesis, mas ó menos ingeniosas, mas ó menos arriesgadas, de las cuales cada una se jacta de haber entretenido por algun tiempo al mundo, y cada una se sonroja por haber sido abandonada como insuficiente ó como absurda. Vamos desenvolviéndolas, no segun el orden de su sucesion en el tiempo, sino segun el de su importancia filosófica. Pusimos así en primer lugar la *hipótesis espontánea* que llamaba *ahucinados* á todos los que creian en el Mesmerismo: y es, de hecho, si no la mas espontánea, la mas ingénua de todas. La segunda hipótesis que hemos refutado ha sido la *mecánica* que hace derivar del encuentro material de los cuerpos todos sus movimientos mesméricos, y mas que de simple puede calificarse de inconcluyente. Vamos ahora á otras dos hipótesis, que presentan mayores apariencias de razonables y mas aparato de ciencia: ambas parten de un mismo punto, aunque luego en el camino varien y lleguen á términos los mas desiguales.

El fundamento comun á estas dos diferentes hipótesis se halla en la posibilidad especulativa de dar con una causa proporcionada á los efectos que algunos quieren explicar. Demuéstrase esta posibilidad, á su parecer, con muy facil cálculo. Proceden de esta manera. En la naturaleza hay causas que producen separadamente cada uno de los efectos, que juntos se hallan en el Mesmerismo. El ópio causa sopor y adormece: el amileno extingue las facultades sensitivas: algunos venenos causan convulsiones, otros entorpecen los miembros, otros avivan las sensaciones, y así puede la farmacología señalar para cada hecho que se advierte en los magnetizados una sustancia capaz de provocarle. Si esto es cierto, como lo parece á no dudarlo, ¿por qué no podrán

todos estos efectos producirse en conjunto por una causa única que en sí sola contenga las virtudes que separadamente se hallan en aquellas sustancias varias? Ni esta causa única y universal es difícil de hallar; en razón á que ahora las ciencias experimentales están de acuerdo en atribuir todos los fenómenos físicos que se advierten en la naturaleza á un fluido único, sutilísimo en su sér, universalmente esparcido, que penetra por todos los cuerpos, que los rodea y reviste todos.

Como antes de descubrirse el fluido eléctrico y las leyes de su acción se señalaba á cada fenómeno parcial una especial causa, y la adhesión de una paja al ámbar se tuvo por calidad exclusiva de este, y el mirar al polo, privilegio de la piedra imán, y así de otras cosas; mas cuando aquel fluido y aquellas leyes aparecieron establecidos, todos estos fenómenos diversos se unificaron en un agente único y universal; así y no de otro modo puede acontecer en nuestro caso. El agente universal de todos estos efectos puede ser un fluido que contenga en sí las virtudes de aquellos cuerpos que solo en cuanto á que son capaces de ejercerlas diversamente en el hecho, se han considerado hasta aquí como generadores. Y este procedimiento es propio de la naturaleza que gusta de la sencillez, y con pequeños medios obtiene grandes efectos.

Mas ¿cuál será ese fluido tan lleno de virtud y tan poderoso? Aquí se separan los que antes procedían unidos y concordes. Porque los unos, parte en razón á que gustan de apoyarse en base mas sólida, parte por atraerlos las maravillas que ven producirse cada vez mayores en las aplicaciones de la electricidad mineral, recurrieron á esta, sin detenerse en mas, como á causa sufficientísima para los fenómenos mesméricos: y

por consiguiente, los tuvieron por engendrados todos en el fluido eléctrico. Los otros, por el contrario, y los mas eran médicos de profesion, estando todos dedicados al estudio de la electricidad animal, y reparando en ciertas leyes suyas, de que carecia la otra, se atuvieron á ella y dieron como definicion que el Mesmerismo no es mas que el conjunto de los fenómenos originados del magnetismo animal. Hé aquí, pues, dos hipótesis nuevas que ahora hemos de discutir: las cuales cuanto coinciden en el principio general de donde parten, otro tanto se diferencian en su especial desarrollo. Para mayor claridad, llamaremos á la primera *hipótesis eléctrica* y á la segunda *hipótesis zoomagnética*.

XXXIV.

Vicio de semejante origen.

Mas ántes de hablar por separado de cada una de ellas, débese someter á exámen el fundamento general de entrambas, el cual, reducido á breves términos, abraza dos aserciones. Es la primera histórica, y redúcese á asegurar que en el círculo de los agentes físicos puede tener fácilmente la naturaleza los que correspondan á cada uno de los fenómenos mesméricos. La otra es hipotética, y consiste en que puede y debe hallarse un agente físico, que tenga en sí solo todas las virtudes repartidas individualmente en los demás. Si una ú otra de estas dos proposiciones fuese falsa, se seguiria de ello la falsedad de todo el fundamento, sobre el cual, por consiguiente, nada podria ya apoyarse. Y por mala suerte de los teorizadores que quisieron asentir á él, una y otra proposicion son absolutamente falsas.

Es, en primer lugar, falso, que en los fenómenos mesméricos no haya ninguno á quien, tomado aisladamente, no corresponda una causa física, un agente natural. Esto es cierto respecto á algunos, ó, si se quiere, respecto á muchos; pero muchos son tambien aquellos á los cuales no se puede señalar esa natural causa. A algunos, en efecto, no es posible señalársela, por repugnárselo su naturaleza intrínseca. ¿De qué fuerza natural, por

ejemplo, puede derivarse el hablar *ex abrupto* lenguas desconocidas, nunca escuchadas, cuanto ni menos aprendidas? ¿Qué causa se señalará al conocer, como si se tratara de cosas presentes, lo que sucede en regiones apartadísimas? ¿Qué causa al adivinar con tanta exactitud los íntimos y secretísimos pensamientos ajenos? ¿Qué causa á los escritos trazados con un lápiz, encerrado dentro de un sencillo pupitre? ¿Qué causa á los sonidos que se producen en el aire, cuando no hay instrumento que pueda producirlos, ni de lejos ni de cerca? ¿Qué causa á aquella mano cortada y yerta que se nos ofrece ante los ojos, y se nos dá á sentir por el tacto con apretones, tan incómodos como aborrecidos? No puede idearse ciertamente causa ninguna para estos hechos, ni para otros muchos semejantes, en el órden de los agentes físicos: y la cosa es tan manifiesta, que ultrajaríamos al sentido comun si quisiéramos detenernos en demostrarla.

Fuera de estos, hay ademas otros fenómenos á los cuales no puede señalárseles tal agente, por la excesiva desproporcion que existe entre el efecto producido y la causa productora. Así, púedese ciertamente hallar una fuerza natural que atraiga los circunstantes cuerpos: mas cuando el cuerpo atraido es desmesuradamente grande, esta fuerza deberia ser tambien desmedida, y manifestarse como tal en todos los demas accidentes de su accion. Si esto no acaece; si, por el contrario, una pesadísima mesa se levanta por sí sola en el aire y se adhiere al techo, mientras que una banquetilla de las mas ligeras permanece tranquila en su rincon, ¿podré acaso afirmar que es la atraccion de la bóveda la que se llevó la mesa y desdeñó la banqueteta? Dígase lo mismo de mil otros casos semejantes que son frecuen-

tes, como ya lo hemos visto, en el Mesmerismo, y que por su misma magnitud se sustraen á la influencia de causas relativamente débiles y exiguas.

Concluyendo, pues, decimos que muchos son los fenómenos mesméricos, á los cuales, aun tomándolos al por menor, no se les puede señalar en el círculo de las fuerzas meramente físicas una causa propia y natural. La primera proposición es por tanto históricamente falsa. Ni la segunda es menos falsa en lo que lógicamente se refiere á ella. Pretende que sea siempre posible dar con un agente único, que contenga virtualmente en sí solo las fuerzas que residen separadamente en muchos. Especulativamente hablando, esto es tan solo posible cuando aquellas fuerzas no sean contrarias entre sí, porque reunidas entonces se eliminarían y destruirían mutuamente. El hielo enfria, el fuego quema: he aquí dos actividades diversas en dos diferentes cuerpos. Mas ¿quién podrá imaginar un tercer cuerpo que contenga las dos actividades reunidas; la de helar y la de abrasar al mismo tiempo? Y esto es precisamente lo que aparece cierto de los fenómenos mesméricos, muchos de los cuales tienen índole tan contraria entre sí, que no pueden nacer de una causa única, si esta es meramente natural. Tales son, por citar algunos, la insensibilidad y la excitación extraordinaria de los sentidos, la rigidez y la extremada movilidad de los miembros. Por tanto, aunque cada uno de estos fenómenos pudiera tener por sí su causa natural, no podría deducirse de aquí que fuera dable concentrar en un solo agente, que equivaliera á ellas, todas aquellas fuerzas esparcidas.

Pero supongamos también que nunca hubiera contrariedad entre los fenómenos mesméri-

cos. Resultaria, es cierto, que hablando especulativamente, puede haber una causa capaz de producirlos todos; pero no que, hablando practicamente, esta causa exista en la realidad de las cosas; supuesto que del *posse* no se puede deducir nunca el *esse* de los objetos contingentes. Para que sea permitido concluir que hay una causa tan rica de actividad, es preciso admitir pruebas directas y eficaces. No es seguramente tal prueba el instinto de nuestra inteligencia que nos impele en el estudio de la naturaleza á componer siempre para llegar á síntesis amplias y eficaces, porque no se trata de como podemos agrupar intelectualmente hechos, sino de como esos hechos se hallan realmente agrupados en la naturaleza. No lo es tampoco aquel principio verdadero y universal de que la sencillez, propia de la naturaleza, que tan múltiple y varia es en los fenómenos externos, reside propiamente en lo parco, antes bien en lo único de las causas; en razon á que esta reduccion es, en primer lugar, relativa y no absoluta, y en segundo lugar, no debe tomarse *à priori* sino demostrarse *à posteriori* en los varios casos á que se quiera atribuir. Esta demostracion *à posteriori* es la que falta en el caso presente como nos disponemos á probarlo con mas particularidad, entrando en lo especial de las dos hipótesis arriba indicadas. Bástenos por ahora haber reparado en que el concepto generador de entrambas es un concepto falso, que, lejos de dar valor y fuerza á las inducciones que de él quisieran sacarse, arroja sobre ellas toda sospecha y toda duda.

XXXV.

Se refuta la hipótesis eléctrica.

Al querer indicar lo que es en sí esta sustancia única dotada de todas las fuerzas que se necesitan para producir los fenómenos mesméricos, algunos, como los señores Caupert, Maupied y Charpignon, se asieron á la electricidad universal. La principal demostracion dada para hacer aceptarla como tal, es el argumento de la analogia. La electricidad, dicen, produce en los cuerpos orgánicos y en los órganos muchos efectos semejantes á los que suele producir el Mesmerismo. No se vaya, pues, á buscar mas allá una causa que tenemos tan cerca. Mucho mas cuando se han visto indicios manifiestos de ello en varios casos, y sobre todo en dos: en el sueño que obtuvo Charpignon por medio de la pila de Volta, y en la depresion de las fuerzas conseguida con las corrientes eléctricas por Remah y Becquerel. Estas son en resúmen, las pruebas admitidas en favor de la hipótesis eléctrica á que ahora debemos atender detenida, aunque no difusamente.

En primer lugar, tenemos derecho á exigir á esta hipótesis una explicacion, suficiente por lo menos, de *todos* los fenómenos mesméricos y no solo de *algunos*. Mas este es precisamente su principal defecto: no puede ni aun tener la pretension de explicar la mayor parte de ellos. Re-

cuerden nuestros lectores la enumeracion que hicimos en su lugar (1) de todos los fenómenos mesméricos; recuerden los hechos mas salientes que hemos referido acá y acullá en el curso de este tratado; solo esto basta para convencerlos de lo vano de la hipótesis. Teniendo á la vista mas de un centenar de casos especiales por explicar, no es dar gran prueba de buen sentido descuidar mas de los nueve décimos y pararse únicamente en el escasísimo número de ellos que puede caber en el estrecho circulo que la misma se ha trazado. En él no caben de ningun modo, á decir verdad, los *hechos psicológicos* que constituyen una clase muy extensa y que forman la especialidad característica de tales fenómenos; ni el sonambulismo simple, ni el lúcido, ni el estático, con la inmensa variedad de sus casos particulares, ni las manifestaciones espiritistas, ya sean por via de interpretacion, ya por la de vision.

De los *hechos fisiológicos* apenas hay alguno capaz de colocarse entre los posibles de explicar por la electricidad: la mayor parte queda excluida de toda aplicacion. Las funciones en suspenso, las sensaciones invertidas, interrumpida la circulacion, la respiracion cesando, inflado el tejido celular, los miembros rigidos, y mil otras perturbaciones extravagantes del organismo humano no pueden de ninguna manera atribuirse á la fuerza de la electricidad. De los *hechos físicos* y de los *mecánicos* la mayor parte excede á la actividad del fluido eléctrico; como el abrirse las puertas y los armarios cerrados con llave, el desquiciamiento caprichoso de los enseres, aun los mas pesados, las ráfagas impetuosas de vien-

(1) XXV.

to, las suaves melodias que resuenan en el aire, y así muchos y muchos otros. Por donde no puede considerarse como hipótesis propia para explicar el Mesmerismo esta electricidad á cuya eficacia se sustrae el mayor número de los casos mesméricos. Es, pues, de seguro insuficiente para lo mucho que omite, aun cuando fuera justa en orden á lo poco que admite.

Mas desgraciadamente ni aun esto sucede. Los pocos hechos que pretenden explicar, demuestran precisamente en sus caractéres un origen muy diferente de la electricidad. Queremos dejar bien sentado este punto, porque no solamente sirve para poner en duda la hipótesis de que tratamos, sino para desterrarla por absurda. Nuestro raciocinio es como sigue: Si el fluido eléctrico es en sustancia la causa por lo menos de los fenómenos mesméricos, deberá sin duda reconocerse que en tales fenómenos se han efectuado aquellas leyes ciertas y constantes que rigen á cualquiera otra operacion eléctrica. Pero en los pocos fenómenos mesméricos que suelen citarse como producidos por la electricidad, no se advierte ninguna de esas leyes. Luego el fluido eléctrico no puede ser su causa.

La mayor de este argumento es filosóficamente cierta. Como las causas naturales tienen un ser restringido en cuanto á su entidad, al tiempo y al espacio, tienen igualmente restringida y circunscrita su operacion entre los mismos límites. Esta restriccion de obrar es la que constituye sus leyes, las cuales pueden en cierto modo llamarse los linderos de la operacion. Traspasar esos confines es tanto como obrar fuera de su naturaleza propia, dejar de ser lo que se era, para tomar un sér que responda á la nueva manera de obrar: por donde, una vez

que con indicios ciertos se haya descubierto la ley propia de un agente físico, esta ley deberá siempre hallarse ejecutada en todo acto que derive del mismo agente. En su consecuencia, y por el contrario, cuando apareciese manifiestamente estar aquella contradicha, debe inferirse que el dicho acto no nace de aquel mismo agente, sino de otro distinto. Y este acto no nace de aquel mismo agente, sino de otro distinto. Y este es, en efecto, el criterio práctico de cuantos estudian los fenómenos de la naturaleza á fin de descubrir sus causas: observar que leyes los gobiernan, porque de la diversidad de las leyes pueden inferir la diversidad de las causas.

Por tanto, las leyes que rigen la electricidad, lejos de aparecer efectuadas en los fenómenos mesméricos, resultan antes bien contradichas siempre por ellos. Esta era la menor de nuestro silogismo, y se demuestra con toda evidencia, recorriendo una por una esas leyes.

Las leyes fundamentales de las acciones eléctricas se reducen á dos, que Coulomb comprende en una sola fórmula, la cual enuncia que: «Las atracciones y las repulsiones eléctricas están en razón compuesta de la cantidad del fluido, y en razón inversa del cuadrado de las distancias.» Por la primera parte de esta ley debería resultar que en todas las operaciones mesméricas, cuanto mayor fuese el fluido que el magnetizador comunica al magnetizado, otro tanto mayor había de ser el efecto producido en este. A ello se oponen abiertamente los muchos y caprichosos accidentes del Mesmerismo. Lo hemos dicho ya y conviene recordarlo ahora. Muchas veces, ó, mejor dicho, muchísimas, sucede que por mas que sude y se agite y se esfuerce el magnetizador, el paciente de nada participa, en nada

se conmueve. Otras veces bastará por lo contrario, una seña, una palabra, una mirada, para provocar los fenómenos mesméricos en el paciente: y aun á menudo no hacen falta siquiera esa seña, esa palabra, esa mirada; basta un simple acto de voluntad: y por último, para colmo de contrariedad, á veces la sola presencia del magnetizador, sin ninguna participacion suya exterior ó interior, ha servido para mesmerizar abundantemente á otros. Es, pues, demasiado patente que si se debieran atribuir estos fenómenos á la electricidad, no deberian nunca echarse de menos, supuesta la causa suficiente de la emision del fluido del magnetizador; nunca deberia haberlos, quitada de en medio aquella emision del fluido; y finalmente, serian mayores ó menores, segun fuera mayor ó menor aquella emision. Resulta, pues, que estos fenómenos mesméricos no pueden atribuirse á la electricidad, porque esta obra en razon de la cantidad propia, y aquellos no guardan ninguna relacion con esa cantidad.

Ni tampoco concuerdan con la segunda parte de la ley de Coulomb que se refiere á las distancias. La electricidad está tan ligada á la distancia en sus efectos, que basta que esta crezca el doble de lo que es, el triple, y así sucesivamente, para verla reducida, no ya solo á su propia mitad, sino á su tercera parte; no solo á su tercia pero á su novena parte, y así sucesivamente, lo cual importa la razon inversa del cuadrado de las distancias. De modo que, alejando progresivamente un cuerpo de un manantial de electricidad, en muy poco espacio se vé cesar en el cuerpo alejado toda accion (á lo menos sensible) de aquella fuerza tan activa. ¿Puede decirse otro tanto del Mesmerismo? En él la distancia es condicion por demas

indiferente, y todos los aficionados al magnetismo estan de acuerdo en este punto. Ya esté el sugeto próximo ó ya lejano del magnetizador, ya vivan en el mismo país ó que se hallen en parajes diferentes y los mas remotos; es un hecho comprobado mil veces que los magnetizadores producen sin la menor dificultad los mismos efectos en sus sugetos. Resulta pues que en la electricidad la distancia es la medida de la accion, mientras que en el Mesmerismo la distancia no la obsta ni facilita en lo mas mínimo. Y siendo esto así, ¿como se han de atribuir los efectos de aquel á la electricidad? Tenemos pues pleno derecho á rechazar la hipótesis de la electricidad mineral, supuesto que las leyes de esta no se cumplen nunca en los fenómenos del Mesmerismo.

XXXVI.

Sigue la refutación de la hipótesis eléctrica.

Pero esto no basta. No solo no se cumplen las leyes de la acción eléctrica en el Mesmerismo, sino que tampoco se descubre en él la naturaleza de los efectos fisiológicos que siempre produce la electricidad. Esta observación la hizo ya el caballero G. M. Caroli en su apreciable obra titulada *El Magnetismo animal en orden á la razón y á la revelación*, y la vamos á referir con sus mismas palabras. Hablando de los efectos que la electricidad produce invariablemente en los cuerpos animales que se la someten, discurre así: «Nadie ignora que la cualidad propia de esos efectos es el sacudimiento, la irritación, la conmoción, mas ó menos fuerte segun la mayor ó menor potencia de la batería que se emplea; sacudimiento que puede llegar hasta causar la muerte del experimentador temerario. Si el lector se dedicase á examinar con paciencia uno por uno todos los experimentos fisiológicos que han hecho con la electricidad muchísimos hombres científicos, hallaría que todo se reduce á sacudimientos, contracciones, irritaciones, saltos, rápidas y ligeras convulsiones de los músculos ó de los nervios producidas por el fluido eléctrico. Y ¿qué tienen que ver todas estas cosas con los adormecimientos, con los sopores, con los sueños del magnetismo animal? ¿No tenemos aquí una clara y pa-

tente oposicion de efectos? La electricidad, estamos seguros de que sacude, despierta, hace saltar con violencia y hasta mata: el magnetismo animal entorpece, adormece y hace caer al hombre en un profundo letargo. ¿Cómo pues se pretende probar que el magnetismo animal no es mas que un efecto de la electrizacion? ¿Se puede dar un olvido de la lógica y del sentido comun mas ridiculo y mas singular?» Hasta aquí el muy distinguido autor, y con evidente razon, puesto que la accion de la electricidad sobre el organismo animal se manifiesta, no permaneciendo en las partes unidas y homogeneas, sino pasando de unas á otras y perturbando su equilibrio relativo. Ahora bien, esta perturbacion puede sacudir, puede conmover, puede hacer saltar con mas ó menos violencia, pero es evidentemente contraria á aquella tranquilidad y á aquel reposo, únicos que pueden producir el *ipnotismo*. En una palabra, la electricidad es escitante y el Mesmerismo, ordinariamente hablando, deprimente. No pueden por consiguiente confundirse uno con otro y deben reconocerse como enteramente diversos.

Por lo demas, no se necesitan todos estos discursos tan complicados para llegar á esa deducion: basta acudir á los medios experimentales que son indicios seguros de la presencia de la electricidad, siempre que la hay. Véase en primer lugar si la brújula, esa espia tan segura de la menor electricidad, descubre su presencia en los experimentos del Mesmerismo. Muchas veces se la ha consultado y siempre ha respondido con un no invariable. Nunca ha hecho el menor movimiento, nunca la menor oscilacion! Y sin embargo, los que sostienen la hipótesis eléctrica dicen que son grandes las corrientes de este fluido que se desarrollan en cada experimento, que se acu-

mulan en cada sugeto! La aguja imantada, que se desvia inmediatamente de su posición natural á la menor aparición de la mas sutil corriente eléctrica, ha permanecido constantemente inmóvil durante el paso de tan gran cantidad de fluido magnético. ¿Cómo puede ser eso? Resulta pues que este primer experimento escluye la electricidad.

Otro se ha hecho con igual resultado. Las sustancias aisladoras detienen infaliblemente toda comunicación de la electricidad. Por consiguiente si se interponen entre lo que produce la electricidad y el cuerpo que se quiere electrizar, es vana toda tentativa: el fluido eléctrico no pasa nunca de aquel á este. Pues bien, entre otros muchos, el Doctor De Seré en su obra titulada *Application du Sonambulisme*, página 192, nos asegura, que ha interpuesto esas sustancias en gran número y en gran volumen entre el magnetizador y su sugeto, sin que por esto se haya disminuido en lo mas mínimo la acción del uno sobre otro. Luego esa acción no tiene nada que ver con la electricidad.

Podemos pues concluir nuestra refutación, diciendo que el Mesmerismo tiene en su acción leyes, no solo diferentes, sino hasta opuestas á las de la electricidad; produce efectos muy diferentes: y no ofrece ninguna señal de las que presenta invariablemente la electricidad. Lejos por lo tanto de poderse identificar con el fluido eléctrico, se debe distinguir y separar de él necesariamente.

No nos falta ya mas que responder á las dos pruebas que se presentan en favor de la hipótesis eléctrica, deducida la una de los experimentos de los señores Charpignon y Gasparini, y la de los señores Remak y Becquerel. Lo haremos

brevemente. El mismo Charpignon nos suministra los medios de responder á su objecion. Es verdad que él logró hacer dormir á algunas personas por medio de la pila de Volta; pero la esperiencia no le salia igualmente bien con todos, ni el sueño que produjo fué parecido al sueño mesmérico, ni lo consiguió con el uso de las fuertes corrientes eléctricas. Pues en primer lugar nunca pudo obtener ese resultado sino exclusivamente en personas *muy acostumbrados ya al Mesmerismo*; lo que induce á dudar si seria efecto de la pila de Volta ó de la influencia mesmérica, y con semejante duda este argumento no prueba nada concluyente en favor de la electricidad. En segundo lugar, el sueño que obtuvo fué, segun el mismo lo dice, «un sueño muy agradable, en el cual las personas decian que veian cosas gratas, risueñas, que les hacian estar satisfechas en aquel estado.» Y esto se parece mas al sopor que producen el opio, el haschish y otras sustancias narcóticas, que no al estado de sonambulismo mesmérico, ligero, ágil, apto para toda inteligencia y enteramente á gusto y deseo del magnetizador. Finalmente, el tener que emplearse corrientes ligerísimas para tales pruebas, el atribuir el mismo Charpignon el sueño engendrado, mas bien al ruido del áncora sobre el iman temporáneo, que no á la eficacia de las corrientes, el exigir silencio y quietud en torno de su sugeto para conseguir el adormecimiento; todas estas circunstancias, muy extrañas á las leyes de la electricidad, hacen sospechar que no haya sido el agente eléctrico el provocador del sueño, sino un simple *instrumento* ó, como se dice en lenguaje mesmérico, un *instituto magnético* en manos de un mesmerista. El hecho, pues, del Sr. Charpignon en nada corrobora la hipótesis eléctrica.

Pero tampoco la corrobora la accion *hiposténica*, descubierta en la electricidad, aplicada al organismo humano por los célebres Remak y Becquerel. «Aquella accion, dice el citado Caroli, viene verdaderamente á disminuir y suspender y aun á quitar la sensibilidad ó motividad *en uno y mas nervios ó músculos*, por donde discorra el eléctrico en *cierta dosis y manera* determinada, pero nunca produjo el sopor, el adormecimiento total del paciente, la insensibilidad de todo el organismo, y mucho menos la insensibilidad acompañada de la movilidad de él, como acontece en los sujetos magnetizados (1).» En mas breves palabras: aquella accion deprimente es parcial y circunscrita, nunca total é indefinida; así que, lejos de servir de nada á la hipótesis eléctrica, se le opone y la destruye.

Podemos por lo mismo asegurar, concluyendo, que faltan absolutamente á esta hipótesis todos los caracteres de una esplicacion científica; supuesto que se apoya en un fundamento de todo punto falso; deja tres cuartas partes del hecho fuera de su círculo; y la restante que pretende abrazar no solo no la aclara, pero la vuelve mas oscura; carece de toda demostracion rigurosa; y tiene en contra suya, sobre la teoria toda de la electricidad, la prueba directa de la experiencia, y el voto de los hombres mas insignes en la ciencia fisica. Podemos por último añadir que al presente la repudian todos los profesores y tratadistas de espiritismo, los cuales la desechan con desden, temiendo ponerse en ridículo si se mostrasen inclinados siquiera á discutirla.

(1) CAROLI *ibid.* tom. 1. pág. 328.

XXXVII.

Hipótesis zóo-magnética.

Los que atribuyan los fenómenos mesméricos á un fluido, como un efecto á su causa, hemos dicho ya que se dividen, al especificar este fluido en dos clases: unos admitiendo la electricidad comun, otros un especial fluido del organismo animal, á quien han llamado vital, nervioso ó zóo-magnético. Hemos refutado á los primeros en los párrafos que anteceden: vamos á hablar ahora de los segundos. Y debemos hacerlo con alguna mayor detencion que la que hemos empleado en examinar las precedentes hipótesis, por cuanto esta se nos presenta rodeada de mas graves razones especulativas y autorizada por gran número de nombres ilustres.

Dicha hipótesis empezó á estar en voga al principiar los nuevos experimentos mesméricos, puesto que el mismo Mesmer la ideó y defendió. Ya en la primera noticia que por medio de la imprenta dió de sus admirables procedimientos, sostuvo que la causa próxima é inmediata de aquellos prestigios era un fluido esparcido en el mundo, cuya sutil materia podia ser comunicada de un cuerpo á otro, sin que la detuviesen ni la distancia, ni la naturaleza de los cuerpos. Llamó á este fluido magnetismo animal, y á grandes rasgos, le describió de este modo:

«El magnetismo animal es un fluido universalmente difundido; el medio de un mútuo influjo entre los cuerpos celestes, la tierra y los cuerpos animados; tan continuo que ningun vacío deja; sutil sobre toda comparacion; capaz de recibir, própagar y comunicar toda impresion de movimiento; sin cesar ajitado en flujo y reflujo; que obra de especial manera en el cuerpo animal, y se insinúa en la sustancia de los nervios que inmediatamente excita.» Audaz hipótesis fué esta, ya por lo vacía de pruebas, ya por la omnipotencia de sus efectos. Audaz por lo vacío de pruebas; por cuanto no se demostraba la existencia efectiva de semejante fluido, mas que con la necesidad que de él habia para explicar hechos que sin él se hubieran sustraído al órden natural de los fenómenos físicos. Audaz por la omnipotencia de sus efectos; porque así establecia sin ningun fundamento una causa única y exclusiva de todos los fenómenos terrestres, destruyendo la accion y hasta la existencia de tantas otras causas, demasiado evidentemente averiguadas. La hipótesis pues no se aceptó tal como Mesmer la habia ideado. Fué necesario restringirla en mas estrechos límites, para hacerla menos absurda. Templada así se reduce á un fluido propio de los cuerpos animados, y capaz de comunicarse de un cuerpo á otro, bajo el imperio de la voluntad y á distancias aun enormes. Algunos llamaron á este fluido nervioso, otros vital ó zóo-magnético, y otros de otras suertes, con la sola variacion del nombre, no de la cosa. La mayor parte de los mesmeristas franceses y alemanes la sostuvieron largo tiempo, sino como absolutamente verdadera, si como relativamente mas probable. Propugnáronla los doctores Koreff, Hufeland, Stoffreghen, Rostan, Georget, Robert, Kerkaradec, Orfila, Fouquier,

Despines, Filassier, Chapelain, Berna, Hamard, Foissac, Frappart, Pigeaire y no pocos otros de menor nombradía. Recurrieron á ella para dar forma de ciencia á sus prácticas los magnetizadores Delon, Hervier, Bergasse, Fournel, Court de Gébélin, de Puységér, Jardy de Montravel, Deleuse, Chardel, Massias, Dupotet, Mialle, Alb. Gauthier, Ricard y otros mil, hasta que las mesas giratorias y los espíritus golpeadores vinieron á exigir á aquellos señores teorías mas propias para explicar los nuevos hechos.

A dos cosas estaban obligados los sostenedores de semejante hipótesis: la primera, demostrar la existencia efectiva de este fluido; la segunda, demostrar la suficiencia del mismo para la produccion de los fenómenos mesméricos. Intentaron dar una y otra demostracion; mas ni una ni otra resultó ser convincente. Veámoslo por partes.

XXXVIII.

Si la metafísica puede admitir la existencia de un fluido zóo-magnético.

En favor de esta hipótesis se suelen presentar cuatro argumentos: uno sacado de la metafísica, otro de la fisiología, otro de la zoología comparada y otro finalmente de la autoridad.

El argumento deducido de la metafísica está expuesto por el doctor Garcin, ya que no con mas vigor, por lo menos con mas claridad que por otros, del modo siguiente: «Por fluido vital pudiera entenderse el agente que media entre el alma y el cuerpo. Si en el hombre hay dos sustancias, y estas se hallan íntimamente unidas, es permitido á lo que creo, llamar *fluido vital* al principio de esta union; que por lo demás nunca se manifiesta sino con la vida. Esta nocion, sin embargo, aunque verdadera en la sustancia, es en la forma demasiado vaga y harto general. Prefiero pues llamar fluido vital al principio que pone á nuestra alma en comunicacion con los objetos exteriores y físicos. El fluido vital constituye, á mi parecer, el vinculo de nuestras relaciones con el mundo exterior, es el instrumento del alma en la percepcion de las cosas materiales.... Mas este fluido ¿existe verdaderamente? Existe por las funciones que yo le atribuyo. Nos comunicamos con el mundo físico; y yo nombro fluido vital á *aquello*

mediante lo cual esta comunicacion se efectua.... Ciertamente es que yo siento: cierto que imprimo á mis órganos toda suerte de movimientos. Debe por tanto haber *alguna cosa* que me hace sentir, *alguna cosa* que me hace imprimir el movimiento á mis miembros. Y este *algo* le nombro yo fluido vital (1).»

Este razonamiento, prescindiendo de las inexactitudes de lenguaje que en él se sostienen, es muy sencillo: se reduce á estas proposiciones. Tanto para la vida orgánica como para la de relacion hay necesidad de un *intermedio* entre el alma y el cuerpo: este intermedio es precisamente el fluido vital. La primera de estas dos proposiciones está supuesta, pero no demostrada como verdadera por Garcin. Y este es en realidad el defecto de tal argumentacion; defecto que en lenguaje escolástico se llama *petición de principio*. Garcin debia probar que es indispensable para los movimientos y para las sensaciones de la vida algo intermediario entre el alma y el cuerpo, y toma precisamente como cierto aquello mismo que está en tela de juicio.

Peró tal vez la necesidad de un intermediario entre el alma y el cuerpo era evidente para él, perteneciendo como pertenecia á aquella escuela filosófica, que admite como único asiento del alma el cerebro, y por consiguiente que la sensacion solo tiene lugar en el cerebro; que entre el cerebro y los órganos sensorios, entre el cerebro y los miembros del cuerpo, se interponen como mediadores los nervios, por cuyo conducto se comunican del uno á los otros las impresiones y los movimientos. Mas esta no es sino una mera hipótesis no demostrada aun, y por añadidura una hipó-

(1) *Le Magnétisme*, p. 4-10.

tesis contra la cual militan fuertes razones. Es una hipótesis no probada; porque ni el raciocinio ni la esperiencia la corroboran: es una hipótesis capaz de ser refutada, porque tanto la razon como la esperiencia se le oponen. Para aclarar del todo este punto se necesitaria mucho mayor espacio que el que nuestro tratado nos consiente. Contentarémonos pues con remitir al lector á cuanto ya en la *Civiltá cattólica* dijimos acerca de semejante cuestion (1). Solo referiremos aquí un párrafo tomado del ilustre P. Romano, sabio filósofo contemporáneo, que resume las principales razones fisiológicas adecuadas para derribar semejante hipótesis, en breves pero claras palabras. Dice asi: «La comunicacion con el cerebro es necesaria á los miembros para que se conserve en ellos la vida animal, sin lo cual no hay sentido ni movimiento, asi como, para que se conserve la vida orgánica es necesaria la comunicacion con el corazon. El cerebro, sin embargo, no obra inmediatamente, poniendo en juego la contractibilidad de los músculos, ni el alma moviendo el cerebro: pero esto da á los músculos la propiedad de contraerse ó aptitud para moverse, bajo el influjo de la voluntad ó de una aprension sensible. Y claramente certifican que sea así las convulsiones espasmódicas de los animales decapitados, en el tronco y en los miembros mutilados; donde, no ejerciendo ya el cerebro ninguna virtud, se ven no obstante durar largo tiempo contracciones violentísimas y movimientos aun de los que acostumbraba tener el animal vivo, como batir las alas, y dar algunos pasos regulares los ánades y otros animales domésticos despues de habérseles cortado la cabeza. Estos hechos serian

(1) *Civiltá cattólica*. Serie VI. Vol. III-IV.

inesplicables en la doctrina contraria, y en la nuestra se comprenden fácilmente. En efecto, la fuerza vital (esto es la antes dicha aptitud para contraerse) comunicada por el cerebro á los músculos, persiste en ellos por algunos instantes, y aun horas, como por ejemplo sucede en los animales de sangre fría; y en virtud de este residuo de vitalidad, al violento estímulo del arte, ó del aire que obra sobre los músculos ó, si se quiere, sobre los nervios desnudos, suceden aquellas mismas contracciones y aquellos movimientos instintivos, que tendria el animal, estando su vida bajo la acción de un estímulo análogo, sin que el alma ó la voluntad pudiesen destruirlos ó detenerlos.—Objeccion.—Un estímulo, que irrite fuertemente el cerebro de un animal vivo ó muerto, hace contraerse los miembros: por tanto el cerebro no solo comunica á estos la fuerza, sino tambien el acto de moverse.—Respuesta.—Puede comunicar el cerebro á los miembros la fuerza de moverse, y esto en los casos patológicos aqui antes referidos; es cierto: se comunica de hecho en todos los casos y en el estado natural; es falso. En resumidas cuentas: si se hace que tales estimulantes obren sobre el tronco de la médula dorsal, se obtienen los mismos efectos en los miembros; y si se aplican al tronco de un nervio cualquiera, las convulsiones se obtienen en la parte correspondiente que reciben las ramificaciones del nervio. Por consiguiente, tenemos ya un poco más de lo que nuestros contrarios quisieran conceder: esto es, que cualquier nervio, independiente del cerebro, puede imprimir movimiento al miembro que le está sometido. Y como ninguna parte móvil está privada de nervios, que por todos lados se estienden en ellas, podemos decir que el movimiento se excita en aquella parte misma donde

se ejecute sin que se propague desde el cerebro. Queda pues por averiguar si el alma que le excita, le imprime directamente sobre la sustancia nerviosa, y si de esta se comunica al tejido muscular, ó si toda la parte movable experimenta, sin intermediarios, la virtud del alma. Llevada á este punto la cuestion resulta ser insoluble y sofisticada: insoluble, porque la union del alma con el cuerpo es cosa arcana y misteriosa; sofisticada, porque importa poco que el alma mueva el nervio solo, ó juntamente el nervio y el músculo: siempre será cierto que el movimiento se excita en aquella misma parte que se mueve, y que no tiene su procedencia de un punto lejano, como lo seria el cerebro (1).»

La existencia pues de un fluido vital, considerada metafisicamente, no solo es una hipótesis gratuita, sino además una hipótesis traida para explicar otra hipótesis; es decir una hipótesis doblemente gratuita.

(1) *Scienza dell' uomo interiore.*

XXXIX.

Si la fisiología y la zoología admiten como indudable
la existencia del fluido zoo-magnético.

El segundo argumento, sobre el cual se funda la existencia de este fluido, está tomado de la fisiología. Los Sres. Prevost y Dumas discurren en esta forma: es cierto que los nervios son huecos, y que por ellos circula un fluido: así que han de considerarse como verdaderos canales, dispuestos de tal manera que el fluido del movimiento, y el fluido de la sensación pueden libremente circular uno y otro por ellos, aunque en sentido contrario, sin tropezarse, compenetrarse ni confundirse. Mas ¿cuál será la índole de este fluido? La electricidad tiene cierta influencia sobre los nervios y los músculos, y los contrae según ciertas leyes determinadas; de modo que la contracción muscular, puede atribuirse á la conmoción eléctrica, como efecto propio á su causa. Puede por consiguiente asegurarse que las contracciones de los nervios, y por lo tanto las de los músculos que en ellos se ligan, deben atribuirse á la acción de un fluido análogo á la electricidad. Por otra parte, para que el cerebro mueva un músculo dado, ó para que un órgano dado haga llegar su impresión al cerebro, es indispensable un agente que discurra por los nervios interpuestos. Por lo mismo debe admitirse un

agente nervioso, un fluido vital, sin el cual nunca podria ejercerse en el organismo humano la fuerza de contraccion, ni la sensitiva del alma (1).

Nada mas vano que esta manera de argumentar; porque en primer lugar, se funda sobre la hipótesis poco ha refutada de la necesidad de un *intermediario* entre el alma y el cuerpo; porque, en segundo lugar, toma por indudables ciertas inducciones fisiológicas, cuando menos muy inciertas; y porque en tercer lugar, de un hecho verdadero deduce por vicio de racionio una consecuencia falsa. Acerca de la primera suposicion no nos entretendremos mas, siendo suficiente lo ya antes dicho. Del segundo hecho, ó sea de que los nervios son tubulares, nos es muy lícito dudar, no habiéndonos rigurosamente demostrado hasta aquí nada en fisiologia respecto á semejante conformacion de los nervios, especialmente en el hombre y generalmente en los mamíferos. Está fuera de toda duda que los nervios de los moluscos se hallan perforados á lo largo y que contienen dentro de su canal interior un jugo gelatinoso. Los de los gusanos, de los insectos, de los arágnidos, de los crustáceos, de los peces, y de las ranas tienen tambien una especie de canal, mas solo hácia su centro. Pero, á medida que se asciende en la escala animal, acercándose al hombre, aquella canal va desapareciendo cada vez mas, hasta no quedar rastro ni señal de ella. Este hecho destruye pues el fundamento fisiológico de semejante hipótesis, y la reduce á una simple imaginacion.

Mas pasemos al otro hecho que se presenta, de la accion que la electricidad ejerce sobre el organismo humano. Lo que la fisiologia nos mues-

(1) Rostau, *Dict. de Med.*, art. *Magnetisme*.

tra es únicamente que nuestros nervios son conductores de una electricidad externa y muy sensibles á todo encuentro eléctrico; ó, si tambien se quiere, por exceso de condescendencia, que en nuestro organismo existen corrientes de electricidad propia. De esto, sin embargo, no nace de ningun modo la consecuencia de que, ó la misma electricidad, ú otro fluido cualquiera, sea el medio natural de que la voluntad se sirve para poner en movimiento los músculos; porque una cosa es que en virtud de las acciones químicas ó vitales que se cumplen en nuestro organismo se desarrollen corrientes de electricidad, y otra el que, sin estas corrientes ó sin condensacion ó conmocion de otro fluido, no pueda el alma contraer los músculos del propio cuerpo. Antes de descubrirse la accion de la electricidad, conociase la que el calórico ejerce sobre el sistema nervioso y muscular, sabíase que toda accion química, producida en lo interior de nuestro organismo, desenvuelve gran cantidad de calórico; ¿podria deducirse de aqui que el calórico fuese el agente nervioso ó el fluido vital?

Si la Fisiologia no nos dá derecho para aceptar la hipótesis de tal fluido, mucho menos la zoo-logia, en mal hora invocada por los partidarios de este. Cierto, hay algunos animales que poseen la especial facultad de electrizar los cuerpos con que se ponen en contacto; tales son el nautilio, el torpedo, el ginnoto, el siluro eléctrico y la anguila de Surinan. Pero de esto ¿dedúcese alguna prueba en favor del susodicho fluido que pretendé reconocerse en el hombre? Ninguna. Si alguna se deduce, es mas bien contra la existencia del mismo. El denominarse eléctricos aquellos animales para distinguirlos de los otros que no lo son, sucede porque tienen un aparato es-

pecial capaz de condensar y desarrollar la electricidad, el cual en todos ellos está esencialmente compuesto de membranas aponeuróticas, que forman células ó areólas llenas de una mucosidad gelatinosa, entapizadas al rededor de una multitud de pequeños filamentos nerviosos. No puede dudarse que este aparato sea la única causa de la facultad estupefaciente que dichos animales poseen; dado que basta quitarles el aparato para privarlos enteramente de tal facultad. Por tanto, donde no existe el aparato, la facultad no existe; y lejos de poder reconocerse la presencia de la electricidad, ó de otro cualquier fluido, debe excluirse. La electricidad que se desarrolla en los mismos peces eléctricos, no es por cierto el agente nervioso, ni hace veces de él. El ilustre Matteucci lo ha demostrado con un sencillísimo experimento. Puso los hilos de un delicado galvanómetro en comunicacion con los nervios del animal: y luego, por medio del acostumbrado estímulo provocó una descarga eléctrica. Octúvose esta sin que el galvanómetro diera ningun indicio de que la electricidad discurria por los nervios. Por consiguiente, no es posible de ningun modo sacar en conclusion que, aunque sea solo en dichos peces eléctricos, el fluido generador de esas fuertes conmociones se halle transportado del cerebro á aquellos órganos por conducto de los nervios.

XL

Opinion de célèbres fisiólogos acerca de la existencia de este fluido.

Por último, no sirve para dar crédito á tal hipótesis la autoridad de los nombres de algunos ilustres sabios que la admitieron; porque no menos ilustres son los que, no tan solo la rechazaron, sino que la refutaron con muy poderosas razones. Mas bien por via de ejemplo, que por necesidad de enumerarlos, reproduciremos aquí algunos testimonios, entre los que tienen mayor autoridad. Con objeto de rechazar toda semejanza ó identidad entre el fluido eléctrico y el agente nervioso, escribe lo siguiente Müller: «La accion nerviosa difiere esencialmente de la electricidad. No hay corrientes eléctricas en los nervios durante las acciones vitales. Quien diga que discurre por los nervios una corriente eléctrica se sirve de una expresion metafórica: como únicamente por metáfora se compara la accion de la fuerza nerviosa con la luz ó con el magnetismo mineral.» Con tan claro testimonio concuerda el no menos autorizado del Sr. Grimelli; autorizado por si mismo y por los nombres que cita: «Entre nosotros (los italianos) Nobili y Mazianini, cuanto mas estudiaban la naturaleza organizada y viviente, guiados de la observacion y de la experiencia y siguiendo los mas esquisitos argumentos eléc-

tricos, tanto menos autorizaban las elucubraciones electro-magnético-fisiológicas de Lamagna, las francesas elegancias de una inestable capilaridad electro-fisiológica, y las graves veleidades británicas de una acción eléctrica trocada con la acción nerviosa: y entre nosotros también los profundos cultivadores de la ciencia y del arte de curar, Estéban Gallini, Miguel Medici, Mauricio Bufalini, rechazaban, llevados de su juicio y doctrina, las teorías y los sistemas de una electricidad fisiológica, que todo se vuelve imaginaciones y conjeturas y que audazmente intenta hacer muestra de sí propia en la patria de Galileo, de Malpighi, de Spallanzani y de Volta (1).»

Y no menos expresamente se niegan otros no tables fisiólogos á atribuir la innervación á un fluido cualquiera, aunque no sea el de la electricidad. Oigamos al ilustre Magendie: «La acción de los nervios debe colocarse entre las acciones vitales, que en el estado actual de la ciencia no son susceptibles de explicación alguna. Ni la vibración de los cordones nerviosos, ni el pretendido fluido nervioso, ni la electricidad son explicaciones suficientes de la transmisión de las sensaciones.» Y le hace eco Bézard cuando dice: «Es más razonable admitir que el alma siente en la parte del cuerpo á la cual refiere la sensación, que no creer que siente en otra parte y que en virtud de ilusión la lleve á donde no la experimenta. La ligadura, la amputación de un nervio y lo que se les sigue nada prueban contra esta hipótesis: semejantes hechos establecen únicamente que para ser la sensación posible es preciso que el órgano esté en relación con el cere-

(1) Grimelli, *Osservazioni ed esperienze elettro-fisologiche*.

bro; pero no prueban que una impresion ó un fluido deban llevarse el cerebro, y la sensacion al punto de partida de la impresion.»

Asi por cualquier lado que se considere, la demostracion que deberia comprobar la existencia de un fluido vital en el cuerpo humano, resulta ser insubsistente y vana. No puede por consiguiente decirse que la hipótesis zoo-magnética corresponde al objeto para el cual fué imaginada, cuando se apoya, como sobre base única, en una suposicion que, si no puede llamarse absurda, de cierto no merece la calificacion de probable ni mucho menos demostrada.

XLI

Aun cuando se admita un fluido nervioso y vital, no basta para explicar los hechos del mesmerismo.

Para demostrar la insuficiencia de la hipótesis zoo-magnética, ni aun es necesario, absolutamente hablando, negar que haya en nuestro organismo un fluido vital, destinado á servir de page al alma para transmitir sus órdenes, ó de correo para participarle las impresiones externas. Podemos dejar en paz á esos fisiólogos que quieren admitirla; porque nada importa en favor de los fenómenos espiritísticos. Que exista si se quiere un fluido sutilísimo, nobilísimo, docilísimo; que sea el mensajero de la voluntad. Nada de esto importa si el tal fluido no tiene dos condiciones especiales, á saber; que pueda transcurrir fuera del cuerpo y comunicarse á cualquiera distancia que sea, y que tenga virtud capaz para producir los efectos que son propios del magnetismo. Ni una ni otra calidad puede atribuirse razonablemente al tal fluido, por donde no puede ser la causa de los hechos para cuya explicacion se nos presenta.

En primer lugar, hemos dicho que este fluido no puede transcurrir fuera del cuerpo ni comunicarse á cualquier distancia que sea, como seria indispensable que lo hiciera, para producir en los objetos exteriores y en otras personas aquellos admirables fenómenos que en otro lugar hemos

descrito. Muchas son las razones que impiden consentir en ello. Y primeramente si se concediera á este fluido el poder de esparramarse, brotando fuera del cuerpo, como lo aseguran los magnetizadores, vendriase á destruir el fundamento mismo que para ellos sostiene todo el edificio. Porque en efecto ¿se vieron inducidos á admitir un fluido que discurriera por los nervios? La principal causa de ello fué porque, interrumpiendo, ya por ligadura, ya por amputacion de un nervio, la comunicacion entre el cerebro y los músculos, estos no pueden ya moverse. De donde resulta que ese su fluido viene al mundo traido por la idea fija de que donde el nervio cesa, allí cesa toda accion emanada del cerebro y cuando se ve ya adulto, la accion no está ya encerrada en los confines del nervio, sino que se lanza mas allá de los nervios y de la piel, y fuera de la superficie del cuerpo. Si la voluntad pudiera lanzar el fluido fuera del propio cuerpo, á través de la piel, en el ambiente y en los cuerpos circunstantes, con mas razon, despues de cortado un nervio, deberia poder arrojarle mas allá de la cortadura del nervio, en las carnes que con el se hallan en contacto, y sobre la extremidad del nervio cortado que tan próxima se halla. O este fluido, por consiguiente, está reducido á discurrir á lo largo de los nervios, directamente unidos al cerebro; y entonces no sirve para explicar los fenómenos mesméricos: ó no está contenido en los nervios, ni de ningun modo vinculado á ellos; y entonces hay defecto de fundamento para admitirle.

En segundo lugar la misma hechura de los nervios se opone á este esfuerzo externo de su pretendido fluido. Los estudios microscópicos de los ilustres fisiólogos Valentin y Ernesto Burdach han revelado á la vista los últimos y menores filamentos nerviosos que llegan á la fibra muscu-

lar ó á la piel. Allí, lejos de desparramarse en una porcion de rayos que permiten al fluido que los recorra salirse de ellos y brotar, se replegan sobre sí mismos con direccion centripeta, constituyendo otros tantos entretejidos ó redecillas. Vuélvense, pues, hácia atrás, apoyándose en sus propios troncos ó en las fibras de los nervios cercanos, y se dirigen hácia el centro pulposo, de donde en su origen se ramificaron. Esta disposicion indica claramente que si hay un fluido destinado por la naturaleza á discurrir por los nervios, la misma naturaleza le ha cerrado con aquella construccion de los filamentos extremos de los nervios todo escape ó salida al exterior.

Dígasenos por favor, en tercer lugar, ¿de qué modo puede la voluntad poner en movimiento este fluido, para que se extralimite con los servicios que la pida? Solo dos maneras pueden indicarse y se indican; la primera consiste en estimular el nervio en su punto inicial sito en el cerebro, para que luego tal estímulo del origen nervioso propague, por medio del flujo ó de las vibraciones del fluido imponderable, la impresion hasta el punto requerido: la segunda se halla en la estimulacion directa del mismo fluido. Si se admite el primer modo, debe admitirse por necesidad que el único efecto de aquel estímulo nervioso es la contraccion muscular; y no puede ya aceptarse la propagacion del estímulo primitivo fuera del nervio de quien nació originariamente: lo cual es demasiado poco para los mesmeristas. Si se admite el segundo modo, á saber, que la voluntad obra primitivamente sobre el mismo fluido, ha de aceptarse por necesidad que el alma humana no está unida al cuerpo, sino al mismo fluido, y esto es ya harto mas de lo que pretenden; porque, dejando aparte lo me-

talisticamente absurdo de esta union entre el alma humana y el fluido, y encerrándonos unicamente en la misma union que quieren, ¿de qué género habia de ser esta, si el tal fluido puede espelerse á cada instante lejos del cuerpo, y volver, concluida la magnetizacion, al gran fluido universal de quien por aquel acto fué separado?

En cuarto lugar, el fluido, una vez expelido del cuerpo por el magnetizador ¿permanece en contacto en el cerebro de donde partió en un principio, ó se separa de él inmediatamente? Ningun mesmerista puede admitir que inmediatamente se separe, por cuanto entonces cesaria aquel predominio dilatado sobre el paciente que dicen ser la principal dote del magnetizador. Deben, pues, para estar de acuerdo consigo mismos, admitir que el fluido permanece en contacto con el cerebro. Mas en tonces se seguiria de ello que es dado obtener las sensaciones fuera del cuerpo, lo cual es absurdo inaudito. Y en verdad si despues de haber comunicado, v. g., á un banquillo el fluido propio, la voluntad sigue dominando por algun tiempo sobre el banquillo; en todo ese tiempo el fluido se halla interpuesto entre la misma voluntad y el banquillo; precisamente lo mismo que está, el parecer de esos fisiólogos, interpuesto entre el brazo y la voluntad que le domina siempre. Pero el fluido trasmite, no solo los movimientos, sino tambien las sensaciones. Por consiguiente, si un banquillo penetrado del fluido se hace semejante á un brazo, en cuanto á ser movido por aquella voluntad, se hará igualmente semejante al brazo en cuanto á comunicar las impresiones que los otros cuerpos pueden producir sobre él. Por donde, si un cuerpo extraño corta ó hiere aquel banquillo, el que esté en comunicacion magnética con él,

debe experimentar tanto dolor como si cortaran ó hirieran su brazo. Si esta consecuencia es ridícula, no es culpa de la lógica que la deduce, sino del principio de quien por necesidad deriva.

XLII.

Insuficiencia del fluido para explicar los fenómenos

mesméricos.

Pero aun dando que este fluido vital pudiera transfundirse de un cuerpo á otro, á medida de la voluntad que le moviese, sin embargo tampoco seria suficiente para dar razon de los fenómenos mesméricos, que se atribuyen como efectos suyos. Es preciso indudablemente eliminar todos aquellos hechos multiples que se refieren á visiones ó coloquios con los difuntos; los cuales, habiendo cesado de vivir, no pueden por cierto ni recibir ni transmitir fluidos. Es preciso eliminar todos los actos meramente espirituales, que el magnetizador suele transfundir en el magnetizado, como son conocimientos y voliciones; porque el fluido, por muy sutil que se quiera suponerle, por menudo, por impalpable, siempre estará compuesto de partes materiales, y por consiguiente nunca podrá hacerse vehículo de actos meramente espirituales. Es preciso eliminar todos los hechos, ahora indudablemente tenidos por ciertos, de *retrovision* y de *antevision*; aquellos por no ser posible que el fluido se comunique *ahora* á cosas que existieron *tiempo atrás* y luego cesaron de existir; estos, por no ser posible tampoco que el fluido se comunique *ahora* á cosas que existirán

en lo *venidero*, y que de cierto no existen en la actualidad. Es preciso eliminar todos los hechos, y son muchos, que acontecen sin intervencion de ninguna voluntad, ó tambien contra la expresa intencion de alguna voluntad; porque, en el primer caso falta al fluido el impulso, en el segundo el impulso es opuesto. Es preciso eliminar finalmente los muchísimos hechos puramente físicos ó mecánicos, en los cuales no puede haber fluido vital, porque no hay ninguna relacion con seres vivientes; y por lo tanto, los golpes, las armonías, las ráfagas de viento, las luces y los relámpagos, y tantos otros prestigios del espiritismo moderno no cabrian en él. Hétenos, pues, con un fluido, que, ó se admite dotado solamente de aquellas cualidades que el buen sentido puede consentirle sin contradiccion, y entonces es incapaz de producir los fenómenos que con él quieren esplicarse; ó se trata de habilitarle para uso de aquello que hizo imaginarle, y entonces han de atribuírsele calidades contradictorias para conservarle una vana omnipotencia. Piérdese el tiempo en crear nuevos nombres para esta vieja fantasía; nómbrésele fluido *eléctrico* ó *biótico*; llámese *vital* ó *nervioso*; nómbrésele *od* con Reichembach, ó *spirod* con Raine; llámesele *luz* con Mazzoni, ó *principio nervioso* con Muller; ó *músculo motor* con Eissen, ó *eter* con Bellanger; siempre quedará siendo cierto que su misma existencia no se halla aun demostrada con probabilidad suficiente para considerarle como hipótesis científica, y, lo que es mas, su capacidad para producir fenómenos mesméricos está con toda certidumbre excluida de la sana razon y de la simple observacion de los hechos.

XLIII.

Las hipótesis psicológicas.

Los que han querido dar una explicacion puramente natural á los fenómenos mesméricos, pueden distinguirse en dos diferentes clases. Algunos se han dirigido á agentes mas ó menos materiales, dejando al alma humana una muy reducida parte en la produccion de aquellos efectos; otros, por el contrario, se han dirigido principalmente á la actividad propia del alma, no concediendo á los agentes estrínsecos y materiales, sino una pequeña cooperacion. Para los primeros, el alma humana quedase con las facultades ordinarias, meramente pasiva, bajo la accion de un fluido cualquiera, que es la verdadera y directa causa de los hechos extraordinarios que se notan en el mesmerismo. Para los segundos, ese fluido no es mas que la ocasion por la cual, ó se levantan á altísimo grado las facultades ordinarias del alma, ó se desarrollan extraordinariamente algunas de las que posee, pero que en el curso comun de la existencia yacen ineficaces y ocultas. Y los unos y los otros pecan contra la razon, porque esas sus esplicaciones filosóficas, lejos de serlo son hipótesis mal fundadas y peor aplica-

das. Lo hemos visto hasta aquí con respecto á todas las que dan preponderancia á las causas externas y materiales: ahora la progresion de nuestro tratado nos obliga á demostrarlo en cuanto á las que dan preponderancia á la actividad propia del alma y que por este motivo llamaremos, con el ilustre P. Caroli, hipótesis *psicológicas*. Y lo verificaremos siguiendo el mismo método observado respecto á las primeras; es decir, exponiendo con verdad, sí, pero con brevedad igual las hipótesis que se han presentado, y discutiendo sus fundamentos y causas.

No ha de creerse que esta clase de hipótesis sea menos numerosa que la primera. Veremos mas bien lo contrario en la exposicion que de ellas iremos haciendo. Sin embargo, aunque se diferencian en algunos puntos particulares, tienen un lazo comun que permite unirlas todas en dos grupos distintos, y acortar mucho de esta suerte nuestro camino; siendo así que algunas de ellas atañen á los fenómenos mesméricos como únicamente *patológicos*, y las otras como simple *fisiológicos*. Las primeras ponen por base que en el estado de salud regular del organismo humano, ninguno de aquellos hechos puede efectuarse, atendido que en tal estado el alma humana ejerce sus facultades de la manera comun y ordinaria. Mas si una causa morbosa estropea, ó disloca, ó modifica, ó sutaliza, por decirlo así, los instrumentos de que el alma ha de valerse en sus operaciones, es consecuencia natural que aquellas funciones suyas cambien en el orden, ó en la intensidad, ó en la duracion, y den lugar á efectos extraordinarios y maravillosos. Para los que abrazan esta sentencia, que puede señalarse con el nombre de *psico-patológica*, el mesmerismo es solo una nueva enfermedad nerviosa, ó una de-

nominacion nueva dada á enfermedades antiguas que de tiempo atrás se consideraban como productoras de tales fenómenos. Un agente externo material, poco importa que sea fluido ó no, tendrá poder para inducir en el paciente semejante estado de enfermedad; y, producido, el alma obrará, si, segun su naturaleza, mas sus operaciones resultaran diversas por la diversidad de los instrumentos de que ha de valerse, como son los sentidos y la fantasia. El que de esta suerte calcula, manifiesta, es cierto, ser filósofo, menos alejado de la razon, mas no por eso observador justo y fiel de los hechos.

A los que ofrece el mesmerismo se atienen con mayor exactitud los otros que esquivan reconocerlos cual únicamente morbosos. Estos admiten que los mismos hechos no van precedidos ó seguidos, generalmente hablando, de ninguna sobreexcitacion ó dilatacion morbosa de los órganos sensorios, y que, por tanto, son y deben llamarse simplemente *fisiológicos* supuesto que consisten en otras tantas operaciones naturales de ciertas facultades que realmente posee nuestra alma, y que siempre posee, mas que no puede ejercer sino en las circunstancias extraordinarias que le ofrecen materia y modo para ello. Estas facultades se llaman *latentes* porque en el curso ordinario de la vida no tienen ocasion de desarrollarse y de manifestarse á lo exterior: pero son tan propias de nuestra alma y tan arraigadas están en ella, que no podrian faltarle sin dejar de ser lo que es; á la manera que para conservar un cuerpo en su propio temple se requiere aquella determinada cantidad de calor que no da indicio de sí en los casos ordinarios, sino por medio del oficio que ejerce de conservar tal cual es. Esta hipótesis, á quien puede darse el

nombre de *psico-fisiológica*, toma en cuenta algo más que la otra los hechos del mesmerismo, pero menos los principios de la recta filosofía.

De estos dos grupos diferentes de hipótesis psicológicas debemos hablar por separado; porque si entrambas caen á tierra igualmente, no caen por eso bajo los mismos golpes.

XLIV.

Exposicion de las varias hipótesis psicológicas que consi-
deran el Mesmerismo como un estado morboso.

No nos sería posible exponer el carácter general de esta hipótesis con palabras mas claras y breves que las que empleó Charpignon, de quien las traduciremos aquí al pie de la letra. De esta suerte expuso no su opinion, sino la de los *psicopatologistas*: «Las facultades (productoras de los fenómenos mesméricos), que alguien cree latentes en el hombre, de ninguna manera pueden llamarse facultades. No son, en efecto, sino simples producciones de los aparatos sensorios ó cerebrales, que se han elevado, en virtud de un estado patológico, al colmo de su vitalidad y fenomenal manifestacion. El ver de lejos, ver en las tinieblas, ver á través de los párpados cerrados, y hasta á través de vendas, no es mas que efecto de un refuerzo morboso de la facultad que el aparato nervioso, tiene destinada para la vision: el oír sonidos sumamente lejanos debe achacarse á una modificacion semejante del nervio acústico; y lo mismo pasa respecto á los otros sentidos. En cuanto á las operaciones extraordinarias de la inteligencia, la fisiología puede explicarlas por medio de la misma causa, esto es, por la excitacion de las partes que, segun la frenología,

corresponden á los respectivos actos del entendimiento (1).» Hasta aquí Charpignon, y en tal concepto general convienen todas las hipótesis que agrupamos en este lugar.

La diferencia que distingue á unas de otras, consiste en la variedad de las condiciones morbosas, que se toman ó como causas inmediatas de la exaltacion de los plexos de nervios, que ocasiona los hechos mesméricos, ó como productos para no rehusar al mesmerismo lo que se concede á otras enfermedades.

Ofrécese en primer lugar Petetin, que unifica, mas no iguala el mesmerismo con la *catalepsia histérica esencial*, enfermedad sobre la cual hizo vastos, sino profundos estudios, y publicó escritos apreciados por los cultivadores de la medicina. Habiendo reparado que en este padecimiento el enfermo pierde todas las facultades de mover á su voluntad sus propios miembros, que se prestan dóciles á recibir y conservar cualquier actitud que les dé una fuerza externa; habiendo notado que los sentidos se quedan, ya como del todo suprimidos, ya como simplemente trasladados al epigastrio ó á las extremidades de los dedos; habiendo visto que muchas veces la inteligencia de esos catalepticos, y por consiguiente la conciencia, se extingue en todo ó en parte para dar lugar á alucinaciones y visiones extravagantísimas; habiendo por último dado con casos de vision á través de cuerpos opacos ó á distancias excesivas; con casos de dirigir la mirada interiormente en el organismo propio, y de previsiones medias ajenas á toda ciencia y experimento; y hasta con casos de penetracion de los pensamien-

(1) CHARPIGNON, *Physiologie, Médecine, et Métaphysique du Magnétisme*. Bruxelles 1851. p. 282.

tos de otro; habiéndose convencido personalmente de la realidad de estos fenómenos, y contando con el juicio de muchos médicos antiguos y modernos conforme al suyo; dedujo de ello que ó la catalepsia engendra los mismos efectos que el mesmerismo ó que el mesmerismo no es verdaderamente otra cosa que la misma catalepsia con diferente nombre. Por consiguiente, para él los magnetizados no son mas que catalépticos, ó enfermos de un padecimiento semejante á la catalepsia; y los magnetizadores los que desarrollan en ellos esa enfermedad.

Así como Pepetin compara el mesmerismo á la catalepsia, del propio modo Bersot, Littré, Garcin y otros médicos le hacen semejante al sonambulismo natural. Algunos sonámbulos se levantan por la noche de la cama, andan, encienden luz, se ponen á trabajar, á veces leen, escriben, conversan con personas ausentes, proponiendo y resolviendo dudas y preguntas. Si ha de creerse á relaciones y tradiciones de personas de consideracion, muchos de esos sonámbulos pronunciaron discursos razonados, dieron soluciones á problemas intrincados, escribieron poesías llenas de sentimiento, compusieron melodías suavísimas, recitaron largos trozos de composiciones de autores apenas leídas á la ligera una sola vez. Pero lo que mas atrajo la admiracion general fué siempre cierta agilidad en los movimientos con la cual pudieron en semejante estado andar sin peligro por los caballetes de los tejados, ó por el borde de un precipicio, donde, estando despiertos ni siquiera hubieran osado poner el pié. Si, pues, en tal estado morboso que se nombra sonambulismo, el alma humana ejecuta durmiendo actos y operaciones que las personas sanas nunca ejecutan sino despiertas, ó mas bien ni aun estándolo,

¿qué dificultad podrá haber para admitir que una enfermedad gemela ó afin produzca esos y otros muchos efectos mas ó menos iguales á ellos? No otra cosa seria á su juicio el mesmerismo.

Hay una enfermedad especial que Reichembach denomina *sensitividad*, llamando *sensitivos*, á los que la padecen. Estos sufren sensaciones ora molestas, ora alegres, por varios colores de la vista y por varias posturas del cuerpo; ven difundirles cierta luz como fosfórica al rededor de los cuerpos de la cual estos se revisten, se envuelven y se cubren, formando por tal manera una involucracion que los sustrae á las miradas de ellos: ven que se despiden llamas de varias tintas, brotar chorros como de fuego, y aquellas llamas y estos chorros ir despues revolviéndose y disolviéndose en mil diversas maneras de iris y relámpagos: ven por entre las mas espesas tinieblas de la noche con la misma facilidad que otros á la clara luz del sol; ven finalmente mil combinaciones y descomposiciones químicas en la naturaleza, que se esconden á los ojos de los demas. Con estos hechos Reichembach se vió llevado á admitir aquel su especial fluido que llamó *Od*, y que hemos mencionado en su lugar. Pero al mismo tiempo derivó de él su teoria para el mesmerismo, diciendo no ser éste otra cosa sino una excitacion extraordinaria é irregular de las facultades sensitivas: haciéndolas de esta suerte aptas para percibir la accion extraordinaria de ese fluido por todas partes difundido en la naturaleza mas que en la condicion ordinaria de sanidad es imperceptible para nuestros sentidos.

Hagamos, por último, un solo haz de tantas otras enfermedades á las cuales ó aproximan ó asemejan ó igualan el mesmerismo muchos escritores. El diligente y erudito Brievre de Boismont

las abraza todas en un vasto cuadro (1). Tales son muchas maneras de demencia, como la monomania, la estupidez, el delirio y otras: tales muchos padecimientos nerviosos desacompañados de demencia como el síncope, la pesadilla, el insomnio, la corea, la epilepsia, la eclumpsia, el histérico y muchas otras; tales las fiebres inflamatorias, las agudas, las crónicas; tales los envenenamientos con opio, con licores alcohólicos, con el hachich, con el éter; tales en fin las exaltaciones causadas por pasiones violentas, de ira, de amor, de dolor, ó de placer. Cada uno de estos males produce admirables efectos, del todo semejantes á alguno de los fenómenos mesméricos. Si se atribuyen, pues, sin dificultad estos efectos á la energia propia del alma humana, cuando el cuerpo se halla en aquella determinada condicion morbosa, ¿por qué no habrá de creerse que el mesmerismo sea una enfermedad, ó mas comprensiva en cuanto á que puede producir todos esos efectos reunidos, ó mas vária en sus formas en cuanto á que puede producir ora unos, ora otros?

(1) *Histoire saisonnée des apparitions, des visions* etc. Paris 1852.

XLV.

Repasos generales contra las hipótesis psico-patológicas.

En vano se acumulan casos sobre casos, enfermedades sobre enfermedades. A todas estas hipótesis juntas se opone un reparo, que desde el principio hicimos, y que nunca debemos perder de vista en esta discusion. No basta indicar una causa capaz de producir solo algunos de los fenómenos mesméricos: es preciso indicar una que pueda ocasionarlos todos, porque todos evidentemente se dan entre si la mano, y señalan una causa universal. Y son mas los hechos que las referidas hipótesis pasan en silencio que aquellos á los cuales pueden aplicarse. De las cuatro grandes clasificaciones á que dejamos reducidos todos los hechos verificados en el mesmerismo, conforme en la actualidad se ejerce, las tres primeras nada tienen que ver con estas esplicaciones, y la última, segun lo veremos pronto, no cabe en ellas sino mutilada y desfigurada; por cuanto solo pueden someterse á estos sistemas patológicos aquellos fenómenos que se refieren á las operaciones internas del espíritu humano, ó cuando mas á las sensaciones. Todo lo que acaece de extraordinario en el mundo esterno por virtud del mesmerismo, no puede sin necedad ser atribuido ó á desordenada exaltacion de nervios ó á irregularidad de sensaciones. Bastará citar un

solo caso para comprenderlo facilmente respecto á mil otros. Cuando en presencia de una reunion de muchas personas un *medium* se pone á evocar los espíritus y obtiene de ellos misteriosas respuestas por via de golpes en la pared que todos oyen igualmente y todos ven producirse, sin ningun género de impostura, por una causa invisible; ¿dónde está el enfermo, donde la causa morbosa, donde una alteracion del organismo por minima que sea? Eliminese pues una hipótesis tan restringida si quieren esplicarse hechos tan varios y múltiples.

Tanto mas que esta hipótesis no es tampoco para aplicada á las operaciones internas del espíritu, propias del mesmerismo. Muchas diferencias y todas de gran peso separan los fenómenos puramente patológicos, que citan los escritores antes nombrados, de los fenómenos psicológicos propios del mesmerismo. Estas diferencias son tales, que traen consigo precisamente la necesidad de indagar sus causas, no solo diferentes pero quizá tambien opuestas. Veámoslo brevemente.

Los fenómenos patológicos se verifican ciertamente en un estado de enfermedad, claramente definido, que les precede siempre en el hecho, los acompaña, y los sigue; y el lazo entre el mal y sus consecuencias es tan estrecho que todo el que sea perito en las ciencias médicas pasa de la enfermedad á presagiar sus efectos, y por estos colige sin titubear la enfermedad. No sucede asi en los fenómenos mesméricos: no se enlazan necesariamente con ninguna enfermedad, y tienen lugar asi en las naturalezas delicadas como en las robustas, asi en la perfecta integridad del organismo como en su debilidad ó en su empobrecimiento. Antes bien, segun ya lo hemos no-

tado en otra parte, frecuentemente son mas dóciles á sus impresiones ciertos temperamentos, no solo sanos, sino fuertes y de buena complexion. Por tanto, estas dos clases de fenómenos no pueden achacarse á una misma causa de enfermedad, porque la condicion del estado morbo-so falta á la primera generacion de los unos, y se halla siempre en la de los otros.

Ni solo esta condicion falta á la primera generacion de aquellos, sino que se echa de menos aun en su progreso. Los fenómenos patológicos se hallan como lo pide la razon, unidos de tal modo á la enfermedad generadora, que á cada incremento del mal crece la violencia de los efectos, y á cada disminucion, mengua: y cesando la enfermedad, aquellos fenómenos desaparecen, y desapareciendo es señal de que ha fenecido el mal. Por consiguiente, los medios terapéuticos que sirven para disminuir ó quitar la enfermedad, sirven para disminuir y quitar sus efectos. Nada de esto hay en el mesmerismo. En aquellos casos en que se une con la enfermedad, esta prosigue su curso, próspero ó desgraciado, sin que los efectos mesméricos guarden con ella ninguna relacion: y las medicinas que tienen poder sobre la enfermedad, carecen de él sobre estos fenómenos, los cuales se manifiestan á veces con mayor intensidad en el enfermo curado que no durante su postracion.

Aun hay mas: muchas veces los fenómenos del mesmerismo resultan ser, no solo indiferentes del mal que preexistia, no solo inocentes, si no hasta saludables y, por decirlo asi, medios; por cuanto no es posible negar fé á tantos testimonios como nos aseguran haberse curado enfermos por medio del mesmerismo; ó porque las personas mesmerizadas han indicado la cura que

debían seguir para salir de su enfermedad, ó porque se han librado de ella con solo someterse á las operaciones mesméricas. Sucede todo lo contrario en los fenómenos meramente patológicos, los cuales dejan siempre, despues del paroxismo, evidentes huellas del mal que los ocasionó, y ademas señales del abatimiento y postracion que sobrevienen, ó con la enfermedad, por donde se diferencian tanto estos fenómenos de aquellos, que deberíamos llamarlos, no ya patológicos, sino terapéuticos, ó dígase no morbosos sino saludables.

Considérense finalmente aquellas señales esterores que acompañan á unos y otros fenómenos, y se advertirá que la primera vista de quien los ofrece basta para hacerlos diferenciar. Mírese la fisonomía del enfermo, sea quien fuere, que se halla padeciendo los accesos morbosos: mírese la de los mesmerizados. Estos conservan durante todo el tiempo de su magnetizacion la plenitud y la perfeccion de sus delineamientos; y si la mirada es fija ó incierta como la de quien no se ocupa en los objetos que le rodean, no está con todo asustada, ni apagada, ni inflamada, ni vi-driosa. Aquellos, por lo contrario, casi siempre varian sus facciones toman actitudes estrañas, mudan de color, ponen los ojos ó espantosos ó espantados.

Ademas de las diferencias hasta aquí apuntadas, queremos hacer notar una capitalísima. En los fenómenos mesméricos se verifica, sino absolutamente siempre, de seguro las mas de las veces, que los mismos dependen de la voluntad del magnetizador, el cual precisamente por esto se dice que domina á su albedrio al paciente. De esta voluntad depende el producirse el nuevo estado, el variar, el durar del mismo; esta voluntad dirige

las operaciones sensitivas ó mentales del paciente; esta voluntad basta para hacerle volver á su condicion habitual y comun. Aun cuando esto no se hubiera verificado mas que algunas veces, seria suficiente para establecer una distancia enorme entre las dos clases de hechos; porque ¿cuál de los accesos patológicos puede decirse que está de igual modo sometido á la voluntad ajena? Y ¿qué debe decirse cuando esta dependencia, si no es condicion indispensablemente y siempre requerida, está no obstante ordinariamente unida con aquellos actos que quieren igualarse á estos?

No hay pues ningun parecido en la generacion, en el procedimiento, en las consecuencias y en las circunstancias de estas dos clases de hechos; y por consiguiente, no pueden ser atribuidos á una causa única y comun, sin renegar de los instintos del buen sentido y de los preceptos de la lógica. Asi, las hipótesis psicológicas que se fundan sobre la suposicion de una enfermedad ó que tratan de justificarse por su medio, si no admiten causas absurdamente imaginadas, suponen sin embargo hechos diferentes de los verdaderos y sucedidos en diversas condiciones. Oigase el testimonio nada sospechoso, de Charpignon, el cual discurre así, confirmando en pocas palabras todo lo que con alguna extension hemos expuesto hasta ahora sobre tal punto. «A esta doctrina negativa (son palabras del citado facultativo) respondo que todos los fenómenos que puede aglomerar como análogos á los del magnetismo, se manifiestan como medio para un estado morboso claramente caracterizado: que son efímeros y proporcionados siempre al estado morboso con el cual crecen y desaparecen, de modo que perfectamente se advierte la relacion que hay entre la causa y el efecto, entre la perturbacion del or-

ganismo y la exaltacion de las propiedades de los aparatos sensorios y de los centros cerebrales..... Continuando la comparacion, hallamos que los fenómenos, atribuidos por nosotros á facultades especiales, se producen en el estado magnético fuera de toda condicion patológica; que pueden llegar al colmo de su intensidad sin que nada profundamente alterado se nos presente en las funciones orgánicas; y que el individuo sometido á ellos vuelve inmediatamente á su estado ordinario sin conservar ninguna huella de los desórdenes, que no dejarían de manifestarse cuando esos fenómenos insólitos procedieran de una sobreexcitacion de las fibras nerviosas del órgano cerebral. A lo cual se agrega que estos fenómenos son mas constantes, mas perfectos, mas completos y ofrecen muy distinta fisonomía que los que de derecho corresponden á la patología (1).

(1) *Charpignon, op. cit. p. 282.*

XLVI.

Reparos entre cada una de las hipótesis psico-patológicas en particular.

Quien tiene entre manos una buena causa no teme discutir uno por uno todos los argumentos de sus adversarios. Este por dicha es el caso en que nos hallamos: y debemos mas bien precavernos de estimar demasiado las ajenas opiniones que de despreciarlas. Por lo mismo, entramos á examinar con brevedad si, pero atentamente, y una tras otra las diversas hipótesis que hemos reunido en este grupo.

La primera que se nos presenta es la de Petetin el cual reduce el mesmerismo á una especie de *catalepsia histérica esencial*. Esta reduccion no puede absolutamente hacerse. La catalepsia es una de las formas morbosas del aparato encéfalo-espinal, que se reproduce en periodos mas ó menos irregulares. Este padecimiento apiréptico tiene por carácter la suspension de las facultades intelectuales y sensitivas, y la aptitud de los músculos de la vida animal para recibir y conservar todos los grados de contraccion que les imprima una fuerza estrinseca. Fuera de estos caracteres, que le reconocen comunmente los mas doctos *patologistas* como propios de dicha catalepsia, todos los demas que describe Petetin, ó son dudosos, ó pertenecen á otras *neurosis* del

mismo género, ó ciertamente son dignos de rechazarse. No nos corresponde dilucidar este punto ampliamente, sino afirmarle con la autoridad de los médicos de mayor nota, que en esto se hallan de acuerdo, y valernos únicamente de ello para nuestro fin, discurriendo de esta manera. Los fenómenos de la catalepsia siguen al deterioro del aparato encéfalo-espinal; los fenómenos del mesmerismo ni van precedidos, ni acompañados, ni seguidos de semejante deterioro. En la catalepsia las facultades intelectuales quedan en suspenso; en el mesmerismo adquieren, por el contrario, mayor sutilidad y exaltacion. En la catalepsia cesa la sensibilidad; en el mesmerismo, no solo continúa sino que muy á menudo se aumenta. En la catalepsia se extingue la potencia motriz; en el mesmerismo persiste intacta. En la catalepsia los músculos ceden á todo impulso exterior cual si fueran de un cuerpo inanimado; en el mesmerismo ya ceden, ya resisten, ora cobran rigidez, ora se agitan. Finalmente, á la catalepsia no pertenecen en propiedad mas que estos pocos efectos; al mesmerismo se atribuyen mil otros fenómenos variadisimos, que ni aun por sueños se atreve Petetin mismo á conceder á aquella. La catalepsia, pues, no solo no es el mesmerismo, no solo no es un género á quien el último pueda referirse como especie, pero ni siquiera tiene con él apariencia de afinidad ó relacion.

Pusimos en segundo lugar el *sonambulismo natural*, y este difiere en muchos puntos del artificial, que es el producido por los pases y el arte mesméricos. Diferénciase de él primeramente, por la edad en que suele tener lugar: dado que el sonambulismo nunca aparece en la infancia, se ve en la juventud y rara vez en la edad ma-

dura, y desaparece en la vejez; mientras que el mesmerismo no distingue edades, ó, si tiene mas predileccion por alguna, no escluye absolutamente las otras. Diferénciase, en segundo lugar, por el sexo de las personas en las cuales se advierte; porque el sonambulismo no aparece casi nunca en las mujeres, mientras que el mesmerismo es mas fácil en ellas. Diferénciase, en tercer lugar, por los efectos á los cuales se reduce; por cuanto el sonámbulo natural no hace sino repetir en aquel estado de imperfecto sueño, lo que en perfecta vela ejecutaba, con mas intensidad de afecto y aplicacion; en tanto que el sonámbulo mesmérico, por el contrario, obra y piensa en su sueño artificial lo que nunca hizo ni pensó en sus vigiliass naturales. Diferénciase, en cuarto lugar, en el modo con que obra; pues el sonámbulo natural está como encadenado y atado, asi en la voluntad y atencion, que se dirigen á un solo fin, como en las operaciones y movimientos, que, generalmente hablando, son imperfectos é irregulares; cuando el sonámbulo mesmérico se halla plenamente libre en los pensamientos y en la atencion, y percibe perfectamente las cosas en que él mismo quiere ocuparse ú otro quiere que se ocupe. Diferénciase, en quinto lugar, por el trastrocamiento de los sentidos; supuesto que en el sonámbulo natural solo uno de ellos parece enriquecerse con la vitalidad de todos los otros, los cuales permanecen como tomados de una perfecta inercia; y en el sonámbulo mesmérico hay traslocacion ó suspension, pero no absorcion ni predominio. Y, para concluir de una vez, se diferencia en la relacion con el mundo exterior; siendo asi que el sonámbulo natural no se comunica en realidad con las personas presentes, mas que por la imaginacion, segun acaece en el

sueño; y el sonámbulo mesmérico está en completa comunicacion con su magnetizador, y puede ademas comunicarse con otras personas que se hallen presentes. Todas estas diferencias son mas que bastantes para que se advierta cuan vanamente se ha dado el nombre de sonámbulos á los mesmerizados, y cuan fuera de razon se quieren hacer uno solo de estos dos sonambulismos, para atribuirles una misma causa ó cuando menos una causa semejante.

Debemos hablar ahora de la *sensitividad* de Reichembach, á la cual quisieran él y Verati asemejar el mesmerismo. Pudiéramos esponer dudas muy difíciles de resolver acerca de la existencia de los hechos, y presentar una esclusion absoluta acerca de la causa física y patológica que se les señala. Mas esto importa muy poco para nuestro propósito: por cuanto, aun admitidos aquellos hechos y aquellas causas, la discrepancia con el mesmerismo es tal y tanta que ninguna comparacion, cuanto menos argumento, es posible sacar de ellos en favor da la hipótesis patológica que tiende á explicarlo. Y en efecto, todas las pruebas de sensaciones esquisitamente sutiles y especiales, no experimentadas ni tampoco sospechadas por otros, para los cuales los mismos objetos se hallaban presentes en el mismo tiempo; todas estas pruebas, decimos, son las que ofrecen siempre los *sensitivos* en estado de perfecta vigilia, de plena integridad de sus sentidos, y de absoluto dominio de todos sus actos y movimientos. Los mesmerizados, al contrario, muchas veces se hallan adormecidos artificialmente por sus magnetizadores, no tienen los sentidos enteramente libres, y están lo mas comunmente á merced de la voluntad agena. Ni esto basta: porque, cuando por medio de la *sensitividad* no se obtie-

nen sino algunas mas esquisitas y delicadas sensaciones, y lo mas á menudo solo de la vista, por el mesmerismo se debilitan mas bien las sensaciones, y en lugar de ello se consiguen mil otros efectos, que están á mil leguas de las simples sensaciones; penetraciones en el pensamiento, visiones médicas, retro-visiones, antevisiones y otras. Por donde diferenciándose tanto unos hechos de otros, los unos no pueden compararse con los otros, ni mucho menos confundirse estos y aquellos, dándoseles un mismo origen ó cuando menos semejante.

Finalmente debemos decir alguna palabra respecto á las muchas enfermedades cuyos efectos patológicos ofrecen puntos de semejanza con el mesmerismo. El citar tantas juntas algun mas erudito que sabio autor, demuestra que ninguna de ellas le parece bastante poderosa por si sola para explicar aquel cúmulo de hechos de que se jacta con tanto orgullo este agente proteiforme. ¿Qué se querrá deducir de colocarlas juntas en un solo cuadro? Si indagais cual sea la indole de cada una de estas enfermedades, es harto evidente que sus peculiares efectos no resisten el parangon con los efectos mesméricos, ni por el número, ni por la calidad, ni por la intensidad, ni por el modo. ¿O se querrá tal vez comparar la insensibilidad, único efecto del éter, del cloroformo, del amideno y de los demas anesthesiacos de antigua ó de nueva moda, con las mil y diversas visiones propias del mesmerismo? Y continuad discurrendo de esta manera sobre cada una de las enfermedades que antes se enumeraron ó se enumeran ahora. Que si quereis aventajaros juntándolas en un solo individuo, por creer que asi multiplicais los efectos de la semejanza, aceptais una conclusion tan ridícula que no puede ima-

ginarse otra peor; pues, tratando de ofrecer al público una muestra de lo mucho que diariamente ofrece el mesmerismo, habreis de buscar un enfermo que tenga sobre si ocho ó diez padecimientos contrarios, de los cuales se sacude á una señal de vuestra voluntad, tan pronto como hayais concluido de servirlos de él para semejante espectáculo. Mas si decís que no es de vuestro pensamiento, sino que considerais al mesmerismo con tal poder que por si solo haga con su único impulso lo que harian todas esas enfermedades, juntándose, si pudieran; nada habreis adelantado en provecho de vuestra hipótesis, que, antes bien, destruiriais; por cuanto ó el magnetismo produce esos efectos creando una enfermedad en el organismo, y entonces habrá de crear tantas cuantas requiere la variedad de los efectos que se desean, siendo asi que los males tienen su asiento propio y definido y limitado, y sus efectos conformes á su asiento (y asi volvemos al enfermo de cien padecimientos que hace poco repugnabais): ó el magnetismo no engendra aquellos efectos atacando al organismo sano, y por tanto no produciendo enfermedades y falta de salud en el hombre; y entonces, os dais por vencidos, y no considerais ya, segun vuestra hipótesis lo exigia, los efectos mesméricos como fenómenos morbosos y patológicos.

Concluyamos, pues, diciendo que las hipótesis *psico-patológicas*, ó se han de considerar bajo la fase comun á todas, y entonces adolecen del vicio de querer esplicar al hombre sano por medio del hombre enfermo; ó se han de considerar bajo la especial fase propia de cada una, y entonces adolecen del vicio de querer aproximar cosas lejanas y convertir en gigantes los enanos.

XLVII.

Dualismo del cerebro: hipótesis psico-fisiológica de Gregory.

Las hipótesis que consideran los fenómenos mesméricos como únicamente patológicos no se sostienen ante la observación de los hechos y puestos frente á frente con los principios de las ciencias metafísicas y físicas. Lo hemos demostrado en los precedentes párrafos. Ahora debemos discutir las hipótesis que miran los fenómenos magnéticos como simplemente fisiológicos; es decir, como facultades naturales del compuesto humano: el exámen que de esto haremos nos llevará á la misma consecuencia de escluirlas todas por insubistentes é irracionales. No nos separaremos del acostumbrado método, ó sea del de referir primero los conceptos y si puede ser las palabras mismas del autor de la hipótesis, y de indicar despues los argumentos y los hechos que se oponen á su aceptación. Mas en lugar de exponer todas juntas estas hipótesis psico-fisiológicas, á fin de refutarlas luego por partes, haremos que, para mayor claridad siga la refutación á cada exposicion parcial.

En carta escrita desde Edimburgo al *Journal du magnetisme* de Paris (1) en junio de 1856, el

(1) *Journal du magnétisme*, tomo XV, p. 319.

Dr. Gregori sacó á luz una idea originalísima, y creyó con ella haber resuelto este nudo, verdaderamente gordiano. Divide el cerebro del hombre en dos mitades perfectamente iguales entre sí, y destinada cada cual de ellas á muy diferentes funciones; pues la una mitad sirve al hombre durante la vigilia, la otra durante el sueño, ya sea artificial, ya natural. Y he aquí como explica su pensamiento: «Las dos mitades del cerebro son, cada una de por sí, un cerebro completo é independiente; así como los dos ojos, cada cual de por sí, son completos é independientes. Del mismo modo que se puede ver perfectamente con solo un ojo, así se puede pensar perfectamente (*sic*) y sentir con un solo cerebro, que es como decir con la mitad del cerebro. Además, si está demostrado que la mayor parte de los hombres no emplean habitualmente sino un solo ojo para mirar, á tal punto que el otro va debilitándose por falta de ejercicio; debe también aparecer probable que el hombre no use de ordinario mas que uno solo de los dos cerebros, mientras que el otro descansa. Creo igualmente, que en el sueño ordinario, mientras que el cerebro empleado de día reposa, se despierta el otro y elabora los ensueños. Creo del mismo modo, y me induce á creerlo lo que he advertido en los sonámbulos magnéticos, que cuando se los adormece es tan solo en el cerebro que habitualmente se halla activo en la vigilia, despertándose el otro (habitualmente activo en el sueño), que es el que usa de ordinario en el estado de *lucidez*. Con esto se explica facilmente porque el sonámbulo magnético no conserva, cuando vuelve en sí, ningun recuerdo de lo que le aconteció en el sueño magnético; y porque este recuerdo vuelva á aparecer tan pronto como se le

adormece de nuevo en el mesmerismo.» Hasta aquí Gregory.

Verdaderamente esta hipótesis es tan irracional y estrambótica que ni siquiera hubiera merecido mencion si no la hubiéramos visto citada con elogio por mas de un escritor mesmérico. Mas ¿qué alabanza se debe á una hipótesis que contradice los hechos que quiere explicar; que se opone por completo á la anatomia y á la fisiologia; que, finalmente, aun cuando estuviera de acuerdo con los hechos y fuese verdadera en su fundamento, seria del todo insuficiente é inútil al mesmerismo, para cuya esplicacion se imaginó? Pocas palabras bastarán á probar estas tres objeciones capitales.

Supongase, en primer lugar, que el cerebro está verdaderamente dividido en dos mitades perfectamente iguales entre si, inconsciente una de otra, sin depender una de otra, como destinadas esclusivamente la una al sueño, la otra á la vigilia. ¿Por qué Gregory asegura que en el sonambulismo mesmérico obra siempre el cerebro del sueño? Porque despues de aquel sueño el sonámbulo no recuerda nada de lo que vió, oyó, dijo ó hizo. Por consiguiente, el sonámbulo deberia del mismo modo no recordar en su sueño nada de lo que se refiera al estado de vigilia, en razon á que todo esto pertenece á la otra mitad del encéfalo. Por mala suerte de Gregory, sucede precisamente lo contrario. Todos los sonámbulos mesméricos recuerdan y saben perfectamente durante su sueño artificial, cuanto supieron ó hicieron despiertos. Por tanto, esta hipótesis contradice los hechos que quiere explicar: solo que no merece el nombre de hipótesis.

Mas ¿puede suponerse en realidad que el cerebro esté dividido en esas dos mitades, inde-

pendientes entre si, y que se suceden solo en el obrar? Esta asercion es contraria á todo lo que enseñan la anatomia, la fisiología y la patologia. El encéfalo es el órgano mas simétrico del cuerpo humano, ofreciendo en la línea media partes únicas, y de un lado y otro partes dobles, conexionadas intimamente con las únicas. Se manifiesta á la mirada del ojo anatómico y á la observacion de las operaciones intelectuales, sensitivas y motivas, como un instrumento indiviso é indivisible. Ninguna de las partes que le componen está aislada; ninguna es apta para una accion singular é independiente; y cuanto son mas iguales entre sí las partes laterales y simétricas, tanto mas perfectas y vivas son. Antes bien, si, por causa de enfermedad, alguna de las partes laterales pierde algo de su regular perfeccion, las funciones del cerebro se alteran y turban. El dualismo del cerebro no es, pues, mas que una estólida figuracion y hasta indigna de ser mas largamente refutada.

Finalmente, si esta hipótesis estuviese fundada y fuera probable ¿podria explicar todos los fenómenos del mesmerismo? Ya lo hemos visto: no sirve ni aun para el único que se propone explicar: ¿cómo se aplicará á los otros? El medio cerebro que se despierta para dejar descansar á su compañero, ¿cómo y porqué se despierta? ¿Cuál es la fuerza que á su placer le adormece y le hace sacudir el sueño; y por qué puede ejercerse solo por algunos y en algunos? Y ¿cómo hará ese medio cerebro para ver, para saber y para enseñar tantas maravillas? ¿De qué modo se explicarán tantos hechos en que no se hallan en juego, ni medios cerebros, ni enteros? A todas estas preguntas nada contesta la hipótesis es Gregory: debe, pues, desecharse, tanto por irracional, cuanto por inútil y vana.

XLVIII.

Reverberacion del pensamiento: hipótesis psico-fisiológica de Górrés.

Al lado de una hipótesis escocesa, enteramente positiva y tal vez demasiado positiva, colocaremos una hipótesis alemana, enteramente aerea. La imaginó y desarrolló el célebre Górrés en su libro tan curioso como erudito, titulado *La Mística*, y puede compendiarse en estas palabras: Los fenómenos que ofrece un sonámbulo mesmérico no son sino la reverberacion de los pensamientos y de las voliciones del magnetizador. Para comprender como Górrés se esfuerza en hacer probable esta idea, reproduciremos algunos trozos de un largo pasaje en que la expone ampliamente; «Ya hemos llegado al magnetismo vital, á aquel primer grado donde un vínculo mágico *arcano* se establece entre el sonámbulo y los que se ponen en relacion con él. En tal estado, el alma entera le transfiere, por decirlo asi, al mundo interno de los ensueños; la vida exterior se cierra; todo se desvanece y para el sonámbulo no queda mas en el universo que la persona con quien se halla en relacion, y que puede sacarle de ese estado ó volverle á él á su alvedrio. Esta persona se halla, sin embargo, fuera del círculo en que está encerrado el sonámbulo, por cuanto permanece en el mundo externo..... y

desde allí obra sobre el sonámbulo, que en aquel momento vive dentro de otro mundo. Todos los recuerdos que el sonámbulo conserva de su vida anterior, todas las visiones que se le presentan en las nuevas regiones que se le han abierto, están regulados y determinados por su magnetizador; por donde el carácter propio de este primer grado es el poder absoluto del magnetizador, y la plena sujecion del magnetizado..... Este no vé sino con los ojos, no oye sino con los oidos de aquel; y nada percibe su dominado espíritu que no haya pasado por el espíritu de su dominador..... Los pensamientos, los sentimientos, los afectos de uno se *reflejan* en los del otro. En este comercio recíproco se desenvuelve una doble corriente que va de uno á otro recorriendo todas las regiones de la personalidad humana..... Esa accion..... se ejerce tambien á distancia..... Esta relacion con que el magnetizador domina á sus sonámbulos, escita muy luego otra del todo opuesta, por la cual aquel se queda como atado por este; siendo asi que el *sensorio comun* centro de la vida, no está ya en el magnetizador sino en los sonámbulos; y estos, á su vez, puedan dominar la persona del primero. Por la primera relacion, el magnetizador, aun cuando se halle á una grandisísima distancia de los sonámbulos, es visible para ellos mientras que ellos no lo son para él. Por la segunda relacion, los sonámbulos son visibles para el magnetizador á cualquier distancia que sea; y sus pensamientos, sus imaginaciones, sus resoluciones, sus afectos, se reverberan en el ánimo de él.» Asi justifica Görres su sistema, que es, poco mas ó menos, el mismo que el de la *transmision del pensamiento* defendido por el señor Hébert de Gasnay, y admitido como pro-

bable por el mismo abate de Lamennais.

La autoridad de nombres tan ilustres en la república de las letras no puede apartarnos de traer al exámen ante el buen sentido y la razon su doctrina. Hállase ésta vacilando hácia todos lados, y, aunque apuntalada con tanta autoridad, se viene por sí sola abajo y queda reducida á nada mas que un turbion de palabras vacias de significado. Veámoslo lo mas brevemente que sea posible.

La primera reflexion que se presenta es que la *reverberacion del pensamiento* tal como la ha imaginado y espuesto Górrés, no puede esplicar otro fenómeno que el de la sola reproduccion en el magnetizado de los pensamientos y voliciones del magnetizador. Todos los demas fenómenos del magnetismo se sustraen á esta hipótesis, y deben, ó bien negarse contra la evidencia de los hechos, ó bien esplicarse cada uno por medio de otra hipótesis contra la evidencia del discurso. Si no por otra cosa, esta hipótesis peca, lo mismo que las demas, por escesiva impotencia en su aplicacion.

Pero la *reverberacion del pensamiento* ni siquiera sirve para la sola esplicacion del sonambulismo. En este sueño mesmérico se presentan hechos que hemos referido en otra parte y nos conviene recordar. El sonámbulo mesmérico vé su propio organismo, el asiento de su enfermedad, la irregularidad de las funciones de la vida y el método de curacion que ha de seguir: ¿son estos los pensamientos del magnetizador que aquel no hace mas que reflejar y reverberar? El sonámbulo habla de personas y hechos que ni él, ni su magnetizador conocieron nunca: ¿cómo se manejó, pues, el último para infundirle pensamientos y conocimientos que él mismo no tuvo? Di-

gase otro tanto de aquellas sensaciones, ya agradables, ya dolorosas, que el magnetizado esperimenta y no el magnetizador: de aquellas retrovisiones y respuestas llenas de precision que el magnetizado manifiesta y emite con tanta admiracion de su magnetizador. En una palabra, el sonámbulo tiene, en el mayor número de los casos, ideas, sensaciones, voliciones y visiones de que el magnetizador carece y que por consiguiente no puede transmitirle.

Mas no es esto todo; porque, no solo hay en los sonámbulos lo que no existe en los magnetizadores, sino que por lo comun, se ve en ellos lo opuesto. ¿Qué hace ordinariamente un magnetizador despues de haber inducido á su paciente al sueño magnético? Pregunta y aquel contesta: ordena y aquel obedece: propone dudas y aquel las resuelve. ¿Puede decirse que la respuesta es la reverberacion de la pregunta, la obediencia, el reflejo del mandato, la solucion, la trasmision de la duda? Hállase esto de tal modo patente, que injuriaríamos al buen sentido, si quisiéramos detenernos mas en demostrarlo.

Y nótese una condicion especial que Górrés puso á su sistema. Pretende que la inteligencia y la voluntad de los sonámbulos esten dirigidas ó mas bien completamente dominadas por la inteligencia y la voluntad de los magnetizadores: de suerte, que su propio estado, durante el sueño magnético, sea la sumision pasiva, la anulacion de su accion propia y de la propia actividad. Ni pone sin motivo esta condicion, dado que se verifica de hecho en todos los casos de sonambulismo. Mas la condicion es precisamente la que excluye la hipótesis de la reverberacion, de cualquier modo que se entienda. ¿Puede esta sumision, esta anulacion llamarse reverberacion

del estado en que el magnetizador se halla, el cual, por el contrario, tiene pleno dominio de sí mismo, y ejerce mas enérgicamente que de costumbre, su propia actividad? El sol derrama su luz, la cual se refleja sobre un cuerpo: ¿puede este por ello hacerse mas oscuro de lo que antes era?

Sin embargo, no hemos expuesto hasta ahora la dificultad capital que por sí sola debe hacer desechar la hipótesis de Gôrres. Consiste en lo imposible que es la tal trasmision ó reverberacion de los pensamientos de una persona á otra. Esta comunicacion de pensamientos, ó se admite como ejecutada mediante un vehículo material de trasmision, ó se admite como ejecutada directamente y sin mediacion ninguna. En el primer supuesto, el vehículo, tratándose de mesmerismo que es fenómeno extraordinario, llámesele como se quiera, será un *fluido magnético* y la hipótesis de Gôrres quedará entonces reducida á la de los fluidos que antes hemos demostrado ser plenamente absurda. En el segundo supuesto de ausencia de cualquier medio para comunicar las ideas no resulta menos absurda la hipótesis. El alma humana, en el estado de peregrinacion que al presente se halla, está por su naturaleza, no solo unida al cuerpo, pero de tal modo circunscrita por el mismo cuerpo en sus operaciones, que no puede tener ninguna comunicacion con el mundo exterior, si no es por medio de signos exteriores, y de movimientos, ó impresos ó recibidos en el cuerpo. Esta ley psicológica es tan indudable, asi por la conciencia que á cada paso nos la revela, como por el raciocinio que la deduce de los hechos de que somos sabedores, que al filósofo solo corresponde no ya probarla, sino explicarla. Pero además de la natura-

leza propia del alma humana, una observacion mas general excluye la trasmision de los actos propios del alma que no tenga medio para ello. No pueden comunicarse sino por via de operacion los pensamientos y las voliciones. El obrar no es posible donde no hay ser: y el ser del alma humana está indudablemente circunscrito por el cuerpo que le sirve de cárcel. Por consiguiente el alma no puede recibir de otros, ni transmitir á otros sus propios pensamientos fuera del cuerpo que circunscribe al ser. El obrar á distancia sin ningun vehiculo de la operacion es tan absurdo, cuanto es absurdo el obrar sin el ser: supuesto que el ser limitado tiene sus confines, mas allá de los cuales no existe y desde los cuales precisamente empieza la distancia para con los otros seres. Görres no tiene ninguna dificultad en admitir esta accion á distancia, dado que sin ella su hipótesis desapareceria por inaplicable. Pero el buen sentido y la razon nos impiden ser tan fáciles de contentar, y por consiguiente la hipótesis no conserva para nosotros una sola fase por donde resista al exámen, y es tanto como las otras hasta aqui desechadas, vana y absurda.

XLIX.

Sujestion muscular; hipótesis psico-fisiológica de Braid.

Para hacer entender á nuestros lectores de que manera trató el inglés Braid (1) de explicar con admirable desenvoltura, la causa de los fenómenos mesméricos, que agrupa bajo el título de *hipnotismo*, bastará que refiramos las palabras con que Carpenter la compendió en el *Journal du magnétisme* (2): «Uno de los mas curiosos é importantes descubrimientos del Sr. Braid es este, á saber: que las *sujestiones* ejecutadas por medio de los *músculos* determinan eficazmente el curso de los pensamientos en el que duerme. Colocad su cuerpo ó sus miembros en la postura que espresa un particular sentimiento ó en cualquier otra, semejante á la en que se hallarian para ejecutar una accion voluntaria cualquiera que fuese; y tendreis que en seguida se despertaria en él el estado mental correspondiente. V. g. si poneis la mano en el vértice de la cabeza, el sonámbulo se enderezará por si mismo y doblará ligeramente la cabeza hácia atrás: entonces su aspecto tomará todas las señales del

(1) En la obra titulada: *Neurypsology, or the rationale of nervous sleep, considered in relation with animal magnetism.*

(2) Tomo XIV, pág. 104.

mas vivo orgullo, y le tendrá manifiestamente impreso en su espíritu. Si esta primera prueba no dá resultado, será suficiente que le hagais estender las piernas y la espina dorsal, y le inclineis algo hácia atrás la cabeza, para excitar en él el sentimiento y la expresion correspondientes con perfecta intensidad. Cuando le domine mas de lleno ese sentimiento, dobladle para adelante la cabeza y suavemente el cuerpo y los miembros, y vereis como al orgullo sucede la mas profunda humildad. Del mismo modo, si le abris con cuidado los ángulos de la boca como cuando se dilata en una sonrisa, al momento y con tal actitud os expresará la alegría; y el contrario sentimiento de la tristeza si le aproximais las cejas bajándoselas..... Ni se excitan solo simples emociones de esta manera, sino tambien ideas y pensamientos. Levantad, por ejemplo, la mano del sonámbulo mas alta que su cabeza, y plegadle los dedos hácia la palma de la mano: se le presentará en la mente la idea de encaramarse, de balancearse en el aire, de tirar de una cuerda, etc. Si al contrario le plegais los dedos en forma de puño, y le dejais con el brazo colgando, se le ofrecerá la idea de levantar un peso..... La facilidad de excitar de esta suerte sentimientos é ideas particulares está vinculada, como es fácil de comprender, al caracter propio y á las costumbres del sonámbulo..... A mi modo de ver, estas observaciones arrojan sobre los fenómenos del mesmerismo una luz que jamas habian logrado otra hipótesis.» Hasta aquí Carpenter esponiendo la hipótesis de Braid. Examinémosla.

Esta hipótesis se reduce toda á un solo punto: si en la vigilia el gesto es la expresion del pensamiento, en el sueño magnético el pensa-

miento estaria, por el contrario, causado por el gesto artificial que se imprime á los músculos del sonámbulo. Esta suposicion de nada vale para dar razon del sonambulismo magnético: y esto por muchas cosas.

En primer lugar, porque en el sonambulismo nadie empleó ni empleará jamás semejante manera de escitar las ideas en los pacientes. Si Braid solia hacerlo en su *hipnotismo*, en buen hora lo hiciera; los otros magnetizadores no se cuidan de dar á sus pacientes esas actitudes diversas. Se contentan con producir todo lo mas el sueño por medio de sus pases de manos; y esto se ha abandonado ahora por la mayor parte de ellos. Producido el sueño mesmérico, los pases, los gestos, los movimientos, concluyen: no se hace mas que interrogar al sonámbulo, y dirigir su atencion cuando con la voz, cuando con el pensamiento solo. No hay, nunca, pues, esa *sujestion muscular* ¿cómo podrá entonces ser causa de aquellos prodigiosos efectos?

En segundo lugar, la *sujestion muscular* no es adecuada por su natuzaleza para producir esa inmensa variedad de pensamientos, de conocimientos, de afectos que se despiertan en los sonámbulos. Si el gesto en toda su plenitud, que abraza hasta el mirar de los ojos, la expresion de la cara y la actitud de la persona, es con todo impotente para espresar todos los conceptos del entendimiento, ¿cómo podrá el magnetizador hallar no mas que en los movimientos de los miembros y de los músculos, la *sujestion* propia de cada conocimiento que quiere despertar en su sonámbulo? Supongamos que se trate de pedirle que descubra á un ladron, ó dé noticia de una persona ausente y nunca vista: ¿cómo ha de colocar los miembros de manera que se le ofrezca

á la imaginacion aquel nombre desconocido al mismo magnetizador, ó aquellas particularidades que ninguno de los dos supo nunca?

En tercer lugar, en los mismos experimentos presentados por Braid se halla la refutacion de su sistema. ¿Qué es lo que solia conseguir con sus sugestiones? Ateniéndonos á su misma narracion, no obtenia otra cosa mas que la expresion exterior de algun afecto sensible, ó de alguna idea de las mas sencillas, ó de cosas concretas y materiales. Esto no es dificil de entender, por cuanto la costumbre puede inducir á la continuacion espontánea de una série de actos, cuando el primero que suele juntarse ordinariamente con los otros, está puesto por una causa extrinseca. Pero una cosa es la expresion externa de un afecto ó de una idea, y otra la generacion interna de aquel afecto ó de aquella idea. ¿Cómo, pues, averiguó Braid que aquella actitud externa de orgullo ó de humildad, habia despertado interiormente pensamientos orgullosos ó humildes en su *hipnotizado*? En el que duerme pueden muy bien hallarse juntas las dos cosas: aspecto exterior de orgullo, y sueños interiores de sumision. El nos asegura la primera parte: se pasa sin la segunda. Nosotros, por el contrario, creemos que no hay ninguna razon necesaria que junte una actitud externa de orgullo, inducido sin conocimiento del sonámbulo, con un sentimiento interno de altanería y soberbia.

Finalmente ¿para qué todo este sonambulismo, si lo que el magnetizado debe ver ú oír ó conocer ó sentir, se le ha de introducir en el cuerpo á fuerza de *sugestiones musculares*? ¿No seria mas sencillo tenerle despierto y decirle buenamente en pocas palabras lo que se quiere darle á entender con movimientos tan complicados

y embarazosos? Una de dos: ó en el magnetizado no hay mas que lo que el magnetizador le sugiere, y entonces está de sobra el magnetismo; ó hay algo mas, y entonces la *sujestion* no basta para explicarlo, y el que le propone, en vez de arrojar luz sobre los fenómenos mesméricos, los envuelve en mas niebla, y los trastrueca ó con juegos pueriles ó con charlatanerias de bufones. Pongamos, pues, á un lado esta *sujestion* que es mas ridícula que absurda, ó por mejor decir que es ridiculamente absurda.

L.

Facultades latentes: hipótesis psico-fisiológica de Deleuse,
de Séré, de Benvenuti de Este, y de otros.

Discutiremos en este párrafo otra manera de explicar los fenómenos mesméricos. Deleuse fué entre todos el que le defendió con mayor constancia en su controversia con Billot, y tomaremos precisamente de él las palabras que nos sean necesarias para describirla con fidelidad, según la costumbre que hasta ahora hemos seguido. Deleuse recurre primeramente al fluido magnético, como á instrumento del alma, ó con causa suya para producir los efectos del sonambulismo: pero atribuye la parte principal en esta producción á facultades especiales del alma humana, que anteriormente se ocultaban arrinconadas dentro de ella. «Los fenómenos del sonambulismo magnético, dice, (1) prueban hasta la evidencia que en el alma humana existen *facultades latentes*, que en aquel estado se desarrollan sin el concurso de los órganos de los cuales nos valemos en el estado de vigilia.» Y en otras palabras confirma con distintas palabras el mismo concepto. «Es mas conforme á la naturaleza admitir que en el alma humana están *latentes* ciertas fa-

(1) BILLOT, *Recherches psychologiques*, tomo 2.º
página 32.

cultades, las cuales se manifiestan en el estado de sonambulismo, donde el alma no se sirve ya de los órganos exteriores, sino que obra sin su concurso, ó si se quiere desligándose de la materia (1).» Si se le pregunta en que consisten esas *facultades latentes*, os contestará que no son en verdad despues de todo mas que «una exaltacion de las facultades intelectuales ordinarias, una ampliacion de sensibilidad en los órganos interiores (2).» Aun cuando en la exaltacion la ampliacion de una facultad no sea otra nueva facultad, sin embargo agradó á Deleuse darles ese nombre, tal vez para indicar que aquel aumento de potencia en dichas facultades no es posible fuera del estado de magnetismo; y por tanto equivale en sus efectos á una nueva facultad que solo en tal caso actua.

Conforme con Deleuse está Séré, el cual afirma que la accion magnética prueba *nuevas facultades* en el paciente, y que el ejercicio de ellas constituye el estado de *lucidez* y de *éxtasis* (3). Tambien el Dr. Benvenuti de Este se asocia á esta manera de explicacion, y lo que Deleuse llama *facultades latentes*, y Séré *facultades nuevas* para él es *instinto del alma*; al cual atribuye la produccion de los fenómenos mesméricos (4). Mas sea cual fuere el nombre que estos dan á tal causa, convienen todos ellos en la idea de que en el alma misma se halla la fuerza capaz de engendrar los efectos del sonambulismo.

Esta hipótesis estaria sujeta á una objecion de no escasa importancia, aun cuando se quisie-

(1) BILLOT, *Recherches psychologiques*, tomo 2.º pág. 24.

(2) Ibid. tomo 1.º, pag. 135.

(3) *Application du somnambulisme*, pág. 184.

(4) V. la *Luce magnetica*. 44.

ra admitir como probable la existencia en el alma humana de semejantes *facultades latentes* porque se quedaria siempre por esplicar de que manera dichas facultades pasan de dormidas á despiertas, de latentes á desarrolladas y manifiestas. «¿Quién las escitó y obligó á que se patentizaran en aquellos actos y maravillosos fenómenos que constituyen el estado magnético? Aquí y no en otra parte está el cabo de la madeja: *hoc opus, hic labor!* (1)» No es suficiente decir que hay en el alma una causa para producir esos efectos: es preciso además indicar el modo, con el cual esa causa actúa y los produce. Y tal indicación es precisamente lo que falta á la hipótesis referida, que por este lado se ha de llamar seguramente incompleta.

Pero además es insubsistente por sí misma. Las facultades ó fuerzas que se hallan en una naturaleza brotan necesariamente de su esencia y se hallan por tanto donde quiera que la misma esencia subsista. Estas facultades latentes deberán, pues, hallarse en todas las almas humanas. Es ley muy general que las facultades obren siempre según su naturaleza, y no permanezcan ociosas, como no se interponga algún obstáculo especial, lo cual sería la excepción, no la regla. Pero sucede todo lo contrario en estas facultades. Serían propias del alma humana, y sin embargo en la universalidad de los casos permanecerían no solo ociosas, mas también ignoradas, y solo en ciertos rarísimos casos se desarrollarían produciendo sus propios efectos. Durante la larga serie de siglos que precedieron á Mesmer, en los muchos millares de millones de hombres que

(1) CAROLI. *Del Magnetismo animale*, lib. 1.º, página 402.

existieron antes y existen ahora, aquellas facultades no han hallado ni ocasion ni modo de ponerse en juego: solo desde un siglo á esta parte, y solo en algunas personas privilegiadas han podido manifestarse y ejercer su autoridad. ¿No es esto contradecir los principios mas obvios y ciertos de la *etiología* en la esplicacion de los fenómenos naturales?

Ni esto basta: examinando mas de cerca la naturaleza de estas facultades, nos vemos obligados por la recta filosofia á refutarlas. Cuando de los efectos queremos subir á las causas, debemos considerar esos efectos en su plenitud é integridad: debemos abarcar en nuestra imaginacion todas las causas posibles, para eliminar las que no esplican suficientemente esos hechos: debemos por último atenernos á aquella causa que esté en consonancia con todas las leyes de la naturaleza, porque si contradice á una sola de ellas no puede ser tenida por real y existente. Aplicando este procedimiento á los fenómenos mesméricos, en vez de conducirnos á *facultades latentes* del alma, manifiestamente las excluyen. En primer lugar, los fenómenos mesméricos no se reducen á la sola clase de psicológicos, sino que los hay mecánicos, físicos, fisiológicos, para los cuales todas las facultades meramente psíquicas del alma son impotentes. En segundo lugar, para los mismos fenómenos psicológicos del simple sonambulismo mesmérico, puede haber causas fuera del hombre, mucho mas probables que esas facultades latentes en él, supuesto que, en tercer lugar, estas facultades son enteramente contradictorias á la naturaleza propia del alma humana. Lo que hay de extraordinario en el sonambulismo consiste en el conocimiento de lo pasado y de lo futuro, de lo lejano y de lo oculto;

y las soñadas facultades latentes deben precisamente explicar este conocimiento. Es ley de la naturaleza que todas las facultades tengan presente, para obrar, su objeto. ¿Cuál es el modo con que estas facultades latentes hacen que lo pasado y lo futuro, lo lejano y lo oculto esten presentes? En las facultades ordinarias del alma los objetos ó están presentes en su realidad, ó se hacen presentes en sus efectos, en las causas, en las señales, en los indicios: ninguno de estos modos presenta ante el alma del sonámbulo los términos propios de sus operaciones. Aquellas facultades latentes serian pues, facultades que obran á distancia, facultades opuestas á la ley mas esencial de toda natural operacion, facultades imposibles de concebir en sí mismo, cuanto menos obrando. De suerte que de ningun modo es dado aceptarlas sin violentar el buen sentido y la buena lógica.

LI.

Privilegio adamítico: hipótesis psico-fisiológica de Pablo Auger.

De esta hipótesis, que no es menos insubsistente que las otras, pero si mas irreligiosa que ellas, no haríamos mencion, si por una inexcusable ilusion, no la hubieran patrocinado ciertos nombres, por otros conceptos queridos y dignos de reverencia para los católicos, especialmente en Francia. Los callaremos atribuyéndola toda al Sr. Auger, que la adoptó como suya y la defendió en el libro titulado *Les éhis de l'avenir*, impulsado tal vez á ello por alguna indicacion que á manera de duda le dió Charpignon. Opina, pues, Auger que los fenómenos mesméricos sean un resto de aquella privilegiada condicion primitiva del hombre, de la cual fué destituido en pena de su pecado: y por tanto hayan de atribuirse á la misma causa á que se atribuye aquella felicidad paradisiaca, esto es, á la elevacion de la humana naturaleza. Esta dotó el alma de nuestros progenitores de *potencia magnética* por la cual, según uno de los sostenedores de la tal hipótesis, «nuestros primeros padres podian dormecerse el uno al otro con signos y actos magnéticos, con señas y mandatos: hacerse insensibles á las impresiones exteriores: elevarse con el alma á las visiones de cosas lejanas, á las visiones métricas, á todo lo demas, en suma, que

ahora admiramos en los sonámbulos.» Esta potencia, como que brotaba del ejercicio mas esquisito de las facultades propias del alma humana, no se perdió por la caída del primer hombre, pero se vició solamente. La Providencia la suscita ahora nuevamente en el hombre para oponer un dique al racionalismo que se extralimita, y que en el mismo hecho del sonambulismo se vé obligado á reconocer un nuevo argumento en favor del dogma del pecado original, base y fundamento de toda la revelacion. De este modo lo expresan en resúmen los que sostienen la hipótesis del *privilegio adamítico*.

Si pudiéramos echar á broma una creencia que, jactándose de servir de sosten á nuestra fé, la empequeñece y hace ridícula, quisiéramos contentarnos con oponerle estas solas palabras con que el señor Billot se burla, y con razon, de ella: «La facultad de prevision, y por consiguiente, la de prediccion de lo porvenir, no pertenece mas que al Ser Supremo. Si la criatura hubiera participado alguna vez de ella, habríala tenido á no dudarlo, el mas bello de los ángeles: y ciertamente Lucifer no se hubiera arriesgado en una lucha contra el Altísimo, si hubiese podido prever su resultado. Otro tanto debemos decir de nuestros progenitores, antes de su caída. El Criador los habia enriquecido, sin duda, con todas las perfecciones en su estado de inocencia; estaban en comunicacion con los querubines y oian la voz del Omnipotente: y sin embargo *no previeron su caída*. Creyeron antes bien de buena fé en las dulces promesas de su tentador, y perdieron para siempre la mejor de todas sus prerrogativas (1).» Y Billot tiene razon. Si Adan y

(1) BILLOT. *Op. cit.* tomo 2.º, pag. 64.

Eva hubieran tenido el mas pequeño poder magnético, habrían previsto de fijo las consecuencias tan próximas de su desobediencia; y no hubieran sido tan locos que incurrieran en ella con tan grave perjuicio suyo.

Mas hay que tomarlo de mas altos principios para salvar en su integridad el dogma de la primera caída. Esta *potencia magnética* ó bien era en nuestros primeros padres, dote propia de su naturaleza humana, como el entender y el querer, ó era un don no debido á su naturaleza, sino que la gracia les agregaba en aquel órden sobrenatural en que fueron constituidos. No podia ser dote propia de la naturaleza: porque, en primer lugar, no corresponde segun hemos visto en el párrafo que precede, á las exigencias propias de esa naturaleza: sino que antes bien se le opondría directamente, como la que, atando en el sueño mesmérico el ejercicio de la libertad, en vez de ennoblecer y perfeccionar moralmente al hombre, le degrada en la mas augusta de sus prerogativas, y porque, en segundo lugar, los atributos propios de la naturaleza humana no se perdieron por la caída, quedando solo vulnerados y debilitados; y por tanto esa potencia magnética se hubiera conservado siempre en el género humano, y se conservaria aun, si bien truncada y aminorada. Seria, pues, un don gratuito añadido á la naturaleza en aquel estado: y entonces se hubiera perdido indudablemente y para siempre en el género humano por la caída, del mismo modo que para siempre se perdieron los otros privilegios que por el estado sobrenatural se habian agregado en el terrenal paraíso á las dotes naturales de nuestros primeros padres. Por consiguiente, no hay manera de concebir en nuestros progenitores esa potencia

magnética, que, por el contrario, se opone á cuanto la revelacion y la tradicion de la Iglesia nos enseñan acerca del estado primitivo de nuestros progenitores.

Y no vengan á ponernos delante las ventajas que resultan á favor de la verdad revelada con motivo de la aparicion en el mundo de esos fenómenos. Desdeñamos el pesar la verdad en la balanza de la consecuencia: rechazamos una falsedad utilísima tanto como una falsedad perjudicial. Y despues de todo ¿qué utilidad religiosa ha producido ó puede producir en el mundo el uso del mesmerismo? Es tan pernicioso á las buenas costumbres como hostil á las verdades reveladas: y en sus efectos y en sus obras manifiesta tan á las claras su infernal origen, que verdaderamente causan lástima los que le estiman medio de perfeccion del género humano. Antes bien, de esta observacion sola, puede inferirse su verdadera naturaleza, dado que precisamente por el fruto se conoce el árbol. Deséchese por tanto esta hipótesis como la mas insubsistente y la mas absurda de todas, y mas que todas opuesta á la sana doctrina de la iglesia.

LII.

Recapitulacion de lo dicho hasta aquí.

Por varias causas ha transcurrido mucho tiempo sin que continuáramos publicando este tratado. (1) Volviendo ahora á él, es necesario compendiar en pocas palabras lo dicho hasta aquí, á fin de que los lectores puedan seguir, sin perderse, el hilo del discurso. Será este compendio como una fotografia microscópica, que resume en el espacio casi imperceptible de un solo punto, un gran cuadro ó un gran campo.

Mucho se ha hablado en la prensa estos últimos meses, de ciertos espectáculos espiritísticos, presentados en los teatros públicos de Paris, descubriéndose con gran confusion de los actores, no ser otra cosa que puro ingenio con la ayuda de máquinas, destreza de manos, y otros semejantes embaucamientos. Muchos se han alabado del tal descubrimiento, clamando á voz en grito: «¿No lo decíamos? Toda esta balumba de diablos, de espíritus, de difuntos, no es mas que supercheria de saltimbanquis.» Otros, encogiéndose de hombros, han ido á la chita callando, á susurrar al oido de sus amigos: «Por mi parte me lavo las manos, pues nunca creí en ello: pero habre-

(1) El cuaderno de la *Civiltá católica* que contenia el párrafo que antecede, lleva el núm. 374; éste corresponde al núm. 379.

mos de ver como se sacuden del bromazo esos escritores harto crédulos, que soñaban ver en esto al diablo, cuando solo se trata de trampas de juglares.»

¿Cómo se sacuden esos escritores? Pero ¿de qué, Dios nos asista, tienen que sacudirse? Os han repetido cien veces que la mitad, y, si que-
reis, las tres cuartas partes de los hechos que se atribuyen al espiritismo son tambien para ellos farándula y engaño.

Cerca hace de cien años que esa práctica se ejerce en el mundo viejo y en el nuevo: y los hechos, las consultas, las sesiones, las academias, los espectáculos, ó como queráis nombrar á esas maravillas, no se cuentan por centenares ni por millares, sino por millones. A esta gran mole de hechos, ya sean verdaderos, ya fingidos, uno, diez, ciento de mas ó de menos ni ponen ni quitan nada. Permanece siendo moralmente la misma. Desechad, pues, todos los que os parezca: atribuid cuantos gustéis al engaño y á la impostura: mas no perdais la discreción y el buen juicio hasta el punto de atribuirlos todos á semejantes ficciones. Porque no sepais comprender la posibilidad de un hecho, no estais facultados á expedir patente de inbecilidad y de boberia, á una cuarta parte por lo menos del género humano. Antes bien si tuvieseis un asomo de lógica, debiérais calcular así: Cuando ha habido impostura, al cabo se ha descubierto y se ha vociferado por las cuatro partes del mundo: por consiguiente, si con toda esa griteria, despues de conocido el embuste, hay tantos que insisten en que ciertos otros hechos se tengan por verdaderos, señal es manifiesta de que no pueden menos de insistir en ello. No es posible que la moneda falsa tenga curso sino donde le tiene la verdadera;

no se cree la mentira, sino en boca del que dice alguna verdad; y así, ciertos hechos no pueden atribuirse por medio de artificios simulados á ciertas causas, si no hay costumbre de verlas producir los genuinos y positivos.

En conclusion, pues, ni nosotros ni los demas que como nosotros han tratado este asunto, negamos que muchísimos y, si se quiere, la mayor parte de los llamados fenómenos espiritísticos, pueden y aun deben ponerse á cargo de la impostura ó del simple artificio. No nos ocupamos en estos: tratamos de la otra no escasa parte de hechos verdaderos, positivos, legítimos, que indudablemente los hay, y que no pueden ser recusados por la mas exigente crítica. Y de estos hemos preguntado si hasta ahora han dado los mil que lo intentaron una explicacion fisica ó psicológica, como se quiera, pero que no se funde en leyes ordinarias y comunes de la naturaleza. Recorriéndolas todas ordenadamente nos hemos visto obligados á sacar en conclusion que ninguna de ellas podia ser admitida, por cuanto cada una de ellas pecaba en alguno de los siguientes conceptos:

I. Algunas eran hipótesis, gratuitamente supuestas y sin ningun fundamento en la naturaleza; las cuales, no obstante, en vez de explicarnos de qué manera tienen lugar los hechos en la realidad externa del mundo, nos decian como ciertas imaginaciones fantaseaban que pudiesen suceder. Examinadas á la luz de las ciencias filosóficas y naturales estas hipótesis, las hemos hallado, no solo insubsistentes, pero ademas absurdas.

II. Algunas otras hipótesis, ó probables ó á lo menos posibles, hemos debido desechar igualmente, mas por motivo diverso del que antecede.

Para aplicadas á los fenómenos espiritísticos, habia necesidad de vestirlos de algunas circunstancias y despojarlos de otras, contra la realidad de los hechos. Tambien aqui habia un trabajo de la imaginacion: mas esta, en lugar de fantasear las hipótesis para explicar los hechos reales, fantaseaba los hechos para subordinarlos á hipótesis no absurdas.

III. En tercer lugar, hemos tropezado, y este es el caso mas ordinario, con hipótesis aceptables y mas ó menos bien aplicadas á ciertos casos particulares de espiritismo: pero no á todos, y aun ni siquiera á la mayor parte, ó á una parte notable cuando menos de ellos. Debiamos, pues, desecharlas tambien por insuficientes. En una série de hechos que entre si tienen física y logicamente conexión por medio de un vínculo comun, no es posible explicarlos, unos de un modo y otros de otro, ó explicar algunos y los mas no: y decir, finalmente, que se ha dado con la causa universal de todos.

IV. Por último, hemos debido recusar para el espiritismo algunas hipótesis, probables, no solo en si mismas, sino admitidas por las mas cautelosas ciencias, como realmente existentes: en atención á que para amoldarlas á ello no solo se variaba su naturaleza, sino que se queria dotarlas de leyes del todo contrarias á las que acostumbra tener. Las hipótesis que se anunciaban primero, sobre ser razonables, tenian universal aceptación: mas no sabemos como, al querer aplicarlas á nuestro caso, se transformaban enteramente en otras, tanto menos aceptables que todas aquellas que las precedian, cuanto mas eran conocidas y definidas.

En todo este proceso, que aqui hemos reducido á las causas universales de exclusion, se ve

patente la vacilacion y, por decirlo asi, el bamboleo del humano ingenio cuando se mete á indagar la verdad por un camino ciertamente falso. Se trata de unir principios con hechos, y como se accede á principios que nada tienen que ver con esos hechos, se busca artificialmente el medio de falsear los principios atrayéndolos á viva fuerza hácia los hechos, ó de falsear los hechos sometiéndolos violentamente á los principios. Todas las indagaciones científicas tienen en sí el carácter de que la indagacion termina solo cuando hechos y principios, sin estiramiento ó falseamiento de ninguna suerte, se hallan ligados con sencillez y naturalidad. En otros casos, el titubear es efecto de la limitacion de nuestra mente, la cual, á la par que no se satisface sino cuando refiere lo múltiple á la unidad, y sube el rio hasta sus fuentes; muchas veces se contenta con un origen ficticio, no pudiendo arribar al verdadero. En nuestro caso, no todo es limitacion de la mente: hay gran parte de malicia. Quisose ocultar la verdadera fuente y se señalaron con abundancia otras faltas. El pobre espiritismo está muy sujeto á estos trueques de prestidigitador: los titiriteros los han efectuado muchas veces en la práctica; asi como en la teoria ciertos sabijondos, que tambien son titiriteros con capa de filósofos.

No nos hemos dejado seducir por su astucia maliciosa: hemos querido verlo todo, examinarlo todo: y descubriendo el arte que emplean para ocultar sus sofismas, nos hemos visto inducidos á escluir de la discusion todas las esplicaciones naturales hasta ahora escogitadas. Llámense, pues, ó hipótesis de alucinacion, ó hipótesis de impulsos infinitesimales; tráiganse á la arena ó fluidos de la física, como la electricidad y el mag-

netismo, ó los de la fisiología, como el fluido biótico y el fluido nervioso; recúrrase al estado morboso del cuerpo ó á la escitacion de las facultades orgánicas; pídense el auxilio del alma con su actividad ordinaria y extraordinaria, y déjese ó no que le sirvan de subsidiarios los agentes corpóreos, por groseros ó sutiles que sean; en ninguna de estas y de las otras esplicaciones afines que llevamos examinadas, hemos hallado los caracteres necesarios para constituir una hipótesis verdadera, suficiente, completa, natural. Cada una de ellas flaqueaba por uno ó por otro ó por muchos cabos juntos, de los antes señalados. Todas las hemos desechado sin vacilar.

Ahora, escluidas estas causas físicas, contenidas todas en el orden de la naturaleza, ¿á cual deberemos volvernos por último? No nos quedan mas causas que admitir que las que se hallan fuera del curso de las leyes señaladas de antemano á la naturaleza: esto es, la intervencion de los agentes estramundanales. La deduccion es justa y hasta necesaria, porque el racionio procede de esta manera. La causa eficiente de los hechos espiritísticos ó está en el orden de las naturales, ó fuera de ese orden. No se halla en el orden de las causas naturales, segun queda demostrado; luego por necesidad debe buscarse fuera de ese orden.

LIII.

Si el haber excluido todas las hipótesis naturales presentadas hasta hoy, excluye la posibilidad de otras hipótesis posibles, pero aun desconocidas.

«Vamos despacio con los malos pasos. Vuestro raciocinio cojea por uno de sus pies. Asegurais que vuestra demostracion ha excluido todas las causas naturales, y no echais de ver que habeis excluido tan solo algunas. Que lo hayais hecho bien ó mal nos hace poco al caso: lo que nos interesa es impediros en este punto el pasar de lo natural á lo sobrenatural. El número de las hipótesis posibles, no tiene límites; y es grande vuestra presuncion al creer que habeis recorrido todo este campo, solo por que hayais andado algunos pasos á su entrada. Os abandonamos de buen grado todas las hipótesis que hasta aquí se han producido, y estimadlas todo lo que querais por mal concebidas y peor adaptadas: pero debeis abandonarnos en justa compensacion las muchas, las infinitas otras que pueden descubrirse en adelante, de las cuales nada podeis decir ahora, porque nada sabeis de ellas. Por lo cual la menor de vuestro raciocinio ha de enmendarse de esta suerte: Pero las causas naturales presentadas hasta ahora no han sido satisfactorias. Por tanto el problema no ha sido resuelto aun: y por ello antes de que paseis deci-

didamente á lo sobrenatural, es menester que aguardéis las nuevas indagaciones y los nuevos descubrimientos. Antes de que se descubriera la electricidad era Júpiter airado el que fulminaba los rayos. No habia otro modo de explicarlos. Mas no era prudente querer dar en absoluto una explicacion de ellos cuando el progreso de la ciencia aun no tenia abiertos sus misterios á las miradas profanas. Un poco mas de paciencia y ¿quién sabe? quizá de aquí á cinco años, de aquí á una docena de ellos, se descubra la causa de esos hechos que tanto nos aturden ahora.»

Tal es sobre poco mas ó menos, el discurso que nos dirige mas de un lector al llegar á este punto de nuestro tratado. Este discurso que, por otra parte, han estampado mil y mil veces todos los enemigos de lo sobrenatural, aplicado á nuestro caso, tiene alguna apariencia de razon; porque nosotros, en vez de arrancar desde lo alto, hemos arrancado desde lo bajo en esta materia, y hemos querido ir tras las huellas de nuestros contrarios, y discutir en vez de dejar á un lado su ciencia. Asi es, que, procediendo por via de enumeracion, lo discurrido no concluye á primera vista para las generales, sino únicamente para los casos examinados. Mas este es solo el aspecto estrínseco: la sustancia es muy diferente porque las razones que hemos aducido, demuestran explicitamente que no hay fuerza fisica que explique aquellos fenómenos, y ademas é implicitamente que no puede haberla. Desenvolvamos un poco este concepto, de manera que resulte claro hasta la evidencia.

Hubo un tiempo en que, con mil burlas, se hacia mofa de los físicos de cuatro ó cinco siglos há, porque, cuando no sabian decir otra cosa, recurrían á las fuerzas ocultas de la naturaleza.

Esta respuesta en boca de ellos era discreta y modesta. Era discreta, porque decia claramente que se hallaba en el órden natural la fuerza que producía aquel efecto, y esto manifestaba en ellos el conocimiento de lo que es segun naturaleza, y de lo que sobrepuja á la naturaleza. Era modesta, porque con una sola palabra decia lo que ahora se dice en muchas con cierta ligereza jactanciosa: la causa natural existe, pero no la conocemos. ¿Quién creyera ahora que, despues de tanto mofarse de aquella respuesta, habian de apropiársela los mismos que de ella se burlaban? Y sin embargo es la verdad. Siempre que se trata de prodigios ó de mágia, estos profundos conocedores de la naturaleza apelan á la ciencia futura, trayendo por ahora al palenque las causas ocultas que algun dia podrán descubrirse. Pero se merecen de veras las burlas, porque su respuesta peca por los vicios opuestos á las dos excelencias que hemos notado en la respuesta de nuestros antiguos: por el orgullo desmesurado y por la ignorancia. Su contestacion es orgullosa, oponiéndose, en la materia á que suelen darla, no solo al sentido comun de los hombres, y á las sublimes razones de los filósofos creyentes, sino tambien á lo que la Iglesia enseña, y á la misma palabra de Dios. Y sobre esto es ignorante, por que demuestra que ignoran las leyes generales de las fuerzas físicas y el límite á que pueden llegar obrando, sin traspasarle nunca.

Acerca de lo cual debemos hablar mas expresamente algo, por lo que hace á nuestro caso. Decimos, pues, que no solo no se ha presentado hasta ahora ninguna causa suficiente para explicar los fenómenos espiritísticos, pero que jamás podrá presentarse en adelante; supuesto que los fenómenos espiritísticos tienen tales caracteres,

que escluyen absolutamente cualquiera origen natural, sea el que fuere. Veámoslo por partes.

Toda fuerza que obra dentro de los confines de la naturaleza física, y conforme al orden presente de la Providencia, posee cuatro caracteres ciertos y determinados que siempre la acompañan. El 1.º es determinada para un efecto único: 2.º es constante en el modo de obrar: 3.º obra necesariamente, cuantas veces que se la aplica: 4.º está destituida de libertad ó de elección para sus efectos. Y los fenómenos espiritísticos presentan los cuatro caracteres contrarios á los antes dichos, y son 1.º vanidad y muchas veces contrariedad en su propia naturaleza; 2.º inconstancia y casi diríamos capricho al obrar; 3.º inestabilidad continua en los resultados; 4.º elección voluntaria y libre de una ó mas voluntades. Por consiguiente, es imposible que nunca puedan aplicarse á los fenómenos espiritísticos causas físicas y naturales. Demuéstrase muy facilmente cada una de las dos partes de este razonamiento.

I. ¿Cuáles son los caracteres de una fuerza que obra físicamente en la naturaleza? La observacion y la razon se dan la mano para indicárnoslo. Así como fuerza, idealmente considerada, quiere decir facultad de producir algun efecto; así una fuerza dada debe ser facultad de producir un efecto dado, atendido á que en estas dos ideas correlativas, lo que especifica á la una necesariamente especifica á la otra. Mas como no se puede concebir una fuerza sin una sustancia que la sostenga; así es posible concebir una sustancia que sea capaz de muchas fuerzas, pero no una fuerza que tenga muchos efectos especificamente distintos entre sí. Por tanto, el primer caracter de una fuerza específica es que tenga su

efecto específicamente cierto y determinado. Puede muy bien, por las circunstancias, tomar apariencias diversas: puede muy bien verse modificado por la amalgama de otras fuerzas; pero jamás, considerado en sí mismo, puede cambiar de naturaleza y permanecer bajo el dominio de aquella su causa. La dilatación, por ejemplo, es siempre efecto de la fuerza expansiva del calórico; si bien toma de las circunstancias y de las materias mil aspectos diferentes. Cuando, pues, se reúnen muchos hechos, es menester para hallar la causa única que los produce todos, que aquellos hechos, si bien tomados singularmente se diversifiquen en algo, tengan sin embargo todos un punto común, en el cual puedan convenir. Esta uniformidad en un punto da el derecho de clasificarlos juntos y la esperanza de descubrir su origen. Si este falta, la indagación no puede conducir á nada: son tiempo y trabajo gastados en valde.

Apropiemos ahora esto á los fenómenos espiritísticos. Sin repetir lo que tantas veces hemos dicho, basta con indicar el problema para tenerle resuelto. ¿Es posible reducir todos estos fenómenos á un efecto único, que pueda atribuirse á una causa física dada? Todo el mundo ve que no. Queriendo poner un poco de orden en la inmensa variedad que presentan, debimos formar de ellos cuatro grandes clases, cada una diferente no solo, mas contraria á la otra, como los fenómenos mecánicos y los psicológicos, los físicos y los fisiológicos. Y en cada clase de estas ¡cuánta variedad de efectos que en nada se parecen ó se acercan los unos á los otros! Elegid la clase de los fenómenos fisiológicos. Allí traslocación de sentidos, allí turgencias é hinchazones enormes, allí rigidez invencible de los

miembros, allí exaltacion ó extincion de la sensibilidad, allí aceleraciones temerosas de la circulacion de la sangre, ó súbita detencion de ella; y continuad del mismo modo citando cada una de las estravagancias que en su respectivo sitio hemos notado. ¿Qué es lo que tienen de comun uno con otro estos efectos, de manera que podais aplicarlos todos á la misma causa?

Otros creerán rehuir esta consideracion diciendo: «Nosotros no buscamos una fuerza única, sino un agente único, dotado de muchas fuerzas: y nada obsta para que pueda hallarse en el órden de la naturaleza.»—¿Qué nada obsta? Obsta mas bien todo. Buscáis, pues, en la simple naturaleza una sustancia que esté dotada de todas aquellas fuerzas juntas. Pero esa sustancia ¿será cuerpo ó espíritu? Este es el nudo de la dificultad. No repugna que un espíritu fuera de la naturaleza física, ó, si lo quereis, un hombre en la misma naturaleza física, pueda conseguir de Dios el predominio sobre las fuerzas físicas, de suerte que las haga actuar todas juntas, ó algunas de ellas á su albedrio; mas esto no pertenece al órden natural: esto es y se llama milagro. Pero repugna mucho que un ser no espiritual, ó no dotado de espíritu, reuna en sí aquellas fuerzas tan diferentes, tan contrarias, tan múltiples; algunas esclusivamente propias de seres sobrenaturales, otras exclusivamente propias de seres materiales. Déjese, pues, á un lado esta esperanza; lo múltiple y contrario en la naturaleza de los efectos espiritísticos hace imposible descubrir una fuerza natural de ellos, que necesariamente debe tener un efecto único y determinado.

II. El segundo carácter de una fuerza física es la constancia en el obrar. El modo de obrar sigue al ser: variado por consiguiente el modo,

varia el ser: variado el ser, varia el modo; y viceversa, persistiendo el uno, persiste necesariamente el otro. Esta ley se aplica universalmente á todos los seres: pero debe entenderse de una manera mas rigurosa respecto á aquellos seres cuya naturaleza específica es el obrar, como las fuerzas, las cuales no son sino facultades operativas. De aqui se deriva el cánon admitido universalmente como inconcuso en las ciencias naturales, sean de observacion, sean experimentales, de que toda fuerza tiene leyes estables é invariables en su accion. ¿Puede darse á los fenómenos espiritísticos ese atributo de constancia imperturbable en las leyes, en las condiciones, en los modos, en las circunstancias con que se producen? Nada hay que sea cierto, nada definido en ninguno de estos fenómenos. Cada uno que opera tiene su método, cada método tiene sus variedades, cada variedad sus escepciones. Tomemos solo un hecho: el sueño magnético. Se engendra ya junto á la tina metálica, ya sencillamente con los pases, ya con solo fijar la mirada, ya tambien solo con una palabra de mandamiento; y ni aun ésta se requiere á veces; no pocas veces la persona del magnetizador puede hallarse ausente. ¿Se pide ó no se pide adhesion de voluntad? Algunos hechos prueban que se pide en el agente y en el paciente: otros que basta no mas que en el agente, con tal que el paciente no se oponga: otros que ni siquiera esta condicion es necesaria, porque alguna vez se ha adormecido al que lo repugnaba con toda la energia de su voluntad. ¿Hay edad fija para ello? ¿Hay complexion orgánica necesaria? ¿Hay circunstancias externas útiles ó perjudiciales? Para cada una de estas preguntas están ahí los hechos prontos á dar una respuesta distinta. Aqui teneis, pues,

un solo efecto del espiritismo, el cual es tan inconstante en el modo de producirse, que debe estimársele como no sujeto á ninguna ley. ¿Y vosotros esperais que para tal manera de efectos se halle con el tiempo una causa física, la cual por su naturaleza debe tener leyes constantes y perpétuas? Lo esperais en vano: no puede hallarse, porque es imposible que la haya.

III. Lo mismo habeis de decir acerca de la tercera cualidad de toda fuerza natural, cual es la necesidad de obrar. Basta adaptarla á su propio objeto, en las condiciones que su naturaleza requiere, para que necesariamente deba efectuar su accion. La experiencia nos lo dice todos los dias: nos lo dice la razon. Aproximais la pólvora al fuego, y se inflamará; arrojais sal en el agua, y se disolverá; restregais un vidrio y se desprenderá la electricidad; y asi de lo demás. Y asi debe suceder: porque la facultad de obrar consiste precisamente en la aptitud para efectuar la accion cuando el objeto propio está presente. Si no fuera de esta suerte, no habria aptitud sino ineptitud, y por tanto no seria facultad, seria inercia. Ajustense ahora á esta medida los fenómenos espiritisticos. ¿Sucedede que reproduciendo las mismas circunstancias se reproduzca el mismo efecto? Los espiritistas os dirán que es todo lo contrario lo que les pasa; y de aqui que su respuesta sea harto ingenuamente verdadera cuando dicen: «Esta vez los espíritus se hallan mal dispuestos: volved otra y veremos.» Refiérese esta circunstancia mil veces, y la refiere toda clase de testigos. Sin embargo, es la mas evidente demostracion de que en vano se busca en las fuerzas naturales, que obran por necesidad, la explicacion de fenómenos, que tan á menudo se hallan sometidos al capricho.

IV. De este tercer carácter es corolario el cuarto de los que antes citamos, á saber, que en las fuerzas físicas no tiene lugar ni eleccion, ni voluntad. Esto es tan claro, y de tal modo se halla contenido en lo que antecede, que hubiéramos podido omitirlo, si la confrontacion de los efectos mecánicos no ofreciese en este particular una de las pruebas mas luminosas en favor nuestro. No hemos hablado con exactitud cuando asegurábamos que no están regidos por ninguna ley. Hay una que asoma siempre, y es el predominio absoluto de una voluntad cualquiera, que rige y gobierna á su albedrio todos los hechos: los engendra, los suspende, los modifica, los cambia, los destruye á su omnimodo placer. Esta voluntad es ya la del *medium* ó magnetizador; ya la del sugeto ó magnetizado; ya la de un ser misterioso á quien no se vé, pero á quien no obstante se obedece y se está sometido por fuerza. Esta voluntad que es el todo en semejantes fenómenos, séase de quien quiera, es la astilla dentro del ojo de aquellos que no quisieran recurrir á causas ajenas á la naturaleza. Ven que no les es posible dar como fuerza claramente física la que está dotada de voluntad, ó depende de la sola voluntad; y en su virtud, todo en ellos es contorsiones, agitarse, hacer esfuerzos; pero la astilla alli se queda y no hay medio de sacársela. Tan unánimes están los espiritistas en asegurar la eficacia de esa voluntad, que, ó es necesario que nieguen los mismos hechos que tratan de explicar, ó tienen que disimular esta circunstancia para dar una explicacion á su manera. Nosotros no la disimularemos: antes bien nos sirve de sello para cerrar el razonamiento que hasta aqui hemos ido haciendo.

Si, pues, los caracteres de los fenómenos es-

piritísticos y los caracteres de las fuerzas físicas cualesquiera que estas puedan ser, tan encontrados se hallan, que se escluyen recíprocamente, todo el mundo verá que teníamos derecho á sacar en conclusion que el espiritismo, no solo ha tenido hasta ahora ninguna explicacion natural en las hipótesis que se han presentado, pero tampoco puede tenerla en lo porvenir. No queda, pues, sino buscar una, fuera del círculo de las causas físicas. A ello vamos.

LIV.

Las tres hipótesis que esplican los fenómenos mesméricos por medio de los espíritus.

Tal ha sido la fuerza de los hechos, que ya una gran parte de los profesores, de los aficionados y de los indagadores del mesmerismo, ha venido á parar á esta conclusion. El nombre de *magnetismo* se ha abandonado generalmente: el de *mesmerismo* poco se usa ya, por mas que no se señale ningun sistema: en cambio se ha hecho por extremo general el de *espiritismo*. Y ¿por qué? Porque todos se han persuadido de que el principio agente de estos efectos no puede ser una sustancia corpórea, dotada de ciertas fuerzas físicas: es necesariamente una sustancia espiritual, dotada de gran poder sobre la materia. Y pues que esa sustancia espiritual tan poderosa no se halla en nuestro mundo corpóreo, hay que recurrir de necesidad á los espíritus que están fuera de él, pero que la fé y la historia nos enseñan tener con él tan continuas y estrechas relaciones.

Esta explicacion tomada en su sustancia genérica, es sumamente racional, dado que su fundamento es superior á toda duda, su aplicacion esplica convenientemente todos los hechos mesméricos, y su necesidad es indispensable.

Su fundamento es superior á toda duda. ¿Cuál

es este fundamento? Que hay espíritus que pueden tener dominio sobre la materia, que pueden hallarse en relaciones con los hombres que aun vivan sobre la tierra. Fuera de la sola excepcion de los filósofos materialistas, no hay secta religiosa, no hay escuela científica que no admita estos tres puntos, probados por la revelacion, por la historia y por la razon. Escribiendo nosotros á católicos y para católicos, no debemos suponer que lo duden: tan impregnadas se hallan, por decirlo asi, de estas tres verdades, la santa Escritura, la no interrumpida tradicion, las enseñanzas de la Iglesia, las sagradas ceremonias, las historias eclesiásticas.

Su aplicacion esplica convenientemente todos los hechos mesméricos. Facilísimo es convencerse de ello. Cada uno de esos hechos, considerado de por si, puede, universalmente hablando, proceder de una ó mas fuerzas naturales, capaces de producir aquel efecto único; y cuando este único efecto sobrepaja á las fuerzas naturales, puede producirla quien tiene poder sobre esas fuerzas. En el primer caso, bastará que los espíritus, con el poder que tienen sobre las fuerzas naturales, se sirvan de él para producir este ó aquel fenómeno. En el segundo caso, el poder superior á las fuerzas naturales, se halla precisamente en los espíritus. En cuanto al modo de obrar, tan vario, tan inconstante, tan libre, tan caprichoso ¿dónde hallaremos una explicacion mas sencilla de él que en esos espíritus dotados de voluntad y libertad? Lo que para las fuerzas naturales constituye un obstáculo insuperable, para los espíritus proporciona una, mas que conjetura favorable, prueba que no admite duda.

Finalmente, su necesidad es indispensable. Este es un corolario de la última conclusion de

cuanto dijimos en el párrafo anterior. Es preciso que exista un principio causal de aquellos efectos: no se encuentra ni puede encontrarse dentro de los límites del mundo material: hay, pues, que recurrir necesariamente al mundo espiritual: en otros términos, hay que acudir á los espíritus, fuera del mundo: porque, en el mundo, el único espíritu que vive, que es el alma humana, no puede ser ese agente que se busca, según en su lugar lo hemos visto ampliamente.

Por estos tres motivos, de consiguiente, la hipótesis que explica el mesmerismo por medio de los espíritus es completamente razonable: y mientras se halle dentro de estos términos genéricos no puede desecharse por quien tenga algún entendimiento y sentido común. Mas viniendo de la voz genérica de espíritus á la determinación específica de que espíritus son, se abre nuevo campo á nuevas discusiones.

Pueden establecerse tres hipótesis, correspondientes á las tres maneras de espíritus que existen fuera del mundo corpóreo, y son las almas de los difuntos, los ángeles y los demonios; dado que aquí no puede tratarse de Dios, sumo y perfectísimo espíritu, buscándose por indagación filosófica, no la primera causa, sino la inmediata de los efectos; no la suma causa, sino la subalterna. Por lo tanto la primera hipótesis puede atribuir los prestigios espiritísticos á las almas de los difuntos, ya sean bienaventuradas ya se hallen purgando sus culpas, ya sean precisas. La segunda puede atribuirlos á los ángeles copartícipes de la inefable bienaventuranza de Dios en el cielo. La tercera no puede atribuirlos á los demonios que se hallan penando en el fuego eterno. Hay una cuarta hipótesis posible que los atribuye en parte á los espíritus puros, bue-

nos ó malos, en parte á las almas de los muertos. Mas no nos ocuparemos en ella: supuesto que lo que digamos de las otras tres se acomodará por si mismo á esta última.

Ya en el párrafo XII de este tratado, recapitulando la historia del mesmerismo en todos sus desarrollos, dimos á conocer los principios del espiritismo propiamente dicho, y las diferentes maneras de espíritus que se sacaron á la escena. Entonces, conforme lo exigía la materia, hablábamos en general: ahora es necesario que vengamos á especificaciones mas particulares y precisas.

Hace mas de un siglo que se dió á luz la hipótesis de las almas de los difuntos. Precede en la antigüedad á la del fluido magnético, la cual probablemente no la sustituyó mas que por seguir la moda, que hacía fines del siglo pasado no queria oír hablar de alma espiritual que sobreviviese al cuerpo. Swedemborg, estudioso indagador de los fenómenos naturales, el cual desde Suecia, donde nació, pasó, poco antes de mediado el siglo XVIII, á enseñar ciencias naturales y misticismo espiritístico en Inglaterra, fué el primer maestro. No admitia fuera del mundo corpóreo mas espíritus creados que las almas de los difuntos: y llamaba espíritus buenos á los que habian llegado á salvarse, espíritus malos á los que estaban condenados. Tenia visiones y éxtasis: recibia frecuentes visitas de esos espíritus, y los evocaba á su placer, y en los numerosos secuaces que tuvo en el Norte de Europa y de América halló fáciles y ardientes imitadores.

Desde esas heladas regiones, el sistema de Swedemborg se vió trasplantado al suave clima de Francia, por obra, no de un docto naturalista, pero si de un fanático y rudo obrero, L. Alf. Ca-

haguet, secuaz primero y despues contrario, y siempre ardentísimo de Mesmer. En uno de sus muchos y enrevesados escritos sobre tal materia, nos refiere de sí mismo que, hallándose en el sueño magnético se le apareció el alma de Swedemborg, le instruyó acerca de la verdadera causa de los fenómenos, que él reputaba efecto del fluido magnético, y le animó á crear una nueva secta, ó, segun dijo, una *Nueva Iglesia cristiana*. El bueno del obrero obedeció tan ciegamente y con tal fervor, que de allí á no mucho vino á ser el gran Preste de la tal iglesia en Francia, la cual, no obstante, tuvo mas contrarios que discipulos; y hubiera desaparecido á no ser por el socorro que le vino de los hechos de Hydesville en América.

Son harto conocidos. Las mesas parlantes han llenado con su fama el mundo. Y ¿quién movia y daba casi la vida á aquellas mesas? Comun era la respuesta en América y en Europa, de serlo las almas de los difuntos: y estas almas eran evocadas por los *medium*, se ponian en comunicacion con quien desease hablarles, eran interrogadas sobre varias cuestiones de hechos y de doctrinas; hasta haber habido y haber aun periódicos que dan las respuestas de esos difuntos, sin que nadie se asombre de ello; por mas que en su mayor parte no sean otra cosa que pobres artificios de escritores hambrientos.

Cierto tinte especial que tiene esta hipótesis, le proporcionó desde 1854 en Munich, una multitud de mesmeristas alemanes: allí una tal Maria Kahlhammer primero, y despues una Crescencia Wolf, se dieron como favorecidas por continuas visitas y comunicaciones con las almas bienaventuradas del cielo; y tuvieron reuniones é hicieron prosélitos, y no les faltaron defenso-

res. Al principio nada de mas santo que lo que hablaban aquellas pretendidas almas bienaventuradas: pero cuando la fé que se prestaba á sus respuestas estuvo bien arraigada, se deslizaron hácia algunas doctrinas y opiniones contrarias á la Iglesia católica. Poco duró esta práctica, porque cayó bajo las censuras eclesiásticas que contra ella fulminaron los arzobispos de Munich.

La segunda hipótesis, que admite los ángeles buenos como agentes que obran esos prodigios, tiene origen mas reciente. El primero que la propagó en 1829 fué en Francia el Dr. Billot, que la defendió vigorosamente en una larga série de cartas y opúsculos, dados á la estampa durante mas de diez años. Enseñaba abiertamente que «solo en la eficacia y accion misteriosa é invisible de los espíritus inmateriales, puede hallarse la solucion del gran problema que busca la causa de los efectos extraordinarios, que se observan en los modernos videntes, llamados con harta impropiedad sonámbulos.» Por consiguiente escluye de su lenguaje la palabra magnetismo, y con solo el cambio de una vocal, le llama *magnatismo* como si dijéramos, ciencia que enseña á ponerse en relaciones con los *magnates* del cielo.

Tambien la opinion de Billot tuvo sus partidarios: entre los cuales han de enumerarse, como mas esforzados campeones, Postin, Chambellan, Wiesseke, Ordinaire, y muchos otros de menor cuenta, que se ligaron en vínculos de sociedad y formaron secta particular. En su mayor parte, estos distinguieron dos actos, separables y diversos, en su ciencia: la *atanatofania*, ó sea la aparicion de los inmortales, y el *Rafaelismo* ó sea la medicina angélica segun la suministró

el arcángel Rafael al jóven Tobias: á saber, la *mística*, como ellos la llaman, y la *práctica*. Por mucho que esta doctrina se apoyara en cierta apariencia de piedad religiosa, y en buenas apolo- gias contra sus propios impugnadores, con todo fué con el progreso del tiempo languideciendo, y si no ha desaparecido del todo, apenas perma- necen de ella algunos vestigios.

La última opinion que debemos esponer, es la que atribuye á los demonios todas las opera- ciones del espiritismo. No se halla sostenida por los que profesan esa práctica: porque es muy na- tural que ninguno haya querido para sí la nada envidiable honra de ser mantenedor del demo- nio. Pero, en cambio, se halla vigorosamente de- fendida por los mas sábios y bríosos escritores católicos que han entrado en esta discusion. Co- mo en alabanza de su obra, indicaré aquí algu- nos de los mas insignes nombres, por el orden de los tiempos en que escribieron libros, para que los lectores vean que esta opinion ni es nue- va ni estraña. Uno de los primeros que entraron en la liza fué el abate Fiard, que para oponer en Francia un dique al desbordamiento de las prác- ticas que allí introdujo Mesmer y generalizó Puy- ségur, publicó en 1803 el libro titulado: *La Fran- ce trompée par les magiciens et les Démonolâtres du XVIII siècle*: libro vigorosamente escrito, pero llevado en su hilacion mas allá de lo justo. Doce años despues recordó esta amonestacion á los ol- vidadizos franceses, el abate Fustier, Vicario ge- neral de la diócesis de Tours, repitiendo en par- te, aunque bajo otra forma, los argumentos de Fiard, y en parte, añadiendo nuevas y no menos vigorosas pruebas. Su libro lleva por título: *Le Mystère des Magnétiseurs et des somnambules, dévoilé aux âmes droites et vertueuses, par un*

homme du monde. Casi al mismo tiempo, pues fué solo dos años mas tarde, vió la luz otro libro del mismo tenor, pero que produjo mas impresion que los dos antecedentes, y atrajo contra sí todas las iras de los defensores del puro magnetismo: *Superstitions et prestiges du XVIII siècle, ou les Démonolâtres du siècle des lumières, an 1817*. Fué su autor el docto y profundo abate Wurtz, Vicario de Saint-Nizier. Once años despues salió á la palestra á sostener la misma tesis con luminosos y valientes artículos publicados en el periódico religioso *L' Eclair* el señor de la Marne: en 1833 escribió con igual objeto un docto eclesiástico de Reims, como eco del doctísimo clero de aquella diócesis. Desde entonces, en adelante fueron muchísimos los libros que se sucedieron para condenar como artificio diabólico el magnetismo, de suerte que es imposible mencionarlos todos ni aun de paso. No podemos con todo, omitir los nombres de los señores D'Orient, De Mirville y Des Mousseaux; tres escritores que merecen ser distinguidos de los demas; ya por ser seglares los tres, ya por ser los tres de un valor y de una perseverancia admirables; ya por estar los tres dotados de tales prendas que los hacen jueces competentes en la cuestion, es á saber: por testigos oculares de los hechos, por peritos en las ciencias físicas y naturales, y por estudiosos indagadores de cuanto se escribió en la antigüedad sobre tal materia.

Italia no ha carecido de escritores católicos que hayan formado coro con esos franceses: antes bién es notable que el primer escrito que en ella apareció acerca del magnetismo, fué para condenarle como mágia. Desde 1850 á esta parte conocemos mas de veinte libros entre grandes y pequeños que se han dado á luz en este sen-

tido, entre los cuales merecen una mención honorífica uno más antiguo impreso en Bérgamo en 1856, sin nombre de autor, y que tiene por título: *Sulla causa dei fenomeni mesmerici*; y otro más reciente impreso en 1858 en Bolonia, por el P. Caroli, y que se intitula: *Del magnetismo animale*.

Sabemos que en Alemania y en Inglaterra ha habido escritores no escasos en número ni en autoridad que han sostenido esta hipótesis: mas no habiendo visto sus obras no podemos dar de ellas más que este solo indicio.

A los escritores de autoridad privada deberíamos añadir los obispos que en sus pastorales condenaron el magnetismo como infectado de demonolatria. Será de otro lugar hacer especial mención de ellos: aquí nos contentamos con decir que la más antigua pastoral que conocemos sobre este asunto, es la del Obispo de Moulins, el cual la divulgó en 1826, esto es, cuando los hechos no se habían desenvuelto ni en tanto número ni con tanta evidencia.

LV.

Se excluye la hipótesis que atribuye los fenómenos espiritísticos á las almas de los difuntos.

Pocas palabras serán suficientes contra esta hipótesis. Para que las almas de los muertos sean causa de los efectos espiritísticos, es necesario que se comuniquen con los hombres y con el mundo externo, y que tengan dominio sobre las fuerzas de la naturaleza. Ni una cosa ni otra les es propia. Por consiguiente, las almas de los difuntos no son causa de esos fenómenos. La única proposición que hay que demostrar es la menor, la cual tiene dos partes.

Es la primera si estas almas de difuntos se comunican con nuestro mundo. Pertenece esto á lo imposible por todo extremo, ya sea la comunicacion de parte nuestra, ya de la de ellos. Es imposible por la nuestra. El hombre, no tiene ni puede tener naturalmente hablando, esto es, sin operacion directa de Dios, ninguna comunicacion con las almas de los difuntos. El hombre se comunica con el mundo exterior por medio de los sentidos: esta es la gran ley psicológica que rige todas las operaciones del alma humana, cuando se halla aneja al cuerpo en unidad de sustancia. Todo aquello, pues, que no es accesible ni inmediata ni mediatamente á los sentidos del hombre, no está sujeto al poder del alma humana. El

mundo de los puros espíritus no es accesible á nuestros sentidos corpóreos: el mundo por tanto de los espíritus puros, cualesquiera que sean, no se halla en comunicacion con nosotros, no puede depender de nosotros, no puede estar á disposicion de nuestro beneplácito. Esto es imposible aun por parte de las mismas almas, desligadas del cuerpo. He aquí palabra por palabra la doctrina de Santo Tomas: «Segun la natural cognicion, de la cual hablamos aquí, las almas de los difuntos nada saben de lo que pasa en el mundo. Y la razon de esto es porque, el alma separada percibe solo aquellos singulares, á los cuales en algun modo se halla determinada, ó por la huella que conserva de los conocimientos que antes tuvo, ó por afeccion de voluntad, ó por ordenacion divina. Y las almas de los difuntos, segun la ordenacion divina y segun el modo propio de su ser, están segregadas de la conversacion con los vivos, ó incorporadas á la conversacion de las sustancias espirituales, que están separadas del cuerpo; y de esta suerte ignoran todo lo que pasa entre nosotros (1).» Estas palabras son tan claras y autorizadas, que no necesitan comentario ninguno. Y á la verdad, si las almas de los difuntos adquieren el modo de ser, y por tanto de obrar, propio de los espíritus separados, no pueden adquirir cogniciones enteramente nuevas sino por infusion de especie que venga de Dios. Prescindiendo, pues, de la operacion divina, y circunscribiéndonos á su obrar natural, no pueden recibir nueva alguna de las cosas de acá bajo, y mucho menos por obra de seres pertenecientes al mundo corpóreo, de quien están separadas.

(1) S. THOM. *Summ. theol.* P. 1. q. LXXXIX, a. VIII.

La segunda parte es, si las almas de los muertos tienen dominio sobre las fuerzas materiales de la naturaleza. Por ningun concepto les corresponde este dominio. Ellas, al separarse del cuerpo, no han mudado su naturaleza, sino solo su modo de ser y de obrar. El cuerpo era para ellas un medio por el cual se hallaban en contacto con el mundo corpóreo, y podian obrar sobre él. Perdido el cuerpo, lejos de adquirir mayor dominio que antes, perdieron hasta el modo único que tenian de estar en contacto con la materia. No pueden, pues, emprender por si mismas nada, ó hacer nada, ni con las fuerzas materiales ni sobre las fuerzas materiales, á las cuales no les es dado alcanzar. En cuanto á esta eficacia, el alma humana, separándose del cuerpo, pierde todo y nada adquiere.

Si se considera por consiguiente la naturaleza del alma separada, es incapaz de comunicarse con nosotros y de obrar sobre las fuerzas materiales. Le faltan por tanto las dos condiciones mas indispensables para que sea posible estimarlas como causa productora de los fenómenos espiritísticos.

Pero á esta conclusion oponen los sostenedores de la hipótesis una excepcion de racionio y una de hecho. El hecho es la historia de tantas visiones y de tantos prodigios atribuidos á los santos y á las almas del Purgatorio; historia de comunicacion incesante de los difuntos con los vivos, y de su continuo poder sobre toda la naturaleza. El racionio es que nosotros hemos hablado siempre de lo que naturalmente corresponde á aquellas almas, y no de lo que prodigiosamente puede concederles Dios Todopoderoso, como mil y mil veces lo ha concedido. Por mas que se consienta, pues, que solo á la única vir-

tud natural de aquellas almas no corresponde ni comunicacion con los hombres ni uso de las fuerzas materiales; queda siempre siendo cierto que les es lícito obtener estos dos privilegios como don gratuito de Dios. ¿No es probable en su consecuencia, que este don, concedido antes mucho mas rara vez, se conceda hoy profusamente por Dios al mundo, á fin de volver á llamarle á la fé de lo sobrenatural, y guiarle por este camino á abrazar la palabra de verdad y vida que anunció el Evangelio?

Respondemos que el argumento que presentan esos señores, no prueba la probabilidad sino únicamente la posibilidad, y ésta solo en abstracto, pero no en concreto. En concreto no es posible lo que dicen, y por consiguiente no solo no es probable sino que es absurdo. Echemos mano á las pruebas.

¿Qué es lo que nos oponen? El prodigio. Quieren que Dios, suspendiendo las leyes ordinarias, que su divina sabiduria ha prescrito al alma humana, intervenga con su omnipotencia sirviéndose de estas almas como de instrumentos. Nos vemos, pues, en la precision de aplicar á las operaciones espiritísticas el mismo criterio que la fé nos enseña que debe aplicarse á los milagros. Hagamos por lo tanto esta aplicacion, y veamos si las dos séries de hechos tienen nada de comun, de modo que los fenómenos mesméricos puedan llamarse prodigios obrados por Dios mismo.

¿Por qué suspende Dios con milagros las leyes ordinarias de la naturaleza? Por un solo motivo: para obtener el fin general de la creacion que es su glorificacion. Todo milagro está dirigido á hacer conocer y amar á Dios, bien confirmando una de sus verdades reveladas, ó bien in-

culcando una de las virtudes que él ha prescrito. Es como un sello que Dios pone extraordinariamente á su palabra, á fin de que el hombre la acoja con obsequio del entendimiento y de la voluntad. Si, pues, un fenómeno, á pesar de ser extraordinario, no guía manifiestamente á este fin, y mucho mas si, por el contrario, aleja de él, no es lícito por ningun estilo reputarle como milagro divino, porque seria indigno de Dios. Y tal es precisamente el caso en que se hallan los prestigios espiritisticos, de los cuales muchos sirven de vano pasto á la curiosidad, muchos de no indispensable auxilio á la medicina, muchos á ilícito desahogo de pasiones, y hasta á propagar errores. Que si alguna vez han sido útiles al bien y á la verdad, nada importa esto para nuestro fin presente, pues basta que solo una vez falten á este objeto para desecharlos todos en concepto de operacion directa del mismo Dios.

¿Cuándo interviene el Señor con sus milagros? No hay mas que una respuesta á tal pregunta: cuando quiere. No hay tiempo, no hay lugar, no hay circunstancia que pueda en esto ligar la libre voluntad de Dios. Ha prometido, es cierto, á la fé viva el obrar milagros: pero aquella fé es don suyo gratuito, y no está en la facultad del hombre tenerla á su albedrio. Nada por tanto se puede imaginar de mas extraño que un sistema de prodigios reducidos á arte, y dependientes de ciertas condiciones que todo el mundo está en aptitud de emplear, segun su antojo. Tales y no otra cosa son los fenómenos mesméricos: nos excitan en dias fijos, en horas señaladas de antemano. Se hacen con ellos academias para espectáculo: se convida al público á verlos; se enseña el arte de engendrarlos. Si alguna vez faltan, es por excepcion: y si esto

demuestra que su causa no es meramente física, no prueba por eso que sea milagrosa.

¿De qué instrumentos se vale Dios en sus milagros? Ordinariamente hablando se sirve de las almas que le son mas queridas; y así en la Iglesia católica ningun otro argumento prueba tanto la santidad de los muertos, como los prodigios que por su intercesion ha obrado Dios, el cual concede con amplitud estos favores extraordinarios á los corazones puros, á los humildes, á los sencillos. Que si no es imposible pero antes bien cierto, que el que no se halla en actual gracia de Dios puede ser instrumento de prodigios, cuando estos van destinados á la santificacion de los hombres, Dios se vale por regla ordinaria de las almas mas santas á fin de dispensar tales favores; el otro caso es la excepcion, no la regla. ¿Sucede otro tanto con los fenómenos espiritísticos? Creemos que algunas veces, personas de probidad y buena fé hayan podido producirlos: mas esta es ciertamente la excepcion. El caso universal y hasta universalísimo es el contrario. Hombres mundanos en pensamientos, en afectos, en obras, son por lo comun los que se dedican á la profesion de *medium* ó sea medianeros para evocar esos espíritus. No añadimos nada mas, así porque mas no hace falta para que se nos entienda, como porque no queremos hablar peor de lo que es indispensable acerca de tantos como se han dado á ese oficio.

¿Cuáles son los medios por donde el hombre obtiene de Dios las gracias extraordinarias, los prodigios? La fé y la oracion con las virtudes que acompañan á estos dos actos, es á saber; la humildad de la mente, la pureza del corazon, la maceracion de la carne. ¿Son estos los medios por

los cuales se consiguen los fenómenos espiritísticos? La sonrisa con que nuestros lectores accogen esta pregunta nos dispensa de ampliar su respuesta. Por lo demás, en manos de todo el mundo se hallan los manuales para instruirse en el arte del espiritismo: y en ellos, ni una sola palabra acerca de semejantes medios. Únicamente hallamos á menudo mencionada en ellos la palabra fé, la fé robusta, la fé constante. Pero ¿de qué fé se habla? ¿Acaso de la de creer y confiar en Dios; único dispensador de todo bien? Nada de eso. Se habla de creer firmemente que se tiene aquello que otros saben muy bien que no tienen.

Vengamos á la conclusion. Si en los fenómenos espiritísticos, lejos de verificarse lo que distingue á los prodigios, se verifican circunstancias y caracteres que los escluyen omnímodamente; debemos necesariamente deducir de aqui que, por consiguiente, no se vé en ellos impreso el dedo de Dios. Y si no pueden llamarse prodigios, si nada tienen de comun con las visiones, con los éxtasis, con las curaciones instantáneas, en una palabra, con los milagros verdaderos que Dios obra por intercesion é interposicion de las almas de los santos; no es dado atribuirlos de ningun modo á las almas de los difuntos.

LVI.

Los fenómenos espiritísticos no pueden atribuirse á los ángeles buenos.

Entre las dos hipótesis, la de las almas de los difuntos, y la de los ángeles buenos, hay la diferencia, de que la primera recurre á causas impotentes y la segunda á causas eficaces. Los ángeles tienen verdadero y natural poder para obrar sobre la naturaleza material y sensible, imprimiendo á los cuerpos el movimiento estrínseco y local, y poniendo de esta suerte en contacto las fuerzas que pueden engendrar movimiento intrínseco y cambios sustanciales. Esta facultad se reconoce en los ángeles por toda la escuela teológica, cuyo mas noble intérprete la demuestra por medio de un tratado directo; (1) y constituye tan esencial diferencia entre las hipótesis, que cuanto milita contra la una, no puede por esto solo valer contra la otra. Mas si la confutación ha de ser diversa, la conclusion es sin embargo la misma; porque, sea que se considere el modo de obrar, sea que se consideren los efectos, sea que se considere el fin del espiritismo, escluye evidentemente el concurso de los ángeles buenos. Veámoslo por partes.

El que admite los ángeles, como causas pró-

(1) S. THOM. *Summa theol.* P 1. *Quaest.* CX, art. 3.

ximas de los fenómenos espiritísticos, es fuerza que admita la revelacion, por quien solamente sabemos que existen esos ángeles. Los que sostienen, pues, esta hipótesis pueden quedar convencidos por los principios propios de la revelacion, de los cuales debemos valernos para discutir con ellos su esplicacion.

En cuanto al modo de obrar del espiritismo dejemos á un lado muchas consideraciones de poca monta, para atenernos á una de importancia grave. Es la siguiente: Los *medium*, esto es, los que poseen la virtud espiritística, gozan por el testimonio de los hechos y por la autoridad de los escritores mas expertos en tales materias, un verdadero dominio sobre los espíritus, que deben, ó contestar á sus preguntas, ú obrar conforme á sus deseos. Ellos los llaman cuando quieren, los hacen mas ó menos visibles para los demas, les dirigen preguntas, les imponen órdenes, exigen de ellos obediencia. Es verdad que, alguna vez, les sucede no ser correspondidos; mas esta es la excepcion y no la regla general. La regla general es propiamente que estos espíritus obedecen á las órdenes del *medium*, como el criado obedece á las de su amo. Esta dependencia es tan repugnante á la naturaleza propia de los ángeles santos, que basta por si sola para convencernos de que no pueden ser ángeles los actores del espiritismo. Aquellos nobilísimos espíritus, por su propia naturaleza superiores al hombre con superioridad inmensa, no pueden de ninguna manera sometersele y quedarse por bajo de él. No dependen sino de Dios; y solo de Dios reciben, segun lo declaran las escuelas teológicas, la mision y el ministerio á favor del hombre; y solo á Dios sirven cuando por disposicion de la Su Divina Magestad están delegados

ó á la custodia tutelar de los hombres, ó á su provecho y extraordinaria direccion (1). La Santa Escritura nos habla casi en cada uno de sus libros de ángeles que se aparecieron á los hombres, y que obraban en la tierra en favor de los hombres: pero en todos los casos estos ángeles no aparecen mas que como enviados y embajadores de Dios: no obran sino como instrumentos y servidores de Dios. Y para inculcar esta idea de dependencia inmediata de los ángeles santos con respecto á Dios, el mismo Verbo encarnado habló de este modo á S. Pedro. *¿Piensas que no puedo pedirselo á mi Padre y que él no me enviaria luego mas de doce legiones de ángeles?* (2) Hablando El en aquel caso para nuestra enseñanza como hombre, no se atribuyó ningun imperio sobre los ángeles; sino que refirió toda la potestad á su divino Padre. Por las cuales palabras podemos argumentar de esta manera. Si hubiese sido posible á un hombre tener á su servicio y disposicion á los ángeles, independientemente de la mision y voluntad de Dios, y por su propia potestad y naturaleza; este hubiera ciertamente debido serlo el Divino Redentor, cuando sobre la tierra fué mortal. Si así fuera, él en aquella contingencia habria anunciado su poder imperativo sobre los ángeles, mas que su poder impetrativo. El queria en efecto demostrar á San

(1) *Unde sequitur secundum praemissa quod angelus á Deo mittatur: sed actio, quam angelus missus exercet, procedit á Deo, sicut á primo principio, cujus nutu et auctoritate angeli operantur, et in Deum reducitur sicut in ultimum finem.* S. THOM. Summa th. P. 1. Quaest. CXII art. 2.

(2) *An putas quia non possum rogare Patrem meum et exhibebit mihi modo plus quam duodecim legiones angelorum?* MATTH. XXVI, 53.

Pedro lo intempestivo de su celo para librarle de ser aprisionado por los judios; y queria al mismo tiempo hablarle como hombre, no como Dios. Su razonamiento habria sido mas eficaz, si en vez de decir que podia impetrar de su divino Padre un poderoso auxilio de ángeles, dijera que podia mandar á los ángeles y hacerse defender de ellos. No lo dijo, porque esa superioridad no corresponde á la naturaleza humana. O es falso por consiguiente que en el espiritismo los seres que obran los milagros dependen de manera ninguna de los *medium*, ó es falso que sean ángeles buenos. Mas el primer miembro de este dilema destruiria toda la teoria y toda la historia del espiritismo moderno, para cuya explicacion se ha imaginado esta hipótesis. Resulta, pues, que debemos atenernos al segundo miembro, y admitida la teoria y la historia, desechar la hipótesis.

Debe desecharse en segundo lugar porque los efectos propios del espiritismo contradicen manifiestamente la hipótesis de los ángeles. Por extremo sencilla es la explicacion de esto. El ministerio angélico, segun lo hemos visto, procede de Dios, como primer principio, y se reduce á Dios, como á último fin. Por consecuencia, no puede producir mas que efectos dignos de tan alto principio, y que conduzcan á fin tan augusto. Pero de tan alto principio no se producen si no efectos saludables al hombre, y á fin tan augusto no guian sino medios santos y nobilísimos. Por tanto, todo lo que no es saludable al hombre, ó conforme al fin saludable del hombre, no puede atribuirse al ministerio angélico. Donde quiera que notemos ligereza, ó falsedad, ó malignidad, ó contradiccion, debemos suponer una causa capaz de esas imperfecciones, que no pue-

de ser otra que el espíritu réprobo de las tinieblas, ó el espíritu defectible del hombre. Nada de todo esto puede atribuirse directamente á los ángeles buenos, que obran por mision divina; porque no es posible atribuir ninguna imperfeccion ya sea al primer motor, ya al instrumento de la accion.

¿Tienen los efectos del espiritismo ese carácter? Una ligera reflexion basta para darnos resueltamente negativa la respuesta. Atiéndase á las señales que de su presencia dan esos seres que invoca el espiritismo: son frivolidades y pequeñeces, cuando no espanto y miedo. Atiéndase á las doctrinas que enseñan: son falsedades ante la ciencia de las escuelas; heregias ante las enseñanzas de la fé; deformidades ante la moral cristiana. Atiéndase á los consejos prácticos: si se esceptuan algunos que son provechosos al bienestar material de las personas, anzuelo arrojado á los peces para atraerlos á esa red infernal; ¡cuántos otros no han guiado á domésticas disidencias, á sangrientas enemistades, á incurables demencias, á funestos suicidios! De todo esto se hallan informados nuestros lectores por lo que hemos referido y discurrido hasta ahora; aqui no hacemos mas que refrescar en buena ocasion la memoria de ello. Y ¡pueden semejantes hechos equivocarse con los de naturalezas tan benéficas y nobilísimas como las de los ángeles? Abramos la sagrada Escritura, y recorrámosla libro por libro, donde quiera que nos habla de la presencia y de los actos de un angel. Los ángeles están allí representados siempre, ó cual ministros de la justicia de Dios para castigar y corregir á un mismo tiempo á los hombres, como el ángel de Senaquerib; ó cual ministros de la misericordia de Dios y auxilio extraordinario

á sus fieles siervos, como el ángel de Tobias; ó cual ministros de la Providencia de Dios á fin de manifestar su voluntad para la salvacion y direccion de los hombres, como el ángel de Manué. ¡Como la idea de tan espléndido ministerio no habia de quedar empequeñecida, estropeada y mas bien envilecida por esos espíritus golpeadores, petulantes, malignos y embusteros del mesmerismo! Por el fruto se conoce el árbol. Miremos de frente á los fenómenos mesméricos; nos revelan una paternidad muy distinta de la de los ángeles.

Finalmente, despues del modo y de los efectos, contémplese el fin de las operaciones espiritísticas, y él solo nos dará la razon para que los excluyamos; por cuanto entre él y el fin propio del ministerio angélico hay, no solo una gran distancia, pero oposicion de contrariedad. Son los ángeles enviados de Dios como ministros suyos á los hombres, ó concedidos como custodios cerca del género humano para ayudarle á conseguir mas facilmente el último fin del hombre, que es el conocimiento y el servicio de Dios; ni puede ninguno de sus actos apartarse de este propósito, á no dirigirse en derechura á él. Los mismos auxilios temporales que proporcionaron en los tiempos de la antigua ley, ó que proporcionan en los de la nueva, han sido dirigidos á aquel fin y á él se han subordinado enteramente. ¿Dónde se halla esta direccion en los fenómenos espiritísticos? No se halla ni explicitamente confesada por aquellos que los ponen en práctica, ni implicitamente obtenida por sus experimentos. Antes por el contrario, aquellos no la ensalzan sino para los beneficios que de ella podian recabar las comodidades de la vida, las ciencias humanas, y las necesidades sociales, sin dárseles cui-

dado alguno de los grandes intereses del alma, y muchas veces tambien mofándose de ellos ó despreciándolos y estos no producen mas que languidecimiento en la fé, relajacion en las costumbres, apartamiento en las familias, rebeldia á la autoridad eclesiástica, orgullo y rebelion contra la civil. Para el cristiano, el hombre que tiene esa comunicacion incesante con los ángeles de Dios, es el hombre de la fé, de la virtud, de la santidad: su inteligencia iluminada por tan noble magisterio resplandece con los rayos mas puros de la verdad sobrenatural; su voluntad, estimulada por tan eficaz escitacion, arde en celo por el amor del bien sobrenatural; y el mismo es considerado como aquel á quien ese celestial favor eleva sobre la condicion comun de todos los fieles, aun los mas fervorosos; nada hay, por mas árduo que sea en la vida espiritual, á que él no atienda, ó que no parezca inferior á la gracia que Dios le concedió con tal favor. ¿Es tal la vida de estos *medium* que se alaban de conversar continuamente con los espíritus, sus maestros, sus guías, sus instrumentos? El solo preguntarlo hace que nuestros lectores se sonrian disimuladamente. Sufran, pues, que concluyamos que, siendo el fin propio del ministerio angélico sobre la tierra la santificacion de los hombres, é impidiendo el espiritismo esa santificacion, cuando no la contraria espresamente, éste no puede confundirse con aquel, y por consiguiente es mas absurda todavia que vana la hipótesis que hace á los ángeles autores de los fenómenos que el espiritismo produce.

LVII.

Los demonios son única causa de los fenómenos del espiritismo.

Todo lo discurrido hasta este punto guía necesariamente á esta única consecuencia, á saber: que la causa de los fenómenos espiritísticos debe por necesidad colocarse en los espíritus malignos del infierno. Si desde el principio hubiéramos anunciado esta proposición, quizá habria movido á risa, sino á desden, á mas de uno de nuestros lectores. «¡Salidas acostumbradas de curas ó de frailes, hubieran gritado contra nosotros: salidas propias de inteligencias reducidas y de gente sencillota, querer traer al diablo para todo! Esta buena gente no acierta á persuadirse de que ahora es cuando, por último, los gatitos han abierto los ojos, y el progreso de las ciencias y de la sociedad ha desenmascarado las imposturas de aquellos astutos zorrone, que, para imponerse al pueblo, se daban por confidentes de la casa del demonio, y por los mas entrañables amigos del diablo cojuelo, y del gran rey de los profundos el mismísimo Satanás. Los tiempos de la magia y de los magos, han concluido para siempre, como han concluido los tiempos de los milagros y de los taumaturgos. En el día se hacen cosas de muy mayor encantamiento y mas prodigiosas que las de los tiempos an-

tiguos; pero los encantadores y los taumaturgos son los hombres de la ciencia: y las suyas ya no son mágias ni maravillas, porque la ciencia no es misterio que se oculte, sino influencia por extremo radiante de luz que se manifiesta á todas las miradas, y hasta deslumbra la vista de todos.»

De esta suerte, sobre poco mas ó menos, hubieran acogido aquella proposicion, á colocarla al principio de nuestro escrito. Mas ¿puede recibirse de igual manera cuando está deducida de un raciocinio, largo, es cierto, pero evidente é irrecusable? Los progresos de las ciencias, las teorías de la edad moderna, y hasta las estravagancias todas de los mas encendidos enemigos del espiritu, de lo sobrenatural, de la revelacion, han sido, no ya dejados á un lado con despreciador silencio, sino traídos á discusion, examinados é inquiridos. Nos ha sido necesario excluir una despues de otra todas las hipótesis presentadas hasta aquí: todas, excepto una sola. ¿Puede llamarse á esto pequeñez de entendimiento? Si la luz de la razon, de que Dios nos ha hecho partícipes, ayudada por los auxilios de las ciencias físicas, racionales y teológicas, nos ha traído á atenernos á esta sola explicacion, esa no puede excluirse como prejuzgada ya por sinietras prevenciones, sino que ha de admitirse como una necesidad inevitable de la lógica y de la ciencia. Habiendo sido algun tanto largo el camino andado para llegar á ella, no dejará de ser útil señalar aquí rápidamente las huellas.

Nuestro procedimiento ha sido el de exclusion. Este método, para dar conclusiones con absoluta certidumbre, debe excluir completamente, sin dejar la posibilidad de ninguna salida ó escapatoria. Para conseguirlo hemos empezado

por excluir la menos razonable de todas las hipótesis, señaladas al espiritismo, á saber: la que atribuye todos sus hechos á mera impostura. Si hubiéramos dejado detrás de nosotros la sospecha de que aquellos hechos no eran sino trampas de jugadores de manos, habríamos procedido inconsideradamente, buscando la causa de apariencias engañosas y fugaces (1).

Luego, pues, de habernos asegurado bien de la realidad de los hechos, hemos empezado con justo motivo á indagar su origen. Debía este hallarse, ó dentro de los límites de las causas meramente físicas, ó fuera de esos límites: no hay otro medio. Dentro de los límites de las causas físicas no hay hipótesis conocida que resista al exámen diligente de la crítica; y, aun es mas, no está en lo posible que se encuentre en adelante una que pueda resistirle. Por consiguiente, el origen del espiritismo debe hallarse fuera de las causas meramente físicas.

Se ha demostrado detenidamente la menor de este silogismo en las partes que contiene; porque despues de haber establecido en una indagacion preliminar (2) los caracteres esenciales de los fenómenos que se quieren explicar, para deducir de ellos las condiciones propias de las causas á que convenientemente pueden atribuirse, se han puesto una despues de otra á exámen las hipótesis inventadas hasta ahora. La hipótesis *espontánea* de Littré, que atribuía á alucinacion de los agentes y de los espectadores las operaciones mesméricas (3). La hipótesis *mecánica* de Faraday, que hacia derivar de las vi-

(1) Compárense XVI-XXI.

(2) Párrafo XXII-XXXIX.

(3) Párrafo XXX-XXXI.

braciones musculares é involuntarias la rotacion de las mesas giratorias (1). La hipótesis *eléctrica* de Caupont, que atribuía á la electricidad física los efectos del mesmerismo (2). La hipótesis *zoo-magnética* de Mesmer, que imaginaba un fluido, ya difundido por todas partes, ya restringido especialmente dentro del organismo animal, el cual fuese capaz de engendrar aquellos hechos admirables (3). Las hipótesis *psico-patológicas* de muchos médicos, que atribuían á un estado morboso del cuerpo humano aquel exceso de vitalidad, como le llaman, que se manifiesta en actos inusitados (4). Las hipótesis *psico-fisiológicas*, que consideran como facultades naturales del compuesto humano, el poder de obrar aquellos tan admirables efectos; ya sea en la *dualidad del cerebro*, soñada por Gregory, (5) ya en la *reverberacion del pensamiento*, defendida por Górrés, (6) ya en la *sujestion muscular*, propuesta por Braid, (7) ya en las *facultades latentes*, presentadas al público por Deleuse (8) ya finalmente en el *privilegio adamítico* descubierto por Auguer (9). A todas estas hipótesis hemos pasado en revista: y ninguna de ellas resultó estar sólidamente fundada sobre buenas razones para admitir su existencia, ó corresponder convenientemente á los hechos á que debía aplicarse para admitir su eficacia. La mejor voluntad del mundo

- (1) Párrafo XXXII.
- (2) Párrafo XXXIII-XXXVI.
- (3) Párrafo XXXVII-XLII.
- (4) Párrafo XLIII-XLVI.
- (5) Párrafo XLVII.
- (6) Párrafo XLVIII.
- (7) Párrafo XLIX.
- (8) Párrafo L.
- (9) Párrafo LI.

para querer hallar, entre tantos sabios y disertantes, uno que haya imaginado alguna suposición científicamente aceptable no ha bastado ante el evidente vacío de sus sistemas. Debemos, pues, admitir que no se había producido en los límites de las causas físicas ninguna hipótesis suficiente, para dar la tan apetecida explicación.

Si hasta ahora no se ha hallado, ¿puede temerse ó esperarse que mas adelante la halle algún ingenio mas afortunado? Esta era la otra parte de la menor, que debíamos estudiar; y el estudio que de ella hemos hecho (1) ha podido persuadir á nuestros lectores de que la misma naturaleza de los fenómenos mesméricos hace imposible una hipótesis meramente física. El no haberla, pues, hallado hasta aquí, no fué por incapacidad de ingenio; fué, sí, desgracia de error. Se quiso buscarla donde no estaba ni podía estar. ¿Qué maravilla que no se la encontrara?

Búsquese donde solo puede estar, y se dará con ella. Fuera de las causas físicas, excluidas todas como impotentes, no hay mas que las causas suprafísicas; esto es, los espíritus. Entre ellos, por tanto, deben buscarse los agentes de esas prestigiosas operaciones. Se reparten en tres géneros: las almas de los difuntos, los ángeles buenos, y los demonios. Hemos acabado de ver que ni las almas de los muertos, ni los ángeles buenos pueden, aunque por diverso motivo, admitirse como productores de esos efectos. De modo que es necesario recurrir á los demonios. No hay manera de defenderse de semejante hilación, que fuerza y violenta la inteligencia por su evidencia misma; y la burla, el sarcasmo, la irrisión, la argucia caen á tierra ante esa evidencia, y deben

(1) Párrafo LIII.

darse por vencidos. Por tanto, podemos ahora dar sin ningun velo el nombre de mágia al espiritismo, y de magos á los *medium*; y reconocer con humilde confesion que todos los progresos y las luces del siglo decimonono no han conseguido arrojar del mundo á los demonios, sino que antes bien los han consolidado en él mas estensa y mas fuertemente que nunca en anteriores tiempos.

Esta conclusion es legítima. Sin embargo, queremos inculcarla con mayor fuerza aun, tomándola, no ya como consecuencia de un argumento de exclusion, pero como tésis poderosa y sostenida por argumentos suyos propios y especiales.

LVIII.

Naturaleza de la mágia.

Escluyendo del espiritismo moderno todas las causas físicas que hasta aquí se le han atribuido, ó que pueden atribuírsele en lo venidero, hemos llegado á la necesaria consecuencia de que debe buscarse su origen en la interposicion de los demonios y que por lo tanto el espiritismo debe llamarse y es mágia. Esta misma conclusion es la que hemos prometido sacar de una argumentacion mas directa y no menos demostrativa. Vedla aquí en sus principales puntos, que iremos desarrollando ordenadamente con la mayor brevedad que nos sea posible.

El que niega la existencia del demonio no podrá seguramente admitir la de la mágia. No dirigimos á estos nuestro discurso: no son ni filósofos ni cristianos; porque reniegan á un mismo tiempo de la luz de la razon y del testimonio de la historia, y de la autoridad de la Sagrada Escritura, y de las enseñanzas dogmáticas de la Iglesia. Hablemos mas bien á los católicos, y por tanto, supongamos en nuestros lectores firme la creencia de los espíritus perversos y de sus obras en el mundo visible. Y procediendo desde este punto en la presente discusion, razonemos de esta suerte: si en el espiritismo se encuentran la naturaleza propia, los caracteres específicos y

los efectos ordinarios de la mágia, no podrá establecer diferencia alguna entre el espiritismo y la mágia. En realidad, todo lo que conviene á la mágia como propiedad suya, se reconoce tambien en el espiritismo. De consiguiente, el espiritismo debe llamarse y es verdadera mágia. Para que este raciocinio se exima de toda escepcion, hemos de hacer dos cosas: la primera, estudiar cual sea la naturaleza, cual los caracteres, cuales los efectos de la mágia; y despues demostrar que aquella naturaleza, aquellos caracteres, aquellos efectos, se hallan en el espiritismo.

¿Cuál es la naturaleza propia de la mágia? Tómese la definicion comunmente admitida en las escuelas teológicas, y aceptada por los canonistas y los legisladores. Hace consistir la mágia diabólica en una *facultad de producir efectos maravillosos é insólitos, por obra y ministerio de los demonios, y con signos establecidos por ellos, y con ellos concertados*. En esta definicion se comprenden los tres constitutivos propios de la mágia; es decir, la naturaleza especial de los efectos, la causa inmediata de esos efectos, y finalmente la condicion requerida para que esa causa los produzca. Una sola palabra acerca de cada uno de ellos.

En cuanto al primero, que es la naturaleza propia de los efectos, estos no se llaman milagrosos, sino maravillosos, no se llaman sobrenaturales sino insólitos: porque su causa no es superior á la naturaleza creada, no es sobrenatural; pero es únicamente mucho mas robusta, mucho mas eficaz que las fuerzas de la naturaleza sensible. Si el efecto fuese realmente superior á las fuerzas naturales, y no pudiese atribuirse á la virtud propia de la criatura, como lo seria v. g., el resucitar á un muerto ó el ani-

quilamiento total de una sustancia: este efecto, que debe atribuirse á la omnipotencia de Dios criador, sobrepujaria con mucho á toda fuerza mágica, seria prodigio y no prestigio, verdadero milagro y no simple hecho maravilloso. Por tanto, si se considera la entidad física de los efectos mágicos, prescindiendo de las dos circunstancias de tiempo y modo, vuelven á pertenecer, propiamente hablando, al orden común de los efectos naturales: mas si se consideran las dichas dos circunstancias de tiempo y modo, hieren la imaginacion, se salen fuera de lo acostumbrado, y sirven para excitar la admiracion. Convertir una playa desierta en amenísimo jardin es cosa mas ó menos fácil, pero no imposible á quien tiene voluntad y dinero para ello: dadle tiempo y el jardin ostentará su verdor. Pero si yo viera mudado á mi vista y en un abrir y cerrar de ojos aquella playa en jardin, me quedara pasmado como de una maravilla, porque no está concedido á las fuerzas ordinarias de los agentes naturales producir instantáneamente aquel cambio. Remontarse por los aires con ayuda de un globo es ya cosa no rara en nuestros dias: remontarse sin auxilio de ningun instrumento, como lo hizo un dia Simon Mago en presencia de los romanos, escede á la facultades naturales del hombre, y excita con motivo la estupefaccion.

Mas esto solo no basta para constituir la magia. Requiere además que estos efectos se produzcan por obra y ministerio de los demonios; porque las operaciones propias de la magia pueden, conforme hemos dicho, sobrepujar, en cuanto al modo y al tiempo de su produccion, á las fuerzas físicas, y por este lado nada tienen que las distinga de algunas operaciones sobrena-

turales de los verdaderos milagros. Y ciertamente, si muchas veces el hecho milagroso es por su sustancia misma imposible á la virtud diabólica, á menudo entre el prodigio y el prestigio no hay otra diferencia, fuera de la causa productora, sino que en el primero está la gracia extraordinaria de Dios misericordioso, y en el segundo la virtud natural y eficacísima del mal demonio. A esta clase pertenecen muchos de los prodigios de segundo orden, y sobre todo aquellos que lo son, ó por la brevedad del tiempo ó por la insuficiencia del medio. La Sagrada Escritura nos ofrece varios ejemplos de ellos: el mas insigne de los cuales es la prueba que hicieron Moisés y Aaron delante de Faraon. Aaron arrojó su vara delante de Faraon, y la vara se mudó en serpiente; mas lo mismo acaeció con las varas que los magos de Egipto, llamados por Faraon, echaron al suelo. El primer cambio fué milagroso, como obrado directamente por Dios, en testimonio del mandamiento que dió á Moisés; el segundo fué prestigioso, como hecho, segun dice el sagrado *Exodo*, por hechizo egipcio (1). Es preciso, pues, atender con sagacidad á la causa que obra aquellos hechos extraordinarios: y discernir por medio de los indicios propios,

(1) *Dixitque dominus ad Moysen et Aaron: Cum dixerit vobis Pharaon ostendite signa, dices ad Aaron: tolle virgam tuam et projice eam coram Pharaone, ac vertetur in colubrum. Ingressi itaque Moyses et Aaron ad Pharaonem, fecerunt sicut praeceperat Dominus; tulitque Aaron virgam coram Pharaone et servis ejus, quae versa est in colubrum. Vocavit autem Pharaon sapientes et maleficos, et fecerunt etiam ipsi per incantationes aegyptiacas et arcana quaedam similiter; projeceruntque singuli virgas suas, quae versae sunt in dracones. EXOD. VII, 8, 12.*

que no son para indicados en este lugar, los que proceden directamente de Dios, de los producidos por ministerio y obra del demonio. Solo á estos reconoce por hijos suyos necesarios la mágia, que sin embargo no puede despojarse de los títulos que tiene á su origen.

Finalmente, para distinguir la mágia de cualquiera otra operacion diabólica sobre la tierra, llámase facultad del hombre, y se dice estar vinculada en la obra por ciertos signos, ó establecidos por el demonio ó concertados con él. Todas las operaciones mágicas se fundan como en su base, en un pacto entre el hombre y el demonio; de manera que nunca se efectúe la facultad que el mago adquiere, si no es en virtud de este contrato por el cual se pide el ministerio del diablo, mediante signos que él establece ó que con él se pactan. Tal vez alguno se sentirá tentado de risa al oír esta aseveracion nuestra pues le ha de parecer imposible la existencia de un pacto entre el hombre y el demonio. Ese tal, en vez de burlarse de esto, registre mas bien el Evangelio de S. Mateo, capítulo IV, y leerá el pacto que el demonio propuso á Jesus nuestro Redentor: *Te daré todo lo que ves, si te prosternas para adorarme* (1). Si el demonio propuso al Hombre-Dios este contrato ¿por qué no ha de poder proponer á un simple mortal un pacto, v. g. como este: *haré esto así y así, si me adoras, si reniegas de la fé, si cesas de invocar el nombre de Maria, ó cualquiera otra cosa por el estilo?* No carece el diablo del poder de hablar con los hombres, ni del de obrar sobre la materia: y si tiene estas dos facultades, no

(1) *El dixit ei: Haec omnia tibi dabo si cadens adoraveris me.* MATTH. IV. 9.

se le puede negar también la de prometer, bajo ciertas condiciones, sus favores. Y que de hecho interviene en la magia semejante pacto, pruébase con todas las autoridades más irrecusables de la Escritura, de los santos Padres, de los teólogos, de los juristas, y de los historiadores; las cuales sería superfluo é inútil repetir aquí particularmente, pudiendo leerse en todos los autores que han tratado de este asunto (1).

El pacto que los mágicos contraen con el demonio, suele ser, ora expreso, ora tácito. La historia eclesiástica y el fuero criminal, nos ofrecen varias formas de pacto expreso; ya con cierta solemnidad y ante testigos, ya en secreto y á solas; ya por vía de juramento y de promesa oral, ya por vía de papeles variamente escritos; ya hecho personalmente, ya por apoderado; y así de muchas otras maneras que no es de este sitio notar. Pero el pacto expreso se celebra mucho menos frecuentemente que el tácito. Este es de dos maneras, muy diferentes entre sí en cuanto á su malicia, pero nada ó casi nada en sus efectos. El primero consiste en valerse á sabiendas y voluntariamente de aquellos signos supersticiosos, de que se valen los mágicos propiamente dichos, y que se aprendieron, ó de los libros de ellos ó de su enseñanza y ejemplos. El segundo redúcese á usar de dichos, ignorando completamente que son supersticiosos y sugeridos por el demonio á aquel á quien se ligó con promesa. Y no vale decir que el demonio no reconocerá el mandato que le hace aquel que no compró su obediencia con un pacto personal y expreso; porque el fin del infierno al contraer este vínculo es el de llevar á la perdi-

(2) Véase especialmente el famoso *DEL RIO Disquisitionum magicarum*, lib. II. quaest. IV et seqq.

cion no á aquel hombre, sino al hombre; y así el valerse á sabiendas de los signos dados á un cualquiera por el demonio, es consentir implícitamente en las obligaciones que aquel adquirió para obtener tal servicio. Ni importa nada que en la segunda manera de pacto tácito falte el conocimiento y la voluntad de todo consorcio ó relación con el demonio: porque si entonces, á causa de la completa buena fé del que obra, éste se halla libre de culpa, no está libre del peligro de caer en ella mas adelante, por un desenfrenado sentimiento de curiosidad, ó por amor de alguna ventaja material. Esta ganancia esperada basta al demonio para obedecer al signo que le da, aun el que no podia conocerle por tal.

En el pacto no se establece únicamente la reciproca obligacion que el demonio adquiere con respecto al hombre, y el hombre con respecto al demonio: pero se determinan tambien los signos con los cuales el hombre deberá solicitar la ayuda del diablo cuantas veces que quiera. Los cuales signos se establecen de dos maneras: esto es, ó son sugeridos ó bien impuestos por el demonio, ó son indicados por el hombre y aceptados por el diablo. Esta circunstancia importa poco en verdad para la esencia de la magia: mas no es de pequeño valor en cuanto al discernimiento de los casos particulares. Muchas veces ha sucedido que personas todavia piadosas y completamente ignorantes de todo, vieran acudir al demonio diciéndose llamado por ellas para ayudarlas. El caso era de signos prefijados y por decirlo así, ordenados por el demonio, á los cuales habia prometido acudir con su auxilio, usáralos quien quiera que fuese.

Resumiendo, pues, lo que hasta ahora hemos dicho respecto á la verdadera naturaleza de la

mágia, sacamos en conclusion que pide tres condiciones; 1.^a que sus operaciones sean maravillosas é insólitas, pero no sobrenaturales y milagrosas; 2.^a que estas operaciones no puedan por medio de indicios ciertos, atribuirse á otro agente que al demonio; 3.^a que no se efectuen sino despues de un pacto expreso ó tácito, reciente ó antiguo, establecido entre el diablo y el mago.

LIX.

Efectos propios de la mágia.

Aquí no tratamos de indagar la naturaleza genérica de estos efectos, sino la extension externa que han acostumbrado y acostumbran tomar. De la primera hemos dicho antes lo poco que era necesario para nuestra argumentacion: respecto á la segunda debemos ocuparnos para utilidad de este nuestro tratado.

¿Hasta dónde puede estenderse la accion del diablo sobre nuestro mundo? Quien quisiera responder á esto con una sola palabra, deberia decir que aquella accion se reduce toda y unicamente al *movimiento local*. Y á la verdad todo el poder que tiene el demonio no es mas que el de hacer mover los cuerpos á su antojo: cuando, pues, un efecto no puede reducirse, por lo menos radicalmente, á un simple movimiento de cuerpos, lleva consigo un carácter manifiesto de mas noble causalidad. Ni se crea por esto que el terreno de la operacion diabólica quede muy restringido. Sigue siendo vastísimo para el que considere las tres grandes especies que abraza aquel único género de operacion, á saber, la traslocacion simple de los cuerpos, la aplicacion de los agentes á su sugeto, y la ilusion de los sentidos del hombre. En esto están conformes los teólo-

gos, siguiendo todos lo que enseñó San Agustín (1). Daremos una breve esplicacion para cada una de estas tres especies de movimientos.

Traslacion. Los cuerpos obedecen á los demonios de tal manera, que no hay mole que por su grandor, ni volúmen que por lo vasto puedan resistirse á su impulso. El único limite que halla su fuerza motriz es el órden del universo, que no les es dado perturbar de un modo general; y este limite no nace de debilidad propia en ellos, sino de la voluntad del Criador, la cual, conforme escribia Firmiliano á San Cipriano, no les consiente deshacer su benéfica economia, sino que solo les permite una pasajera y parcial turbacion, á fin de que aquella luzca mas espléndidamente. Esta fuerza de mover los cuerpos es tan intensa que puede imprimirles una celeridad casi instantánea; de manera que la desaparicion de un cuerpo y la aparicion de otro se suceden sin intervalo sensible de tiempo, como acaeciò con el cambio de las varas egipcias en serpiente en manos de los magos faraónicos. Todo el que, por poco que sea, se ponga en su imaginacion á figurarse las varias combinaciones de efectos y los casos varios, verá de cuantos admirables prestigios sea capaz esta sola facultad de traslacion.

Aplicacion de los agentes á su sugelo. Pero mucho mas es lo que se deriva de esta segunda facultad. El demonio, cuya inteligencia primitiva no quedó aminorada por el castigo sufrido y que por la experiencia de tan largos siglos se perfeccionó mas bien en los hechos particulares, el demonio conoce plenamente la virtud propia de

(1) S. AUGUSTINI, lib. *De Divinatione Daemonum*. c. 3. et 5; et lib. III *De Trinitate*, c. 7, 8, 9.

toda sustancia creada, las leyes que Dios prescribió á cada una de las fuerzas naturales, las condiciones mas propias para que el efecto se produzca, las disposiciones mas útiles de las materias, el tiempo mas oportuno para actuar. Cuando, pues, quiera producir un efecto dado, le bastará poner en contacto en las mejores condiciones posibles, una dada sustancia activa con su propio sugeto: y esta simple aplicacion, para la cual basta el poder que tiene de mover los cuerpos, será mas que suficiente para hacerle lograr todo lo que intente. El efecto que consigue es meramente natural: porque se deriva de las solas fuerzas de la naturaleza. Mas debe llamarse y es diabólico, porque aquellas fuerzas son aplicadas para la accion actual por el demonio. Por consiguiente, con respecto al hombre es insólito, es maravilloso, puede hasta revestir la apariencia de prodigio. Con lo cual puede decirse que la naturaleza entera es campo de la operacion demoniaca, y que no hay efecto parcial que no pueda producir á su beneplácito.

Ilusion. Cuando ni la traslocacion, ni la dicha aplicacion son suficientes, entonces suelen los demonios recurrir á la ilusion, y con mentirosas apariencias engañan los sentidos del hombre, de modo que aparecen como hechos verdaderos los que no son tales. Forja el demonio semejante engaño por medio de movimiento, esto es, mudando con la transferencia una de las tres cosas necesarias, á toda sensacion, á saber; el órgano sensitivo, el objeto sentido, y el medio que pone en comunicacion á este con aquél. No es difícil á cualquier lector comprender cuantas vias se abren facilmente, por medio de estas tres mutaciones, á la decepcion y al error de los sentidos, y por consiguiente creemos supér-

fluo detenernos á señalarlas siquiera.

Será acaso mas útil para el objeto que nos proponemos en este estudio, ver como el inferno se ha prevalido de hecho, y hasta que punto, de este poder suyo. Y es esta tan vária materia, que solo para tocarla de paso se necesitarian volúmenes enteros. Abraza la historia de todos los siglos y de todas las naciones de la tierra: dado que no conocemos tiempo ni pueblo que no haya sido infestado de mágia, ni forma que esta no haya revestido. Con todo, y á fin de dar una simple idea de ello á nuestros lectores nos contentaremos con enumerar aquí casi solo los nombres de las grandes clases de mágia que desde lo antiguo se distinguian en las escuelas y en el foro. No se han formado *á priori*: que entonces estarian mas ordenadas y completas. Los nombres vinieron á consecuencia de los hechos; y se introdujeron poco á poco en el lenguaje, segun que ciertos efectos nuevos ó nuevamente considerados requerian una nueva clasificacion. Ni es nuestra intencion decirlos todos: citaremos tan solo algunos mas universalmente admitidos.

Como sea que puede tenerse consorcio con el demonio para dos grandes fines, esto es, para conocer las cosas ocultas, ó para obrar cosas extraordinarias, asi la mágia se divide en dos grandes géneros, el primero de los cuales se nombra *Adivinacion* y el segundo *Hechizo*.

La *adivinacion* comprende tantas especies particulares, cuantos son los medios de que el hombre se vale supersticiosamente para llegar al descubrimiento de las cosas ocultas.

La primera especie de adivinacion es la llamada *Praestigium*, que es cuando el demonio se vale de ciertas apariciones ficticias de personas ó

cosas para anunciar y manifestar lo que está oculto.

La segunda es la *nigromancia*, la cual consiste en la adivinación hecha por medio de fingidas resurrecciones ó apariciones de muertos que hablan ó hacen señas.

La tercera es *geomancia*, adivinación de cosas ocultas practicada mediante signos impresos en los cuerpos terrestres por el demonio, v. g. en la piedra, en la madera, en el papel, etc.

La cuarta es *hidromancia*, si aquellos signos aparecen en el agua, como son las tempestades, las coloraciones, etc.

La quinta es *aeromancia*, si los signos se ven en el aire, como luces, vientos, etc.

La sexta es *piromancia*, si se manifiestan en el fuego.

Las cinco siguientes piden las respuestas á las señas que aparecen en el cuerpo humano, y cada una toma el nombre de la parte donde las señas se observan; y así se dice *quiromancia* por las manos, *espatulomancia* por las espátulas, *metoposcopia* por la frente, *podomancia* por los pies, y *fisionognomía* por los lineamientos generales de la persona.

La duodécima es la *oniromancia*, porque el demonio manifiesta en el sueño las cosas ocultas que se le preguntan.

La décimatercia es la *astrología judiciaria*, que por la observación supersticiosa de los astros pretende descubrir los futuros acontecimientos que dependen de la libre voluntad de los hombres.

La décimacuarta es la *pitonía*, que tiene lugar cuando el demonio revela las cosas ocultas por medio de personas que invade y que obliga á hablar á pesar suyo.

Las cuatro siguientes comprenden el estudio de los signos diabólicos en ciertas y determinadas ocasiones y en ciertos objetos especiales: así el *augurium* observa las voces y los sonidos de hombres y animales, el *auspicium* observa el vuelo de las aves, el *omen* observa ciertas palabras proferidas al acaso por las personas en una determinada circunstancia, el *aruspicium* indaga en las entrañas de los animales sacrificados á los falsos dioses los signos presentados por los demonios.

La décimanona, muy frecuente entre los paganos, es el *oraculum*, ó sea la respuesta que da el ídolo venerado á las preguntas de sus adoradores.

La vigésima, que por si sola constituye una clase muy numerosa, la cual es supérfluo especificar aquí, se llama *sortilegium*, que es una adivinación diabólica lograda con echar suertes en las cuales se espera que el demonio descubra las cosas secretas y ocultas.

Si de la *adivinación* pasamos á los *encantamientos ó hechizos* se nos ofrece una variedad tan extraordinaria de efectos, diversos los unos de los otros, que resulta imposible ni siquiera señalar sus nombres. Deberemos contentarnos, siguiendo las huellas de los monumentos históricos, que con tanto esmero han buscado los eminentes teólogos que se han aplicado á esclarecer este punto, con indicar algunos de los principales extremos de ciertas operaciones verificadas en tiempos pasados, desde la mas remota antigüedad. Perdónesenos que, haciéndolo, mantengamos una nomenclatura anticuada, á fin de guardar todas las señales de aquellos tiempos en que escribieron los autores á quienes para este objeto hemos consultado.

I. Los hechiceros ó magos tienen en primer lugar el poder de intervertir ó mudar por breve espacio de tiempo y parcialmente las leyes más generales de la naturaleza física: tal fué, por ejemplo, el vuelo de Simon Mago. II. Pueden suspender parcialmente, en un lugar dado y por tiempo dado también, los efectos propios de los astros, como causar tinieblas en pleno día, ó hacer brillar la viva luz del sol en alta noche. III. Impiden al fuego que queme, ó al agua que moje, ó á las otras sustancias que produzcan sus efectos ordinarios. IV. Tienen la facultad de excitar tempestades en el aire, hacer que granice, que soplen los vientos, que caigan centellas, y así de los demás fenómenos atmosféricos. V. Pueden destruir plantíos de árboles, mieses, ganados, edificios: y en esta facultad de destrucción salen notables sobre todo encarecimiento. VI. Pueden además hacer que se levanten edificios en un abrir y cerrar de ojos, y poblar de reses las desiertas campiñas, y reunir en un punto dado de árboles y plantas. VII. En el organismo animal, sea de los hombres sea de los brutos, pueden engendrar todas aquellas modificaciones, sinistras ó benignas, que no sobrepujan á la virtud material de los agentes creados, de los cuales solo les es permitido valerse. VIII. Pueden transportar, aun los más pesados cuerpos de un lugar á otro y con tal rapidez que no se advierta la sucesión del tiempo. IX. Pueden producir sonidos, sonambulismos, falsos éxtasis, visiones, etc. X. Pueden producir en la fantasía, en las pasiones, en los sentidos del hombre, todas las impresiones que estas facultades suelen recibir de los objetos externos. Y para concluir esta enumeración, que lo es más de dilatadísimos géneros, que de especies determinadas de

efectos, diremos en una palabra, que no se escapa al poder del demonio nada de todo lo que las fuerzas puestas por Dios en los agentes naturales pueden obrar: ni aquel poder conoce mas freno que la sola voluntad divina, la cual encadena la mala que tiene el infierno contra el género humano. Seria, pues, mas fácil indagar aquello que la mágia no puede, que exponer lo que puede.

LX.

Caracteres propios de la mágia.

Los efectos de la mágia resultan siempre conformes con cualquier otro efecto procedente de otras causas; porque ora se asemejan á los verdaderos milagros, ora á los fenómenos naturales, ora á los artificios del ingenio humano. Esto se desprende evidentemente de lo que hemos dicho antes. Parécense á los milagros los que por la instantaneidad del tiempo y la extravagancia del modo, superan aparentemente á las fuerzas naturales. Parécense á los fenómenos naturales, los que á primera vista nada presentan de insólito ó extraordinario, y solo son mágicos en cuanto la actividad de las segundas causas se aplicó al acto por impulso diabólico. Parécense á los artificios del ingenio humano todas aquellas ilusiones que pueden igualmente producirse por estos. ¿Cómo haremos, pues, para distinguir los efectos de la mágia de los de las otras causas mencionadas?

La regla que comunmente señalan los teólogos es esta (1). Donde en los hechos extraordinarios no se advierte ni la gracia del milagro, ni la fuerza de la naturaleza, ni la sutileza del arti-

(1) CAIET. *in Summ. verbo Incautatio*. VICTORIA *de Magia* núm. 16. VALENTIA. Diss. VI, quaest. V. SUAREZ lib. II, *de Superstitione*.

ficio, allí debe admitirse la eficacia de la magia. La cual regla en su mas reducida brevedad comprende un concepto bastante justo y prudente. El concepto es que en esta indagacion se debe proceder mas bien por via de exclusion que por la induccion: siendo la primera mas segura y cauta que la segunda. Mas en el desarrollo teórico de aquella regla y en la aplicacion práctica se manifiestan circunstancias que acompañan, ya juntas, ya separadas, á las operaciones mágicas, y pueden por consiguiente considerarse cual caracteres suyos propios. Pondremos aquí en breve cuadro las principales, entre ellas, como altamente necesarias á nuestra argumentacion.

El primer carácter nace de las calidades morales de la persona que obra. En la duda de que un hecho pueda ser prodigio ó prestigio, la indagacion sobre la vida del que le ha producido basta para determinar con seguridad su buena ó su mala naturaleza. Dios no honra con el concurso extraordinario de la gracia, ordinariamente hablando, sino únicamente á la santidad. Si falta esta, si en su lugar reina el vicio, hay suficiente fundamento para juzgar que el hecho pertenece á la accion del demonio y que es mágico.

El segundo carácter está en consonancia con el primero, y debe considerarse juntamente con él. El milagro no interviene en el orden físico sino para la mayor glorificacion de Dios en el orden moral. Si, por lo tanto, de un efecto extraordinario, que á primera vista pudiera ser milagroso, no resulta ni la confirmacion de una verdad, ni el estímulo ó el premio de una virtud; si, tomándolo por lo menos malo, no es mas que un simple pasto de vana curiosidad; y mucho mas, si de él se ocasiona algun detrimento, aun cuando pasajero, á la verdad ó á la santidad;

esto solo basta para relegarle á la clase de los prestigios diabólicos. El árbol se conoce por el fruto: y el espíritu de luz y de candor no puede ser autor ni ocasion de tinieblas y de impureza.

Por la misma razon deben excluirse de los milagros é incluirse entre los prestigios mágicos todas aquellas operaciones en que interviene, como quiera que sea, algun vicio moral: tales serian la ligereza, la mentira, la seduccion, el interés, el fraude, la desobediencia, y lo mismo las demas circunstancias inmorales de que su produccion aparezca acompañada. Esto constituye el tercer carácter de los efectos mágicos, es á saber, la perversidad de las circunstancias que acompañan su acto.

La perversidad de los efectos que de ellas se sigan, constituye el cuarto carácter de las operaciones diabólicas de la magia. Aquí no hablamos de perversidad moral sino de la sola perversidad material; hablamos propiamente de perjuicio físico que pueda derivarse de aquellos actos. De ciertas operaciones extraordinarias resultan muchas veces en las personas agentes y tambien en las pacientes enfermedades mentales ó corporales; que en muchos casos han llegado á la total demencia ó á la muerte. Dios, conservador benéfico de la naturaleza, no recurre á los prodigios para causar el mal físico de sus criaturas, sino solo en aquellos casos en que impone para bien moral de todo el género humano, un solemne castigo al individuo; y en tal caso las señales de su intervencion prodigiosa son siempre por estremo manifiestas.

El quinto carácter respecta á los medios empleados por los mágicos para conseguir su intento. Suelen de ordinario esos medios no estar en proporcion con los efectos que deben producir:

son gestos y actos, ya ridículos, ya vanos; son palabras ó incoherentes ó impotentes; son mandamientos llenos de pretension y de orgullo; son misturas nécias de sustancias incongruentes amalgamadas; son observancias supersticiosas impuestas á capricho; son amenazas diabólicamente blasfemas, ó conminaciones é invocaciones pueriles; ó son otras cosas fútiles de parecida especie, las cuales es inútil enumerar aquí. La sola cosa que falta siempre á los prestigios de los encantamientos infernales y que nunca falta cuando se trata de verdaderos milagros, es la fé viva en Dios Todopoderoso, la humilde invocacion de su nombre, la confesion de la propia indignidad.

Sesto carácter, es la inestabilidad de los efectos que produce la mágia, sino siempre, cierto no muy rara vez. Si se trata de operaciones propias de las facultades intelectuales ó sensitivas del hombre, muy á menudo se da con una falta total de memoria, despues que la escena ha pasado: porque todo pasó fuera del alma y sin su cooperacion. Si se trata de operaciones externas respecto al hombre, muy por lo comun el efecto es pasajero, y ofrece todas las calidades de una ilusion momentánea ó de un engaño sutilmente fraguado.

Puede señalarse, como sétimo carácter, la necesidad que los magos aseguran haber de la intervencion personal, á fin de conseguir aquel efecto, y el subido precio, ya de dineros, ya de alma, ya de honor, á que venden esa intervencion.

Detras de esta pretendida necesidad va otra circunstancia, que constituye, aun mas que todas las anteriores, un carácter propio de la mágia. Suelen los magos decantar la asistencia re-

gular de sus espíritus, de modo que pretenden que, dados ciertos pasos, hechos ciertos actos, pronunciadas ciertas órdenes, debe sin falta alguna acudir el espíritu á darles ayuda en su obra. Antes bien hasta se jactan á veces de que le fuerzan y le obligan á su pesar, y pretenden ligarle indisolublemente ó á tal persona que les agrade ó á tal cosa que les plazca. Todo el mundo vé que esto es enteramente lo contrario de aquel orden sobrenatural, que precisamente se llama de gracia, por ser del todo gratuitamente concedido á los hombres: todo el mundo sabe que en los anales de la Iglesia jamás se ha leído en los milagros, obrados por Dios en sus Santos, nada que pueda referirse á esta incóngrua dependencia.

Bastan para nuestro objeto los caracteres hasta aquí enumerados. Quien quisiera hallar en ellos una idea comun á todos pudiera quizá notarla en este cánón: las circunstancias antecedentes, concomitantes y consiguientes de los efectos mágicos revisten el carácter propio de su causa productora, esto es, el ódio de la verdad y del bien, así de orden sobrenatural como de orden natural. Ni podia ser de otra suerte: porque si el demonio doblega su desmedido orgullo hasta hacerse siervo, ó mas bien instrumento del hombre, no lo hace sino por satisfacer un ódio, aun mas desmedido, que le devora; el ódio hácia Dios, criador y redentor del género humano, y hácia el hombre, su criatura y redencion.

LXI.

El espiritismo tiene identidad de naturaleza, de efectos y de caracteres con la mágia.

Ahora que hemos indicado la naturaleza, los efectos y el caracter propio de la mágia, es muy facil la disquisicion que nos hemos propuesto, á saber: si el espiritismo moderno debe reputarse como pertenencia suya, prescindiendo de cualquiera otro argumento. Para sacar una conclusion de este punto es necesario examinar si la naturaleza, los efectos y los caracteres del espiritismo son los mismos que los que hemos citado de la mágia. Si resulta cierto, ya no hay lugar á dudas. Y decimos que no solo resulta cierto, pero que resulta con una evidencia y plenitud tales, que no dudamos en asegurar que mágia y espiritismo son para nosotros dos palabras del todo sinónimas y que significan una misma cosa. Ni debemos cansarnos mucho en demostrarlo: porque estamos ciertos de que cuantos han tenido la paciencia de leer entero todo el tratado que hemos escrito sobre ello, han debido pronunciar para si el mismo juicio que nosotros. Nos bastará, pues, resumir en pocas palabras las principales nociones antes dadas, que se refieren á esto, á fin de arrojar toda la luz necesaria sobre esta confrontacion tan decisiva.

Hemos visto que para constituir la mágia se

necesitan absolutamente tres condiciones: lo maravilloso y extraordinario de los efectos: el ministerio diabólico: y el pacto, cuando menos tácito con el demonio. Del ministerio diabólico no tenemos para que tratar ahora, porque esta es precisamente la hilación última de toda nuestra comparación. Omitida, pues, esta, ¿cuál de las otras dos condiciones falta al espiritismo? Ciertamente ninguna. No falta la primera: por cuanto son esos mismos efectos extraordinarios que él se atribuye, y con razón, la causa única de tanto como ahora se agita esta cuestión, de tantos periódicos como acerca de ella se publican, de tantas academias como para ella se han instituido, de tantas experiencias como se practican, de tantos impostores que intentan falsificarle. No falta la segunda: porque dejando de investigar si hay ó no pacto expreso con el demonio en este ó en aquel caso, lo cual no es absolutamente necesario para la magia, lo cierto es que los efectos espiritísticos se multiplican cada día, poniendo en práctica aquellos mismos signos y aquellos medios que los espiritistas ó mesmeristas han enseñado y divulgado hasta aquí, como necesarios del todo ó por lo menos convenientes para producirlos: lo cual hemos visto que constituye el pacto tácito con el demonio.

De la naturaleza del espiritismo pasemos á considerar sus efectos. Pocas palabras bastarán para hacer conocer como entre los de la magia y los del espiritismo, no solo hay semejanza, sino identidad. Al recorrer los tratados de magia, escritos algun siglo antes de las experiencias de Mesmer, nos parecia que leíamos precisamente los libros de los modernos magnetizadores: tan semejantes eran los hechos expuestos por unos y por otros. En todo el curso de este tratado he-

mos ido exponiéndolos, ya describiendo, ya clasificando: aquí nos fuera suficiente remitir al lector á aquellos pasajes, para que vea en ellos atribuida á la virtud del espiritismo, la misma eficacia que á la mágia se atribuye. Pero, no obstante, queremos reproducir un trozo escrito por el Sr. Dupotet, uno de los grandes corifeos del mesmerismo; pues, al darnos epilogado todo lo que pudiéramos decir aquí, contiene muy oportunas y útiles confesiones. Véase lo que dice en su *tratado del magnetismo*: «¿Qué me importa que un nigromante indio ó egipcio tenga el poder de evocar las sombras, de fascinar á toda una reunion, de curar ó engendrar tal ó cual enfermedad....? ¿No tengo acaso tambien yo poder para evocar por medio del sonambulismo á esos muertos? ¿No tengo acaso tambien yo poder para curar con simples pases magnéticos las enfermedades; no tenga tambien yo mil y un medios para producir efectos benéficos ó maléficos....? ¿Puédese suspender en alto los cuerpos materiales por medio de la accion del magnetismo humano? Sí.—¿Pueden algunos sugetos tomar en el estado magnético posturas gimnásticas ó hacer movimientos imposibles á las leyes de la anatomia? Sí.—¿Pueden ver con ojos cerrados y á distancias inconmensurables y escuchar lo que allí se diga? Sí.—¿Puede el *lúcida* hablar lenguas que nunca aprendió y enseñar ciencias que jamás estudió? Sí.—¿Puede volverse intangible para cualquier perjuicio de fuego ó veneno? Sí.—¿Puede ponerse en comunicacion con los muertos, proponerles sus dudas y escuchar sus respuestas? Sí.—¿Puede pegar golpes á distancias inmensas? Sí.—¿Puede el hombre mesmerizado arrojar piedras en lugares remotísimos, y hechizar del modo que refieren todos los libros

de mágia, tierras, jardines, ganados y hombres? Sí.—¿Puede hacerse de modo que una multitud reunida toque y coma objetos reales en apariencia, pero iluriosos en realidad? Sí.—¿Puede el hombre por medio del magnetismo tener duendes á sus órdenes y obtener servicios de ellos? Sí.—¿Puede el hombre engendrar lluvias, vientos, granizo, y hacerlos cesar á su albedrío? Sí.»

De la mucho mas larga y mas desarrollada enumeracion que hace Du Potet de todas las facultades magnéticas, nos hemos contentado, en gracia de la brevedad, con sacar esta selecta muestra. Compárese no obstante con lo que hemos dicho del poder de la mágia y se verá como una cosa se parece á la otra, de tal modo, que Du Potet hubiera muy bien podido atribuirse esta parte de los que antiguamente trataron de mágia, como estas pudieran trocarse con Du Potet sin ningun perjuicio.

Para terminar nuestro argumento no nos queda mas sino examinar si los caracteres propios de los efectos mágicos se hallan ser iguales á los caracteres propios de los efectos espiritisticos. Afortunadamente hemos puesto muy en claro este exámen en algunos de los párrafos anteriores; por donde nos bastará simplemente exponer aquí los puntos de identidad que hay entre estos y aquellos. En el espiritismo, la moralidad de los *medium* ofrece tantas sospechas como la de los encantadores en la mágia. En el espiritismo los efectos contra las verdades reveladas y la inocencia de las costumbres son tan perniciosos como en la mágia. En el espiritismo las circunstancias concomitantes de las operaciones de los *medium* son á menudo moralmente tan malas como son malas en la mágia. En el espiritismo los perjuicios materiales que alcanzan á los

que á él se sujetan son tan frecuentes y tan graves como en la mágia. En el espiritismo los medios empleados tienen tan poca conexión con el fin que se desea, como la tienen poca en la mágia. En el espiritismo los efectos son tan fugaces y muchas veces tan ilusorios como los efectos de la mágia. En el espiritismo los *medium* ensalzan sus obras y su poder como los ensalzan los brujos en la mágia. En el espiritismo se pretende dominar á voluntad al agente misterioso que debe obrar, como en la mágia. Y para comprenderlo todo en la idea única que se reviste de todos estos caracteres, en el espiritismo se halla la misma ausencia del verdadero bien, la misma huella del mal, á veces en el orden físico y siempre en el moral, que se halla en los efectos mágicos. Tienen, pues, en las circunstancias indispensables en que se producen tal uniformidad de carácter que por esta parte los unos no pueden distinguirse de los otros. ¿Cómo se podrá, pues, negar su igualdad de origen?

Esta conclusión traída por necesidad de lógica, no es nueva en el campo de los espiritistas mas sinceros: ahora ya la profesa en público una gran parte de ellos. Pero tampoco es de hoy ni de ayer: es antigua, y hasta desde los primeros principios del mesmerismo fué propuesta con una ingenuidad capaz de dejar á cualquiera atónito. He aquí efectivamente lo que desde entonces profesaba creer y enseñar á todos el Sr. Du Potet, uno de los jefes de la secta espiritística, cuya palabra tiene gran autoridad. Dice así: «El magnetismo es la mágia. ¿No nos conserva acaso la historia el triste ejemplo de lo que sucedió á las generaciones pasadas á propósito de la mágia y de los hechizos? Los hechos eran demasiado ciertos y daban lugar á terribles abu-

sos y prácticas monstruosas...., Mas ¿cómo he descubierto yo este arte? ¿De dónde le he sacado? ¿Acaso de mis ideas? No: la naturaleza misma es quien me le ha puesto delante. ¿Y cómo? Produciendo á mi vista, sin que yo los buscase en un principio, algunos hechos indudables de encantamiento y de magia.»

«Que si yo no lo advertí desde las primeras magnetizaciones, ha de atribuirse á la venda que yo tenia ante los ojos, como tantos magnetizados la tienen aun. Y en efecto ¿qué cosa es este sueño del sonámbulo? Un efecto del poder mágico. ¿Qué cosa es la magnetizacion á distancia, con solo el pensamiento, y sin ninguna relacion, si no la accion que un dia ejercieron pastores y hechiceros? Porque, sabedlo, los efectos se producen asi sobre los animales como sobre el hombre. Y ¿quién determina esas atracciones, esas inclinaciones repentinas, esas crisis, esas convulsiones, que pueden hacerse duraderas y peligrosas, si no es aquel mismo principio empleado en lo antiguo, aquel mismo agente tan conocido por los hombres en lo pasado.....? Todos los principales caracteres de la magia estan pues escritos en los fenómenos que al presente se producen; lo que vosotros llamais fluidos nerviosos, magnetismo, éxtasis, fué llamado tambien por los antiguos, potencia oculta del alma, sujecion, hechizo.» Nada puede decirse con mas claridad y dificilmente podrá hallarse confesion mas patente que esta. La cual tiene tanto valor, cuanto que el Sr. Du Potet, no se contenta con la simple asercion, sino que en muchos lugares de su libro pone manifestaciones paralelas entre los fenómenos producidos por el magnetismo y los antiguos hechizos de la magia. Ni es el solo entre los magnetizadores que lo confiesa. El

Sr. Cahaguet en nada cede al Sr. Du Potet por lo que hace á claridad de lenguaje; tambien él saca en sustancia que ahora se llama *fluido nervioso* lo que entonces se llamaba *demonio*; sino que el demonio de entouces era el fluido nervioso de hoy, y el fluido de hoy es el demonio de entouces.

Bastan estos dos testimonios á los lectores desapasionados, para que á la luz de tan poderosas razones, inclinen la inteligencia á advertir en los efectos del espiritismo la obra del diablo, como la notaban dos de los mas validos campeones de este arte, de cuya boca solo la evidencia del hecho y el desden á los ajenos sofismas, podian arrancar una confesion que tan poco cuadra con su estimacion de filósofos despreocupados.

LXII.

El agente de todos los fenómenos del espiritismo moderno es uno solo.

Hemos llegado ya á aquel punto de nuestro tratado en que, epilogando todo lo que hemos dicho antes, podemos dar á nuestros lectores una demostracion tan directa como clara y evidente de que el espiritismo del mundo moderno no es otra cosa que la mágia del mundo antiguo. Las pruebas que de ello hemos dado nos parecen inconcusas: pero la reunion de todas ellas en una sola proporciona á nuestra conclusion una fuerza tan invencible, que no padecemos ilusion si decimos que la tésis resulta aclarada como un hecho de absoluta certidumbre. A fin de proceder con orden desarrollaremos este último argumento en cinco proposiciones distintas, las cuales se suceden una á otra para llevarnos á inferir lo último y decisivo.

Primera proposicion. *El agente de todos los fenómenos del espiritismo moderno es uno solo.*

Esta proposicion no es por cierto nueva para nuestros lectores. La hemos deducido por via de análisis desde el principio de este tratado (1). Mas será útil por extremo confirmarla en este lugar, en donde ha de aparecer, de que consecuencias es lógicamente capaz.

(1) V. § XXIX.

Los fenómenos del espiritismo son por su número y variedad tales y tantos, que para clasificarlos hay que recurrir á las mismas denominaciones que se emplean para clasificar los efectos naturales. De aquí aquellos cuatro géneros que en otra parte distinguimos, de hechos mecánicos, físicos, fisiológicos y psicológicos; y en cada género, aquellas variadas y múltiples divisiones, que no es de este sitio recordar nuevamente. Vense algunas veces casi todos estos fenómenos reunidos en el mismo acontecimiento; pero en la gran generalidad de los casos se juntan tan variadamente entre sí, que nunca nos fué dado encontrar grupos del todo idénticos entre los mil y mil mencionados por tantos testigos y escritores. Este es el hecho que todos admiten, y que nadie puede poner en duda. ¿Y cuales son las hipótesis que prudentemente es posible establecer para explicar este hecho? O estamos ciegos ó no hay mas que una sola, y es esta. Cada cual de los efectos específicamente diverso de los otros, tiene su agente próximo é inmediato específicamente diverso: y todos estos agentes próximos é inmediatos están puestos en movimiento, ya al pormenor cada uno, ya diversamente si se amalgaman entre sí, por un agente superior á todos ellos y que los domina con su eficacia. Confiésanlo en primer lugar con palabras esplicitas los mesmeristas principales y hasta lo ponen por base de las teorías que cada cual á su gusto intenta establecer. Lo sugiere en segundo lugar el raciocinio mas sencillo y manifiesto. Si en algunas ocasiones la mayor parte de aquellos fenómenos se produce de una vez, y no al acaso, sino por intencion directa y anteriormente expresada de algun *medium*, y si en otras los fenómenos se agrupan ó separan segun el capricho plenen-

te libre de otro *medium*; es indicio cierto de que aquellos agentes proximos é inmediatos obedecen á un solo agente superior, que sobre ellos tiene verdadero dominio, poder verdadero.

Y si abandonais momentáneamente la hipótesis de un solo agente superior, que directamente impere sobre los infinitos agentes inmediatos, debéis en su lugar admitir una série indefinida de nuevos agentes, desconocidos para la observacion y la ciencia. Hemos dicho que esta serie es indefinida, porque entonces á cada grupo diferente de hechos habrá que señalar causa diferente; y supuesto que las combinaciones de tales hechos son indefinidas, indefinidas habrán de ser tambien las causas que introduzcais. Mas ¿quién moverá á estas causas á obrar con una sola inteligencia, y por medio de un mismo instrumento? Será, pues, necesario siempre otro agente mas universal. Suponer esta série indefinida de causas interpuestas repugna á la razon por dos consideraciones: 1.^a porque seria multiplicar entes sin necesidad y sin indicios de probable existencia: 2.^a porque por no admitir un agente superior con dominio directo sobre los agentes inmediatos, se admitiria un agente superior, el cual tendria muchos otros agentes intermedios sometidos á él y cada uno de ellos todavia mas poderoso y mas activo.

Es, pues, indispensable admitir que todos los fenómenos atribuidos al espiritismo proceden en último resultado de un mismo origen; y que este origen no es otro que un agente único, dotado de tal virtud que pueda extender su eficacia sobre muy distintos agentes inmediatos. Cada uno de estos agentes inmediatos puede ser meramente natural; mas en el efecto que produce, bajo el influjo de un agente que le es superior,

puede ofrecerse á la vista y á la contemplacion de las gentes con caracteres de maravillosa novedad, como aquel que obra en condiciones diversas de las comunes y ordinarias que su naturaleza requiere.

Ni la mente humana puede tropezar con ninguna dificultad en aceptar este agente superior, por cuanto no repugna á nuestra razon la existencia de un ser dotado de tanto poder; á nuestra experiencia es harto notoria la grandísima actividad que el hombre posee; propónese á nuestra fé el creer en la existencia de espíritus poderosísimos sobre todas las fuerzas de la naturaleza corpórea. La continuacion de nuestro discurso nos conducirá al descubrimiento de este único agente: bástenos ahora haber asegurado que debe y que puede existir.

LXIII.

Este único agente debe buscarse fuera de la naturaleza corpórea.

Segunda proposicion. *Este agente no pertenece á la naturaleza corpórea.*

Cuatro son las razones que nos obligan á afirmar esta proposicion; y las cuatro proceden de la atenta consideracion de los hechos que hemos espuesto en las diversas partes de este escrito. La primera razon es que este agente no está sometido á ninguna ley estable y cierta que rija ó el principio de sus operaciones, ó el modo, ó los límites. Si este agente fuera una sustancia meramente corpórea, sólida ó aeriforme, ponderable ó imponderable, tendria aquellas restricciones determinativas de su obrar que corresponden á las restricciones limitativas de su ser; y por consiguiente tendria confines y leyes como los otros cuerpos existentes. En la larga discusion que antes sostuvimos para escluir de las causas de los fenómenos espiritísticos los agentes conocidos de la naturaleza física, hemos visto y tocado palpablemente que las leyes propias de estos agentes son de continuo contradichas por los hechos que se les atribuyen cual propios. Ni calórico, ni electricidad, ni magnetismo, ni fluido nervioso, ni fluido biótico, ni una sustancia cualquiera que haya podido imaginarse *exprofeso* para crear una

hipótesis natural que explique estos fenómenos; nada ha podido satisfacer á una crítica ni demasiado sofística, ni demasiado grave.

La segunda razon demuestra, no solo que esta no es una sustancia meramente corpórea, sino que no puede serlo. Hay una clase entera de hechos que hemos llamado psicológicos, (1) porque se refieren directamente á las facultades del alma humana. Estos hechos, ya sea que se refieran al sonambulismo simple, lúcido ó estático; ya que sean concernientes á las comunicaciones del hombre magnetizado con seres espirituales, por medio de signos, ó de escritura, ó de oído, ó de vision; estos hechos, decimos, presuponen necesaria y absolutamente una causa dotada de inteligencia. Un agente que solo sea material no puede obrar nunca ninguno de esos efectos espirituales.

La tercera razon corrobora esta necesidad absoluta. Los efectos magnéticos, si no dependen de la voluntad y la intencion del magnetizador, hasta el punto de que puedan hacer suponer en él como propia la fuerza de producirlos; no son por otra parte, tan independientes de aquella intencion y voluntad que no tengan con ellas una relacion y un lazo. Si no obedecen siempre, obedecen á veces. El no obedecer siempre demuestra que no son esclavos suyos: el obedecer en alguna ocasion demuestra que entonces entienden y quieren seguir su voluntad. Por tanto, si el agente de aquellos efectos fuese una sustancia material, nunca pudiera obrar conforme á la simple voluntad, á menudo caprichosa y ligera, del magnetizador. Aquel agente se parece á un impertinente pajecillo, que si se halla con bue-

(1) V. § XXV.

na voluntad obedece á los mandamientos de su señora; pero si no quiere, tuerce el hocico y con cuatro saltos se pone fuera de su alcance.

La cuarta razon se deduce, por último, de la índole general de los efectos espiritísticos. Estos acaecen sin ninguna regularidad en la sucesion sin ninguna constancia en la duracion. Llevan sobre sí, para quien los mira bien, el sello del capricho y de lo antojadizo, y muestran en quien produce una plena libertad de accion no refrenada de hecho por ley ni respeto alguno. Parece que están desafiando todo cálculo de la humana prevision; y cual si temieran no ser considerados como bastante libres, hacen ostentacion de mudanzas y variaciones sin motivo, ni objeto. Una sustancia puramente corpórea está atendida por necesidad á obrar siempre de una manera, con un órden, con entera uniformidad. Efectos caprichosamente libres han de proceder de causa dotada de libertad: y no pueden tener su origen en sustancia corpórea.

De estas cuatro razones, deducidas de los hechos, se saca por legítima consecuencia que ese único agente, de quien vamos aqui en pos, no puede hallarse dentro del círculo de las sustancias corpóreas. Por lo mismo, debe ser, ó meramente espiritual ó de naturaleza compuesta de espíritu y cuerpo. Mas otros hechos excluyen esta última hipótesis, segun facilmente verá quien nos siga en las pruebas de la tercera proposicion.

LXIV.

Este único agente ha de buscarse fuera del hombre.

Tercera proposición. *El único agente del espiritismo debe buscarse fuera del hombre.*

No existe en la naturaleza otra sustancia dotada á un tiempo de espíritu y cuerpo que la del hombre. Pero el único agente de los fenómenos espiritísticos está ciertamente fuera del hombre; por donde no puede creerse que este agente sea una sustancia mista. Una série de hechos indudables nos obliga á colocar fuera del hombre este agente único; porque esos hechos nos prueban que el origen primero de aquellos fenómenos, es extraño al *medium*, es extraño al paciente, y lo es á todo poder humano. Veámoslo por partes respecto á cada uno de estos tres puntos.

Decimos, lo primero, que este agente es extraño al *medium* ó llámese magnetizador. Para probarlo nos servirán de guia los hechos ampliamente acumulados en los párrafos que han precedido. Los efectos que se producen por influjo del *medium* tienen cuatro caracteres que manifiestan como no dependen de él inmediatamente. En primer lugar, son muchas veces *superiores* y muchas mas *inferiores* á los que quisieron ó

previeron los *medium*, de modo que estos ó se ven embarazados con una actividad que no querian poner en juego, ó impotentes para producir todos los efectos que prometian. En segundo lugar, esos efectos son á menudo *contrarios* á las intenciones y á la voluntad de los *medium*, de suerte que muchas veces los magnetizadores han sido capaces de conseguir efectos extraordinarios y luego no lo han sido para regularizar á su albedrio esa produccion, y han visto con gran disgusto salir la operacion al revés de lo que intentaban. En tercer lugar, las mas de las veces son *indóciles* ó no produciéndose cuando los *medium* quieren que aparezcan, y ponen en práctica los mismos medios que en otros casos experimentaron ser eficaces; ó no cesando cuando el mas resuelto esfuerzo de los *medium* intenta imponerles un término. En cuarto lugar, por último, son *vagos* en algunos casos, y en especial en los de las magnetizaciones llamadas indirectas, esto es, cuando contra toda la voluntad é intencion del magnetizador se encuentra, sin pensarlo, investido de la fuerza magnética, no el paciente, sobre quien se dirigia, sino alguno de los circunstantes en quien no se pensaba. Una fuerza, pues, que en su nacimiento no depende del *medium*, que en la calidad no depende del *medium*, que en la intensidad no depende del *medium* que en su desaparicion no depende del *medium*; una fuerza que, como dice un gran defensor de esta misma nuestra tesis, «confunde muchas veces y deja frustrados sus esfuerzos, y engaña sus previsiones, sus opiniones y su presuncion;» esta fuerza debe decirse necesariamente que no le pertenece de derecho, que no es propiedad suya, que por consiguiente debe serle extraña. Entre esta fuerza y el *medium* no hay mas relacion que

la que existe entre una causa enteramente libre y dueña de sí, y una ocasion ó un estímulo que puede determinarla á obrar, si quiere.

Decimos, lo segundo, que este agente es extraño al paciente ó magnetizado. Si los hechos nos han dado la razon en el caso anterior, mucho mayor nos la dan en el presente. Es un axioma que admiten unánimes todos los espiritistas, magnetistas ó mesmeristas, como quieran llamarse, que la persona investida de la fuerza magnética la sufre pero no la domina, y de aquí precisamente se deriva el nombre de *paciente* que en todos los sistemas se le ha dado. En el pobre paciente la voluntad y la intencion no tienen, como ya espusimos ampliamente en otro lugar, ninguna parte, esencial ó necesaria. Puede serle indiferente, puede no pensar en ello de ninguna manera, puede antes bien repugnarlo, y sin embargo verse subyugado por este agente. Ni esto basta: en todo el tiempo que dura tan tiránico predominio, el paciente no tiene fuerza ni modo de sustraerse á él, cuanto menos de dirigirle; y por el contrario, carece hasta de la conciencia de lo que sucede á su alrededor ó en su interior; y asi, cuando sale de aquel estado, no puede conservar reminiscencia ninguna de él; sino que, y este es el colmo de la opresion que sufre, su misma libertad se queda atada, de suerte que quiere y no quiere, no *motu proprio*, sino por el ageno albedrio. Estos hechos, demasiado indudables, si demuestran el poder extraordinario de ese agente, demuestran con la misma evidencia que es del todo extraño al paciente, de quien no depende ni en cuanto á empezar, ni en cuanto á cesar, ni por la intensidad de la obra, ni por su extension, ni por su duracion. El paciente, pues, no tiene mas relacion con el agente que la

de ser el sugeto sobre quien aquel ejerce su actividad.

Decimos, lo tercero, que este agente es en un todo extraño al libre arbitrio humano. Si los fenómenos del espiritismo moderno se redujesen todos al círculo de los efectos que artificiosamente engendran unos hombres sobre otros, las dos consideraciones que preceden nos bastarian para la demostracion presente. Mas hay una clase de fenómenos que produce el hombre, pero no sobre el hombre; hay otros que no aparecen engendrados por ningun hombre. A estas dos clases aplicamos la misma consideracion, tomándola de principios mas generales. Fenómenos que á cada instante varian de modo y calidad de ser; que á cada paso engañan la expectativa de los *mediums*; que sin ninguna cooperacion de ellos aparecen y desaparecen; que no secundan el imperio de la voluntad humana, y tienen mil antojos y caprichos: y á su arbitrio obedecen dóciles, reluchan obstinados, y siempre al ocase y sin mas ley estable y determinada; estos fenómenos no pueden proceder del libre arbitrio humano, como de su última causa eficiente. Hay mas. Esos fenómenos se sustraen á toda ciencia humana, porque no se conoce la causa inmediata y próxima que los produce, de lo que son testigos los mil sistemas propuestos para esplicarlos. Se escapan á toda prevision humana, apareciendo en tiempos, en lugares, en sugetos indeterminados, sin constancia, sin ley. Huyen á todo estudio humano, por la variedad siempre mudable y sin fijeza, con que se reproducen en cada caso particular. ¿Cómo, pues, podrán someterse al arbitrio del hombre, cuando ni siquiera se someten á su conocimiento de ningun modo que sirva á guiar ese arbitrio? Son, por lo tanto, efectos de un agente extraño

al hombre, cualquiera que sea, y en cualquier condicion en que se halle.

La causa de los efectos espiritisticos, siendo distinta y extraña al hombre, es, pues, una sustancia espiritual, existente en sí misma, y dotada de aquella eficacia que es necesaria para que se produzcan tantos y tan variados efectos. Acérquémonos todavia mas á examinar cual y cuanta deba ser esta eficacia.

LXV.

Este único agente espiritual es superior á las fuerzas de la naturaleza y del hombre.

Los hechos, y solo los hechos, nos han guiado hasta el punto de haber de reconocer que la causa eficiente de los fenómenos espiritísticos debe colocarse en una sustancia que esté fuera de la naturaleza corpórea y del hombre, y por consiguiente, en una sustancia distinta de ellos, existente en sí misma, dotada de inteligencia, lo cual significa que es una sustancia espiritual. Demos todavía otro paso, y examinemos cual deba ser la actividad propia de este ser espiritual.

Cuarta proposición. *Este único agente espiritual es superior á las fuerzas de la naturaleza corpórea y del hombre.*

Nada hay mas facil de demostrar. La causa eficiente del espiritismo es superior á las fuerzas de la naturaleza corpórea, porque se vale de todas ellas á su arbitrio, y las emplea contra sus leyes propias y particulares. La una y la otra parte de esta asercion no son mas que el resultado de dos séries de hechos que hemos mencionado cien veces y que se enumeran diligente-

mente en todos los tratados de los magnetistas. Que todas las fuerzas de la naturaleza sean puestas en juego por este agente es cosa tan manifiesta, que respecto á ello los magnetistas, con loca jactancia, se han atribuido la omnipotencia, y han querido dar á su arte el mérito de dominar á la naturaleza entera. ¿Y por cuál otro motivo, si no es por éste, han ido desvaneciéndose unas en pos de otras, todas las hipótesis físicas, fisiológicas y psicológicas, ideadas para explicar sin mezcla de fuerzas superiores á la naturaleza corpórea, las maravillas tan varias del espiritismo? Los lectores recordarán que, fuera de las razones que militan singularmente contra cada una de ellas, militaba igualmente una razon contraria á todas: y era esta: que cada hipótesis, si conseguía explicar, no importá si bien ó mal, una série de hechos, no lograba explicar innumerables otros, los cuales eran, sin embargo, tan ciertos como los primeros. Un ser, pues, que puede valerse de todas las fuerzas de la naturaleza, á su eleccion, debe por fuerza tener una actividad superior á todas ellas, dado que todas le están sometidas. Mucho mas si puede valerse de ellas, no sometiéndose á las leyes á que ellas están ordinariamente sometidas. Que asi las emplee aquel agente se halla puesto fuera de duda por una inmensa multitud de hechos que hemos repetido hasta la saciedad. Contra las leyes de la mecánica, un empuje por extremo vigoroso detiene un cuerpo de pequeña mole en vez de agitarle y moverle; y, por el contrario, un esfuerzo el mas robusto, en vez de parar, hace mover violentamente un cuerpo pesadísimo: contra las leyes de la gravedad, los cuerpos pesados suben en vez de desplomarse: contra las leyes del calórico, los cuerpos se hielan en medio de

las llamas, en vez de abrasarse: contra las leyes orgánicas, las sensaciones se invierten, y la rodilla vé, y la mano gusta, y el pié percibe los olores; contra las leyes psicológicas, el alma humana se encuentra instruida de ciencias que jamas estudió, conoce sucesos que nunca supo, entiende idiomas, que nunca aprendió.

Pero este agente natural es ademas superior á las mismas fuerzas del hombre. Véase en efecto como se vuelve el hombre cuando le domina este agente. Sus facultades mas activas yacen inertes y como encadenadas, y no pueden ya producir sus actos propios y conformes á la naturaleza que tienen. Los sentidos exteriores, no perciben ya los objetos presentes y que se les aplican: las facultades internas, la inteligencia, la conciencia, la misma libertad, no obran ya segun la naturaleza que les es propia: parece que la vida intelectual del hombre se haya estinguido. En su lugar hallais operaciones, hallais actos que repugnan á la presente condicion del alma humana, y no obstante se efectuan con toda facilidad. Ver sin ojos, ver á distancias aun cuando sean enormes, penetrar en el pensamiento ajeno, prever cosas futuras, comunicarse con seres ó lejanos ó ya difuntos, conocer nuevas ciencias, entender lenguajes nunca oidos, y tantas otras maravillas de los sonámbulos, de los estáticos, de los espiritísticos, son por cierto indicio de que sobre ellos obra un agente que les es muy superior, y que á su voluntad se hace dueño de todas sus facultades. Finalmente, si todo dominio sobre los efectos del espiritismo se sus trae al arbitrio humano, conforme ya lo hemos visto; si el hombre sometido á esta fuerza, queda tan subyugado, por ella, que no tiene ni conciencia, ni dominio de sí mismo, y se vé nece-

sitado á secundar, aun en su propio daño, sus impulsos: resulta clara la inferioridad del hombre, porque resulta clara su impotencia con respecto á aquella fuerza. Podemos, pues, deducir legítimamente que los fenómenos del espiritismo nos indican que quien los produce últimamente es un agente espiritual, dotado de fuerza superior á la naturaleza corpórea y á la humana.

LXVI.

El único agente de los efectos espiritísticos es un ser espiritual, pero malvado.

Quinta proposición. *El ser espiritual, causa única de todos los fenómenos espiritísticos, es un ser maligno.*

Por los frutos se conoce el árbol: por los efectos la causa. Bastará, pues, indicar los perversos efectos del espiritismo para declarar que su causa es igualmente perversa. Los efectos del espiritismo son perversos así en el orden moral como en el físico: por consiguiente la causa eficiente del espiritismo es también perversa. Hablamos en primer lugar del orden moral, y después del orden físico.

El mal moral del hombre es el que vicia el entendimiento, haciéndole creer lo falso, la voluntad, haciéndole abrazar el pecado. El espiritismo es escuela descarada de falsedad, es continuo estímulo á las malas costumbres. Por consiguiente, el espiritismo es causa de mal moral en el mundo, y por lo mismo procede de una causa maligna.

Los *espíritus parlantes* han tenido en el mundo moderno la ocurrencia de promulgar una doctrina que les es propia, á la cual se adhieren tenazmente todos los que se han dedicado á estas prácticas perniciosas. Hay libros enteros donde

se ha querido recoger estos nuevos oráculos: hay periódicos que los revelan cuotidianamente al mundo. ¿Cuál es la enseñanza que defienden entre los cristianos? La respuesta se nos hace difícil, no por la escasez, sino por la abundancia de la materia; porque no hay verdad que Dios nos haya revelado, no hay principio moral, que naturalmente nos haya dictado la razón, de los cuales el espiritismo no reniegue con manifiestos y blasfemos errores. Quien quisiera reunirlos todos en un solo cuerpo, é indicarlos con un nombre que diera á conocer su mútuo encadenamiento, debería decir que el espiritismo moderno no es sino la reaparición del antiguo gnosticismo en el mundo, juntamente con el moderno indiferentismo. En el origen de la doctrina no hay diferencia: los gnósticos y los espiritistas la proclaman como revelada á ellos por génius superiores. En la naturaleza de la doctrina tampoco hay diferencia, como no sea en desventaja del espiritismo moderno: porque los gnósticos tenían un símbolo suyo propio, mezcla de paganismo, de judaismo, de budismo, de panteísmo, con fórmulas y vocablos cristianos; y los espiritistas aceptan los símbolos de todas las sectas religiosas, sin desaprobado ningun culto, ni siquiera el mahometano, esceptuando únicamente el de la Iglesia católica. No hay diferencia asimismo en las prácticas supersticiosas: los unos y los otros repudian el culto católico, y veneran en su lugar á los espíritus reveladores. Por consiguiente, el espiritismo es tan enemigo del catolicismo, y hasta del cristianismo, como fué enemigo de la Iglesia el gnosticismo, en todas sus diversas denominaciones y sectas. Semejante doctrina, no solo es perjudicial, sino que es la destrucción del mayor bien concedido al género humano: la re-

velacion. Tiende á sumir de nuevo al mundo en el paganismo, en un paganismo tanto peor que el antiguo, cuanto que el renegar de la verdad conocida es peor mal que olvidarla ó ignorarla.

De la malignidad de la doctrina nace lo maligno de las obras, porque á cada falso concepto en el órden intelectual corresponde en el práctico una perversa costumbre. No es de admirar, pues, que el espiritismo haya promovido el vicio, y ocasionado desórdenes morales. Estos se han manifestado desde que en un principio comenzaron las mas ligeras prácticas del espiritismo, que tan alejadas parecían de toda sospecha de dañado origen. Caprichos, bufonadas, inmodestias, venganzas, divisiones, rompimientos, homicidios, suicidios; estos son los frutos de aquella planta, estas las señales mas manifiestas de su malignidad. Son cosas sabidas: entretenernos en querer demostrarlas ó siquiera recordarlas, seria gastar tiempo en balde y ponernos por añadidura en ridículo.

Y no solo moralmente malignos, sino físicamente tales son los efectos del espiritismo. En esto están de acuerdo los mismos profesores del arte, los cuales, si prometen grandes los bienes, que, en su opinion, pueden nacer de él, no disimulan los males que son de temer y por ello recomiendan cautela y prudencia en su empleo. En la famosa peticion que presentaron al Senado y á la Cámara de los representantes del Congreso americano los ciudadanos de la República de los Estados-Unidos, se asegura con toda claridad «que á los fenómenos del espiritismo se siguieron muchas veces locuras permanentes, asi como enfermedades incurables.» Esto se ha testificado desde América: esto aseguran desde todos los paises los que han tratado de los efectos

fisiológicos del espiritismo. De modo que, si hay casos de curaciones logradas, los hay también de salud perdida. Bastan solo algunos de estos, que ¡ojalá fuesen pocos!, para demostrar la malignidad de ese agente espiritual, que tan á menudo trueca en daño de sus adeptos su condescendencia. Ni sirve decir que así como los males físicos existentes en el mundo no demuestran malignidad en la primera causa ordenadora del mundo, así los males físicos engendrados por el espiritismo no demuestran lo maligno de su causa eficiente: porque una cosa es el mal físico que procede del contraste de segundas causas benignas, las cuales tienden por sí al bien de las criaturas, aun cuando por accidente produzcan algunas veces el mal; y otra cosa es poner á sabiendas en juego una causa extraordinaria, la cual no hubiera debido entrometerse en aquel caso, y de la cual no puede proceder en aquellas circunstancias dadas, sino un mal prescrito y requerido.

Podemos, pues, concluir diciendo que, si los efectos del espiritismo son malignos bajo todos aspectos, su causa eficiente debe ser también maligna. Mas esta causa eficiente es un espíritu, y no hay más espíritu maligno que el demonio. Por consiguiente, el espiritismo moderno es verdadera magia.

LXVII.

Examinase esta última conclusion.

La hilacion que hemos deducido de lo dicho es racionalmente cierta, y no puede suscitarse duda acerca de ella. Procede de un racionio muy sencillo y es este. Examinados en su naturaleza intima los hechos del espiritismo, nos obligan á admitir una causa única para todos, extraña á la naturaleza corpórea y humana, dotada de inteligencia, poderosísima en eficacia, malvada en su indole. Estos caracteres solo se hallan reunidos en el demonio. Por consiguiente, los mismos hechos del espiritismo nos obligan á admitir por su agente al demonio. La consecuencia es necesaria, silas dos premisas son verdaderas. Mas ¿quién puede dudar de las dos premisas? Solo el que ignora los hechos ó es extraño á la filosofia y á la fé cristianas. En efecto; la mayor es histórica y filosóficamente cierta, segun lo hemos demostrado ampliamente para cada uno de los puntos que abraza; la menor está cristianamente fuera de duda, y basta el simple catecismo cristiano para confirmarla. Es necesario, pues, deducir que en vano se quitará contra el fanatismo y la supersticion: la inteligencia humana está obligada á negar la existencia del espiritismo en el mundo, ó á reconocer por su autor al demonio.

¿Negar la existencia de aquellos hechos? Esto intentaron hacer seriamente los mas empedernidos enemigos del órden sobrenatural, por quien, y no mas, se conoce la existencia de los espíritus malvados. Pero ¿con qué provecho? Todos sus esfuerzos les dieron resultados contrarios. Ellos, oponiéndose á la existencia real de aquellos fenómenos, proporcionaron mayor campo donde poder cerciorarse de la verdad por medio de un exámen mas cuidadoso: y ahora la generalidad se rie tanto de los que ponen los fenómenos espiritísticos entre las farfullerías de los charlatanes, cuanto primero se vieron ellos de la pretendida credulidad de los que los consideraban como efectos extraordinarios de fuerza ignota. Admitidos como verdaderos aquellos hechos, quisieron tener por meramente naturales. Mas aun esta tentativa no consiguió deslumbrar. Se propusieron hipótesis sobre hipótesis: y todas las hipótesis como bolas de espuma, se desvanecieron al soplo de un ligero exámen. La sola suposicion que quedó siempre en pié, y prevaleció siempre, fué la que desde un principio hizo el mismo Mesmer, á saber: que *en el magnetismo habia la insinuacion de un agente superior*, segun tímidamente decia él entonces.

Y esta opinion ha prevalecido tanto, que ha logrado dar hasta el nombre al arte, que ya no se llama mesmerismo, ya no magnetismo, ya no sonambulismo, sino *espiritismo*.

No podia suceder de otro modo: porque esta sola es la hipótesis que da cumplida razon de todos los fenómenos espiritísticos. Explica facilmente todos los hechos externos; explica los hechos internos; explica la doctrina sin velo alguno; explica los efectos que se obtienen; explica las contradicciones aparentes; explica las verdaderas

contrariedades. Para nosotros, la operacion del demonio en estos hechos no es ya una hipótesis, es una tésis. Pero queriendo considerarla no mas que como hipótesis, se presenta con tales caracteres de universalidad, de facilidad, de unidad, que nos obligaria, aun á falta de todo otro medio á preferirla á todas las demas hipótesis imaginadas hasta ahora. Antes bien, sin conocer siquiera los hechos modernos, una mente comprensiva pudiera componer *á priori* toda la historia del espiritismo, solo con el conocimiento teórico de estos tres elementos; la naturaleza de un espíritu existente por sí; la fuerza y la malignidad del demonio; las pasiones y las tendencias del hombre. Mas no hay necesidad, ni de conocer por el testimonio ajeno, ni de adivinar *á priori* estos hechos modernos: basta la induccion; supuesto que solo el nombre de la cosa es lo nuevo; la misma cosa es antigua. Siempre hubo mágia en el mundo, y únicamente las formas externas de su manifestacion han variado. Lo aclararemos, aunque solo de paso, en los capítulos siguientes.

LXVIII.

Del culto del demonio en el mundo.

El gran problema que siempre ha tenido ocupado al entendimiento humano es la coexistencia del bien y del mal en el mundo. Para conciliar esta coexistencia con el carácter de infinita bondad, que la razon atribuye necesariamente á Dios criador, es preciso admitir muchos hechos, pertenecientes en parte al dominio de la ciencia humana, en parte al de la revelacion, olvidados los cuales, ó la idea del bien y del mal, especialmente moral, se destruye, ó se cambia su origen. Mientras vivió en el mundo la tradicion de las verdades reveladas primitivamente por Dios al hombre; y mientras no se bastardeó el raciocinio humano acerca de la dependencia que las segundas causas tienen de la primera, por la falibilidad propia del hombre, aquella coexistencia no ofrecia siquiera la dificultad que de ella hiciese un problema. Olvidada poco á poco aquella tradicion, y estropeada la ciencia de los orígenes, la mente humana se abandonó á la mas vulgar de todas las soluciones, esto es, al dualismo de los principios, atribuyendo todo el bien á una causa buena, todo el mal á una causa mala. A hacerla germinar en la mente, y á arraigarla luego profundamente en ella, concurrió aquel residuo confuso que de los hechos y de las revelaciones primordiales

quedó siempre en el género humano. Creíase en un ser espiritual ó maligno ó decaído de gran poder y de gran actividad, causa para el hombre de todas sus desgracias, y que continuamente andaba mezclado en todas las humanas vicisitudes. Debía, por tanto, ser la causa originaria de todo mal; porque sin él la estirpe humana hubiera sido feliz sobre la tierra. Dejábase á Dios criador la eficiencia del bien: al demonio, enemigo de Dios, la eficiencia del mal; y el contraste que se advertía en la tierra entre el bien y el mal se atribuía al contraste de aquellos dos principios rivales, que se disputaban el dominio del mundo, sin poder nunca sobreponerse el uno al otro.

De este tan falso como vituperable concepto nació además en el mundo el culto del demonio: por cuanto aquellos pueblos discurrían de esta suerte. Si debemos á Dios honores y oraciones y sacrificios para conseguir el bien que solo él puede darnos, debemos también honores, sacrificios y oraciones al demonio para alejar de nosotros el mal que solo de él depende: á Dios veneración para que nos favorezca, al demonio veneración para que no nos haga daño. Por donde, fuera del culto israelítico, en el cual se conservó intacta la verdad de la primera revelación con el subsidio de revelaciones y milagros sucesivos, y fuera del culto cristiano, que con la nueva revelación que hizo el Verbo encarnado restauró la antigua, y redimió al mundo del cautiverio del error, no hubo, ni hay culto que no ofreciera incienso al demonio, que no reconociera ritos propios para hacerse propicio al demonio, que no tuviese sacerdotes que digieran estar en comunicación con el demonio, que no recordase favores conseguidos del demonio.

Esta aberración, fruto de nuestra naturaleza

falible y corrompida, fué por obra del mismo diablo fecundada en su concepcion, ayudada en su nacimiento, educada al crecer, fortificada en su eflorescencia. La razon nos enseña el procedimiento lógico de la humana inteligencia decaida: la fé nos descubre el fatal impulso del demonio hácia aquellas conclusiones. La Sagrada Escritura que los ángeles prevaricadores, á causa del odio que abrigan contra el Todopoderoso, su severísimo juez, y contra los hombres, destinados á sucederles en los sitios de la gloria celestial, para ellos perdidos, nunca se cansan de mover guerra en el mundo, á Dios para quitarle adoradores, al hombre para robarle la eterna felicidad. Y para obtener este doble intento, el medio mas propio del orgullo que los devora, es el hacerse adorar ellos mismos cual dioses, y asi al mismo tiempo lograr que se vilipendie la Magestad Divina, y arrojar á su perdicion al género humano. De modo, que no hay engaño, no hay sofisma, no hay ilusion, no hay fraude á que no hayan recurrido los demonios para envolver en esas inicuas redes á los míseros mortales, empezando por la serpiente de Eva, y terminando en las mesas giratorias de América. Contrahicieron con sus oráculos las revelaciones de Dios; contrahicieron los milagros con sus prestigios; contrahicieron las operaciones con sus evocaciones. Monos que imitan á Dios, como los llama S. Agustin, nada omitieron de lo que sirviera para hacer que se engañasen las imaginaciones de los hombres: y, no pudiendo darles el verdadero bien, les ofrecieron el falso. La moral de este culto se reduce toda y siempre á una palabra: satisfacer en la tierra todos los deseos terrestres del hombre. Este fué siempre el mayor atractivo para el hombre carnal, porque asi esperaba que conseguiria

la mayor felicidad que cupiese imaginar. Con el brillo que se le presentaba de tan deseada fortuna, se dió por vencido, y transfirió al demonio todo lo que ofrecía en homenaje á Dios: templos, altares, sacrificios, sacerdotes, invocaciones, ofertas.

Este es el origen de la mágia en la tierra. Aquel que se coloca como medianero entre el hombre y el demonio, á quien invoca con ciertos ritos y de quien logra determinados efectos, se llama y es *magó* ó dígase *sacerdote del demonio*. La mágia es, pues, tan antigua en el mundo, y tan difundida se halla en él, cuanto lo es y lo está el desvío del hombre del culto verdadero debido á Dios. Se halla en todas las falsas religiones y en todos los pueblos no cristianos. El cristianismo la destruyó donde quiera que fué predicado. Esto no quitó que aun en su mismo seno hallasen de tiempo en tiempo esas prácticas supersticiosas un lugar, entre los mas corrompidos ó los mas orgullosos. Asi es que la guerra que movió contra el demonio la encarnacion del Verbo, se continúa siempre en la Iglesia, la cual combate á la mágia como culto, donde quiera que la encuentra fuera de su seno; la combate como práctica supersticiosa y digna de ser condenada en sus individuos.

Lo que el raciocinio, fundado en los hechos que se nos han revelado, nos dice, la historia lo demuestra universalmente. Nos ofrece tanta materia que para querer compendiarla en sus mas principales puntos, no sería suficiente un volumen. Es por consiguiente una necesidad para nosotros no hacer mas que indicar algunos de ellos entre los principales, mas bien á manera de índice que de epilogo.

LXIX.

La magia en los antiguos pueblos civilizados.

Para ordenar algo la rapidísima reseña histórica que emprendemos, hemos de empezar por los pueblos antiguos que alcanzaron civilización mas floreciente. Por tanto, nos es necesario pararnos primero á orillas del Tigris y del Eufrates, donde los imperios de Ninive y Babilonia llegaron antes á tan alto grado de poder y prosperidad. Allí nos encontramos con varios órdenes de sacerdotes ó de intérpretes sagrados; los Nakamim, los Khartumim, los Asaphim, los Kasdim y los Gazim. Dejando á parte á los otros, es cierto que los Khartumim eran verdaderos magos ó hechiceros (1), los cuales por medio de sus ritos adivinaban lo porvenir y obraban prestigios. Por medio de la inspeccion de los sacrificios, de la observacion de los augurios, de la interpretacion de los sueños, de la evocacion de los muertos, de la explicacion de los prodigios, del hechizo de los encantamientos (2), trataban de profetizar los sucesos futuros, de descubrir las cosas ocultas, de sanar las enfermedades, de socorrer toda suerte de necesidades en sus propios amigos, y de causar toda manera de perjuicios á sus enemigos. Eran verdaderos magos, incluidos en la gerarquia sacerdotal del imperio Babilónico.

En cuanto á la teogonia de los antiguos

(1) DANIEL I, 20-44, 27-V, 44.

(2) DIOD. SIC. 44, 29.

pueblos medo-persas, hé aquí como expone su concepto principal el mas diligente de sus ilustradores europeos, el Sr. Anquetil Duperron: «Todas las partes del universo están sujetas á la accion de los genios creados por *Ormuzd*, los cuales se encuentran ellos mismos en este principio de todos los bienes, formando una serie de agentes que llega hasta el trono del Eterno (*Zervane-Akerene*). A estos genios puros se oponen los que proceden de *Ahriman*, genios malvados, raza perversa y corrompida como él, los *Dews* de mil especies, que hacen guerra á *Ormuzd*, y que esparcidos por todas partes obran con violencia. De ellos se derivan los *Darudes* que acosan á los hombres, aconsejan la impureza, impelen al robo y á la destruccion, debilitan las fuerzas del hombre, le ciegan, le vuelven sordo y producen sobre la tierra toda suerte de males para el alma y para el cuerpo (1).» Análoga á esta creencia es la gerarquía sacerdotal de los persas, que admite ministerio y grados para aplacar á los *Darades*, y contrarrestar su pernicioso influjo. Estos sacerdotes eran verdaderos magos, y su ministerio verdadera magia. Hacían descender el fuego sobre las víctimas destinadas á sus sacrificios: fueron los primeros en usar de la varilla divinatória y prestigiosa: tenían una serie de oraciones y prácticas, ritos y ceremonias, para evocar en el mundo á ciertos espíritus y alejar de él á otros: hiciéronse tan famosos en este arte diabólico, que dieron su nombre (*Mog*, sacerdote) á todos los secuaces é imitadores que despues han tenido: poseian un libro litúrgico que

(1) *Précis raisonné du système théologique, cérémonial et moral de Zoroastre*. Chap. I, n. 3, 4; II vol. del *Zenel-Avesta*, publicado por DUPERRON.

contenia preceptos fijos para su arte (1). De donde provino que los medos y los *persas* fueron en occidente el tipo de los hechiceros, de los adivinos y de los nigromantes, y todas las ceremonias de su culto, considerado como ciencia verdadera de los encantamientos, pasaron facilmente á las falsas liturgias occidentales.

La civilizacion egipcia no es menos antigua que la babilónica, y la observancia del culto demoniaco no fué menor á orillas del Nilo que á las del Tigris y el Eufrates. Los sacerdotes egipcios, organizados en una casta poderosa y respetada, poseian como los caldeos el arte de los prestigios. La lucha que hallamos mencionada en el Exodo (2) entre Moisés y los adivinos, que eran los magos de la córte de Faraon, nos da una prueba manifiesta de ello. Estos magos consiguieron imitar con verdaderos prestigios los milagros que por mandamiento de Dios obraba Moisés, sin que pudieran no obstante igualarlos nunca, ni menos sobrepujarlos. Diodoro Siculo nos hace saber que los magos egipcios predecian los años estériles, las epidemias y los terremotos: ellos por medio de evocaciones y con el uso de ciertas fórmulas rituales obligaban á los demonios á que se manifestaran á su vista, y á que obedeciesen á sus deseos (3).

La religion estuvo entre los griegos asociada

(1) Llamábase *Ostanes*. Acerca de este libro y de la mágia que en él se enseñaba, escribe Plinio: *Ut narravit Osthanes, species ejus plures sunt, namque et aqua, et sphaeris, et aere et stellis, et lucernis ac pelvibus, securibusque, et multis aliis modis divina promittit; praeterea umbrarum inferorumque colloquia.* PLIN. *Hist. nat.* XXX, 5.

(2) Exod. VII, 11.

(3) *Diod. Sic.* I, 73, 81.

siempre al ejercicio de las prácticas supersticiosas de la magia; de modo que puede decirse que todo su culto estaba impregnado de ella. La adivinacion se ejercia, ya oficialmente en ciertos lugares especiales ó digase santuarios fatidicos, ya por medio de adivinos vagabundos, que, recorriendo ciudades, profesaban el arte de adivinar lo porvenir. Su sacrificio iba casi siempre acompañado de verdaderos hechizos. La confianza en ciertas fórmulas mágicas, en ciertos encantamientos, en la virtud de ciertos ademanes, era comun y extremada; tenian filacterias y amuletos contra la fascinacion; tenian canciones mágicas y palabras de encantamiento, y filtros é instrumentos para evocar á los dioses, sanar enfermedades, cicatrizar llagas, conjurar los vientos, hacer á las serpientes que se pusieran en estado de rigidez, destruir los venenos. Además de los sacerdotes, tenian Brujas y Goetos: las unas y los otros considerados como poderosísimos taumaturgos, y que solo se diferenciaban de los magos ordinarios en que estos ejercian su ministerio para los fines buenos, y aquellos para los reprobados. Famosísimo fué en Grecia el culto de Hécate, personificacion de la luna, y divinidad protectora de los mas perversos hechizos. Consagrábasele antros, ritos, sacerdotisas, sacrificios y toda manera de invocaciones y de oblaciones. No hay prestigio que la historia de la magia de todos los tiempos y de todos los pueblos nos haya ofrecido hasta aquí, que no se halle practicado y visto igualmente entre los griegos.

De Grecia pasemos á Roma, como pasaron tambien las supersticiones mágicas. Aun antes del origen de Roma, aquellas supersticiones se habian esparcido en Italia. El conjuro de los Lémures, y el culto de los dioses Manes iban acom-

pañados de verdaderos encantamientos (1). La *Mana Geneta*, á quien se sacrificaban perros como á Hécate, tenia un culto misterioso á la manera del de Grecia (2). Para alejar los génius malvados, las sombras, los fantasmas y los espectros, se recurría á sacrificios espiatorios acompañados de exorcismos (3). Todas estas prácticas fueron transportadas á Roma, cuyo pueblo, sumamente dócil para toda especie de observancia religiosa, las acogió con amor.

La disciplina etrusca que enseñaba el arte de detener ó de adivinar los rayos, presentaba todos los caracteres de la magia; y los arúspices toscanos eran famosos artifices de prestigios, excelentes adivinos, y hechiceros de gran poder. Introdujeron en la liturgia latina todos los ritos etruscos de la magia. Era parte integrante de la religion de los romanos la adivinacion de los augures, y las instituciones civiles la sancionaban. Los encantamientos, andando el tiempo, adquirieron cada vez mas crédito y vigor en Roma. Los hechizos contra la fascinacion se practicaban por todos. Los sortilegios para atraer sobre los campos la lluvia, el granizo, la tempestad, eran temidos, no solo del vulgo, sino tambien de los sábios (4). La atraccion de estos hechos extraordinarios sedujo á los mas opulentos ciudadanos de Roma, los cuales no se contentaron ya con adivinos y

(1) OVID. *Fast.* V. 451. sq. 483. sq.; APUL. *De Deo Socerat.* 15; PLIN. *Hist. nat.* XXXVI, 27, 70; LUCRET. 1, 131 sq.; S. AUGUSTIN. *De Civit. Dei* IX, 11; PLAUT. *Mos-tell.* 11, 268.

(2) PLUTARCH. *Quaest. Rom.* 51, 52.

(3) DIONYS. HALIC. *Ant. Rom.* V, 52.

(4) PLIN. *Hist. nat.* XXVIII, 4; SENEC. *Quaest natur.* IV, 7; SERV. *ad Virgil, Eclog. VIII*, 99; APUL. *Metamorph.* 1, 3; PALLAD. *De Re Rustic.* 1, 35.

hechiceros del país, sino que, para satisfacer su propia curiosidad y pasión, quisieron tenerlos extranjeros, de los más reputados, siendo preferidos los caldeos (2). El abuso que el pueblo y los patricios hacían de este arte, tan á menudo maléfico, atrajo, sin embargo, muchas veces contra los magos la severidad de las leyes, de suerte que, aun desde las *Doce Tablas* hallamos penas conminatorias contra los maleficios; en los tiempos de Augusto confiscados y quemados los libros fatídicos, así griegos como latinos; y bajo los emperadores siguientes, desterrados los hechiceros y nigrománticos.

No hay quien ponga en duda la antiquísima civilización de los chinos; y tampoco duda nadie que la más antigua secta religiosa que entre ellos floreció fuera la de Lao-Kiun, el cual vivió medio siglo antes de Confucio. Esta secta venera con ritos diversos dos maneras de espíritus: los *Sein* ó genios buenos, y los *Kue-y* ó genios malvados. Estos malos espíritus gobiernan muchas de las fuerzas de la naturaleza, y el que no quiere tenerlos por enemigos, necesita invocarlos y aplacarlos. Sirven para ello sus sacerdotes ó nigrománticos, grandes maestros de echar suertes, de conjurar espíritus, de obrar maravillas horribles. Poseen libros y disciplina para saber como se tiene poder sobre los demonios para ahuyentarlos, sobre las enfermedades para curarlas, sobre las revoluciones de las nubes y los vientos para disiparlos, sobre todas las desgracias para alejarlas antes que lleguen. Y de los hechizos no es menos frecuente la práctica, que común la enseñanza. Si se edifica una casa nueva no entra en ella su dueño si antes no la han purgado de toda suerte de diable-

(2) *Chaldeis sed major crit fiducia. Juven. Sat.*

rias los brujos, los cuales la llenan de mil horribles maldiciones en cada puerta, en cada ventana, en cada abertura que tenga. Si las sequias se dilatan, salen á las áridas campiñas á invocar la lluvia aquellos nigrománticos, y asperjan el aire con bocanadas de agua, pronuncian las palabras de rito, y entre invocaciones y maldiciones apremian al demonio para que vierta la lluvia. Si, por el contrario, las lluvias son por demas copiosas, ó los torbellinos de aire sobrado furiosos, salen á oponérseles con fórmulas imprecatorias, con ahullidos amenazadores, levantados en alto los puños, y pegando coces al suelo. Frecuente es en China, no menos que ahora entre los espiritistas, oirse alborotos y silbidos en las habitaciones y verse sombras y espectros vagabundos; de lo cual no es posible decir cuanto aquellos pobres chinos se amedrentan. Llaman entonces al punto para librarse de ellos á sus hechiceros; los cuales se preparan al efecto reforzando con opiparas comidas el vigor de sus cuerpos, á fin de poder luchar con mayores fuerzas contra aquellos malvados; y van allá revestidos, y desenvainadas las espadas, y recorren la casa, y reparten á locas mandobles por el aire, dando ahullidos y vomitando conjuros, hasta que, cansados, cesa la funcion. En sus enfermedades mas graves, en lugar de medicinas, emplean hechizos y encantamientos. En las mas mortales enemistades, antes que á su propio brazo, encomiendan la venganza á los maleficios diabólicos. En los litigios mas importantes acuden á las adivinaciones de los brujos, antes que á las pesquisas jurídicas y científicas. En suma; los secuaces de Lao, casi contemporáneo de Confucio, están al mismo tiempo poseidos de miedo y de veneracion hácia los demonios, y por medio de verda-

dera mágia establecen con ellos pactos y comercio, y se valen de ellos en su servicio.

La ley de *Manú*, que es juntamente con los Vedas el código sagrado de la India, al esponer el primer génesis de los seres, dice «que el Soberano Hacedor produjo una multitud de dioses puros (*Devas*) esencialmente activos, y una cantidad de génios (*Sadhias*) de gran perfeccion.» Al género humano, á los animales y á los vegetales precedieron en la creacion de Brahma los varios órdenes de *Devas*, con las numerosas falanges de *Pitris*, de *Gaudarbes*, de *Asparesas*, de *Suparnis*. Frente á estas se levantan potestades contrarias de génios malvados: *Yacseis* ó guardadores de tesoros, *Racsasis* ó gigantes, *Pisatsis* ó vampiros, *Sarpis* ó serpientes, *Naguis* ó dragones, (1) y toda una legion de seres maléficás á los cuales hay que aplacar ó alejar con ritos y ceremonias y encantamientos peculiares.

Tambien en los Vedas se mencionan con frecuencia ángeles y demonios, y los maleficios de estos, y el magisterio litúrgico para librarse de ellos (2). En el *Suma Veda* se colocan por encima de las ciencias humanas el conocimiento de los presagios, el arte de los encantamientos, los conjuros de los espíritus, la eficacia de la palabra para curar las enfermedades y vencer á los enemigos (3). El nombre de mágia no está allí escrito, pero la cosa se halla en la sustancia, lo mismo que en los otros cultos religiosos.

(1) PAUTHIER. Ley de Manú. Lib. 4, est. 22, 36 y 37.

(2) EUGENIO BURNOUF. *Journal asiatique*. Tom. IV.

(3) COLEBROULIE. Noticia sobre los Vedas en las *Recherches asiatiques*. Vol. VIII.

LXX.

La mágia entre los pueblos salvajes.

Si el comercio entre los pueblos, la cultura de las ciencias y el estudio de las artes no fueron suficientes para purificar de estas prácticas supersticiosas á las naciones mas civilizadas, fácil es adivinar en cuanto vigor habrán estado las mismas entre los pueblos bárbaros y salvajes, donde la corrupcion de las primitivas tradiciones religiosas llegó al último extremo que llegar puede el error. La historia es precisamente quien nos dice que entre ellos la mágia ha cobrado mayor fuerza que en otras partes, siendo muy universal su uso. Veámoslo respecto á los pueblos septentrionales de Europa.

En la Laponia los brujos se hallaban constituidos en sociedad, venerada del pueblo y dotada de grandes privilegios. Tenian por profesion el adivinar lo porvenir, el desenterrar tesoros escondidos, el curar con hechizos enfermedades, el hechizar á los animales, el desvanecer las tempestades, el evocar las sombras, el ofender en sus personas y bienes á los enemigos. Los medios que empleaban mas frecuentemente eran los encantamientos, mediante fór-

mulas misteriosas, ciertos cantos alternados entre el hechicero y los circunstantes, ciertas flechas mágicas arrojadas ó hacia el cielo, ó hácia las tempestades: ó en direccion de un campo ó bien de una persona, ciertos espíritus familiares llamados *Gan* y enviados como pages de su servicio, y finalmente, el famoso tambor mágico, que en alguno de los mas remotos ángulos de la Laponia se halla todavía en uso. Formábase de un trozo de macizo pino, ahuecado por el medio y cubierto de una piel de foca, sobre la cual habia dibujadas de color rojo figuras y geroglíficos; que nadie entiende ya, y que en todos son siempre los mismos. Servia para las adivinaciones; y se empleaba recogiendo dentro de su parte hueca, muchos anillos de metal ensortijados unos con otros, que brincaban á cada golpe que el hechicero pegaba sobre la piel.

Una singularidad, digna de notarse, que se vé entre los lapones del norte, y es comun á los noruegos y á los habitantes de las orillas del golfo de Botnia, es el cordon mágico que por un precio fijo venden á los marineros. Tiene este cordon tres nudos. Desahaciendo el primero de ellos, sopla favorable el viento y empuja suavemente á la nave: con soltar el segundo, el aire arrecia y viene con impetu; pero, desatado el último, se desencadenan violentas ráfagas y tempestades, que sin que haya modo de detenerle llevan al buque á perecer entre los escollos.

Los habitantes del Tonquin tienen tambien sus brujerías y sus magos, los cuales se atribuyen un gran poder sobre la naturaleza en este mundo y sobre las almas de los difuntos en el otro. Emplean asimismo el sonido de un tambor que tienen y con tal sonido evocan difuntos y espíritus, despliegan tempestades, sanan dolien-

cias, adivinan lo futuro, hallan escondrijos, revelan secretos. Una práctica especial se acostumbra entre ellos. Piensan que cada padecimiento es hijo de un demonio particular, único que puede engendrarle, y, á las veces curarle si se le necesita para ello. Suelen, pues, en caso de enfermedad, ordenar sacrificios, hacer conjuros y usar exorcismos. Si el paciente no sana con estos medios blandos de aplacar al espíritu perverso, hay que recurrir al empleo de la fuerza. Los amigos del enfermo con el mago al frente, invaden armados la casa, sacudiendo desesperados golpes, prorrumpiendo en espantosos ahullidos y recitando fórmulas deprecatorias, hasta que el mago cree haber asido del demonio para meterle en una botella que lleva al costado. Si el que adolecía recobra la salud, el nigromántico devuelve su libertad al demonio rompiendo la vasija; si muere aquel, le venga teniendo al espíritu prisionero para siempre.

Los nigrománticos de la Virginia se rasuraban la cabeza hasta el cogote y solo se dejaban un moño sobre la frente. Llevaban pendiente de una oreja la piel sin desplumar, de un pájaro oscuro; se embadurnaban de hollín y de pez el cuerpo, y se cubrían los muslos con la manchada piel de la nutria. Con tan súcio y repugnante atavío se disponían á hacer sus conjuros y sus adivinanzas. Les pedían lluvias, y ellos las invocaban con gesticulaciones y fórmulas vacías de sentido; rogábanles que hallaran las cosas perdidas, y tenían sus ritos para descubrirlas: para calmar las tempestades en las aguas hacían sus ensalmos cantando, gritando y quemando yerbas y huesos. Obligaban á espectros y medrosas sombras á que apareciesen; curaban dolencias con solo el canto de una frase mágica; y para dar muerte á los

animales no se valian de otras armas que de las invocaciones diabólicas y las maldiciones.

No hay pueblo que mas uso haga de la mágia y tenga mayor fé en ella que los negros. Ninguno de ellos se pone en camino sin cargarse de amuletos, ó, como ellos los llaman, de *grigrics*. Tienen estos amuletos ó talismanes todas las formas, comenzando por la simple concha hallada á orillas del mar, hasta el objeto mas sutilmente labrado por mano de sábio artífice; desde el mas súcio trapo hasta el marroquí mas mórbido. De distancia en distancia se levantan en sus ciudades unos templetes llenos de toda casta de talismanes para apaciguar á los espíritus malignos. En algunas mas solemnes ocasiones, como por ejemplo antes de emprender una expedicion arriesgada, ó de dar comienzo á un negocio de gran importancia, los Bambaras adoran bajo el nombre de *Canari* á un enorme vaso de tierra, lleno de toda clase de esos amuletos, cuya eficacia contra el demonio estiman ir en aumento en razon del número. Todo su culto se reduce al uso y á la veneracion de los amuletos, y al conjuro de los demonios; sus sacerdotes no son sino magos que tienen por oficio ponerse en relaciones con los espíritus tan temidos: en una palabra, todo su culto se reduce á la mágia.

Semejante es asimismo el caracter del sacerdocio en muchas otras naciones bárbaras. Los negros de la Senegambia cuentan con sus *guicullabesis*, los gallas con sus *kaliseis*, los caribes con sus *maziris* ó *piacios*, los indios de las riberas del Amazonas con sus *pagesis*, los de Chile con sus *macias*, los malgacios con sus *ambiacios*, los maleses con sus *payanguis*, los isleños de las Marianas con sus *makahnios*, las

tribus de raza altaica ó finica con sus *esciamanes*, los mongoles con sus *abisios*; en suma, el nombre varía, pero la cosa es la misma en todos los países, donde el fetichismo floreció ó subsiste: es decir, que los sacerdotes de aquellos cultos son todos nigrománticos. Profesan ser á un mismo tiempo adivinos, profetas, exorcistas, tauraturgos, inspirados. Entre todos ellos, las prácticas son análogas. Emplear en las enfermedades ensalmos de fórmulas misteriosas, ademanes desordenados, cantos tradicionales, en vez de medicinas: componer filtros que sirvan para excitar ó amortiguar las pasiones: predecir los acontecimientos futuros ó revelar los ocultos: evocar los muertos por medio de ritos nocturnos ó de danzas misteriosas: hacerse invisibles ó recorrer con la rapidez del rayo distancias bastisimas: estas y muchas otras operaciones semejantes, se hallan en todos los pueblos mencionados, sin mas diferencias que las del lenguaje y las costumbres.

Mas llegaríamos á lo infinito si quisiéramos continuar esta enumeracion; dado que nada hay tan históricamente cierto como el uso de la magia en todos los cultos falsos, y en todos los pueblos. Ni diferencia de clima, ni de cultura, ni de tiempos, sirvieron para esterminar en el mundo esta peste de las almas. Si en la historia del género humano hay un hecho que prueba manifiestamente su caida, y demuestre por tanto la necesidad de una redencion divina, es precisamente este reinado del demonio que tan universalmente pudo establecerse en medio de él, por mas que tanto repugne al criterio y á los intereses del hombre dotado de razon. Solo el divino Redentor con su revelacion y con lo eficaz de su gracia pudo conquistarle y exterminarle. Y si entre los pueblos mas cultos del mundo moder-

no, la mágia se vé entregada á la mofa y está en horror, mala maña se dan ciertos filósofos racionalistas en querer atribuirlo á los progresos de una ciencia despreocupada. Solo la cruz que plantó el Hombre-Dios sobre la tierra ha ahuyentado del mundo cristiano á los demonios, á los cuales todos los sofismas juntos de todos los siglos no hubiesen sabido apartar ni aun la distancia de un palmo.

LXXI.

Los magos entre los israelitas y los cristianos.

Los únicos depositarios de la verdad revelada en el antiguo y el nuevo Testamento, se vieron inmunes en sus dogmas y ritos de esta depravacion. Solo ellos supieron conciliar la existencia del mal sobre la tierra con la bondad infinita del Criador, y tuvieron una idea clara y justa de la divina Providencia. Fuéronles conocidas la existencia de las naturalezas espirituales, su condicion, sus relaciones con el género humano, su influencia sobre cada una de las partes de la naturaleza. El mundo angélico, indicado oscuramente en algunos lugares del Génesis, está claramente revelado en todos aquellos otros en que se hace mencion de los divinos mensageros enviados á Abraham, á Agar, á Jacob, á Moisés, y á tantos otros patriarcas de la antigua ley. Su ministerio de socorrer á los hombres y de defenderlos contra el mal, está indicado expresamente por Jacob, *Angelus qui me de cunctis malis* (Gen. XLVIII, 16); por Judit, *custodivit me Angelus ejus* (Jud. XIII, 20); por David, *Angelis suis mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis* (Psalm. XC); por Tobias, *Angelus apprehendit Daemonium, et relegavit illud in deserto* (Tob. VIII, 3). En cuanto al espíritu del mal, indicado por Moisés bajo el símbolo de la serpien-

te, se halla abiertamente declarado en el doble aspecto de su accion moral y fisica en Job, Tobias, Zacarias y los Reyes. El hombre puede ademas ponerse en relacion directa con el demonio, y obtener su ayuda para sus malvadas intenciones. Testigo de ello es Moisés cuando habla de los Teraphim de Laban (Gen. XXXI), de los encantamientos de Egipto (Ex. VII, 11), y sobretudo de los anatemas lanzados por Dios contra los augures, los adivinos, los encantadores y los nigrománticos, y contra aquellos que los consultan: *Non inveniatur in te qui ariolos sciscitetur, et observet somnia, atque auguria; nec sit maleficus, nec incantator, nec qui pythones consulat nec divinos, aut quaerat a mortuis veritatem* (Deuter. XVIII, 10, 11). Lo mismo se expresa claramente en Isaias (Is. VIII, 19), en Jeremias (Jer. VII, 18), en Ezequiel (Ezech. XXI, 21) y en el libro de *La Sabiduria* (Sap. XII, XIV). De ahí un poder recíproco del demonio, sobre el hombre, y del hombre sobre el demonio, una relacion del mundo visible con el invisible, y una accion del espíritu sobre la materia.

El código divino del cristianismo lejos de menoscabar las tradiciones antiguas del género humano respecto al mundo de los espíritus, las puso antes bien á mas esplendorosa luz, y las confirmó con mas directa y manifiesta enseñanza. A los espíritus se confía la direccion del hombre, de las iglesias, de las regiones (Apoc. I, II, III). De los ángeles buenos proceden las inspiraciones, las luces, las confortaciones y el ánimo para los combates de la virtud, y aquella fuerza divina que atrae los corazones y con el poder de la gracia los liga al bien y á la santidad: *Nonne omnes sunt administratorii spiritus in ministerium missi, propter eos qui hacreditatem capient*

salutis? (Hebr. I, 14). Los ángeles malos nos impelen al mal, y muchas veces nos afligen corporalmente, ya sea por medio de agentes corporales, ya por su propia operacion (1). ¿Qué mas? El mismo Jesucristo expresamente calificó al demonio de *príncipe de este mundo*; y en tal concepto S. Pablo le llamó *Cosmócrata y príncipe de la potencia de este ambiente*, y S. Juan le apellidó *gobernador del mundo*. Por eso se atribuye en el Apocalipsis á los malos espíritus toda la perversa influencia en el mal: *quibus datum est nocere terrae et mari: Nolite nocere terrae, et mari, neque arboribus quoad usque etc...* (Apoc. VII, 2, 3).

Y precisamente para libertar á la tierra de tan maligna eficacia, el divino Redentor, no solo mandaba á los demonios, arrojándolos de los oprimidos: *Et mirati sunt omnes inter se dicentes; Quidnam est hoc? Quia in potestate etiam daemoniis imperat et obediunt ei* (Marc. I. 27); sino que comunicó la misma facultad á sus discípulos: *Convocatis autem duodecim apostolis, dedit illis virtutem et potestatem super omnia daemonia* (Luc. IX, 1), y dió como señal de su disciplina el poder de arrojar los demonios: *Signa autem eos qui crediderint haec sequentur: in nomine meo daemonia ejicient* (Marc. XVI, 17).

De tales enseñanzas se deduce que es grande el poder de los demonios sobre la tierra y continuo su comercio con el hombre. Mas este poder está subordinado á la voluntad de Dios, el cual, de la accion del demonio hace resultar gloria para sí, y aumento de méritos para el hom-

(1) MATH. IV, 24; VIII, 16; XVII, 17. MARC. XVI, 9; XIX, 24. LUC. VIII, 2; IX, 43; XIII, 2; ACT. V, 16; XIX, 12.

bre. Este no se queda solo é inerme expuesto al poder del infierno: si quiere, puede defenderse de todo asalto diabólico, y volverle en mayor ventaja espiritual suya. Libre en el uso de sus facultades, está solamente ligado por la obligacion moral de no ponerse en voluntaria comunicacion con el espíritu del mal. Si lo hace, el daño es suyo: si no quiere hacerlo, medios tiene para ello.

A pesar de esta prohibicion, el hombre, ya sea bajo la ley antigua, ya bajo la nueva, se ha dejado muy á menudo seducir ya por la curiosidad, ya por otras peores pasiones, de suerte que no ha temido recurrir á la mágia y ejercerla. Asi es que, á pesar de haber vedado Dios tan formalmente al pueblo hebreo que se mezclase para nada en las prácticas supersticiosas de la mágia, sin embargo, alguna vez los judios se ejercitaban en ellas. Testigo el hecho de Saul (1. Reg. XXVIII). Saul en el acto de prepararse para dar batalla á los filisteos, ganoso de conocer el éxito de ella, se vá á Endor á una famosa encantadora, y le hace que emplee su arte para poder hablar con Samuel, quien realmente se le aparece, y le declara su derrota y su muerte. Si esto se atrevió á hacer con Saul, que poco antes habia desterrado de su reino, bajo pena de la vida, á los magos y á los encantadores; ¿cuántos mas no debe suponerse que se dirigieran á aquellas reprobadas supersticiones? Hallamos efectivamente no ser cosa rara entre ellos consultar las suertes, emplear la varilla adivinatoria, llevar talismanes y amuletos; y hallamos ademas que alguno de ellos profesaba descubiertamente la mágia (1).

(1) JOSEPH. *De bello ind.* III, 8. § 3. *Aut. ind.* XVII, 12, § 3.

El cristianismo la rechazaba como cosa impía y de idólatras en todas las formas en que la gente pagana solía ejercerla. Sin embargo, ya fuese el contagio del mal ejemplo, ya el impulso de la curiosidad, algunos cristianos no temieron acudir á ella. Tenemos de esto prueba incontrastable en las quejas de los Padres mas celosos de la Iglesia, y en las invectivas con que en su santa elocuencia anatematizan tan perversa prevaricación (1). Pero mas autorizada prueba aun es la que nos dan las prohibiciones de toda superstición mágica, promulgadas y repetidas muchas veces, con la sancion de las mas graves penas de la Iglesia, en los siglos sucesivos, ora por los Concilios generales, ya por los particulares, entre los cuales bastará citar por via de ejemplo el de Laodicea (año 366), el de Arles (314), el de Agde (505), el de Orleans (511), el de Auxerre (570), el de Narbona (589). A los cánones de la Iglesia hicieron eco las leyes imperiales, y estas, hasta en el rigor de la pena capital con que conminaban á los hechiceros y adivinos, demuestran que las penas eclesiásticas por si solas no habian sido suficientes para desterrarlos del seno de las ciudades ya cristianas. Constantino y Constancio, los dos hermanos Valentiniano y Valente, los dos Teodosios, publicaron edictos prohibitivos contra los augures, los hechiceros, los encantadores, ú otro cualquier nombre que tuviesen los que usaran *mágicos apparatus*, como uno de ellos dice.

(1) S. JAC. NISIB. Serm. 11 § 15, S. ALHAN. *Syntagm. doct. ad monach.* Opert. t, II, pag. 361. S. CYRIL. HIER. Catech. IV. 37. TERTULL. *De Praescript, adv. haeret. c.* 43. EUSEB. ALEX. *Mai Spicileg. Rom.* t. IX. p. 667. S. BASIL. *Homil. VI in Hexam.* § 5 et passim S. AUGUST. *De Genes. ad litter.* 11. 16 § 35.

Mas ni aquellos cánones, ni aquellas penas fueron suficientes: el vedado comercio con el diablo continuó usándose por algunos, y aun andando el tiempo se hizo mas comun. Supérfluo es hablar de la Edad-media: todos saben con que severidad las leyes criminales de todos los pueblos castigaron el delito de mágia y con que esfuerzos trató la Iglesia de alejar de él á los fieles. Algun despreocupado ha dicho que aquellos eran golpes dados en el aire, ó rayos lanzados contra unos pobres inocentes: que la ignorancia de la Edad-media hacia ver un mago en todo hombre de mérito extraordinario ó de extraordinaria rusticidad. Entre estos ignorantes de la Edad-media hay que colocar á un San Bernardo, un Santo Tomás, un Dante Alighieri, un Gerson, los cuales todos creyeron en la mágia, no como andrajo del paganismo, sino como triste plaga de sus tiempos, y todos trabajaron para curar de ella á sus contemporáneos.

LXXII.

La mágia en los últimos tres siglos.

Desde la Edad-media hasta nuestros dias, aun dejando á un lado á Mesmer y sus numerosos secuaces, no han sido menos frecuentes los hechos de mágia y de obsesiones nacidas de maleficio. Los casos individuales aun mas averiguados por medio de procesos que sobre ello se formaron, no merecen la pena de ser mencionados siquiera: mucho mas cuando nos dejaria perplejos la eleccion que hubiéramos de hacer entre tantos como conocemos. Bueno es con todo recordar algunos acontecimientos de inficiones mágicas, de muchas, y hasta de muchísimas personas juntas; inficiones comprobadas de la manera mas jurídica que pueda desearse, y acontecimientos acerca de los cuales es del todo imposible abrigar dudas. Y sea primera la posesion de las religiosas de Noetet, acaecida hácia el año de 1550. De este modo habla de ella el Sr. Calmeil, escritor sumamente incrédulo, y por lo mismo mas digno de fé en la materia: «Esta pretendida locura, que se llamaba verdadera posesion, ocasionó por algun tiempo gran maravilla en el Brandeburgo, en Holanda, en Italia, y principalmente en Alemania. Hallábanse á veces las reclusas despertadas de improviso por unos gritos agudos y lastimeros..... Otras se sentian arrancadas del lecho, arrojadas al pavimento, y arrastradas por la ha-

bitacion, como si alguien fuera tirándoles de las piernas.... Los brazos y los extremos inferiores se retorcian en todos sentidos..... A veces se sentian lanzar al aire por una fuerza invisible, para desplomarse despues en tierra con fiera caída. Cuando creian que las habian dejado quietas, hételas arrojadas de bruces al suelo sin saber por quien.... En lo mejor de la conversacion algunas perdian el habla y por espacio de varios días no les era dado pronunciar una palabra. Habia entre ellas quien iba corriendo de rodillas..... quien se encaramaba por un árbol á manera de ardilla, para bajar despues tranquilamente con la cabeza hácia abajo.» Hasta aquí Calmeil: y el *Grand Dictionnaire des Sciences médicales* añade que «todos los milagros de los convulsionarios y del magnetismo animal eran familiares á estas religiosas, á las cuales todos estaban de acuerdo en considerar como poseidas. Ellas profetizaban lo porvenir, se las veia traídas de aquí para allá en los aires, se encaramaban por las mas lisas paredes, hablaban lenguas extrañas.»

No causó menor ruido la invasion de otro convento en Francia, por los años de 1632. Un detestable sacerdote llamado Urbano Grandier incomodado porque las Ursulinas de Loudun, pertenecientes en su mayor parte á la mas ilustre nobleza de Francia, no habian querido recibirle por su director, convirtió por arte de encantamiento, de que era gran maestro, la piadosa y fervorosa comunidad en un infierno. Entre los once motivos que determinaron la sentencia de muerte pronunciada contra el nigromántico, por doce jueces elegidos entre los mas ilustres é intachables personajes que pudieran hallarse; despues de ocho meses enteros de exámen jurídico; despues de oido el parecer de insignes teólogos,

de renombrados médicos y de hombres de Estado, consultados como peritos; el primero, traducido á la letra, es este: «1.º No hay duda alguna acerca de la obsesión de las religiosas. El Obispo de Poitiers y todos los exorcistas á los cuales se ha acudido la reconocen: los cuatro doctores de la Sorbona de Paris, consultados para tal efecto, la admiten como indudable: todos los médicos, testigos de los hechos, á saber: los médicos de Niort, de Fontenay, de Loudun, de Thouars, de Chinon, de Mirabeau, de Fontevault, declaran que en los fenómenos que han observado, está evidente el carácter de fuerzas superiores á la naturaleza física.» Entre los fenómenos á que aluden estos médicos, son los mas principales: el quedarse suspendidas en el aire, el voltear el cuerpo juntando los pies con la cabeza y formando así de todo él un grande anillo que gira rápidamente sobre sí mismo; mil otras contorsiones imposibles para las fuerzas naturales de los músculos y para las coyunturas de los miembros; obediencia á los preceptos mentales no expresados en signos sensibles de ninguna especie; entender y hablar con soltura lenguas desconocidas, por muy difíciles que fueran; estar tomadas de un sueño que sin embargo no les embarga los sentidos, semejante al sonambulismo magnético. El medio de que Grandier se valió para encantarlas de este modo, fué el de arrojar en el jardín un ramo de rosas hechizadas. La pena de muerte con que el malvado brujo pagó su delito, se decretó no solo por el crimen de magia, sino tambien por una serie de graves crímenes de que resultó ser manifiesto reo (1).

(1) LERICHE. *Traité spécial de la possession de Loudun*. Paris, Plon 1859.

Fenómenos mas extraños todavía ofrecieron los *Camisardos* ó *Tembladores* de los Cevenas en el mediodia de Francia al principio del siglo décimooctavo. Un tal *Du Serre*, antiguo calvinista, logró á fines del 1600 reunir en el Delfinado y en el Rivarés una muchedumbre de fanáticos, en los cuales decia que infundia el Espiritu Santo, soplándoles en la boca. Semejante secta creció rápidamente: aquellos montes y valles se llenaron de estos nuevos espiritados. Convulsiones, éxtasis, contorsiones, niños que predicán, secretos que se revelan, adivinaciones de lo futuro, insensibilidad de los cuerpos á las heridas y á las balas, lágrimas de sangre, luces de improviso, cantos en el aire, curaciones instantáneas, eran los efectos maravillosos de aquella inspiracion. Pero los producía mas terribles: los *camisardos* quemaban iglesias, degollaban sacerdotes, saqueaban las aldeas, se rebelaban contra el Soberano. En un solo año (1704) pasaron á degüello á cuatro mil católicos y á ochenta sacerdotes, y devastaron muchos municipios. En su consecuencia, jueces severos, tropas con generales de gran nombradía al frente, y hombres de Estado de gran sexo, acudieron á destruir aquella multitud de públicos malhechores. El juicio de la historia es que estaban invadidos del demonio, y que sus profetas eran verdaderos nigrománticos (1).

Cerremos la enumeracion con otra invasion diabólica, no menos vasta ni menos cierta; la conocida con el nombre de convulsiones de S. Medardo. Hacia los años de 1733 el diácono de Paris, celoso jansenista, murió impenitente y le

(1) HYPPOLITE BLANC. *De l' inspiration des Camisards* Paris, Henri Plon 1859.

sepultaron en el cementerio de S. Medardo, Algunos de sus amigos y discípulos se trasladaron á su sepulcro: y no acababan de tocar la piedra que le cubria, cuando se sintieron invadidos de violentas convulsiones. Desde aquel dia el cementerio de S. Medardo se convirtió en teatro de las mas nuevas y maravillosas escenas que puedan imaginarse. Al contacto de aquel sepulcro se excitaban en los que le visitaban extravagantes convulsiones. Uno, como el Sr. Fontaine, Secretario de Luis XV, giraba tan rápidamente sobre sí mismo, que podia dar sesenta vueltas en un solo minuto, perseverando en tan violento ejercicio por espacio de mas de una hora, y entreteniéndose mientras tanto en leer tranquilamente y en alta voz un libro nunca visto. Otro, como la viuda Théoenet, pega saltos tan desproporcionadamente elevados y frecuentes, que todos se quedan estremecidos cada vez que baja á tierra, temiendo no vaya á parar rota y destrozada. Hay quien se hace administrar fuertes martillazos sin experimentar dolor por ellos; quien se hace clavar en el pecho hojas cortantes de cuchillo sin que brote sangre ni le queden cicatrices; quien se hace aplastar por una gruesa tabla recargada con el peso de mas de seis mil de nuestras libras, sin que le resulte malestar, ni magulladura; quien se tiende sobre unas parrillas candentes por las brasas encendidas sin quemarse cuanto ni menos tostarse. Aquel habla lenguas desconocidas, el otro profetiza lo porvenir, el de mas allá manifiesta los ocultos pensamientos de los circunstantes. Y tales prestigios son continuados, tan patentes, tan numerosos, que toda Francia está conmovida con ellos. «Muchas de esas maravillas, dice David Hume (la incredulidad personificada), se probaron inmediatamente

en el mismo lugar, ante jueces de suma integridad, afirmando los testigos de toda autoridad por su nacimiento, por su posición, por su ciencia, y en un siglo despreocupado, y en el teatro más espléndido que al presente haya en el universo, cual es París..... Por otro lado ¿dónde hallar tan prodigiosa cantidad de circunstancias que concurren todas á la prueba de un hecho, y que cosa oponer á esa multitud de testimonios irrefragables, sino se admite la naturaleza milagrosa de los acontecimientos que cercioran?»

De cuanto hemos referido hasta aquí se deduce que todos los hechos del espiritismo no son cosa nueva en el mundo: se manifestaron siempre y se manifiestan aun en todos los cultos no cristianos, en los cuales son parte integrante de la liturgia, y en las sociedades cristianas nunca dejaron de presentarse, tanto más notados y tanto más detestados, cuanto más contrarios á los principios y á las leyes del cristianismo.

LXXIII.

Comparacion entre los hechos antiguos y los modernos
de la mágia.

No puede decirse que haya gran diversidad entre las apariencias externas de la mágia actual y las de la antigua: por cuanto en el espiritismo no solo es la misma la sustancia, sino que hasta las manifestaciones se identifican con las que en otros tiempos ofrecia la nigromancia. Este es el último hecho que queremos probar aquí, á fin de proporcionar una conviccion mas plena y segura de nuestra tésis. Muy cierto es que, aunque esta identidad de fenómenos hubiese venido á faltarnos, no por eso habria padecido mengua la demostracion que hasta aquí llevamos hecha. Porque no se trata de un agente material que deba obrar siempre de una misma manera, por exigirlo asi su naturaleza: trátase de un agente espiritual dotado de poder y libertad. Cuanto al poder, tiénelo sobre todas las fuerzas físicas; cuanto á la libertad, puede elegir los efectos que quiere. Ninguna otra necesidad le ata que no sea la sola dependencia de Dios; y así puede en sus operaciones variar sin fin los hechos, á la manera de quien, poniéndose siempre nuevas caretas, procura ocultarse. Mas la divina Providencia no ha permitido que tal sucediera, á fin de que el hombre pudiese mas facilmente

reconocer el engaño y guardarse de él. Por donde ni aun siquiera aquella prez de novedad, con que el espiritismo moderno tanto rumor ha metido entre las gentes, queriendo darse por fruto reciente del árbol de la ciencia, plantado en el mundo por la moderna civilización; ni aun siquiera esta prez y alabanza puede concedérsele cual legítima. No, no hay fenómeno que el espiritismo se atribuya, como producto propio, que no sea viejo en el mundo. Veámoslo, discurriendo acerca de algunos de los principales, según nuestra costumbre.

La historia del espiritismo moderno comienza por el sueño artificial que Mesmer inducía con sus magisterios. En este sueño, el magnetizado descubre mil cosas nunca sabidas; y contesta á preguntas aun las mas difíciles. Cesando el sueño, el sonámbulo por lo comun nada recuerda ya de lo que vió, dijo, ó hizo. He aqui ahora algunos hechos antiguos que comparar con esto.

El simple sueño empleado como medio de adivinacion es cosa antiquísima. De este modo habla de él Delrio en su libro de las *Investigaciones mágicas* (1): «Los paganos se valian de tal medio en los templos de Serapis ó Pluton, para saber como habian de librarse de las enfermedades; y para obtener la solucion de una duda, conforme lo hicieron Edesio y el Rey Latino en Virgilio, y Apolonio en el templo de Esculapio, y los magistrados de Esparta en el de Pasife. El templo de Anfiaras y de Calias en el monte Gárgano servia para este fin y tenia, como los otros, el nombre de *Psicomántico*. Y el apóstata Juliano calumnió las veladas de los cris-

(1) DELRIO. *Disquisitionum magicarum*, lib. IV, cap. I. quaest. II, sect. II.

tianos en los sepúlcros de los mártires, como si fuesen dormitaciones adivinatorias: pero el bienaventurado Cirilo lo refutó cumplidamente. Que los judios cayeran en tal supersticion nos lo atestigua el profeta Isaias (LXV, 4) diciendo: *Populus qui ad inuerecundiam provocat me...: qui immolant in hortis et sacrificant super lateres: qui habitant in sepulchris, et IN DELUBRIS IDOLORUM DORMIENT (1).*»

El simple sueño se diferencia del sopor artificial: y este tambien se usó en la antigua mágia. Presentemos una sola prueba de ello. Hablando de la mágia entre los lapones nombramos el tambor mágico que empleaban en sus encantamientos y sus adivinaciones. Véase ahora un modo particular con que se servian de él para descubrir lo que sucedia en paises lejanos. El adivino, que profesa hacer estos descubrimientos, se coloca en medio del círculo de sus clientes, y con un martillo da cadenciosamente golpes sobre el tambor, acompañando con aquella medida el ritmo de una cancion que improvisa: la llamaban *yoncke*. Despues de él cada uno de los asistentes entona su cántico llamado *duvra*, tambien al compás de los golpes de aquel tambor. Mientras que se suceden estas cantilenas, llega el momento fatal: y el mágico que lo siente, se apresura á colocarse el tambor sobre la cabeza. Entonces se tiende boca arriba sobre el suelo, donde se queda inmovil y como transido de frio: la pulsacion se para, quédasele en sus-

(1) S. Gerónimo comentando este lugar dice asi: *In delubris idolorum dormiunt, ubi stratis pellibus hostiarum incubare soliti erant, ut somniis futura cognoscerent. Quod in fano aesculapii usque hodie error celebrat ethnicorum, multorumque aliorum.*

penso la respiracion, los sentidos no responden: no da señales de vida. En tal estado permanece por algun tiempo mas ó menos dilatado: y ¡ay! del hechicero si el canto cesara á su alrededor, pues dicen que se moriria sin falta. Cuando vuelve en sí de aquel sopor, y se mueve para levantarse en pié, el canto cesa, y el círculo de espectadores hace grandes muestras de júbilo y pónese á escuchar lo que aquel ha oido en el sueño. El mago empieza á hacer su relacion, entrando en los pormenores de cuanto ha observado, como haria un viagero que volviese de una larga peregrinacion. Todo lo que refiere se halla exactamente conforme con la verdad, segun lo ha comprobado muchas veces el testimonio de los que habian estado en los lugares descritos por el adivino, y las noticias recibidas mas tarde de los hechos descritos.

El estado de sopor es de mucha menos duracion cuando en vez de servir para descubrir hechos ocurridos en lejanas tierras, su objeto es revelar las causas y los remedios para enfermedades presentes. Empléase el mismo rito: solo que, una vez despierto el nigromántico, discurre acerca de las causas y de la naturaleza de la enfermedad, sugiere los remedios, los cuales si alguna vez son nuevas hechicerias que hay que hacer, lo mas comunmente son verdaderas medicinas de zumos ó sustancias naturales, y finalmente pronostica el dia de la curacion (1).

Vamos acercándonos cada vez mas al hecho del sonambulismo magnético: para lograr una perfecta semejanza con él no nos faltan sino dos circunstancias: hablar durante el sueño como no

(1) *Diction. des Relig.* en las *Encyc. Eccl.* de Migne, en la palabra *Magiciens*.

pudiera hacerse velando, y olvidar despiertos lo que se dijo durmiendo. Estas dos circunstancias se hallan muy frecuentemente entre los camisardos. Escojamos entre muchos el un hecho y el otro, refiriéndolos con las palabras de los testigos que los vieron. «Gabriel Astier era muy conocido en el Vivarés, y en particular en la pequeña aldea de Bresac, donde se fijó en calidad de profeta..... empezó teniendo reuniones nocturnas..... Cuando el auditorio se halló junto, Astier se levantó para hablar, pero inmediatamente cayó como desmayado. Los circunstantes le cogieron respetuosos y le colocaron sobre un lecho, donde de tiempo en tiempo se agitaba como quien sufre dolores y convulsiones. De allí á poco cesaba toda agitacion y él comenzaba á hablar y á descubrir los secretos. Toda la reunion se hincaba de rodillas para reverenciar su persona, y para recojer ávidamente sus oráculos..... Alguna vez gritaba: Guardaos de ir á misa, porque es abominable á los ojos de Dios (1). Isabel Charras habla de una niña que «causó grande admiracion entre los suyos por oirla hablar en sueños. Su discurso corría conforme á todas las reglas de la lógica, y giraba casi siempre acerca de reformar la vida. Continuaba durmiendo despues de haber hablado, y cuando se despertaba, no recordaba una sílaba de cuanto habia dicho, ni era capaz de entenderlo (2).» La declaracion de Juan Cabanel se halla en estos términos: «He oido decir á los que habian hablado en el éxtasis, que no podian repetir una sola palabra de cuanto habian dicho entonces (3).» Pero todavia

(1) *Lettres choisies de FLECHIER*, tom. I pag. 354.

(2) *Théâtre sacré des Cévennes*, p. 49.

(3) *Ibid.* p. 20, y á la 26 la misma declaracion de Jaime Mazel, á la 137 un Sr. M y otros á las 80 y 86.

se acerca mas á lo que sucede en el espiritismo el hecho que certifica con juramento la señorita M... P... Una pobre jóven de 14 ó 15 años, tomada del sueño estático, asiste á la batalla que dan los camisardos á las tropas reales, á gran distancia de allí, y vé la derrota de las últimas. «Cuando la jóven volvió en si, añade la deponente, le pedi cuenta de lo que habia visto y dicho: mas nada sabia de ello (1).»

Otro fenómeno propio del espiritismo son los variados golpes, los sonidos, los cantos que se oyen, sin que aparezca la causa que les produce. Estos sonidos fueron tenidos siempre por tan propios de la mágia, que desde tiempo antiguo y hasta desde el de los paganos, se tenian como señales indudables de la presencia del demonio. Plinio los refiere del monte Atlas, y los atribuye á los dioses infernales que habian establecido allí su mansion (2); Solino habla de ellos como de un hecho notorio á todos (3); y Saxo el Gramático coloca entre los indicios propios para conocer la presencia del demonio, esos sonidos en el aire (4). Es inútil referir la opinion de los que tratan expreso de mágia; porque todos están concordados sobre este punto (5). Recordemos mejor entre sus particularidades algun caso que mas se asemeje á los que presenta el espiritismo. Refieren los misioneros, que estuvieron ó están ahora en China, que alli es muy frecuente hallarse las casas infestadas por el diablo. Uno de

(1) *Théâtre sacré des Cevennes*, p. 126.

(2) PLINII, *Natur. Hist.* lib. V. cap. 1.

(3) SOLINI, *Polyhist.* c. 37.

(4) SAXO GRAMMAT. *Dan. Histor.* lib. I.

(5) TRITTEM. *Quaest. ad Maximil. Caes.* Quaest. V; DELRIO, *Disquis. mag.* lib. II, Quaest. XXVII.

ellos cuenta de sí mismo que recibido huesped por una familia cristiana en Hiang-Po, supo que, no lejos de allí, aquella poseía en deliciosa situación una pequeña quinta; mas que no era habitable hacia muchos años por la obstinada obsesión de los malos espíritus, que no permitían á nadie permanecer en ella. Quiso el misionero trasladarse allí, y haciéndose preparar lo necesario para pasar la noche, empleó el resto de aquel día en visitarla toda de un lado á otro, á fin de asegurarse de que no había arte ó fraude de algun mal intencionado. Nada vió ni oyó: con lo cual cobrando aun mejores ánimos que los que ya tenía, se fué á reposar tranquilamente, cuando llegó la noche. En lo mas profundo de ella le estremeció un fuerte rumor, como de una viga que cruje y se quiebre de improviso bajo un gran peso. Salta en pié, y tomando una luz corre diligente al sitio de donde aquel estrépito procede: mas lo halla todo tranquilo y en su lugar. Se pone entonces á rezar el oficio: pero á los pocos minutos oye llamar repetidas veces en la pared que tiene en frente, y que corresponden mas distintos los golpes en la del lado; y por mucho que hacia, ya él mismo, ya un criado que, mas valiente que los otros se había quedado á hacerle compañía, no pudo descubrir ninguna causa visible de aquel golpear, que no obstante continuaba por ciertos intervalos dejándose oír distintamente. Pónense entonces los dos reclusos á rezar devotamente la letania de la Virgen, y á rociar con agua bendita aquellas paredes infestadas, las cuales, como Dios quiso, se callaron. Pero el silencio duró poco. Empezaron á oír en las habitaciones bajas estrépito de armas, como de quien cruza espada contra espada, y con tal impetu que el brazo de un hombre no hubiera podido

resistir tan furiosa tempestad de golpes sino por algunos instantes. Aquel encontrarse de las armas despues de larga pelea se desvaneci6 resolviéndose en tristes quejidos como de gente herida: y sin embargo ellos, que habian bajado á aquel sitio y que oian junto á sí tan grande estrépito, nada veian, y antes bien, por mejor decir, veian que todo estaba quieto y en su lugar. Asi pasaron la noche, que les pareció larguísima, y mas que suficiente para que el misionero se cerciorase de la verdad de la infestacion diabólica: por lo cual consiguiendo para ello facultad de su superior eclesiástico, empleó los exorcismos de la Iglesia, bajo cuyo imperio la casa qued6 libre del espíritu enemigo (1).

De China pasemos á Francia, donde entre los camisardos hallamos otros hechos, precursores de los que en nuestros dias han sucedido. Isabel Charras, citada á juicio para declarar lo que habia visto y oido, afirma la realidad de los cánticos aéreos en las siguientes palabras que aquí traducimos fielmente: «Aunque muchos se hayan burlado de los cantos de salmos que se han oido en tantos sitios, como procedentes de lo alto en el aire, yo no dejaré de asegurar aquí á ustedes que muchas veces los he oido yo misma con mis propios oidos. He escuchado mas de veinte veces esa melodia divina en pleno dia y acompañada de varias personas, en lugares lejanos de las casas, en los cuales no habia ni árboles, ni huecos formados por las rocas, y donde, en una palabra, era absolutamente imposible que nadie se ocultara. Atendiamos bien á todo, y por otra parte estas voces celestiales eran tan hermosas, que las de nuestros campesinos no podian ciertamente

(1) *Lettere edificanti* Vol. X.

ser capaces de formar semejante concierto.... Habia una circunstancia que indica necesariamente el prodigio. Era que los que acudian á oír, no oían todos lo mismo. A lo menos, muchos protestaban no haber oído nada, mientras que otros se quedaban embelesados al sonido de aquella melodía angelical. Yo me acuerdo especialmente de haber oído las palabras de los mandamientos y del salmo 90: *Qui habitat in adjutorio. Altissimi, etc.* (1).»

De los rumores producidos en el aire, pasemos á las luces que tanta parte ocupan en el moderno repertorio espiritístico. Omitamos las no raras menciones que hallamos entre los antiguos, por cuanto entre los modernos hay hechos mucho mas apropiados á nuestro objeto. Nos los proporciona la historia de los camisardos, que tantos otros nos ha suministrado hasta aquí. Durando Fage, declara con las siguientes palabras: «Margarita Bolle cayó en éxtasis en el camino público, siendo de noche. Nos hallábamos muy acongojados por habernos extraviado en el camino, y no saber por consiguiente como llegar al sitio de la reunion. El espíritu le dijo: *Te anuncio, hija mia, que una luz os indicará el lugar que buscáis.* Ella añadió que podíamos caminar sin temor. Entonces apareció una luz bajada del cielo y se detuvo en un sitio á distancia de un cuarto de legua. Era el lugar donde hallamos congregada la reunion (2). De esta misma luz, que servia de guía á los varios grupos que de noche debian acudir á los parages solitarios donde se celebraban las juntas de los camisardos, certifican como de una cosa ordinaria Claudio

(1) *Théâtre sacré des Cévennes*, p. 102.

(2) *Ib.* p. 107.

Arnassan (1) y Guillermo Bruguier (2). A veces, no obstante, tales luces extraordinarias prestaban un servicio mas señalado á los camisardos, por aparecer á la cabeza de sus columnas cuando trababan lucha con las tropas reales, y se manifestaban tan encendidas que con su funesto resplandor ofendian la vista de los soldados. Afirman este hecho los camisardos y las milicias del Rey, como cosa sucedida muchas veces á vista de todos (3).

Hay en el espiritismo moderno una práctica tan especial que ha podido atraer por si sola toda la atencion del mundo y pasar por ser el punto culminante de todos estos nuevos fenómenos: es á saber: las mesas giratorias, ó que se mueven por si para dar las respuestas deseadas. ¿Es este á lo menos un hecho nuevo, una nueva invencion del demonio? No por cierto. No es sino la mesa *trapezomántica* de los antiguos paganos que Tertuliano echa en cara á los gentiles, entre tantos otros encantamientos (4): no es sino la *tripode* de los oráculos paganos, desde la cual daban sus respuestas las Pitonisas, como Virgilio atestigua en aquellos versos:

Troisegena interpres Divum, qui numine Phoebi

Qui tripodas, Clarii lauros, qui sidera sentis (5).

Convendrá referir aquí algo mas estensamente un hecho especial, que nos muestra el uso de aquellas mesas, por muchos lados conforme al que aho-

(1) *Théâtre sacré des Cevennes*, p. 28.

(2) *Ib.* p. 32.

(3) *Ib.* p. 34.

(4) Véase á LE NOURRY in *Tertull. Apolog.* Disser. cap. X. art. 5.

(5) *Aeneid.* lib. III, v. 358, donde Servio anota: *Tripodes mensae fuerunt quibus superpositae Phoebades vaticinabantur.*

ra se acostumbra en el espiritismo. El caso sucedió en tiempo del emperador Valentiniano, y nos le cuenta minuciosamente Amiano Marcelino (1). Fidustio, Ireneo y Pergancio fueron acusados al emperador de haber indagado con arte mágica el nombre de quien debía sucederle en el imperio. En la causa que por este delito se siguió, Fidustio reveló en juicio que los autores del encantamiento habian sido los dos grandisimos nigrománticos Hilario y Patricio. Llamado Hilario, he aquí de que modo habló á los jueces. «Hemos construido, magníficos jueces, bajo crueles auspicios, á semejanza del trípode délfico, y con varillas de laurel, esta infausta mesilla que veis aquí; y con imprecaciones de secretos versos, y con muchas y prolongadas ceremonias la hemos consagrado ritualmente, y por fin *la hemos puesto en movimiento*: y la forma de moverla, cada vez que deseábamos respuestas sobre cosas secretas, era esta. La colocábamos en medio de la casa, espurgándola en derredor con zahumerios arábigos; y poníamos sobre ella un muy pulido platito redondo, compuesto de diversos metales. En la orla, toda en redondo, estaban por simétricos intervalos esculpidas las veinticuatro letras del alfabeto con diligente pericia. Un hombre, vestido el cuerpo, calzados los pies y cubierta la cabeza de paño de lino, y llevando en las manos las verbenas del árbol afortunado, despues de haber invocado con misteriosos versos á la divinidad que da los vaticinios, estuvo en pié cerca de aquella mesa, segun la ciencia ceremonial. Luego sostuvo en biló el anillo que estaba suspendido á los velos sagrados por medio de un

(1) AMMIANI MARCELL. *Rerum gestarum* lib. XXIX, cap. I.

hilo sutilísimo de lino carpático, y se hallaba consagrado con rito místico: el cual anillo, procediendo por saltos por medio de los intervalos que separaban las letras unas de otras, forma, según que sucesivamente se para sobre esta ó aquella, versos heróicos con todas las reglas de la medida métrica, y conforme á las preguntas que se hacen: precisamente como son los versos píticos, ó los oráculos de los bránquidas. Preguntamos entonces quien debia suceder en el presente imperio, diciendo todos que habia de ser personaje por todos conceptos cultísimo: y he aquí que el anillo salta y compone en sus paradas dos sílabas OEO, y continúa añadiendo la siguiente letra Δ. En aquel momento, uno de los circunstantes exclamó que *Teodoro* era aquel á quien designaba la voluntad de los hados: y no se prosiguió en la indagacion; quedando para nosotros bastante seguro que este debía ser el buscado Emperador.» La respuesta era cierta, pero mal interpretada; porque el Teodoro que entonces gobernaba el Asia en lugar del prefecto, y era hombre que muchos de los conjurados querian para el imperio, pagó su delito de ambicion ó de credulidad, y el sucesor de Valentiniano fué Teodosio, cuyo nombre principia por las mismas letras. Si tal encantamiento hubiera sido descrito por un espiritista moderno, no tendria esta necesidad de mas que de mudar uno ó dos vocablos: habria llamado *mediums* á los dos nigrománticos Hilario y Patricio: en vez de anillo habria hablado de un *indice* para indicar las letras; y todo lo demas habria servido á pedir de boca, incluso los perfumes y las verbenas (1).

(1) *Des nuages de parfum se repandirent dans l'air et parmi nous, par l'intermédiaire des mains de M.*

A tan antiguo documento queremos añadir otro muy reciente, sacado de los encantamientos usados al presente en las Indias orientales por los budistas, entre los cuales no puede sospecharse que hayan llegado las relaciones de los espiritistas de América ó de Europa. El hecho está referido por el Sr. Ischerepanoff, docto orientalista ruso, y testigo de vista. Le tomamos del periódico francés *La Patrie*, que así le cuenta en su número de 3 de Junio de 1853. «Hay que considerar que los Lamas, ó sacerdotes del culto de Buda, no revelan al público los misterios de la naturaleza que descubren: se sirven de ellos para dar pasto á las supersticiosas opiniones de la muchedumbre. El Lama, por ejemplo, sabe hallar los objetos robados por ladrones, siguiendo el camino que recorre una *mesa*, la cual se va sola delante de él para buscarlos. Para esto, el mismo se sienta delante de una mesita cuadrada, y coloca sobre ella las manos delante de un libro tibetano. Transcurrida como una media hora, se levanta quitando la mano de sobre la mesilla, pero haciéndole conservar escrupulosamente la misma posicion que antes tenia. La mesa se levanta inmediatamente por si sola del suelo, siguiendo la direccion de la mano, como si esta la atrajera. Por fin, el Lama está derecho en pié: alza la mano mas arriba de su cabeza, y la mesa sube tambien al nivel de los ojos. Empieza entonces el Lama á andar, y la mesa anda delante de él por el aire, con tan rápido aumento de celeri-

Home..... Un pied de verveine, dans un pot, était près de la chässe..... Une main toucha M. Home, et la plante brisée á la racine avec ses supports de bois, fut jeté par les esprits sur la table. HOME, Révélations etc. ch. XI, pag. 282 et 287.

dad, que el Lama experimenta mucho trabajo en seguirla. Finalmente, la mesa cambia de direccion acá y acullá, y concluye por caer al suelo. La direccion principal que ha tenido la mesa al moverse, señala el lugar donde hay que buscar el objeto perdido. Dicen que, por lo comun, la mesa va á caer precisamente sobre el sitio donde este se halla escondido. En el caso de que yo fuí testigo ocular, no sucedió tal cosa, la mesa cayó á tierra á unos treinta metros del lugar donde se hallaba el hurto; y este no se halló asi como asi; por cuanto en la direccion que habia elegido la mesa estaba la cabaña de un campesino el cual vió aquel hecho, y poco despues se suicidió: el suicidio despertó sospechas de que allí debiesen hallarse los objetos robados, como en efecto se hallaron.» ¿No tenemos aqui, en este pueblo tan eminentemente tradicional y opuesto á aceptar de otros pueblos ningun cambio en sus costumbres, cuanto menos en sus ritos, las mismas prácticas supersticiosas, que usan los espiritistas? El Sr. Ischerepauff muestra creer que todo sea efecto de la ciencia que de los secretos de la naturaleza poseen aquellos Lamas: guarde para sí esta ingenua explicacion, y bástenos á nosotros su autoridad para admitir el hecho como cierto.

Muchas otras comparaciones pudiéramos facilmente hacer sobre los demas fenómenos del moderno espiritismo con la mágia: porque es absolutamente cierto que no hay uno solo de los nuevos hechos, traídos por los modornos, que no hallemos mencionado entre los antiguos. Pero seria el cuento de nunca acabar, si quisiéramos ir citando. Bastará con haber dado esta pequeña muestra, porque es mas que suficiente para hacer ver que nada nuevo han descubierto los ni-

grománticos del siglo XIX, y todo su mérito consiste en haber dado nombres nuevos á supersticiones añejas. Vil, pero merecido es este castigo que la providencia ha señalado al orgullo de nuestra edad! No han hecho otra cosa ciertos gerifaltes de la ciencia moderna que reirse y burlarse de la credulidad de los antiguos en admitir diablos, hechicerias y exorcismos: y entre tanto se hallan en la necesidad de ver resucitados en rededor suyo todos los hechos mas extravagantes de la antigua mágia, esforzándose ellos en vano, sea en negarlos, sea en explicarlos por medio de causas naturales.

LXXIV.

Si el espiritismo moderno es verdadera magia, está y debe como aquella estar condenado.

Quien haya tenido la paciencia de seguirmos hasta aquí, puede haber visto que bajo cualquier aspecto que se considere al espiritismo, no resulta ser sino un nombre nuevo, ó si se quiere una nueva forma de antigua superstición de la magia. Arguyendo por exclusion, hemos visto que ninguna de las causas naturales, señaladas hasta ahora, ya para descubrir su origen, ya para cubrirle, es suficiente á fin de producir los fenómenos atribuidos al espiritismo. Antes bien, estudiando directamente la índole propia de estos fenómenos, hemos dejado fuera de duda un punto capital, cual es que, no solo no se ha presentado hasta ahora esa causa natural, sino que tampoco puede presentarse ninguna en lo porvenir, por haber en tales fenómenos, manifiestos caracteres de oposicion á cualquiera agente físico y corporal. Por consiguiente y llevando mas allá nuestras indagaciones, nos vimos llevados á reconocer positivamente en él todas las calidades que son propias de la magia, sin que ningun subterfugio pudiera sacarnos del convencimiento de que la causa que los produce es el demonio. Y para confirmar cada vez mas esta última conclusion, establecimos por medio de una rápida

ojeada la comparacion entre los prestigios diabólicos de la antigüedad y los experimentos espiritísticos; y vimos que hasta en su apariencia exterior y material los unos coinciden con los otros, de modo que los hechos nuevos deben tenerse mas bien por prosecucion de los antiguos, que no por una nueva manera de manifestacion en el mundo. Todo, pues, nos lleva á esta única conclusion: espiritismo y mágia son una misma cosa.

Este es el punto cardinal al que todos los demas se subordinan en la cuestion del espiritismo. Porque si se quiere resolverla científicamente, la mágia excluye toda pesquisa en las ciencias naturales: si se quiere resolverla moralmente, la mágia da el criterio conveniente para condenarla: si se quiere resolverla civilmente, la mágia hace ilícito en las sociedades cristianas todo empleo de aquellos prestigios. Por tanto, aparece evidente el motivo de las dos tendencias opuestas que se han manifestado en los hombres doctos respecto á esta cuestion: porque los que niegan la existencia de los espíritus, ó al menos la del demonio, ó sino otra cosa, su actividad en el mundo, han procurado por todos los medios, ó bien de explicar con falsos raciocinios los fenómenos espiritísticos, atribuyéndolos á causas físicas, ó bien si no lograban explicarlos de esa manera, relegarlos entre los artificios de la impostura y del charlatanismo. Los católicos, por el contrario, esto es, los que admiten con la Iglesia espíritus y demonios, y sortilegics, han notado muy luego en aquellos fenómenos la obra manifiesta del infierno, y se han dado á advertirlo con todo su poder á los fieles para que no se dejaran engañar, y se mantuvieran alejados de ella.

De estas dos tendencias, tan opuestas, la úni-

ca que puede llamarse científicamente prudente, moralmente segura y teológicamente cierta, es sin duda la que reputa ser el espiritismo verdadera mágia. Es prudente segun el dictámen de la ciencia, porque es la única que acepta los hechos conforme suceden, sin desfigurarlos en beneficio de un sistema, y los acepta sin demasiada candidez, ni excesiva incredulidad, dejando al charlatanismo de los saltimbanquis todo lo que le corresponda, porque nada tiene que conceder al charlatanismo científico. Aceptados bajo todo el rigor de la crítica los hechos; es además la única que los discute á la luz de las ciencias físicas, á saber: no creando agentes que no pueden existir en la naturaleza, ni concediendo calidades absurdas á los conocidos, con el solo fin de poder acomodarlos á alguno de los menos extraordinarios fenómenos del espiritismo: pero si poniéndose á aplicar, conforme á los cánones de la filosofía, las teorías mas seguras de las ciencias naturales á los hechos múltiples que se quieren explicar, sin estropear las teorías para adaptarlas á los hechos, ni desfigurar los hechos para acomodarlos á las teorías. En su consecuencia, debe decirse que esta de la mágia es la única hipótesis que científicamente pueda llamarse prudente: dado que evita todos los escollos en que las otras hipótesis van lastimosamente á estrellarse y naufragar.

Es, sobre esto, moralmente segura, por lo mismo que no atiende solo á los efectos físicos del espiritismo, sino tambien á los morales; ni salva al hombre únicamente de los perjuicios físicos, sino asimismo de aquellos á que se expone el alma; ó por lo menos, no separa las ventajas corporales de las espirituales. Hemos visto en los primeros capítulos de este tratado,

que errores se divulgaron y á que culpas se dió márgen por medio del espiritismo. Es indudable que hasta de las cosas mas santas puede abusar la malignidad humana, y dirigir las fuerzas mas inocentes á perversos efectos: pero es indudable asimismo, que la maldad constante de ciertos efectos da indicio de la maldad de la causa. Por el fruto se conoce el árbol, repetimos; y si un solo fruto dañino no es indicio cierto de la malignidad del árbol, los frutos que son dañinos en su mayor parte manifiestan ciertamente lo maligno de aquél. Todas las explicaciones, excepto la de la mágia, que hasta ahora se han dado del espiritismo, se desentienden enteramente de toda atencion respecto á los efectos morales, cual si no fuesen tan dignos de consideracion como los efectos físicos, ó no fuesen tan atendibles por su número, ó tan manifiestos por su publicidad. Este descuido nos causa poca extrañeza; porque en esta nuestra edad los hombres del mundo no están hechos á considerar nunca la moralidad, sino solo la utilidad de las acciones; y ponen siempre el bienestar material por encima de lo honesto y lo santo.

Finalmente, dijimos que es teológicamente cierta. Esta asercion nuestra es verdadera por dos razones: una la ya indicada, otra la que indicaremos. La primera es porque el fundamento de las hipótesis contrarias, segun muchas veces hemos dicho, descansa en la errónea y herética opinion de que no existen espíritus y demonios ó no pueden obrar en el mundo. Este error puesto como base de todo raciocinio por los físicos racionalistas ó ateos, debia necesariamente guiarnos á una de estas dos hilaciones: ó á negar los hechos que no llegaran á explicarse por los agentes naturales que ellos conocian, ú, obligados

por la evidencia á admitir aquellos hechos, á es-
tirar tanto las teorías y los conocimientos cien-
tíficos que tuviesen por lo menos, una apariencia
de esplicacion. Estamos seguros de que si la
creencia en los espíritus y los demonios hubiera
sido mas universal y firme en los que cultivan
las ciencias naturales, no se hubieran negado
por tanto tiempo á reconocer la obra del demo-
nio en los fenómenos mesméricos y espiritísti-
cos. Desde un principio hubieran buscado la so-
lucion del no difícil problema allí donde está
verdaderamente, y hubieran creído honrar la cien-
cia humana rindiendo homenaje á la fé sobrena-
tural. Descaminados por aquel error fundamen-
tal, opinaron que la hipótesis de la mágia era la
única entre todas que debia recusarse sin mas
exámen. De esta nuestra conjetura es para noso-
tros mas que probable razon el ver como muchos
entre esos doctos físicos, han sido llevados por
su buena fé, cuando terminaban su camino, á
aquel punto del cual mas que de ninguna otra
otra cosa absurda huyeron cuando emprendian
su viaje; por cuanto muchos de ellos, visto que
ninguna explicacion natural se ajustaba al espi-
ritismo, han abierto finalmente los ojos y con-
fesado que era preciso admitir en estos hechos
una fuerza espiritual, extraña á la simple mate-
ria, que los produjera.

La otra razon por la cual se debe llamar teo-
lógicamente cierta nuestra hipótesis es la autori-
dad de la Iglesia que lo enseña. No hemos re-
currido hasta ahora á ella, porque hemos queri-
do, antes de sacarla á plaza, poner en evidencia
la verdad independientemente de ella. Para nos-
otros los católicos basta ella sola; mas, sin em-
bargo, estimamos hacerle un obsequio, demos-
trando lo razonable y prudente que ha sido. Aho-

ra que, prescindiendo de todo argumento de autoridad religiosa, hemos demostrado por via de argumentos científicos nuestra tesis, podemos venir á la última conclusion de nuestro discurso, añadiéndole el mas válido de todos los argumentos, la autoridad irrefragable de la Iglesia. Por lo cual nuestro razonamiento se dirige todo ahora á los católicos que veneran á la Iglesia como maestra de la verdad, y someten á sus decisiones, no solo el acto externo de la obediencia, pero hasta el obsequio interno de la opinion.

LXXV.

Los teólogos y los Obispos católicos condenan el espiritismo como verdadera mágia.

Para los católicos la enseñanza de la Iglesia se manifiesta por tres grados diferentes: por la doctrina de los teólogos, por la voz de los Obispos, por las decisiones del Sumo Pontífice. Ninguna de ellas ha faltado á nuestra tésis.

En primer lugar no ha faltado la autoridad de los teólogos. Desde el principio de este siglo (1803), salió á luz en Francia un libro titulado: *La France trompée par les Magiciens et les Démonolatres du XVIII^e siècle*. A lo que sabemos fué el primer libro que se escribió por un celoso teólogo para demostrar que el mesmerismo tenia por principal autor al demonio, y que por tanto era mágia. Aquel grito de la ciencia católica fué repitiéndose despues de tiempo en tiempo; y en la época mas próxima á nosotros, puede decirse que de año en año, por muchos y muy autorizados teólogos de las varias naciones de Europa, que pueden constituir ya una no despreciable biblioteca (1). Esta conformidad de opinion de tantos

(1) Consúltese lo que ya hemos escrito sobre esto en el párrafo LIV de este tratado. A aquella enumeracion muy concisa é incompleta, pudiéramos añadir muchísimos otros escritores eclesiásticos de grande autoridad: mas pa-

doctos teólogos, aunque no estuviera fundada sobre pruebas científicas que cada cual alegara, ni corroborada por las decisiones mas autorizadas de los Pastores de la Iglesia, serviria, sin embargo, de fortísimo argumento en favor de la verdad que hemos defendido.

Mas la autoridad de esos teólogos se hace de muchísimo peso cuando se le une el juicio que acerca de las prácticas espiritísticas han emitido los Obispos de todos los paises de Europa y de América. Tambien aqui debemos limitarnos á muy ligeras indicaciones: siendo demasiados los documentos que existen de esta condenacion del espiritismo. Omitamos pues el mencionar á los Obispos de América, que le condenaron como supersticioso y diabólico. Omitamos á los Obispos de Alemania, y en especial á los de Baviera, que prohibieron rigurosamente su práctica por el mismo motivo. Omitamos á los varios Obispos de Italia que levantaron igualmente su voz contra esta supersticion. Solo citaremos algunas condenaciones, hechas por el episcopado francés:

ra no ser demasiado prolijos nos contentamos con nombrar tan solo á los siguientes: el P. NAMPON *Du spiritisme*; el P. MATIGNON, *Les morts et les vivants*; el P. PAILLOUX, *Le Magnetisme, le Spiritisme et la Possession*; el rev. sac. CAYETANO ALIMONDA, *Del Magnetismo animale*; el rev. sac. MELCHOR GALEOTTI, *La Fede Cattolica é lo Spiritismo*, etc. etc. Ademas de estos tratados, escritos exprofeso sobre el asunto, deben recordarse los teólogos moralistas que han publicado sus obras en estos tiempos, los cuales todos parten de la misma hipótesis, para declarar ilícita la práctica del espiritismo. Entre ellos mencionemos á los dos mas ilustres, y son el teólogo PEDRO SCAVINI en la muy apreciable *Theologia Moralis Universa*, y el P. JUAN PEDRO GURI en su *Compendium Theologiae Moralis*, impreso en Roma con notas del P. ANTONIO BALLERINI, profesor de Teologia moral en el Colegio Romano.

las cuales, por haber alcanzado mayor publicidad en los periódicos, han llegado testuales á nuestras manos: no pretendiendo enumerarlas todas, sino solo recordar aquellas que entre las que conocemos, nos han parecido mas esplicitas y solemnes.

La evocacion de los espíritus, ó sea las mesas giratorias y parlantes, fueron largo tiempo objeto de la vigilancia de los Obispos franceses, porque les pareció que estos esperimentos, lo mismo que en América y Alemania, se habian propagado demasiado en Francia. La carta pastoral del señor Obispo de Viviers, al clero de la diócesis, acerca de los peligros de los esperimentos de las mesas parlantes, expedida el 27 de Noviembre de 1853, prohíbe y condena esos esperimentos, atribuyéndolos á la mas repugnanté supersticion. Despues de haber señalado y excluido las causas físicas é inocentes que solian pretestarse para explicar y permitir aquellos esperimentos, prosigue así: «Ved aquí el proceder por demas avisado y astuto de esa infernal serpiente. En un principio no ocupa la mente mas que con el movimiento de las mesas, como esperimento de física recreativa; luego lleva á buscar las causas, y señala el fluido magnético. Nada mas inocente hasta aqui. Obtenido este primer resultado, se apodera de la inclinacion natural del hombre hácia lo que tenga algo de maravilloso, para arrastrarle mas allá; y las mesas que primero *giran*, se truecan muy pronto en mesas que *golpean*, y finalmente en mesas que *hablan*, animadas por espíritus de todas suertes. De este modo, el que es *homicida desde un principio* abusa de la debilidad y docilidad del hombre para empeñarle paso á paso en caminos tenebrosos, hasta el punto de precipitarle en el abismo. Esta es la

táctica perversa que siguió para seducir á nuestros primeros padres; este es el arte que usó para esparcir entre los pueblos los errores y las supersticiones mas culpables; este el artificio de que se vale aun hoy día para arrastrar á las almas á funestos extravíos.» A las prohibiciones del Obispo de Viviers debemos añadir la del de Marsella que en su circular para la Cuaresma de 1854, despues de exponer la doctrina de la Iglesia sobre los ángles buenos y malos, pasa, como si fuera una consecuencia, á prohibir á todos sus diocesanos que *tomen parte en las prácticas, que tienen por objeto la evocacion cualquiera que sea, de los espíritus*. El Arzobispo de Alby en su circular de 9 de Marzo de 1854 prohibe á su clero la participacion en los esperimentos de las mesas giratorias y parlantes. El Obispo de Mans, hace otro tanto en la circular de 14 de Febrero. Protesta que, tratándose de cosas que en un principio no se consideraban generalmente mas que como un esperimento curioso, no habia creído deber manifestar su propio juicio: mas que no puede callarse ya á vista de los graves perjuicios que de esos esperimentos resultan, como son, por via de ejemplo, desavenencias en las familias, enagenaciones mentales y suicidios. Pero, pues estos lamentables hechos dan principalmente ocasion á errores de fé sobre la intervencion de los espíritus en las cosas de este mundo, se propone, lo mismo que hizo el Obispo de Marsella, desarrollar la creencia de la Iglesia acerca de los ángeles y los demonios; deduce corolarios que puedan servir á todos de pauta en el exámen de los hechos de que se trata, y habiendo tocado algunos pasages de Tertuliano que parecen referirse á hechos semejantes observados en su tiempo, concluye diciendo: «No po-

demostremos menos de condenar toda participacion en tales prácticas supersticiosas, que parecen destinadas á causar la vergüenza de la moderna incredulidad, como lo hicieron las convulsiones; y los convulsionarios fueron un dia el oprobio del jansenismo.»

Hicieron coro á estos Prelados, con sus cartas circulares los Obispos de Nevers, de Orleans, de Autun, de Cambray, y los Arzobispos de Rouen y de Auch. Este último, concluía así su carta pastoral. «Condenamos estas prácticas, las prohibimos absolutamente..... El paganismo las inventó, el cristianismo las rechaza..... En un tiempo de luces y de progreso, en el siglo décimonono, ¿podrá haber ingenios graves y maduros que prefieran las oscuras indicaciones de un alfabeto mágico á todos los medios de conocimiento moral, de que estamos tan abundantemente provistos?...: Dejad, pues, esas tenebrosas vias, y volved al camino del buen sentido y de la religion..... Pero, dicen algunos, esto no es mas que un pasatiempo. No debemos tomar de tal manera á los muertos para nuestra diversion. La única buena comunicacion que podemos tener con los difuntos es el respeto y la oracion. Pero, dicen otros, estamos ejerciendo un reconocimiento de la ciencia sobre hechos nuevos. Los americanos estan reconociendo hace muchos años á estos inaccesibles espíritus. Los proteos del mundo invisible se rien de los reconocimientos científicos. Vosotros no obtendreis mejores resultados en Auch, que los que se han obtenido en Filadelfia, en Lóndres, en Paris. La ciencia permanecerá confundida ante la mesa parlante, y los de poco espíritu perderán en ello el buen sentido y la fé.» Y sigue enumerando otros desórdenes semejantes, procedentes de los citados experimentos.

Este breve compendio basta para dar á conocer el espíritu y la concordia del Episcopado francés, en condenar y prohibir todo cuanto hay de supersticioso en las pruebas de las mesas giratorias y parlantes: y á fin de convencerse mejor de lo acertado de dicha prohibicion, será bueno advertir que no procedieron á ella sino despues de haber considerado muy atentamente la cuestion en todas sus relaciones con las ciencias naturales, y con las morales y teológicas. «Despues de haber examinado maduramente (escribia el Obispo de Marsella) la cuestion; despues de haber interrogado cuidadosamente hasta á los hombres del mundo, que, habiendo visto y oido, son por otra parte en razon de su ciencia los mas competentes para darnos cuenta, asi de los medios empleados á fin de obtener las que se llaman respuestas de los espíritus, como de las respuestas mismas en sus varias formas; despues de haber leído diversas obras juiciosamente escritas sobre el asunto, como tambien las prudentes amonestaciones que han dirigido á sus greyes muchos de nuestros venerables colegas; declaramos en nuestra calidad de Obispo y Pastor, y en virtud del poder que obtuvimos de Jesucristo, que está prohibido á nuestros diocesanos el tener participacion en las prácticas cuyo objeto sea evocar á los espíritus de cualquier modo que sea.»

Esta misma protesta ó declaracion hicieron igualmente en sus cartas los prelados de Rouen, de Mans y muchos otros, que en gracia de la brevedad omitimos nombrar específicamente.

LXXVI.

Juicio de la Santa Sede, acerca del espiritismo.

La gravísima autoridad de tantos obispos recibe su sello con la sentencia pronunciada por el pastor universal de toda la Iglesia, el Romano Pontífice. No debemos, despues de todo lo que hasta aquí hemos expuesto, hacer mas que referir los actos emanados de la silla apostólica sobre el particular; y nos bastará añadir solo alguna breve consideracion, á fin de manifestar el motivo próximo de ellos, ó su valor.

La primera decision sobre el empleo del magnetismo fué expedida por la Santa Sede el dia 21 de Abril de 1841. En la congregacion de la Santa Inquisicion universal, que se tuvo aquel dia, se dió contestacion á la pregunta, propuesta y examinada ya antes, de si era licito el uso del magnetismo; y la respuesta fué: *usum magnetismi, prout exponitur, non licere*. El valor de esta respuesta no puede comprenderse sino por la calidad de la exposicion que hizo el autor de la pregunta. Esta exposicion es conocida y la ha publicado Scavini, en la obra que poco ha hemos mencionado (1). Asegura que las circunstancias indicadas en la referida pregunta eran estas: que el magnetizado manifiestamente ignorante se vuel-

(1) Theologia Mor. Unio. Tract. V, Disp. 3, cap. 4.

ve en un momento doctísimo; que no sabiendo antes leer, puede de pronto leer libros arábigos, aun cerrados y sin el empleo de la vista; que obedece al magnetizador, aun cuando esté lejos de él á distancia de muchas leguas, y que ejecuta otras cosas por el estilo, las cuales no pueden estimarse como efectos simplemente naturales. Finalmente, que por lo comun se emplea el magnetismo con persona de sexo diferente. Por estas circunstancias, se vé que la respuesta por la sagrada Congregacion declaraba ilícito el uso del magnetismo, empezaba ya á dar la razon á los teólogos y á los obispos que opinaron haber en el magnetismo intervencion del demonio, supuesto que las circunstancias indicadas por los que promovieron la pregunta, eran todas de las que suelen poner los teólogos como indicio de obra diabólica. Es cierto que una de aquellas circunstancias se refiere á peligro de pecados deshonestos; mas, sin embargo, este peligro no se señala sino muy someramente y con expresiones que le suponen como remoto. Por consiguiente, si esta fuera la sola causa de aquella sentencia, creemos que la sagrada Congregacion hubiera añadido á su respuesta algun correctivo, como por ejemplo, que el uso del magnetismo es ilícito siempre que no se adopten las precauciones necesarias para que no se ofenda á las buenas costumbres.

En aquel mismo año, y sobre unos dos meses mas tarde, la Sagrada Congregacion de la Penitenciaría renovó la misma respuesta á la pregunta que le propuso el Obispo de Lausana. Véase textual la pregunta del Sr. Obispo y la respuesta de la Sagrada Congregacion.

«*Eminentissime Domine.* Cum hactenus responsa circa magnetismum animaleminime

»sufficere videantur, sitque magnopere optandum, ut tutius magisque uniformiter solvi queant casus non raro incidentes, infra signatus
»Eminentiae vestrae humiliter sequentia exponit.

»Persona magnetizata, quæ plerumque sexus est foemini, in eum statum soporis ingreditur, dictum *somnambulismum magneticum*, tum alte, ut nec maximus fragor ad ejus aures, nec ferri ignisve nulla vehementia illam suscitare valeant.
»Ab solo magnetizatore, cui consensum suum dedit (consensus enim est necessarius) ad illud extasis genus adducitur; sive variis palpationibus gesticulationibusve, quando ille adest, sive simplici mandato eodemque interno, cum vel pluribus leucis distat.

»Tunc viva voce, seu mentaliter, de suo absentiumque penitus ignotorum sibi morbo interrogata, persona evidenter indocta illico medicos scientia longe superat: res anatomicas accuratissime enunciat; morborum interiorum in humano corpore, qui cognitu definitaque peritis difficillimi sunt, causam, sedem, naturam indigitat, eorumque progressus, variationes, et complicationes evolvit, idque propriis terminis; saepe etiam dictorum morborum diurnitatem exacte praementiat, remediaque simplicissima et efficacissima praecipit.

»Si adest persona, de qua magnetizata mulier consulitur, relationem inter utramque per contactum instituit magnetizator; cum vero abest, cincinnus ex ejus caesarie eam supplet ac sufficit. Hoc enim cincinno tantum ad palmam magnetizatae admoto, confestim haec declarat, quid sit (quin adspiciat oculis), cujus sint capilli, ubinam versetur nunc persona ad quam pertinent, quid rerum agat, circaque ejus morbum omnia supradicta documenta ministrat, haud aliter

»atque si medicorum more corpus ipsa introspi-
»ceret.

»Postremo magnetizata non oculis cernit; ip-
»sis velatis, quidquid erit illud legit legendi nes-
»cia, seu librum, seu manuscriptum, vel apertum
»vel clausum, seu capiti vel ventri impositum.
»Etiam ex hac regione ejus verba egredi viden-
»tur. Hoc autem statu educta, vel ad jussum
»etiam internum magnetizantis, vel quasi sponte
»sua, ipso temporis puncto a se praenuntiato,
»nihil omnino de rebus in paroxismo peractis sibi
»conscire videtur, quantumvis ille duraverit:
»quaenam ab ipsa petita fuerint, quae vero res-
»ponderit, quae pertulerit, haec omnia nullam
»in ejus intellectu ideam, nec minimum in me-
»moria vestigium reliquerunt.

»Itaque orator infrascriptus, tam validas cer-
»nens rationes dubitandi, an simpliciter natura-
»les sint tales effectus, quorum occasionalis causa
»tam parum cum eis proportionata demonstratur,
»enixe vehementissimeque vestram Eminentiam
»rogat, ut ipsa pro sua sapientia ad majorem
»Omnipotentis gloriam, nec non ad majus ani-
»marum bonum, quae a Domino redemptae tan-
»ti constiterunt, decernere velit, an posita prae-
»fatorum veritate Confessarius, Parochusve tuto
»possit poenitentibus aut parochianis suis per-
»mittere:

»1.^o Ut magnetismum animale, illis cha-
»racteribus aliisque similibus praeditum, exer-
»ceant, tamquam artem medicinae auxiliatricem
»atque suppletoriam.

»2.^o Ut sese illum in statum somnambulis-
»mi magnetici demittendos consentiant.

»3.^o Ut vel de se vel de aliis personas con-
»sulat illo modo magnetizatas.

»4.^o Ut unum de tribus praedictis suscipiant,

»habita prius cautela formaliter ex animo re-
»nuntiandi cuilibet diabolico pacto explicito, om-
»ni etiam satanicae interventioni, quoniam hac
»non obstante cautione a nonnullis ex magnetis-
»mo hujusmodi vel iidem vel aliquot effectus
»obteni jam fuerunt.

»Eminentissime DD. Eminentiae vestrae.

»De mandato reverendissimi Episcopi Lausa-
»nensis et Genevensis, humillimus obsequentissi-
»musque servus SAC. XAVERIUS FONTANA, Can.
»Cancell. Episc.

»Friburgi Helvetiae, ex aedibus Episc., die 19
»Maii 1841.»

A esta pregunta tan minuciosamente particu-
larizada, la Sagrada Congregacion dió la siguien-
te respuesta:

*Sacra Poenitentiaría, mature perpensis ex-
positis, respondendum censet prout respondet:*
Usus magnetismi, prout in casu exponitur, non
licere. *Datum Romae, in S. Poenitentiaría, die*
1 Julii 1841. Card. CASTRACANE, M. P.—PH.
POMELLA, S. P. Secretarius.

Esta respuesta, aunque sea semejante en las
palabras á la que antes hemos citado de la San-
ta Inquisicion, sin embargo, por lo que hace á
la condenacion del magnetismo como supersti-
cion diabólica, es mucho mas explicita que aque-
lla: porque la pregunta del Obispo de Lausana á
que contesta la Congregacion está enteramente
dirigida á indagar si en el magnetismo hay su-
persticion; y no se mencionan los peligros á que
se exponen respecto á la honestidad moral los
que lo emplean. Si la S. Congregacion no hu-
biese querido condenar el uso del magnetismo
como cosa supersticiosa, sino solo como peligro
para las buenas costumbres, no hubiera podido
con una sola respuesta satisfacer á las cuatro

dudas del Obispo de una misma manera, sino que hubiera debido dar á cada una su contestacion con las convenientes distinciones. Es verdad que en las respuestas se dice, *prout in casu exponitur*, lo cual es tanto como decir que la condenacion del magnetismo se limita á la exposicion que acerca de él hizo el prelado. Pero esta mas que objecion es como un apoyo de nuestro argumento: dado que el magnetismo está tan moderadamente definido por el sábio prelado y con circunstancias tan distintivas que su exposicion lejos de llamarse exagerada puede tenerse por pálida y tal que no se ha de rechazar legítimamente por cualquier magnetista que sea.

A nuestra hilacion pudiera oponer alguno lo que en 1842 afirmó por medio de la pública prensa el Emmo. Sr. Cardenal Gousett, con las siguientes palabras: «Anno 1842, nos consulimus »Summum Pontificem de hac quaestione, id est, »num sepositis abusibus rei, et rejecto omni »cum daemone foedere, liceat exercere magne- »tismum animale, et ad hunc confugere velut »ad remedium, quod plures habent ut naturale »et utile sanitati. Eminentiss. Card. Magnus Poe- »nitentiarius die 2 Sept. 1843 respondit. Hanc »quaestionem non adhuc esse a Sancta Sede »serio perpensam, nec tam cito esse responsu- »ram.»

Hubo en efecto quien por este testimonio intentó inferir que en su consecuencia las condenaciones pronunciadas antes por las dos Congregaciones romanas, no se referian al recto uso del magnetismo, sino solo al abuso, y que la cuestion de la causa productora de los efectos magnéticos permanecia intacta. Mas esto es en vano, si se fija la atencion en los actos que hemos expuesto, y en las cosas que hemos asegu-

rado en el tratado presente. Débese distinguir una doble opinion acerca del magnetismo. Llamaron con este nombre algunos médicos á un especial fluido animal, que es parte del organismo humano, y engendra sus efectos naturales, como cualquiera otro de los elementos que constituyen nuestro cuerpo; y á este fluido no atribuyeron efectos extraordinarios de clarevidencia de intuicion ó de adivinacion. Los mesmeristas indicaron con el mismo nombre de magnetismo la causa próxima é inmediata, como lo pretendian, de aquellos extraordinarios prestigios producidos por ellos. Si esto es cierto, como es ciertísimo, debe decirse que el Obispo de Lausana hablaba de este segundo magnetismo que es el condenable, y el Emmo. Sr. Cardenal Gousset, hablaba del primero. La S. Congregacion no habia hecho ningun exámen especial sobre la naturaleza y la distincion de los dos magnetismos: se habia limitado á responder al Obispo de Lausana, conforme á la exposicion que éste le habia presentado. El punto cardinal, pues, de la cuestion presente se halla en esto, á saber: si la exposicion del Obispo de Lausana corresponde á la realidad de los hechos, ó si es exagerada. Por consiguiente la respuesta dada en 1842 al Card. Gousset, no menoscaba en nada la que el año anterior se dió al Obispo de Lausana. En cuanto á que esta distincion de un doble magnetismo, el uno inocente y condenable el otro, se hiciera en realidad ante la Congregacion romana, lo demuestra la contestacion que la Congregacion del Santo Oficio habia dado ya en 23 de Junio de 1840 á la siguiente pregunta: *Utrum magnetismus, generatim acceptus et in se, censere debeat licitus an illicitus*. La respuesta estaba concebida en los siguientes términos: *Remoto omni errore,*

sortilegio, explicita aut implicita daemonis invocatione, merus actus adhibendi media physica, aliunde licita, non est moraliter vetitus. De consiguiente hasta el año de 1842 no se llamó á exámen en Roma la cuestion científica de la naturaleza del magnetismo, sino que se trató tan solo de la práctica y moral de su uso, segun las diversas exposiciones que sobre ello hacian los que interrogaban. Por donde no se negó la posibilidad de un magnetismo natural é inocente, ni la de un magnetismo supersticioso y digno de reprobacion. Si podia haber un magnetismo, como le describia el Card. Gousset, la S. Congregacion declaró lícito su uso; mas lo hizo con tales cautelas, que no sabemos que dejaran demasiado campo á su práctica. Si existia un magnetismo como le describia el Obispo de Lausana, la S. Congregacion declaró terminantemente ilícito su empleo, y por lo mismo le condenó cual supersticioso.

Pero las condenaciones no se limitaron á las respuestas dadas en 1841. Como años adelante el uso del magnetismo y del espiritismo fuese aumentándose cada vez mas en Europa, la Santa Sede hubo de proceder á actos de mas universalidad y de condenacion mas manifiesta. Dos solemnes decretos dió el mismo año de 1856: el primero dirigido solo á los Obispos de los Estados Pontificios, el segundo á los Obispos del orbe católico: ambos de la misma congregacion de la Sagrada Inquisicion universal. El primero es una Encíclica á todos los Obispos é Inquisidores del Estado Pontificio, y del tenor que sigue:

«Desde que empezaron á divulgarse los fenómenos magnéticos, consultada la Santa Sede, »expidió varias decisiones por conducto de la Penitenciaría y del Santo Oficio, relativas á casos

»particulares propuestos acerca de si era ó no lícito
»del uso del magnetismo. En cuanto á la máxima
»general, despues de profundas discusiones, en la
»séria IV, 28 de Julio de 1847, renovando las re-
»soluciones de 23 de Junio de 1840, se decretó
»lo siguiente: *Remoto omni errore, sortilegio, ex-*
»*plícita aut implícita daemonis invocatione usus*
»*magnetismi, nempe merus actus adhibendi me-*
»*dia physica aliunde licita, non est moraliter*
»*vetitus, dummodo non tendat ad finem illicitum*
»*aut quomodoquunque pravum. Applicatio au-*
»*tem principiorum et mediorum pure physico-*
»*rum ad res et effectus vere supernaturales, ut*
»*physice explicentur, non est nisi deceptio om-*
»*nino illicita et hereticalis.*» «Aun cuando con
»este decreto pareciera conciliarse lo que respecta
»á la ciencia física, y la represion de viciosas y
»reprobadas aplicaciones magnéticas; con todo,
»una triste experiencia ha dado á conocer la ne-
»cesidad de providencias mas eficaces: por quan-
»to no se emplea el magnetismo de la manera
»debida y para honestos fines naturales; sino que,
»segun las continuas reclamaciones de atendi-
»bles sugetos, remitidas de muchas de las ciuda-
»des del mismo Estado Pontificio, hay magneti-
»zadores que acostumbran aplicar el magnetismo
»para fines no naturales, con gravísimo perjuicio
»de la moralidad privada y de la comun pública,
»sirviéndose de mujeres que se sujetan á tomar
»actitudes descompuestas y pretendiendo ademas
»adivinar y revelar ocultos y futuros aconteci-
»mientos. En su vista, no estando esos espectá-
»culos exentos de una ilícita é irreligiosa ilusion,
»se ha juzgado necesario prohibirlos por com-
»pleto y castigar á sus autores, cooperadores y
»fautores.

»Por lo cual se previene á todos los Obispos

»é Inquisidores de nuestras provincias que vigi-
»len sobre ello y procedan sumariamente por la
»via económica *inspecta rei veritate*, previo el pa-
»recer de personas timoratas y doctas, propor-
»cionando la pena á la delincuencia, con prision
»que ha de determinarse por tiempo, segun la
»mayor ó menor culpa, y teniendo informada de
»ello á la suprema, particularmente cuando el uso
»del magnetismo, por aparecer acompañado de
»circunstancias heréticas, exigiera un riguroso
»proceso conforme á los sagrados cánones. Es-
»ta circular será comunicada á los Vicarios de los
»distritos, y se procurará su exacto cumplimien-
»to. Roma, en la cancilleria del Santo Oficio en el
»Vaticano, feria IV, 21 de Mayo de 1865.—V. Card.
»MACCHI.»

Este documento va todavia mas derecho con-
tra el magnetismo; porque no le condena en la
hipótesis de que exista de este y de este modo,
sino que, asegura formalmente que existe, que
tiene tales y tales caracteres, y que esos caracte-
res le hacen supersticioso é ilícito.

Pero hasta la menor sombra de duda desa-
parece ante un acto todavia mas solemne de la
misma Congregacion de la Santa Inquisicion uni-
versal. No se trata de una respuesta á una pre-
gunta, sino de una declaracion formal: no se tra-
ta de un acto privado, sino de uno solemnisimo:
no se trata de una carta á un solo Obispo ó á
varios, sino de una Encíclica á todos los Obispos
de la cristiandad. Es del tenor siguiente:

«*Supremae sacrae Romanae Universalis In-*
»*quisitionis Encyclica, adversus magnetismi abu-*
»*sus.* Feria IV, die 30 Julii 1856.—In Congrega-
»tione generali S. R. et universalis Inquisitionis,
»habita in Conventu S. M. super Minervam, Emi-
»ac Remi. DD. Cardinales, in tota republica chris-

»tiana adversus haeticam pravitatem generales
»Inquisitores, mature perpensis iis, quae circa
»gravitatem *magnetismi* experimenta a viris fide
»dignis undequaque relata sunt, decreverunt edi
»praesentes literas encyclicas ad omnes Episco-
»pos, ad magnetismi usus compescendos.

»Etenim compertum est novum quoddam su-
»perstitionis genus invehi ex phaenomenis mag-
»neticis, quibus haud scientiis phisicis enuclear-
»dis, ut par esset, sed decipiendis, ac seducendis
»hominibus student neoterici, plures, rati posse
»occulta, remota ac futura detegi magnetismi ar-
»te, vel praestigio, praesertim ope muliercula-
»rum, quae unice a magnetizatoris nutu pen-
»dent.—Nonnullae jam hac de re á S. Sede da-
»tae sunt responsiones ad peculiare casus, qui-
»bus reprobantur tanquam illicita illa experimen-
»ta, quae ad finem non naturalem, non hones-
»tum, non debitis mediis adhibitis assequendum,
»ordinantur; unde in similibus casibus decre-
»tum est Feria IV, 21 Aprilis 1841, *usum mag-*
»*netismi, prout exponitur, non licere.* Similiter
»quosdam libros ejusmodi errores pervivaciter di-
»sseminantes prohibendos censuit S. Congrega-
»tio. Verum quia praeter particulares casus, de
»usu magnetismi agendum est, hinc per mo-
»dum regulae sic statutum fuit Feria IV, 28 Ju-
»lii 1847: *Remoto omni errore, sortilegio expli-*
»*cita aut implicita daemonis invocatione, usus*
»*magnetismi, nempe merus actus adhibendi me-*
»*dia physica aliunde licita, non est moraliter*
»*vetitus, dummodo non tendat ad finem illicitum,*
»*aut quomodolibet pravum. Applicatio au-*
»*tem principiorum, et mediorum pure physico-*
»*rum ad res, et effectus vere supernaturales ut*
»*physice explicentur non est nisi deceptio omni-*
»*no illicita, et haereticalis.*—Quamquam genera-

»li hoc decreto satis explicetur licitudo, aut illi-
»citus in usu, aut in abusu magnetismi tamen
»adeo crevit, hominum malitia ut neglecto licito
»studio scientiae, potius curiosa sectantes, mag-
»na cum animarum jactura, ipsiusque civilis so-
»cietatis detrimento, ariolandi, divinandive prin-
»cipium quoddam se nactos gloriatur. Hinc *som-*
»*nambulismi et clarae intuitionis*, uti vocant,
»prestigiis, mulierculae illae, gesticulationibus
»non semper verecundis, abreptae, se invisibi-
»lia quaeque conspicerere effutiunt, ac de ipsa re-
»ligione sermonis instituere, animas mortuorum
»evocare, responsa accipere, ignota ac longinqua
»detegere, aliaque id genus supersticiosa exer-
»cere ausu temerario praesumunt, magnum quae-
»tum sibi ac dominis suis divinando certo conse-
»cuturae. In hisce omnibus, quacumque demum
»utuntur arte, vel illusionem, cum ordinentur me-
»dia physica ad effectus non naturales, reperi-
»tur deceptio omnino illicita et haereticalis, et
»scandalum contra honestatem morum. Igitur da-
»tantum nefas, et religioni et civili societati in-
»festissimum efficaciter cohibendum, excitariquam
»maxime debet pastoralis sollicitudo, vigilantia
»ac zelus Episcoporum omnium. Quapropter quan-
»tum divina adiutrice gratia poterunt, locorum
»ordinari, qua paternae charitatis monitis, qua
»severis obiurgationibus, qua demum juris re-
»mediis adhibitis, prout attentis locorum, perso-
»narum temporumque adjunctis, expedire in do-
»mino indicaverint, omnem impendant, operam
»ad hujusmodi magnetismi abusus reprimen-
»dos et evellendos, ut dominicus grex defendat-
»ur ab inimico homine, depositum fidei sartum
»tectumque custodiatur, et fideles sive crediti a
»morum corruptione praeserventur. Datum Ro-
»mae in Cancellaria S. Officii, apud Vaticanum

»die 4 Augusti 1856.—V. Card. MACCHI.»

En este gravísimo documento se tiene en cuenta especulativamente la posibilidad de un magnetismo natural é inocente, pero prácticamente se asegura la existencia y el uso de un magnetismo supersticioso, el cual esplicitamente se condena por tal, lo que en este lugar es tanto como decir por diabólico. Los caracteres que se señalan á este magnetismo de mala ralea son los mismos que el Obispo de Lausana indicaba, los que tantas veces hemos expuesto, los que todos los magnetistas cuentan, es decir, el sonambulismo, la clarevidencia, la intuición de lo futuro ó de lo secreto, la evocación de los muertos, y demas. Por consiguiente, ya no hay lugar á dudas, y cuando Roma ha hablado, debe darse la causa por concluida. Nosotros, pues, no podemos añadir otra cosa sino es indicar aquellas consecuencias prácticas, que de esta tan auténtica condenación debe sacar el moralista católico.

LXXVII.

El magnetismo es ilícito por inmoral.

La primera consecuencia práctica que el moralista católico debe sacar de la condenacion del espiritismo, pronunciada por la Santa Sede será que su uso es absolutamente ilícito. Aun cuando esta hilacion sea por si misma evidentísima, sin embargo merece por su importancia práctica desarrollarse bajo todos sus aspectos.

Antes que la Santa Sede pronunciase la condenacion del espiritismo, habia bastantes razones de huir de emplearlos aun para aquellos que manifestaban repugnancia á reconocer en él un origen supersticioso. La decision de la Santa Sede ha confirmado aquellas razones, y ha hecho temeraria la suposicion de quien atribuye á causas meramente naturales los efectos espiritísticos. Las razones que hacian ilícito el uso del espiritismo prescindiendo de la decision de la Santa Sede, se deducian de los efectos y de las circunstancias de aquel uso: la decision de la Santa Sede se remonta á la causa eficiente y final de aquellos fenómenos. El uso, pues, del espiritismo debe tenerse por ilícito en todos sentidos, no solo extrínsecamente, sino intrínsecamente; y no solo por el abuso que de él se haga, sino tambien

por el uso, por mas que se quiera suponerle cauto y receloso.

Prescindase en primer lugar de toda intervencion diabólica en el magnetismo; prescindase de toda definicion de la Santa Sede; y considérese el espiritismo únicamente en la manera en que se despacha y practica. Los indicios de su maldad son tan manifiestos que de ninguna manera se puede excusar el empleo que deliberadamente se haga de él. Atiéndase á los efectos que produce y á los peligros á que expone, y se tendrá la plena evidencia de nuestra proposicion.

Uno de los efectos que produce siempre el magnetismo es el de privar al magnetizado del libre uso de su propia razon, y sujetar su voluntad al imperio del magnetista. Este es el efecto no solo mas universal, sino el mas decantado por todos. Lo hemos visto en su lugar; y si no basta á alguno nuestra relacion, le bastará seguramente el consultar cualquier libro de los mesmeristas, que están concordes en afirmar este hecho. Privarse voluntariamente del uso de la razon es cosa patentemente ilícita, por el peligro á que el hombre se expone de cometer acciones deshonestas en si mismas ó perniciosas para los demas. Por tanto, no puede hacerse uso del magnetismo sin pecar. Por este motivo se puede, ó mas bien se debe equiparar el magnetismo á la embriaguez. ¿Por cuál razon es pecado la embriaguez? Oigase la clara respuesta que á esto da S. Ambrosio: *Vitandam dicimus ebrietatem, per quam crimina cavere non possumus. Nam quae sobrii cavemus, per ebrietatem ignorantes committimus* (1). Solo mediante el uso de la razon puede el hombre obrar conforme á

(1) *De Patriarchis* Lib. 1. *De Abraham*, cap. 6.

la virtud, y huir de los actos pecaminosos: impedido el uso de la razon, queda, si, demasiado en el hombre la facultad animal de obrar, pero el hombre obrará de hecho sin distincion del bien y del mal. Esta condicion, como contraria que es á la dignidad del ser racional y al deber que liga al hombre á su Criador, es manifiestamente desordenada y pecaminosa. Poco importa que se contraiga mediante el exceso en la bebida ó mediante los pases mesméricos: el efecto es el mismo en ambos casos, y por consiguiente el vicio de la accion es igual. Si hay diferencia, cede toda en desventaja del espiritismo; porque ademas del impedimento del uso de la razon, que lleva por consiguiente consigo obstáculo á la plena libertad del albedrio, hay en el espiritismo la renuncia directa y formal á la libertad del hombre, y el depender absolutamente de la voluntad de otro hombre.

La obediencia ciega de los religiosos, contra la cual tanto y tan de sobra se ha hablado, es la obediencia mas libre y mas ilustrada que puede imaginarse. El religioso dice al superior: «Yo te obedeceré ciegamente en todo lo que no sea contrario á ninguna ley divina, eclesiástica ó civil: pero en lo que no esté conforme con estas leyes me reservo la plena libertad de mi albedrio. Elijo tu voluntad, no como árbitra de la mia, sino como manifestacion de la divina. Quiero añadir á la libertad de mis acciones, la prudencia en el obrar. Mi guia es la voz de Dios, la voz de la Iglesia, la voz de los eternos é inmutables principios de lo justo y de lo verdadero. Solo por que temo que el sentimiento privado, lo débil de la voluntad, las sugestiones del egoismo, los estímulos de la pasion puedan en los casos particulares hacerme desoir de aquella voz, me en-

trego á tí y me dejo llevar de tí. Te obedezco por eleccion mia, te obedezco como hombre libre y enteramente dueño de mis propios actos. Soy tu súbdito, mas no tu esclavo.» No puede decir otro tanto el magnetizado á su magnetizador. No puede hacer ninguna reserva, no le es dado poner ninguna condicion á su dependencia; porque obra, no solo sin el conocimiento de sus actos, pero sin la posibilidad de sustraerse al dominio de la voluntad ajena; y obra arrastrado por una fuerza que tiene su voluntad ligada, mas aun que cegado su entendimiento. De peor condicion que el esclavo, no tiene siquiera la eleccion entre el látigo y la obediencia. Su dignidad de hombre dotado de razon queda borrada de su frente. Esta no se baja ante el hombre como intérprete ó representante de su Dios; se postra ante el hombre que tiene mayor fuerza que él, y al cual está obligado á atenerse. Sin distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto, obra segun el impulso de una voluntad que no es la propia, y si sus actos no le son imputables en el momento en que obra, se hacen por esto mismo mas viciosos. Si el hombre no puede privarse del uso de la razon, para que no venga á faltar la guia necesaria á los actos de su voluntad, con mayor motivo no puede impedir el pleno uso de su propia libertad para no exponerse á cometer á sabiendas malas acciones. No es posible admitir diferencia moral entre el que quiere el acto ilícito, y el que se pone en estado de quererle necesariamente.

Ademas de esto, el espiritismo debe tenerse por damnable á causa de los peligros á que expone á quien le emplea. ¡Lamentable espectáculo es el que se ofrece en tales novedades al moralista cristiano! ¡No hay estrago de alma y de

cuerpo semejante al estrago que trae y puede traer consigo el espiritismo; y, sin embargo, no hay práctica tan ensalzada y seguida como esta en ciertas naciones y pueblos enteros! Peligros para la fe, peligros para las costumbres, peligros para la misma vida: estos son los frutos ordinarios y comunes de semejante planta. ¿Puede durarse un solo momento de su malignidad?

Peligros para la fé. En la clarevidencia de los sonámbulos, en los llamados éxtasis de los que se quedan arrobados, y mucho mas en las tambien llamadas revelaciones de los difuntos, ¿qué enseñanzas se dan, qué máximas se inculcan, qué dogma se enseña? Léanse las relaciones mas autorizadas y fidedignas, de cualquier parte que vengan; y se hallará que, generalmente hablando, todo tiende á la destruccion del catolicismo, y hasta del mismo cristianismo. Allí se niega la revelacion, allí se hace mofa de la autoridad de la Iglesia, allí se pone en ridículo el uso de los Santos Sacramentos. Son frecuentísimos sobre esto los errores especiales que se promulgan contra este ó aquel dogma: singularmente contra la eternidad de las penas, ó contra la misma existencia del infierno. Y si hay casos, y no negamos que se registran muchos, en que nada transpira de tan perversa doctrina, y aun por el contrario, se oyen de boca de los magnetizados santas exhortaciones y piadosas confirmaciones del dogma cristiano, no por eso cesa el peligro para la fé, pues, sino se nota el intento de destruirla inmediatamente con opuestas impiedades, procúrase viciarla mediante un sutilísimo veneno. ¿Cuáles son, en efecto, las consecuencias que de los fenómenos del espiritismo deduce un espectador convencido erróneamente de su veracidad y de su inocencia? Advierte en él hechos que

hasta entonces creyó prodigiosos; advierte fenómenos que hasta entonces reputó como gracias especiales concedidas por Dios á la santidad mas acrisolada. Asi es que, si cree en aquellos hechos y en aquellos fenómenos como en un producto natural de fuerzas físicas, aplicará el mismo juicio á los milagros y á las gracias que la Sagrada Escritura y la historia eclesiástica nos refieren. Léanse los libros y los periódicos de los magnetistas, que, admitidos los hechos, niegan su origen diabólico, y se verá este parangon puesto á cada paso. Y esto es tan cierto, que varios apologistas católicos han tomado la pluma únicamente para defender los milagros anotados en las Santas Escrituras contra estos nuevos asaltos del magnetismo. Hubo hasta quien, dando mejor prueba de lo robusto de su fé que de su criterio, con el fin de defender aquellos milagros, estimó completa impostura los mas certificados y visibles hechos del magnetismo. Mas si estais presentes á esos hechos y los veis con vuestros ojos y los tocais con vuestras manos, no tendreis ya esa escapatoria de la impostura. Debeis por necesidad inevitable, ó bien atribuirles á una causa que esté fuera de la naturaleza, y entonces os hallais con la mágia, ó bien atribuirlos á una causa natural, y entonces vuestra fé en los milagros vacila, y os falta toda distincion entre el orden natural y el de la gracia. Este peligro, aunque mas indirecto, es menos fácil de rehuirse, del mismo modo que el sofisma, el cual corrompe la inteligencia mas facilmente que la blasfemia.

Peligros para las costumbres. Desde un principio se dejó oír muy alto el grito de la conciencia católica contra los desórdenes morales del magnetismo. En nombre del pudor ofendido se hicieron cesar ciertas maneras poco delicadas

das de excitar el magnetismo. Mas aun dejadas estas á parte, el peligro por este lado siguió siendo todavía tal, que casi únicamente por él fueron primero las condenaciones de los Obispos y las exhortaciones de los mas celosos escritores. Todo efectivamente justificaba los clamores de las personas timoratas. La diversidad de los sexos, casi siempre requerida para el buen fin de los experimentos; el temperamento endeble, nervioso, sensible, preferido para la facilidad del resultado; el afecto irresistible que la persona magnetizada concibe hácia su magnetizador; la completa entrega que hace aquella de sí, en favor de éste, el cual, á su discrecion, ó aun mejor sin discrecion ninguna, puede abusar de ella; las demasiado íntimas relaciones que entre ellos se establecen; la exaltacion de los sentidos, y las ilusiones que nacen de ella: todas estas circunstancias deben, con arreglo á la fragilidad de nuestra naturaleza, llevar la concupiscencia á actos malvados y, si no otra cosa, á pensamientos y deseos inverecundos. Y ¿qué cristiano puede sin culpa exponerse á tal peligro?

Ni solo la santa honestidad corre peligro de naufragar en estas turbias y agitadas aguas, sino tambien la caridad cristiana. Los sonámbulos en sus visiones, los espiritistas en sus apariciones de muertos, hacen muy á menudo profesion de revelar las cosas mas ocultas. «Cuantas separaciones de tálamos antes pacíficos, cuantas enemistades entre personas amigas antes, cuantos litigios, cuantas riñas, que de heridas, que de muertes hayan causado hasta ahora estas revelaciones, verdaderas ó engañosas, es cosa que ya hemos visto mas ampliamente en otro lugar. Ni para caer en el riesgo de envenenar los ánimos con esos odios es necesario que haya quien

determinadamente haga las perniciosas preguntas que dan margen á ellos. La historia del magnetismo nos dice que no rara vez aquellas perdidas revelaciones se hicieron á quien no las pedía, y que ni aun sospechaba que pudieran hacerse. Este es otro perjuicio moral á que el hombre se expone con semejante práctica, sino tan grave, cierto no menos manifiestamente ilícito.

Peligro de la vida. Certifican los médicos que la insensibilidad experimentada en el acto de la magnetización engendra tal desconcierto de humores en el cuerpo, que éste se resiente de ello largo tiempo despues. Las enfermedades contraídas por el uso del magnetismo son tal vez mas frecuentes que las curadas por los remedios que hayan sujerido los sonámbulos. Y, lo que es todavia peor, muchísimas son las enagenaciones mentales producidas, ó por las magnetizaciones sufridas ó por las pasiones despertadas con asistir á semejantes experimentos y provocar las dañadas respuestas que producen. Finalmente, las víctimas que ha hecho el magnetismo, por muertes, no solo lentamente acarreadas, pero tambien violentamente causadas, demuestran el espantoso término á que puede conducir. Asi, no es de maravillar que casi todos los que defienden que el magnetismo está en la naturaleza, aconsejen con bastante eficacia mucha cautela y prudencia en su práctica; porque, dicen ellos, es una arma de dos filos: á veces cura, á veces mata. La única cautela razonable, si vemos que la hay, es la de abstenerse enteramente de él. No es lícito al hombre exponerse á peligro de perder la salud y la vida, cuando no lo exige una obligacion manifiesta y gravísima.

Concluyendo, pues, decimos que, aun queriendo excluir del espiritismo toda intervencion de los demonios, debe reputarse por ilicito; porque no es licito al hombre razonable, y mucho menos al cristiano, hacer nada que le quite el uso de la razon y de la libertad, ni debe nadie exponerse á grave peligro de pervertir su propia fé, de corromper su honestidad, ó de perder su vida.

LXXVIII.

El magnetismo es ilícito por supersticioso.

Sin embargo, por mas eficaces que los mencionados motivos sean para demostrar lo indebido del uso del magnetismo, quedan muy por bajo del que nos resta examinar; es decir la prohibicion formal hecha por la Iglesia. Y esto por varias razones. La primera, porque una decision que tanto tiempo se tardó en adoptar, y de tan grande autoridad, quita el resto de duda que al sentido individual de cada uno pueda dejar, ó la argumentacion de uno que privadamente enseñe, ó el solo conocimiento de los hechos, ó la simple aseveracion de los testigos. La segunda porque el derecho divino que tiene la Iglesia para declarar si una accion es lícita ó ilícita, y regular por medio de oportunas prohibiciones la conducta moral de sus hijos, debe ser superior á cualquiera juicio privado, é imponer á todo cristiano la mas absoluta y reverente obediencia. Mas, aun cuando estas sean razones fuera de toda duda eficacísimas para dar á la prohibicion de la Iglesia mayor peso que á nuestra propia evidencia; no obstante, en nuestro caso particular, hay todavia mas. La sentencia pronunciada por la Santa Sede, sobre el espiritismo y el magnetismo, le declara ilícito por considerarle obra diabólica. Por consiguiente la

prohibicion se funda sobre una razon intrínseca de perversidad, y no admite en su vista ninguna excepcion, ni puede dar lugar á ninguna interpretacion por donde pueda evadirse la ley. En las declaraciones de la Santa Sede no se halla en efecto una simple prohibicion, sino que está la manifestacion expresa del motivo por el cual la prohibicion se hace. No se dice solamente: os abstendreis de practicar el magnetismo; pero se añade: os abstendreis de practicarle, por que es ilícito. Ni solo se dice que es ilícito, sino que se expresa el motivo formal de serlo, que es el concurso del demonio. Una declaracion como esta conduce á consecuencias gravisimas y que merecen toda nuestra atencion.

La primera consecuencia es que esa prohibicion no constituye un precepto meramente positivo en la Iglesia: sino que al precepto positivo se agrega la declaracion de un dictámen de derecho natural y divino. No son, pues, razones de humana, aunque santísima, prudencia, las que han movido á la Iglesia á alejarnos de aquellas prácticas, de modo que se dé el caso, difficilísimo, pero posible, de que haya quien juzgue que no está sometido á aquella prohibicion; sino que la razon nace de la intrínseca maldad del acto mismo que ha obligado á la Iglesia á condenarle. Despues de esta sentencia de la Santa Sede, el uso del magnetismo está prohibido como intrínsecamente malo en fuerza del primer mandamiento del Decálogo: está ademas prohibido en fuerza de un precepto verdadero y formal de la Iglesia.

Está prohibido como intrínsecamente malo, porque está prohibido como supersticion diabólica. Un comercio voluntario, cualquiera que sea, con el demonio, es en efecto ilícito por su natu-

raleza, por dos respectos: porque no es lícito ponerse en relaciones de ninguna especie con quien es eternamente enemigo de Dios, nuestro Señor y Dueño, y rebelde á El, aun cuando de esas relaciones no pueda resultar á nuestras almas ningun otro daño, y es mucho menos invocarle con explícito ó implícito obsequio; y porque el demonio nunca entabla relaciones con el hombre, á no ser para el directo y único fin de poner asechanzas á su fé ó á su virtud. Por eso, así en el antiguo como en el nuevo Testamento, se halla muchas veces repetida la prohibicion de invocar, de interrogar, de llamar en propia ayuda al diablo: y todas las especies de mágia están allí rigurosa y absolutamente prohibidas. Antes bien, en la ley que dió el Señor al pueblo hebraico está considerada la mágia como delito gravísimo, castigado con pena de muerte. (1) Con la misma pena la conminaban y castigaban la mayor parte de los príncipes y emperadores cristianos, hasta el siglo pasado. Si en los códigos modernos se ha borrado aquella pena, Dios no ha borrado de su código eterno la amenaza del infierno. La legislacion humana que se ha hecho indiferente para con las ofensas á la magestad divina, ha podido absolver de su merecido á los nigromantes: mas no ha podido destruir la maldad de la culpa, la cual se halla escrita por el mismo dedo de Dios en la frente de tales reos. El magnetismo, por consiguiente, como práctica diabólicamente supersticiosa, es intrínsecamente ilícito y está prohibido por mandato divino. Ni hay, pues, caso en que pueda considerársele como permitido, no hay excepcion que pueda oponerse á prohibicion semejante.

(1) *Maleficos non patieris vivere.* EXOD. 22, 18.

Pero, además del precepto divino, está el precepto de la Iglesia. Este precepto ha sido necesario para determinar concretamente á los fieles á que se alejen de todo uso del espiritismo, sin titubear en la decision particular de si en este ó en aquel caso hay comercio con el demonio ó se le invoca: ha llegado con extremada oportunidad para ayudar á los fieles á formar el juicio práctico en los casos especiales. Para los filósofos peritos en las sutiles indagaciones de las fuerzas naturales, y llenos de espíritu sinceramente católico: para los teólogos peritos en las señales manifiestas de las operaciones extrañas y superiores á la naturaleza no era necesario, absolutamente hablando, aquel precepto. Podian con su misma doctrina, alcanzar los argumentos mas evidentes para juzgar prácticamente el magnetismo como ilícito. Mas, para el comun de los fieles, este juicio en medio de tanta disformidad de opiniones y de tanto farrago de cabilosos sistemas, era, sino imposible, ciertamente difícil: y ellos se veian entregados á las varias opiniones, que luchaban entre sí, y que segun los varios respetos, eran mas ó menos autorizadas. En tal ansiedad de juicios, la palabra de la Iglesia era, no solo oportuna, pero necesaria; no solo deseada, pero ardentemente invocada. Aquella palabra se pronunció, y ya todos los fieles pueden, mejor dicho, deben atenerse á ella: y dejadas á un lado las discusiones, desterradas las dudas, tienen la obligacion de abstenerse de cualquier uso ó práctica del magnetismo.

De estos principios se deduce la solucion de algunas preguntas que pueden hacerse segun las varias contingencias á que el uso del magnetismo expone á los fieles. Examinemos sucintamente las principales.

Primera pregunta. ¿Es lícito asistir á los experimentos magnéticos ó espiritísticos, sin tomar no obstante parte alguna directa ó activa en ellos?

Solucion. Es evidente que no, por tres principalísimas razones. La primera, porque esa asistencia voluntaria no puede ser sino efecto de curiosidad; y la curiosidad de ver operaciones diabólicas ó de asistir á ellas es por sí misma mala é ilícita. La segunda, porque la misma asistencia es una cooperacion, cuando menos indirecta, á aquellos experimentos; y no se puede concurrir á una obra intrinsecamente mala con formal cooperacion, ni aun indirectamente. La tercera, porque aquella asistencia es verdadero escándalo que se da á los fieles, animándolos con mal ejemplo á infringir la ley divina y eclesiástica que la prohíbe.

Segunda pregunta. ¿Es lícito asistir á estos experimentos ó tomar parte en ellos, protestando primero esplicita y claramente que no se tiene intencion de invocar de ningun modo al demonio?

Solucion. Ni aun esto es lícito por varios motivos. En primer lugar, porque el acto mismo destruye la protesta que se cree hacer. En segundo lugar, porque la protesta en contra no basta para alejar al demonio cuantas veces se ejecuta el acto que contiene, ó explícitamente por culpa ajena, ó implícitamente á lo menos por incoherencia propia, su invocacion. En tercero y último lugar, porque la prohibicion de la Iglesia es absoluta y universal, y obliga á abstenerse del uso del magnetismo en todos los casos, y si fuera suficiente la simple protesta para creerse uno exceptuado de la prohibicion, no habria caso en que esta pudiera aplicarse.

Tercera pregunta. ¿Es lícito consultar á los

magnetistas ó á los *medium* acerca de la naturaleza de una enfermedad á fin de conocer la curacion que ha de aplicársele?

Solucion. No es de ningun modo lícito, por la razon harto conocida de que el buen fin no justifica los malos medios, y porque nunca está permitido hacer una cosa intrinsecamente mala, para obtener un bien cualquiera. El interrogar ó hacer interrogar al demonio constituye lo que en términos de escuela se llama *Divinatio*; el hacerse curar por este medio, ó el expender remedios conocidos por el, se llama *Observantia sanitatum*. Asi la una como la otra estan contadas por los teólogos moralistas entre las supersticiones gravemente culpables.

Cuarta pregunta. ¿Es lícito leer libros ó periódicos que tratan del magnetismo ó del espiritismo?

Solucion. Hay que distinguir el modo en que tratan de él. Los que propenden á defender la intervencion del demonio ó de los espiritus en general, y mucho mas si enseñan, como de ordinario acontece, formales heregias, no pueden leerse, porque evidentemente están incluidos en las reglas generales de los libros prohibidos en el *Indice* compuesto de órden del sacrosanto Concilio Tridentino, y porque expresa, aunque generalmente están vedados por la Constitucion de Sisto V, *Coeli et terrae creator*. Los otros que traten diversamente de ello, aunque no es de aconsejar á nadie que los lea, sin una razon manifiesta á lo menos de utilidad, no pueden incluirse en aquellas reglas generales, y por tanto antes de la sentencia de la Sagrada Congregacion del *Indice*, deben llamarse peligrosos, pero no puede decirse que esten positivamente prohibidos.

Quinta duda. El que contra lo vedado por la Santa Sede hace uso del magnetismo, además del pecado de superstición y de desobediencia que comete ¿incurre en alguna censura eclesiástica?

Solucion. La Iglesia no ha lanzado ninguna censura ni ha amenazado con ella para el caso particular del magnetismo. Hay, no obstante, la pena de excomunión intimada en general contra los que tienen comercio con el diablo, en el capítulo *Si quis ariolos*, en la cual no se incurre sino después de sentencia pronunciada contra el reo, cuando aquel comercio no se hubiera agravado con el pecado de herejía. Si le hubiese también, hay excomunión en que se incurre *ipso facto*, sin necesidad de nueva sentencia, en virtud del primer capítulo de la *Bulla Coenae*. Es necesario, pues, ver si los que hacen uso del magnetismo pueden tenerse por sometidos á una ó á otra de estas dos excomuniones generales.

Después de la Encíclica enviada á todos Los obispos de la Iglesia Católica con fecha 4 de Agosto de 1856 no se puede dudar de la respuesta. Allí se dice, enumerados antes algunos de los más ordinarios fenómenos del magnetismo; *In hisce omnibus, quacumque demum utantur arte vel illusionem, cum ordinentur media physica ad effectus non naturales, invenitur deceptio omnino illicita et haereticalis, et scandalum contra honestatem morum. Igitur...* con lo que sigue, dirigido á exhortar á los Obispos á que impidan el uso del magnetismo, *ut dominicus grex defendatur ab inimico homine*. Por consiguiente, no solo se ha prohibido el uso, sino que se expresa el motivo de la prohibición, que es la superstición diabólica que se le une. Por consiguiente, el pecado que se comete, quebrantando aquel precep-

to, no es solo pecado de desobediencia, sino tambien pecado de supersticion. Incurrirá, pues, en sentencia de excomunion *ferendae sententiae* quien no agrega á ello la heregia formal; incurrirá en la excomunion *latae sententiae* quien se la agregue.

LXXIX.

Conclusion.

Al desenvolver estas últimas conclusiones prácticas, hemos cumplido las promesas que hicimos cuando principiámos este tratado. Nos propusimos indagar la causa última de los fenómenos espiritísticos, y nuestra indagacion nos condujo á la triste consecuencia de que deben atribuirse á la mágia. Esta palabra hace sonreirse á nuestro siglo descreído y orgulloso: mas ¿qué importa esa sonrisa? ¿No es acaso el indicio mas evidente de que nuestro siglo en su calculada incredulidad se halla maduro para semejante triunfo del infierno sobre la tierra? Satanás, el antiguo adversario de Dios, el gran rebelde á su Cristo, el gran enemigo de la Iglesia, aunque mil veces vencido, no ha cesado nunca de volver al asalto, y de intentar nuevamente la suerte de las batallas.

Los hereges, sus antiguos campeones, comenzaron la obra de la destruccion de la Iglesia al por menor tratando de combatir menudamente y parte por parte el dogma, ya negando este punto especial, ya aquel. Sucedieron á los hereges, los pro-

testantes, los cuales si bien no se atrevieron á intentar todavia la destruccion de todo el edificio religioso, osaron no obstante debilitar sus fundamentos con su *espíritu privado*, sustituyendo el propio juicio á la autoridad de la Iglesia, guardadora del gran depósito de la fé. Ensoberbecido con los destrozos que el protestantismo causaba en el mundo, Satanás hizo adelantarse nuevas falanges, y se propuso un designio mas atrevido: el derribar del todo el culto de Dios Redentor: y he aqui que salen á campaña los racionalistas, los cuales niegan toda revelacion divina y dicen á la razon humana: *¿que necesidad tienes de un Dios? ¿Nó eres luz de ti misma?* Esta tentacion que tan bien salió á Satanás en el paraiso terrenal con nuestros primeros padres, no podia menos de dar el mismo resultado con sus tardíos herederos; y ya en el mundo, la gran moda del dia es la de negar todo órden sobrenatural, toda revelacion divina. La filosofia quiere introducir esta idea en las ciencias humanas; el liberalismo quiere introducirla, en la vida social; la política en las relaciones internacionales. Excluido Dios de la razon, era consecuencia lógica excluirle de la moral, excluirle de la legislacion, excluirle de la familia, excluirle de las costumbres. De aqui, pues nace la moral independiente, la ley atea, el matrimonio civil, la emancipacion de la mujer, la licencia en la vida. Tan enorme destruccion no satisface ni al orgullo ni al odio de Satanás. No está contento con haber minado tan profundamente, entre tan gran número de personas, el culto de Dios verdadero; tiene puesta mucho mas alto la vista porque mira á ponerse en lugar de Dios. Asi como un dia dijo al divino Redentor: *Haec omnia tibi dabo si cadens adoraveris me*; asi ahora renue-

va la audaz tentacion cerca de sus discipulos repitiéndoles aquella famosa promesa; *Haec omnia tibi dabo*. «Veis aqui, les dice, á la industria que extiende bajo mi patrocinio sus conquistas; al comercio que multiplica sus operaciones, al vapor que aproxima las distancias, á la electricidad que destruye el tiempo, á la ambicion que levanta y derriba á su voluntad los tronos, á los pueblos que hacen y deshacen á su placer sus Reyes: todo el mundo puede ir en busca de un trono. ¿Qué otra cosa puede desear la mas desapoderada ambicion humana? *Haec omnia tibi dabo*: pero ¿con qué pacto? Con este solo: *si cadens adoraveris me.*» Este es el gran objeto á que Satanás dirige su odio contra Dios. Quiere del mundo un culto, quiere una Iglesia, quiere una adoracion. Esa Iglesia ha empezado á constituirse ya, y nada falta en ella al culto del demonio: se llama la *Francmasoneria*. Los apóstoles que tienen el encargo de propagar entre las gentes este culto y esta Iglesia se llaman *espiritistas*. Son su principal arma sus *prestigios*, y el resultado les ha sido tan próspero que ya no se esconden, no se encubren, ni se ponen careta.

No obtendrá con todo Satanás el triunfo sobre la Iglesia, la cual no vendrá á tierra por el empuje del infierno y del mundo conjurados; por que está protegida por Dios mismo, que le ha prometido su perpétua ayuda. El triunfo de Satanás no fué nunca ni puede ser mas que sobre aquellos desventurados, que se separan de esa Iglesia. Y ¿cuál de los católicos no está espuesto á tan grave peligro? Para ellos, pues, son las providas amonestaciones de esa Iglesia, que todavia es madre suya. Escúchenlas con docilidad filial: y asi todo peligro de corruptela se apartará de su corazon. En la cuestion particular del espiritismo

aquellas amonestaciones han sido no solo espuestas por nosotros en sus consecuencias, pero justificadas en sus fundamentos. El deseo de arrancar algun fiel á las nuevas insidias que les pone en Italia la perversa ralea de los espiritistas nos impuso este deber, y nos le ha facilitado en extremo la reverencia debida á la Iglesia, cuyos actos llevan todos el sello de una sabiduria y una prevision sobrehumanas.

FIN.

INDICE.

	Página.
Advertencia.	5
El espiritismo en el mundo moderno.	7
APUNTES HISTÓRICOS.	
IX. La incredulidad propagadora del espiritismo.	28
X. Primera aparición del mesmerismo.	31
XI. El mesmerismo se transforma pronto en sonambulismo.	35
XII. El sonambulismo místico de Cahagnet.	39
XIII. El espiritismo americano.	42
XIV. El espiritismo en Europa.	46
XV. Fenómeno de las manifestaciones espiritistas y diversidad de los <i>Medium</i>	51
AUTENTICIDAD DE LOS HECHOS.	
XVI. La duración de cerca de noventa años quita la posibilidad á la impostura.	54
XVII. Los prestigios mesméricos admitidos y examinados por toda clase de sábios y críticos.	59
XVIII. Adversarios despreciadores del mesmerismo, trocados, por la evidencia de los hechos, en testigos eficaces y autorizados.	67
XIX. Las instrucciones hechas para promover, aplicar ó examinar el mesmerismo prueban su realidad.	71
XX. Exposición presentada al Congreso de los Estados-Unidos sobre el espiritismo en América.	76

EN QUE CONSISTE EL ESPIRITISMO.

XXI.	Compendio de las razones que prueban la realidad de los fenómenos. . .	83
XXII.	Del nombre y del objeto propios del espiritismo.	86
XXIII.	Que condiciones se requieren para producir los fenómenos mesméricos. . .	93
XXIV.	Con que procedimiento suele excitarse el mesmerismo.	99
XXV.	Las cuatro clases de fenómenos magnéticos.	104
XXVI.	Carácter propio de los fenómenos del Espiritismo.	109
XXVII.	Simultaneidad y dependencia recíproca de los fenómenos mesméricos. . .	115
XXVIII.	Algunos casos especiales de esta simultaneidad de fenómenos.	119
XXIX.	Si los fenómenos mesméricos coexisten juntos, debe ser única la causa que los produce.	124

HIPÓTESIS SOBRE LA CAUSA DE LOS FENÓMENOS MESMÉRICOS.

XXX.	La teórica espontánea de Littré, ó sea la hipótesis de la alucinación. . . .	130
XXXI.	La alucinación de Littré ofende á la lógica y á la experiencia.	136
XXXII.	Se expone y se refuta la hipótesis mecánica.	145
XXXIII.	Origen de las dos hipótesis fluidicas. .	154
XXXIV.	Vicio de semejante origen.	158
XXXV.	Se refuta la hipótesis eléctrica. . . .	162
XXXVI.	Sigue la refutación de la hipótesis eléctrica.	168
XXXVII.	Hipótesis zoo-magnética.	173
XXXVIII.	Si la metafísica puede admitir la existencia de un fluido zoo-magnético. .	176
XXXIX.	Si la fisiología y la zoología admiten como indudable la existencia del	

	fluido zoo-magnético.	181
XL.	Opinion de célebres fisiólogos acerca de la existencia de este fluido. . . .	185
XLI.	Aun cuando se admita un fluido nervioso y vital, no basta para explicar los hechos del mesmerismo. . . .	188
XLII.	Insuficiencia del fluido para explicar los fenómenos mesméricos. . . .	193
XLIII.	Las hipótesis psicológicas.	195
XLIV.	Exposicion de las varias hipótesis psicológicas que consideran el mesmerismo como un estado morboso. . .	199
XLV.	Repasos generales contra las hipótesis psico-patológicas.	204
XLVI.	Reparos entre cada una de las hipótesis psico-patológicas en particular. .	210
XLVII.	Dualismo del cerebro: hipótesis psico-fisiológica de Gregory.	216
XLVIII.	Reverberacion del pensamiento: hipótesis psico-fisiológica de Görres. . .	220
XLIX.	Sujestion muscular, hipótesis psico-fisiológica de Braid.	226
L.	Facultades latentes: hipótesis psico-fisiológica de Deleuse, de Séré, de Benvenuti, de Este y otros.	231
LI.	Privilegio adamítico: hipótesis psico-fisiológica de Pablo Auger.	236
LII.	Recapitulacion de lo dicho hasta aquí. .	240
LIII.	Si el haber excluido todas las hipótesis naturales presentadas hasta hoy, excluye la posibilidad de otras hipótesis posibles, pero aun desconocidas.	246
LIV.	Las tres hipótesis que esplican los fenómenos mesméricos por medio de los espíritus.	256
LV.	Se excluye la hipótesis que atribuye los fenómenos espiritísticos á las almas de los difuntos.	265
LVI.	Los fenómenos espiritísticos no pueden atribuirse á los ángeles buenos. . .	272
LVII.	Los demonios son única causa de los	

	fenómenos del espiritismo.	279
LVIII.	Naturaleza de la mágia.	285
LIX.	Efectos propios de la mágia.	293
LX.	Caracteres propios de la mágia	301
LXI.	El espiritismo tiene identidad de naturaleza, de efectos y de caracteres con la mágia.	306
LXII.	El agente de todos los fenómenos del espiritismo moderno es uno solo.	313
LXIII.	Este único agente debe buscarse fuera de la naturaleza corpórea.	317
LXIV.	Este único agente ha de buscarse fuera del hombre.	320
LXV.	Este único agente espiritual es superior á las fuerzas de la naturaleza y del hombre.	325
LXVI.	El único agente de los efectos espiritísticos, es un ser espiritual, pero malvado	329
LXVII.	Examínase esta última conclusion.	333
LXVIII.	Del culto del demonio en el mundo.	336
LXIX.	La mágia en los antiguos pueblos civilizados.	340
LXX.	La mágia entre los pueblos salvajes.	348
LXXI.	Los magos entre los cristianos.	354
LXXII.	La mágia en los últimos tres siglos.	360
LXXIII.	Comparacion entre los hechos antiguos y los modernos de la mágia.	366
LXXIV.	Si el espiritismo moderno es verdadera mágia, está y debe como aquella estar condenado.	381
LXXV.	Los teólogos y los Obispos católicos condenan el espiritismo como verdadera mágia.	387
LXXVI.	Juicio de la Santa Sede, acerca del espiritismo.	393
LXXVII.	El magnetismo es ilícito por inmoral.	406
LXXVIII.	El magnetismo es ilícito por supersticioso.	415
LXXVIX.	Conclusion.	423

El Caballero de las botas azules, cuento extraño, por doña Rosalia Castro de Murguia. Un tomo en 4.º, 20 rs.

Horas de inspiracion. Poesias por doña Emilia Calé y Torres de Quintero. Un tomo en 4.º 12 rs.

Rudimentos de Arqueologia sagrada, por D. José Villamil y Castro. Un tomo en 8.º, 16 rs.

Sermones panegiricos y apologéticos, por el P. Fr. Baltasar Yañez del Castillo, dos tomos en 4.º 20 rs.

El primer Almirante de Castilla, polémica histórica por D. Narciso Perez Reoyo. Un tomo en 8.º

La primera luz. Libro de lectura sobre geografia é historia de Galicia, por M..... Un folleto en 8.º, 2 rs.

Manuale isagogicum in Sacra Biblia, ex recentioribus ac præstantissimis operibus collegit, hodierno scientiæ bibliæ statui accomodare tentavit, et sacrarum literarum studiose juventuti offert Francisc. X. Caminero Muñoz, presb. palentinus ac doctor theologus. Un tomo en 4.º, 40 rs.

Ensayos criticos sobre filosofia, literatura é instruccion pública, por D. Gumersindo Laverde. Un tomo en 4.º 30 rs.

Gramatica gallega, por D. Juan A. Saco Arce. Un tomo en 4.º, 15 rs.

Historia y descripcion arqueológica de la basílica metropolitana de Santiago, por el Dr. D. José Maria Zepedano y Carnero. Un tomo en 8.º, 16 rs.

